

August Strindberg Inferno

TRADUCCIÓN DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

Inferno es el testimonio de la relación entre locura y creatividad de uno de los más célebres precursores del arte contemporáneo: a medio camino entre la novela y el diario, el lector encontrará unas páginas visionarias que, más allá de la situación personal que las motivó —los años que siguieron al divorcio de su segunda esposa, en los que el autor agravó su desequilibrio psíquico—, trazan con exactitud cifrada el itinerario vital de un personaje clave de nuestra modernidad. La presente edición ofrece, por primera vez en lengua castellana, la saga de *Inferno —Inferno, Leyendas y Jacob lucha*— en su versión completa.



August Strindberg

Inferno

ePub r1.0
orhi 23.04.16

Título original: *Inferno*
August Strindberg, 1897
Traducción: José Ramón Monreal
En cubierta: Fotografía de August Strindberg de 1891

Editor digital: orhi
ePub base r1.2




3
ANIVERSARIO




CORAM POPULO

«DE CREATIONE ET SENTENTIA VERA MUNDI»

Misterio

EL PADRE ETERNO, *invisible*.

DIOS, *el Espíritu maligno, usurpador, el Príncipe de este mundo*.

LUCIFER, *el Portador de Luz, destronado*.

ARCÁNGELES

ÁNGELES

ADÁN

EVA

ACTO I

EN EL CIELO

Dios y Lucifer, cada uno
en su trono. Están rodeados de ángeles.
Dios es un anciano de aspecto severo, casi malvado:
luce una luenga barba blanca y unos cuernecillos en la
frente, como el Moisés *de Miguel Ángel. Lucifer es*
joven y bien parecido, con cierto aire de Prometeo,
de Apolo y de Cristo al mismo tiempo; su tez es
blanca, luminosa; sus ojos, resplandecientes;
sus dientes, blancos. Una aureola
remata su cabeza.

DIOS

¡Hágase el movimiento, pues el reposo nos ha corrompido! ¡Quiero intentar una nueva manifestación, aun a riesgo de dispersarme y perderme entre esa multitud de brutos!

¡Mirad! Allí abajo, entre Marte y Venus, aún quedan sin ocupar algunos miriámetros de mis dominios. Quisiera crear allí un mundo nuevo: nacerá de la Nada, y a la Nada habrá de retornar un día. Las criaturas que vivan en él se creerán dioses como nosotros, y será para nosotros un placer ver sus luchas y vanidades. ¡Que su nombre sea el mundo de la locura! ¿Qué dice a ello mi hermano Lucifer, que comparte conmigo estos dominios al sur de la Vía Láctea?

LUCIFER

Hermano y Señor, tus malos propósitos exigen sufrimientos y desdichas. ¡Tu idea me parece execrable!

DIOS

¿Qué dicen los ángeles de mi propuesta?

ÁNGELES

¡Que se cumpla la voluntad del Señor!

DIOS

¡Así sea! ¡Y que caiga la desgracia sobre aquellos que ilustren a los locos sobre su origen y misión!

LUCIFER

¡Ay de aquellos que llaman Mal al Bien y Bien al Mal; que hacen de la luz tinieblas y de las tinieblas luz, que hacen dulce lo amargo y amargo lo dulce! Te emplazo ante el tribunal del Padre Eterno.

DIOS

¡Bien, entonces esperaré! Porque, ¿te encuentras a menudo al Padre Eterno, más que una vez cada diez miríadas de años, cuando visita estas regiones?

LUCIFER

Iré a proclamar la verdad a los hombres, a fin de que tus proyectos se vean arruinados.

DIOS

Maldito seas, Lucifer. ¡Y que tu lugar esté por debajo del loco mundo, para que puedas ver sus tormentos; y que los hombres te conozcan como el Maligno!

LUCIFER

¡Saldrás triunfante, pues eres fuerte como el Mal! ¡Para los hombres serás Dios, tú, el calumniador, Satán!

DIOS

¡Abajo el rebelde! ¡Adelante Miguel, Rafael, Gabriel, Uriel! ¡Golpea Samael, Azarel, Mehazael! ¡Soplad: Oriente, Paymon, Egyn,

Amaimon!

Lucifer es tragado por un torbellino y precipitado en los abismos.

ACTO II

EN LA TIERRA

Adán y Eva bajo el árbol de la ciencia, luego Lucifer con aspecto de serpiente.

EVA

No había reparado en este árbol.

ADÁN

Este árbol lo tenemos prohibido.

EVA

¿Quién lo ha dicho?

ADÁN

¡Dios!

LUCIFER (*entrando*)

¿Qué Dios? ¡Hay varios dioses!

ADÁN

¿Quién habla?

LUCIFER

Soy yo, Lucifer, el Portador de Luz, que desea vuestra felicidad, que sufre por vuestros padecimientos. ¡Mirad allí la nueva estrella matutina que anuncia el retorno del sol! Ese es mi astro, rematado por un espejo que refleja la luz de la Verdad. Sus rayos, en la plenitud de los tiempos, guiarán a unos pastores desde un

determinado desierto hacia un pesebre donde nacerá mi hijo, el redentor del mundo.

Por lo que respecta a este árbol, en cuanto comáis de su fruto conoceréis el Bien y el Mal. Sabréis entonces que la vida es un mal; que no sois dioses, que el Maligno os ha vuelto ciegos, y que el desarrollo de vuestra existencia no tiene más objeto que servir de solaz a los dioses. ¡Comed de él y poseeréis el don de veros libres de los dolores, la alegría de la muerte!

EVA

¡Yo deseo saber y verme liberada! ¡Come tú también, Adán!

Comen de la fruta prohibida.

ACTO III

EN EL CIELO

Dios y Uriel.

URIEL

¡Ay de nosotros, pues nuestra alegría se ha terminado!

DIOS

¿Qué ha sucedido?

URIEL

Lucifer ha desvelado vuestras acciones a los habitantes de la tierra; lo saben todo y son felices.

DIOS

¡Felices! ¡Ay de ellos!…

URIEL

Y no sólo eso, sino que les ha concedido el don de la libertad, de manera que pueden retornar a la Nada.

DIOS

¡Morir! ¡Bien! Pero que se multipliquen antes de morir. ¡Hágase el amor!

ACTO IV

LUCIFER (*encadenado*)

Desde que existe el amor en el mundo mi poder está muerto. Abel, liberado por Caín, había procreado con su hermana.

Y es mi deseo liberarles a todos. Aguas, mares, fuentes, ríos, vosotros que podéis extinguir la llama de la vida: ¡subid!, ¡exterminad!

ACTO V

EN EL CIELO

Dios y Uriel.

URIEL

¡Ay de nosotros! Pues se acabó nuestra dicha.

DIOS

¿Qué ha sucedido?

URIEL

¡Lucifer ha soplado sobre las aguas; éstas suben y liberan a los mortales!

DIOS

¡Lo sé! Pero acabo de salvar a un par, de los menos despiertos, que jamás llegarán a conocer la clave del enigma. Su nave ha tomado tierra sobre el monte Ararat y han ofrecido sacrificios.

URIEL

Ahora bien, Lucifer les ha concedido una planta llamada viña, cuyo zumo provoca la estupidez. Un poco de vino, y verán las cosas como son.

DIOS

¡Los muy insensatos! No saben que he dotado a su planta de extrañas propiedades: la locura, el sueño y el olvido. Con ella, no sabrán ya lo que han visto sus ojos.

URIEL

¡Ay de nosotros! ¿Qué hacen allí abajo los necios habitantes de la tierra?

DIOS

Levantan una torre y quieren tomar el cielo al asalto. ¡Ah! Lucifer les ha enseñado a preguntar. ¡Está bien! ¡Crearé confusión en sus lenguas para que así sus preguntas resulten estériles, y que mi hermano Lucifer sea mudo!

ACTO VI

EN EL CIELO

Dios y Uriel.

URIEL

¡Ay de nosotros! Lucifer les ha enviado a su hijo único que enseña la Verdad a los hombres…

DIOS

¿Qué es lo que dice?

URIEL

Nacido de una virgen, este hijo asegura haber venido al mundo para liberar a los hombres y, por medio de su propia muerte, pretende abolir el terror a la muerte.

DIOS

¿Qué dicen los hombres?

URIEL

Unos dicen que el Hijo es Dios, otros que es el diablo.

DIOS

¿Qué entienden por diablo?

URIEL

¡Lucifer!

DIOS *(irritado)*

Me arrepiento de haber creado al hombre sobre la faz de la tierra; se ha vuelto más fuerte que yo, y no sé ya cómo gobernar a esa multitud de locos y necios. ¡Amaimon, Egyn, Paymon, Oriente, liberadme de esta pesada carga: arrojad el globo terráqueo, sin ninguna consideración, a los abismos! ¡Que la maldición caiga sobre la cabeza de los rebeldes! Colocad al frente del planeta maldito la horca, señal de crimen, de castigo y de sufrimientos.

Entran Egyn y Amaimon.

EGYN

¡Señor! ¡Vuestra cruel voluntad y la palabra pronunciada han obrado su efecto! La tierra ha perdido su órbita; las montañas se desmoronan, las aguas inundan la tierra; el eje apunta al norte, al frío, a las tinieblas; la peste y la hambruna causan estragos en las

naciones; el amor se ha trocado en odio mortal, la piedad filial en parricidio. ¡Los hombres se creen en los infiernos, y vos, Señor, habéis sido destronado!

DIOS

¡Auxilio! ¡Arrepentido estoy de haberme arrepentido!

AMAIMON

¡Demasiado tarde! Todo sigue su curso desde que desencadenasteis las fuerzas…

DIOS

¡Me arrepiento de ello! Deposité unos simples destellos de mi alma en unos seres impuros, cuya fornicación me envilece igual que la esposa deshonra al marido al mancillar su cuerpo.

EGYN *(a Amaimon)*

¡El anciano delira!

DIOS

Mi energía se agota cuando se apartan de mí; su iniquidad puede conmigo; y me siento atacado por la locura de mi progenie. ¡Qué he hecho, Padre Eterno! ¡Tened piedad de mí!… ¡Puesto que el hombre amó la maldición, que la maldición caiga sobre él; y puesto que no le complació la bendición, lejos de él la bendición!

EGYN

¡Qué locura!

DIOS *(prosternado)*

Señor, Padre Eterno, no hay entre los dioses ninguno que se te asemeje; y tus obras son incomparables. Pues eres grande, y obras maravillas; ¡y eres el único y solo Dios!

AMAIMON

¡Locura!

EGYN

¡Así anda el mundo: cuando los dioses se divierten, los mortales se aprovechan!…

INFERNO I

INFERNO

No hay nadie de buena fe y cuya razón no se halle ofuscada o llena de prevenciones, que no convenga en que la vida corporal del hombre es una privación y un sufrimiento continuos. Así, según la idea que nos hemos hecho de la justicia, consideraremos, no sin razón, el tiempo que dura esta vida corporal como un tiempo de castigo y de expiación; mas no podemos considerarla como tal sin pensar al punto que debe de haber habido para el hombre un estado anterior y preferible a éste en que se halla ahora, y podemos decir incluso que tan limitado, penoso y lleno de hastío es su estado presente, como ilimitado y lleno de delicias debió de ser el otro.

SAINT-MARTIN

I

LA MANO DE LO INVISIBLE

Lleno de una feroz alegría regresaba yo de la estación del Norte donde había dejado a mi joven mujer que partía para reunirse con nuestra hija, enferma en un país lejano. ¡Consumada estaba la inmolación de mi corazón! Las últimas palabras: «¿Hasta cuándo? —Hasta pronto», resonaron de nuevo como mentiras no confesadas, porque un presentimiento me decía que era para siempre.

Y esos adioses intercambiados en el mes de noviembre de 1894 fueron los últimos, ya que, hasta este momento, mayo de 1897, no he vuelto a ver a mi amada esposa.

Una vez llegado al Café de la Régence, me senté a la mesa que había ocupado poco antes con mi mujer, mi bella carcelera que escudriñaba día y noche mi alma, adivinaba mis secretos pensamientos, vigilaba la evolución de mis ideas, sentía celos de mis aspiraciones hacia lo desconocido…

Una vez recobrada la libertad, una súbita expansión se apoderó de mí y me transportó por encima de las pequeñeces de la gran ciudad, teatro de pugnas intelectuales, donde acababa yo de obtener una victoria, fútil en sí, pero para mí inmensa, y que constituía el ver cumplido un sueño de juventud, alimentado por todos mis contemporáneos y compatriotas literatos, pero que tan sólo yo había visto hacerse realidad: ser representado en un

escenario de París.[1] El teatro me hastiaba como todo lo que se ha alcanzado, y me atraía la ciencia. Puesto en la tesitura de tener que elegir entre el amor y el saber, me había decantado por los más elevados conocimientos, y el sacrificio de mis afectos me hizo olvidar a la víctima inocente inmolada en el altar de mi ambición, o de mi vocación.

De vuelta a mi triste habitación de estudiante del Quartier Latin, me puse a rebuscar en mi baúl, y saqué de su escondite seis crisoles de fina porcelana que había tenido la precaución de comprar, pagándolo con los fondos para mi sostenimiento. Unas pinzas y un paquete de azufre puro completaban los pertrechos del laboratorio.

En la chimenea arde un fuego de fragua, la puerta está cerrada y las cortinas bajadas, pues tres meses después de la ejecución de Caserio[2] no resulta prudente manejar productos químicos en París.

Cae la noche, el azufre arde con llamas infernales, y ya próxima la mañana puedo comprobar la presencia de carbono en ese cuerpo considerado simple, el azufre; y con ello creo haber resuelto el gran problema, subvertido la química imperante y conquistado la inmortalidad concedida a los mortales.

Ahora bien, la piel de mis manos, asada delante del fuego vivo, se escama, y el dolor provocado por el simple esfuerzo de desvestirme me recuerda el precio de mi conquista. Solo en la cama, que huele a mujer, me siento dichoso: un sentimiento de pureza de alma, de virginidad masculina, me hace ver el pasado conyugal como algo sucio, y lamento no tener a nadie a quien dar las gracias por haberme liberado de ese sórdido lazo, roto sin demasiadas explicaciones.

¡Alguien a quien pueda dar las gracias! ¡Pero no hay nadie, y la forzada ingratitud me pesa!

Celoso de mi descubrimiento, no me preocupo de darlo a conocer. Mi timidez no busca ni autoridades ni academias. No obstante, prosigo con mis experimentos mientras los cortes de mis manos se

enconan, las bubas de la piel se revientan y se llenan de polvillo de coque, la sangre chorrea, y los dolores se hacen insoportables. Todo cuanto toco me produce dolor, y, rabioso por los suplicios que atribuyo a unas potencias desconocidas que me persiguen y obstaculizan todos mis esfuerzos desde hace muchos años, evito a los hombres, descuido las reuniones sociales, declino las invitaciones y mantengo alejados a los amigos. En torno a mí se hace la soledad y el silencio: es la calma del desierto, solemne, horrible, donde por simple bravata desafío a lo desconocido, luchando cuerpo a cuerpo, alma contra alma. He demostrado la presencia del carbono en el azufre; y ahora voy a descubrir el hidrógeno y el oxígeno, pues tienen que contenerse en él. Mis utensilios ya no me bastan, me falta el dinero, mis manos están negras y sangrantes, negras como la miseria, sangrantes como mi corazón. Pues, efectivamente, por aquel entonces seguía manteniendo correspondencia con mi mujer, y le contaba los éxitos de mis investigaciones químicas, a lo que ella respondía con noticias relativas a nuestra hija, prodigando pequeños consejos sobre la inutilidad de mi ciencia y la locura de tirar el dinero.

En un arranque de legítimo orgullo, en un arrebato de furia de sufrimiento voluntario, cometo el acto suicida de mandar una carta infame, imperdonable, en la que rechazo para siempre a mujer e hija, dando a entender que una nueva relación amorosa ocupa mis pensamientos.

El golpe da en el blanco. Mi mujer responde con una demanda de divorcio. Solo, culpable de suicidio y de asesinato, me olvido del delito, presa de las desgracias y las preocupaciones. Nadie me visita, y no puedo ver a nadie, picado como estoy con todo el mundo.

Me siento sublime, flotando sobre la superficie de un mar: he cortado las amarras sin tener velas para navegar.

Sin embargo, la miseria, representada por la cuenta no saldada, interrumpe mis trabajos científicos y las especulaciones metafísicas, devolviéndome a la realidad terrenal.

Y así se acerca la Navidad. He rechazado agriamente una invitación a pasarla con una familia escandinava cuyo ambiente me desagradaba, debido a sus cargantes extravagancias. Pero, apenas me quedo solo, por la noche, me arrepiento de haberlo hecho y hacia allí me dirijo: nos sentamos a la mesa, la cena comienza con un jolgorio y una alegría desbordantes entre los jóvenes artistas que se encuentran allí como en su casa. Una intimidad que me repugna, gestos, fisonomías, en una palabra: un ambiente que no siento nada familiar me abruma con un malestar indescriptible; y en medio de aquella saturnal, la tristeza evoca en mi mente la apacible casa de mi mujer. En una visión súbita percibo el salón, el árbol de Navidad, el muérdago, a mi hijita y a su madre abandonada… Me entra el remordimiento: me levanto, pretextando una indisposición, y salgo.

Atravieso la horrible rue de la Gaîté, donde la falsa alegría de la multitud me parece ofensiva, luego la rue Delambre, tétrica y silenciosa, la calle más desesperante del barrio, me desvío hacia el boulevard Montparnasse y me dejo caer en una silla, en la terraza de la Brasserie des Lilas.

Un buen ajenjo me consuela durante un par de minutos, y luego un grupo de mujerzuelas y de estudiantes me ataca, me golpean el rostro con unas varas, y, como expulsado por las furias, dejo mi ajenjo, yendo a toda prisa a tomarme otro al François Premier, en el boulevard Saint-Michel.

¡De mal en peor! Otra pandilla me abuchea: «¡Eh, tú, solitario!» y, como expulsado por las Euménides, huyo hacia casa, escoltado por la insoportable fanfarria de los pitidos.

No tengo la menor conciencia de castigo como consecuencia de un acto delictivo. Para mí, soy inocente, objeto de una persecución injusta. Los desconocidos me impidieron proseguir la gran obra, y hay que superar los obstáculos antes de conquistar la corona del vencedor.

¡Estaba en un error y, a pesar de todo, tengo y tendré razón!

Esa noche de Navidad dormí mal. Una corriente de aire frío azotó varias veces mi rostro, y el sonido de una guimbarda me despertó de vez en cuando.

Una decrepitud creciente me invade paulatinamente. Mis manos negras y sangrantes me impiden vestirme y asearme. La preocupación por la cuenta del hotel no me deja un momento de paz, y me paseo por la habitación como una bestia enjaulada.

He dejado de comer, y el dueño del hotel me aconseja el hospital, lo que no es ninguna solución, puesto que me costaría un ojo de la cara, y hay que pagar por adelantado.

Entonces se me declara una hinchazón de las venas del brazo, que delata una intoxicación de la sangre. Es el golpe de gracia; y la noticia corre por entre mis compatriotas, de manera que una tarde la caritativa mujer de cuya cena había yo desertado de forma tan indigna, la misma que tan antipática me era y a la que casi había despreciado, viene a verme, se informa acerca de mi estado, se entera de mi situación de desamparo y con lágrimas en los ojos me indica el hospital como única posibilidad de salvación.

Juzgad cuál debía de ser mi estado de abandono y mi contricción, cuando por mi elocuente silencio comprendió que estaba a la cuarta pregunta. Entonces se apiada de mí, viéndome tan decaído.

Como ella también es pobre y con una vida llena de preocupaciones, me dice que pedirá ayuda a la comunidad escandinava y que irá a ver al pastor de la parroquia.

La pecadora ha sido misericordiosa con el hombre que acababa de abandonar a su legítima mujer.

Mendigando una vez más, pidiendo limosna por medio de una mujer, comienzo a adivinar la existencia de una mano invisible que dirige la lógica inexorable de los acontecimientos. Me doblego bajo el vendaval, decidido a levantarme de nuevo a la primera oportunidad.

El coche me conduce al hospital de Saint-Louis. De camino, me bajo para comprar dos camisas blancas en la rue de Rennes.

—¡La mortaja, para la hora del suplicio!

Pues medito sobre mi muerte próxima, sin saber decir por qué.

Internado, con la prohibición de salir sin permiso y con las manos vendadas, no puedo dedicarme a ninguna ocupación, y me siento como en la cárcel.

Una habitación abstracta, desnuda, justo con lo necesario, sin el menor asomo de belleza, y situada cerca de la sala de reunión donde se fuma y se juega a las cartas, desde la mañana hasta la noche.

Llaman para el almuerzo, y en la mesa me encuentro con una compañía macabra. Calaveras y moribundos: a éste le falta la nariz, al otro un ojo, al de más allá le cuelga el belfo, la mejilla en estado de putrefacción. Ahora bien, hay dos que no tienen aire de enfermos, pero que muestran un aspecto taciturno, desesperado. Son unos importantes ladrones de guante blanco que, gracias a poderosas influencias, han salido de la cárcel, so pretexto de una enfermedad.

Un olor nauseabundo a yodo me quita el apetito, y, al tener vendadas las manos, he de recurrir a la ayuda de mis compañeros para cortar el pan y poder beber. Y en torno a este banquete de criminales y de condenados a muerte, la buena de la madre superiora, en su sobrio vestido blanquinegro, reparte a cada uno de nosotros su emponzoñado brebaje. Con mi copa de arsénico brindo con una calavera que alza la suya llena de digitalina. Es algo lúgubre, y, a pesar de todo, hay que estar agradecido, cosa que me enfurece. ¡Tener que estar agradecido por algo tan deleznable y desagradable!

Me visten y me desvisten, me cuidan como si fuera un niño, y la monja me toma afecto, me trata como a un bebé, me llama «hijo mío» mientras que yo la llamo «madre mía».

¡Qué grato resulta pronunciar la palabra madre, que no profería desde hacía treinta años! La anciana, de la Orden agustina, que viste el hábito de los muertos porque jamás ha vivido la vida, es dulce como la resignación y nos enseña a poner buena cara a los sufrimientos, como si de alegrías se tratara, porque conoce los efectos benéficos del dolor. Ni una palabra de reproche, ni reconvenciones, ni exhortaciones. Conoce el reglamento de los hospitales de carácter laico, y sabe conceder pequeñas libertades a los enfermos, que no a sí misma. Así me autoriza a fumar en mi habitación y ella misma se ofrece a liarme los cigarrillos, ofrecimiento que yo declino. Me consigue permiso para salir fuera de las horas establecidas, y, tras saber que me dedico a las investigaciones químicas, me facilita el ser presentado al sabio boticario del hospital, que me presta libros, y que, después de exponerle yo mi teoría sobre la constitución de los cuerpos simples, me invita a trabajar en el laboratorio. Esta religiosa ha desempeñado un papel en mi vida, y comienzo a reconciliarme con mi suerte, congratulándome de la feliz desgracia que me condujo hasta este bendito techo.

El primer volumen que cojo de la biblioteca del boticario se abre solo, y mi mirada cae como un halcón sobre una línea del capítulo titulado «El fósforo».

En dos palabras, el autor cuenta que el químico Lockyer había demostrado mediante el análisis espectroscópico que el fósforo no es un cuerpo simple, y el informe de sus experiencias había sido presentado en la Academia de las Ciencias de París, la cual no refutó el hecho.

Reconfortado por este inesperado apoyo, salgo del hospital llevando conmigo mis crisoles con los restos de azufre no enteramente quemado. Los confío a un laboratorio de análisis químicos donde me prometen la entrega del certificado para la mañana siguiente.

Aquél era el día del aniversario de mi nacimiento. A mi vuelta al hospital me encuentro una carta de mi mujer. Ésta deplora mis

calamidades y quiere volver a reunirse conmigo, a cuidarme, a amarme.

La felicidad de ser amado, pese a todo, suscita en mí la necesidad de dar las gracias… pero ¿a quién?

¡A lo desconocido que llevaba oculto desde hacía tantos años!

Mi corazón se derrite, confieso la infame mentira sobre el asunto de mi infidelidad, pido perdón, y heme de nuevo enfrascado en una correspondencia amorosa con mi propia esposa, aunque dejando nuestro reencuentro para un momento más oportuno.

A la mañana siguiente, corro hacia el boulevard Magenta para ver a mi químico.

Llevo el certificado del análisis en un sobre cerrado al hospital. Al pasar por delante de la estatua de San Luis en el patio interior, las tres obras del santo asaltan mi recuerdo: las Quinze-Vingts, la Sorbona y la Sainte-Chapelle, lo que se traduce así: del Sufrimiento, por medio de la Ciencia, a la Penitencia.

Encerrado en mi habitación, abro el sobre que va a decidir mi futuro. Esto es lo que leo:

> El polvo sometido a nuestro análisis presenta las características siguientes:
>
> Color gris negruzco. Deja rastro en el papel.
>
> Densidad: muy grande, superior a la densidad media del grafito: se diría un grafito duro.
>
> …
>
> Examen químico:
>
> Este polvo arde fácilmente, con desprendimiento de óxido de carbono y de ácido carbónico. Contiene, por consiguiente, «carbón».

¡El azufre puro contiene carbón!

Estoy salvado: a partir de ahora soy capaz de probarles a mis amigos y parientes que no estoy loco. De modo que están justificadas las teorías expuestas en mi obra *Antibarbarus*, publicada

el año pasado, y tachada por la prensa como la obra de un charlatán o de un loco, lo que acarreó que fuera expulsado de mi familia como un embaucador, una especie de Cagliostro.

¡Ahí tenéis, adversarios míos, os he aplastado! Siento hincharme de legítimo orgullo, quiero salir del hospital, gritar por las calles, chillar delante del Instituto, demoler la Sorbona… pero mis manos siguen vendadas, y cuando salgo al patio el alto cercado me aconseja: paciencia.

El boticario al que comunico el resultado del análisis me propone reunir una comisión ante la cual pueda yo demostrar mi tesis por medio de experimentos directos.

Sin embargo, en vez de esperar, y consciente de mi timidez ante el público, escribo un artículo sobre este tema y lo envío al periódico *Le Temps*, que lo publica dos días después.

La consigna ha sido dada, me responden un poco de todas partes, sin negar el hecho. He conseguido adhesiones, me presentan en una revista de química, e inicio una correspondencia que alimenta mis continuas investigaciones.

…

Un domingo, el último de mi estancia en el purgatorio de Saint-Louis, me quedo sentado ante la ventana, observando lo que pasa en el patio. Dos ladrones se pasean con sus mujeres e hijos y les besan de vez en cuando, con la expresión de gran felicidad de quien se calienta al fuego de un amor atizado por las desdichas.

Mi soledad me oprime, y maldigo mi suerte, que me parece injusta, olvidando que mi delito supera a los suyos en infamia.

El cartero me trae una carta de mi mujer. Es de una frialdad glacial: se ha sentido herida por mi éxito, y finge fundamentar su escepticismo en la opinión de un químico profesional; a ello añade sus opiniones sobre el peligro de las ilusiones que no conducen nada más que a crisis cerebrales. Por otra parte, ¿qué gano yo con todo ello? ¿Acaso puedo alimentar a una familia con la dichosa química?…

De nuevo la alternativa: ¡o el amor o la ciencia! Sin dudarlo, la mortifico con una última carta de despedida, satisfecho de mí mismo, como un asesino tras la ejecución de su crimen.

Al atardecer, me paseo por el triste barrio, cruzo el canal de Saint-Martin, negro como una fosa, el lugar ideal para ahogarse. Me detengo en una esquina de la rue Alibert. ¿Por qué Alibert? ¿Quién será? ¿Acaso el grafito encontrado por el químico en mi azufre no se llamaba grafito Alibert? ¿Qué conclusión sacar de ello? Es extraño, pero la impresión de un no sé qué inexplicable se queda en mi mente. Luego la rue Dieu. ¿Por qué Dios, si éste fue abolido por la República que secularizó el Panthéon? Rue Beaurepaire. Una buena guarida de malhechores… Rue de Bondy. ¿Acaso es el demonio quien me guía?… Dejo de leer los rótulos, me extravío y vuelvo sobre mis pasos sin dar con mi camino. Retrocedo delante de un cobertizo colosal que apesta a carne cruda y a legumbres infectas, sobre todo a *choucroute*… Unos individuos sospechosos pasan rozándome y espetándome groserías… tengo miedo de lo desconocido: tuerzo a la derecha, luego a la izquierda, y desemboco en una sórdida callejuela que muere en un callejón sin salida donde parecen habitar la inmundicia, el vicio y el crimen. Unas muchachas me cierran el paso, unos gamberros me abuchean… la misma escena de la cena de Navidad que se repite. ¡Vae soli! ¿Quién es, pues, el que me prepara estas emboscadas, tan pronto como me aparto del mundo y de los hombres? ¡Alguien que me ha tendido una trampa! ¿Dónde está? ¡Me enfrentaré a él!…

Comienza a caer una lluvia mezclada de nieve fangosa, justo en el momento en que me echo a correr… Al fondo de una callejuela, hacia el firmamento, se perfila en color de humo una puerta inmensa, obra de cíclopes, puerta sin palacio, que se entreabre sobre un mar de luz… Pregunto a un guardia dónde estoy.

—Porte Saint-Martin, señor.

Unos pocos pasos más me conducen a los grandes bulevares, por los que desciendo. El reloj del Teatro señala las seis y cuarto. Justo la hora del aperitivo, y mis amigos esperan en el Café

Napolitain, como de costumbre. Bajo deprisa, olvidándome del hospital, de mis cuitas, de la pobreza. Sin embargo, al pasar por delante del Café du Cardenal, tropiezo con una mesa en la que hay un señor sentado. Yo no le conozco más que de nombre; pero él a mí sí me conoce, y en cuestión de segundos sus ojos me dicen: «¿Usted por aquí? ¿No estaba en el hospital? ¡Menuda farsa, la beneficencia!»

Y siento que este hombre es uno de mis bienhechores anónimos, que me ha dado limosna, y que yo soy para él un mendigo que no tiene derecho a ir al café.

¡Mendigo! Ésta es exactamente la palabra que resuena en mis oídos, y que me abrasa las mejillas de vergüenza, de humillación y de rabia.

¡Pensad! Hace seis semanas yo me sentaba en esas mesas: el director de mi teatro aceptaba mis invitaciones y me llamaba querido maestro; los periodistas venían a pedirme entrevistas, el fotógrafo me solicitaba el honor de vender mis retratos… Y ahora: ¡aquí me tenéis convertido en un mendigo estigmatizado, marginado de la sociedad!

Fustigado, vapuleado, acorralado, camino a lo largo del bulevar igual que un vagabundo nocturno, y me retiro a mi guarida entre los apestados. Allí, encerrado en mi habitación, me siento en mi casa.

Reflexionando sobre mi suerte, reconozco la mano invisible que me castiga, me empuja hacia un fin que todavía no alcanzo a adivinar. Ella me confiere la gloria negándome los honores del mundo; me humilla elevándome, me rebaja con el fin de ensalzarme.

Entonces me vuelve la idea de que la Providencia me destina a una misión y que éste es el comienzo de mi educación.

En el mes de febrero, dejo el hospital, incurable pero curado de las tentaciones del mundo. Al marcharme, quería besarle la mano a la buena de la madre superiora que, sin necesidad de ningún sermón, me había enseñado el camino de la cruz, pero un sentimiento de veneración por algo sacrosanto me ha refrenado.

Que ella acoja en espíritu esta acción de gracias de un extranjero extraviado, perdido en un país lejano.

II

SAN LUIS ME INTRODUCE EN CASA DEL DIFUNTO SEÑOR ORFILA

Instalado en una modesta casa amueblada, prosigo mis trabajos de química durante todo el invierno, quedándome en casa hasta la noche, para ir luego a cenar a una *crémerie*[3] donde artistas de varias nacionalidades han creado un círculo. Después de cenar, visito a la familia a la que en un momento de excesivo rigor abandoné. Encuentro allí a todo un grupo de artistas anarquistas, y me veo condenado a sufrir precisamente aquello que quería evitar: costumbres fáciles, moral relajada, impiedad deliberada. Mucho talento y brillante ingenio; pero sólo uno, arisco, posee verdadero genio, que le ha dado cierto renombre.

No obstante, es una familia en la que se me quiere, y yo les debo gratitud, por lo que me hago el sordo y el ciego hacia todo lo que tiene que ver con sus pequeños cambalaches, que no son asunto mío.

De haber rehuido yo a estas personas sólo por una mera cuestión de orgullo injustificado, el castigo habría sido lógico, pero dado que el motivo de mi huida no había obedecido más que al deseo de purificar mi individualidad y cultivar mi alma en el recogimiento de la soledad, me parece incomprensible el proceder de la Providencia, pues soy persona de carácter blando, que se adapta al medio ambiente por pura cortesía, por miedo a resultar

desagradecido. Marginado de la sociedad debido a la miseria y a mi escandalosa pobreza, me sentí dichoso de encontrar un refugio para las largas veladas invernales, por más que tuviera que sufrir profundamente por la conversación subida de tono.

Tras haber descubierto la existencia de la mano invisible que dirige mis pasos por un camino lleno de abrojos, no me siento ya solo, y dedico a mis actos y palabras una atención rigurosa, sin por otra parte lograrlo siempre. Pero tan pronto como he pecado, alguien me echa el guante en el acto, y el castigo se presenta con tal puntualidad y refinamiento que no deja dudas acerca de la intervención de una potencia correctora. Lo desconocido se ha convertido para mí en un conocido personal, a quien hablo, le doy las gracias y le pido consejo. En ocasiones me lo represento como si de mi servidor se tratara, análogo al *daimón* de Sócrates, y el ser consciente de contar con el apoyo de los desconocidos me infunde una energía y una seguridad que me empujan a hacer esfuerzos de los que nunca me hubiera creído capaz.

Desahuciado para la sociedad, renazco en otro mundo al que nadie puede seguirme. Acontecimientos insignificantes atraen mi atención, mis sueños nocturnos adoptan la forma de presagios, considero que estoy muerto y que mi vida transcurre en otra esfera.

Tras haber probado la presencia de carbono en el azufre, sólo me resta por descubrir la del hidrógeno y oxígeno, que se supone están presentes en él por analogía.

Pasan dos meses en medio de cálculos y especulaciones, pero no dispongo de los aparatos necesarios para los experimentos. Un amigo me aconseja ir a la Sorbona, a su laboratorio de investigación, que está abierto incluso para los extranjeros. Tímido, temeroso de la multitud, no acabo de decidirme a hacerlo, de modo que mis trabajos se estancan, y se produce un momento de descanso. Ahora bien, una mañana de primavera, me levanto de buen talante, bajo a la rue de la Grande-Chaumière, y llego a la rue

de Fleurus, que da al Jardin du Luxembourg. La encantadora callecita es tranquila, la gran alameda de castaños es verde, reluciente, amplia, recta como un lizo; al fondo se alza, como un mojón, la columna de David; y en la lejanía, por encima de todo, la cúpula del Panthéon, rematada por la cruz dorada, se pierde casi en las nubes.

Me detengo, embelesado por el simbólico espectáculo, pero al bajar la mirada, observo a mi derecha el letrero de una tintorería en la rue de Fleurus. ¡Ah!, la visión es de una realidad innegable. Pintadas en el escaparate de la tienda están las letras de mi nombre: A. S., flotando sobre una nube de un blanco plateado y rematadas por un arco iris.

Omen accipio, que me trae a la memoria el Génesis:

> Pongo mi arco en las nubes, para señal de mi pacto con la tierra.

No ando ya sobre el suelo, y con paso alado penetro en el jardín que está desierto. A esta hora matinal este parque es como algo mío, la rosaleda es como de mi propiedad, reconozco todas mis flores en los arriates, los crisantemos, las verbenas, las begonias.

Tras entrar en el recinto, llego hasta su límite, salgo por la puerta enrejada de la rue Soufflot y tuerzo por el lado del boulevard Saint-Michel. Luego, me detengo ante el puesto de la librería Blanchard, cojo sin ninguna premeditación un viejo volumen de química de Orfila, lo abro al azar y leo: «El azufre ha sido clasificado entre los cuerpos simples. Los ingeniosos experimentos de H. Davy y de Berthollet hijo tienden a probar que contiene hidrógeno, oxígeno y una base particular que hasta el momento ha resultado imposible aislar.»

Imaginad mi éxtasis, que me gustaría calificar de religioso, ante esta revelación que tiene algo de milagroso. Davy y Berthollet habían demostrado la existencia del oxígeno y del hidrógeno, y yo,

del carbono. A mí me correspondía, pues, establecer la fórmula del azufre.

Dos días después, estaba ya inscrito en la Facultad de Ciencias de la Sorbona (¡de San Luis!) y con autorización para trabajar en el laboratorio de investigación.

La mañana que me dirigí a la Sorbona fue para mí como una fiesta solemne. Aunque no me hacía ninguna ilusión sobre la posibilidad de convencer a los profesores, que me habían acogido con la fría cortesía reservada a todo extranjero, al intruso, una dulce y calma alegría infundió en mí el coraje del mártir que se enfrenta a una multitud de enemigos. Pues, para mí, a mi edad, la juventud era el enemigo natural.

Al llegar a la plaza donde está situada la iglesuela de la Sorbona, encuentro la puerta abierta, y entro, sin saber muy bien por qué. La Virgen maternal y el Niño me saludan con una dulce sonrisa: el Crucificado me deja frío, me resulta incomprensible como siempre. San Luis, mi nuevo conocido, el amigo de los miserables y de los apestados, se hace presente en la persona de unos jóvenes teólogos. ¿Era san Luis, mi patrón, mi ángel de la guarda, el que me empujaba al hospital para que conociera el fuego de la angustia, antes de conquistar la gloria que conduce al deshonor y al desprecio…? ¿Era él el que me había enviado a la librería Blanchard, el que me arrastraba hasta aquí?

Heme aquí caído del ateísmo en la más completa superstición.

Examinando los exvotos que dan testimonio del feliz resultado de los exámenes, hago la promesa de no aceptar jamás ninguna distinción mundana del mérito, en caso de que consiga triunfar.

Ha sonado la hora, paso bajo la férula de una juventud despiadada que me abuchea, prevenida de la quimérica tarea que me he propuesto.

Pasadas unas dos semanas, logro las pruebas irrefutables de que el azufre es una combinación ternaria de carbono, oxígeno e

hidrógeno.[4]

Expreso mi agradecimiento al jefe del laboratorio que pone cara de no sentir interés por mis asuntos, y abandono este nuevo purgatorio con una alegría interior indescriptible.

Por las mañanas, cuando no visito el Jardin du Luxembourg, me paseo por el cementerio de Montparnasse. Algunos días después de haber dejado la Sorbona, descubro cerca de la glorieta del cementerio un monumento fúnebre de una clásica belleza. Un medallón en mármol blanco muestra los rasgos nobles de un viejo sabio que la inscripción del pedestal me presenta como Orfila, químico y toxicólogo. Era mi amigo protector que más tarde había de guiarme en repetidas ocasiones por el dédalo de las operaciones químicas.

Una semana después, bajando por la rue d'Assas, hago un alto delante de un edificio de aspecto claustral. Un gran letrero me revela la naturaleza de la finca: Hotel Orfila.

¡Otra vez ese Orfila!

En los siguientes capítulos contaré todo cuanto sucedió en ese viejo caserón, adonde me empujaba la mano invisible a fin de que fuera allí castigado, instruido y… ¿por qué no?, ¡iluminado!

III

LAS TENTACIONES DEL DEMONIO

El proceso de divorcio avanza muy lentamente, interrumpido de vez en cuando por una carta de amor, algún grito de añoranza y promesas de reconciliación. Y luego, un brusco adiós para siempre.

Yo la amo, ella me ama, y nos aborrecemos con un terrible odio de amor, que la ausencia no hace sino acrecentar.

Sin embargo, y con el fin de romper un lazo funesto, busco la ocasión de sustituir este afecto por otro, y enseguida mis poco honestos deseos se ven satisfechos.

A la hora de la cena, en la *crémerie*, aparece una dama inglesa que se dedica a la escultura. Es ella quien primero me dirige la palabra, y en el acto me gusta. Es guapa, encantadora, distinguida, viste bien, con ese seductor abandono propio del artista. En suma, una edición de lujo de mi mujer, su imagen ennoblecida y agrandada. A fin de congraciarse conmigo, el decano del círculo de la *crémerie*, el artista renombrado, invita a la mencionada dama a las veladas de los jueves que organiza en su taller. Yo voy, pero me mantengo aparte, pues sólo de mala gana expongo mis sentimientos ante un público amigo de la broma.

A eso de las once, la dama se levanta y me hace una seña de complicidad. Yo, bastante torpemente, me pongo en pie, me despido, y, tras brindarme a acompañar a la joven, la conduzco a la salida entre las risas de aquella tertulia de jóvenes desvergonzados.

Habiéndonos puesto en ridículo el uno al otro, nos vamos sin decir palabra, despreciándonos, como puestos al desnudo delante de la burlona multitud.

Ahora bien, fue preciso pasar por la rue de la Gaîté, donde rufianes y mujerzuelas nos espetaron sus ultrajantes insultos, tomándonos por dos de su oficio que andaban perdidos.

Se es poco amable cuando se está rabioso, ya que en la picota, e inclinado bajo el látigo, no puede uno enderezarse. Una vez llegados al boulevard Raspail, nos sorprende una fina lluvia, molesta como unos azotes. Al no llevar paraguas, qué más razonable que buscar refugio en un café bien calentito e iluminado, y yo, con gesto de gran señor, alzo un dedo señalando el más magnífico de los restaurantes. Cruzamos el bulevar a paso ligero… ¡Pam! ¡Pam! La idea de que no tenía un chavo golpeó mi cabeza como un martillazo.

Aunque he olvidado cómo salí del apuro, jamás olvidaré las sensaciones que me embargaron durante la noche una vez hube dejado a la dama en la puerta de su casa.

El castigo, aunque severo e inmediato, y aplicado con mano diestra que no puedo dejar de reconocer, me pareció insuficiente. Mendigo, con obligaciones incumplidas hacia mi familia, había querido entablar una relación comprometedora para una mujer honesta. Era un delito grave, para decirlo claramente, y me infligí la debida penitencia. Renuncio a las veladas en la *crémerie*, ayuno y evito todo lo que pueda recordarme la pasión fatal.

Pero el seductor no duerme, y en una velada del taller, vuelvo a encontrar a mi amada, con un traje oriental que realza su belleza hasta el punto de hacerle perder a uno la cabeza.

Y sin embargo, delante de ella, no encuentro nada que decir, me comporto como un verdadero tonto, y al descubrir que esta mujer no merecería sino una simple declaración, franca y clara: «La deseo a usted», me largo, encendido hasta la misma médula de los huesos por una llama impura.

Al día siguiente, vuelvo a la *crémerie*, y me la encuentro allí: encantadora, acariciándome con su voz zalamera, lisonjeándome

con sus felinos ojos. Entablamos conversación y todo discurre a pedir de boca, cuando en el momento crítico hace una ruidosa entrada la joven Minna. Se trata de la hija de un artista, modelo, con amantes, aficionada a la literatura, una buena chica, bien recibida en todas partes. Era también conocida mía, y una noche nos habíamos hecho buenos amigos, aunque sin faltar a las conveniencias. En pocas palabras, hace su entrada, se arroja en mis brazos —iba un poco achispada, ésa es la verdad—, me besa en las mejillas y se pone a tutearme.

En esto, la dama inglesa se levanta, paga y sale. Se acabó. ¡Y no volvió nunca más! Gracias a Minna, que por otra parte me había puesto en guardia contra esta dama con unos argumentos que prefiero pasar por alto.

¡Basta de amor! La consigna de las potencias ha sido dada y yo me resigno convencido de que, tanto en este caso como en otros, se oculta un motivo superior.

Animado por el éxito del azufre, continúo con el yodo, y tras haber publicado un artículo en Le Temps sobre una de las síntesis del yodo, un señor desconocido viene a verme al hotel. Se presenta como representante de todas las fábricas de yodo de Europa, me hace saber que acaba de leer mi artículo y que, tan pronto como la cosa se confirme, podremos producir un crack en la Bolsa, acompañado de unos beneficios millonarios para nosotros, con la sola condición de obtener la patente.

Le respondo que no he hecho ninguna invención industrial, sino simplemente un descubrimiento científico, que no está maduro aún, y que el aspecto comercial del asunto no me interesa lo suficiente como para hacerme proseguir las investigaciones.

Se largó. La propietaria del hotel, en relaciones en otro tiempo con el desconocido señor, se enteró por él de la gran noticia, y durante un par de días gocé de la consideración de futuro millonario.

El negociante volvió, más decidido esta vez que la anterior. Se había informado y, convencido de que podía sacarse partido del

descubrimiento, me invitó a partir de inmediato para Berlín con el fin de poner manos a la obra.

Yo le di las gracias y le aconsejé que mandara hacer los análisis pertinentes antes de comprometerme a nada.

Me ofrecía cien mil francos antes de la noche si accedía a seguirle…

Yo le despedí oliéndome la tostada.

Una vez abajo, con la propietaria, me trató de loco.

Los días siguientes reinó la calma, durante la cual tuve tiempo de reflexionar. La amenazante miseria, las deudas impagadas y el incierto futuro por un lado; y por otro, la independencia, la libertad de proseguir mis estudios y la vida fácil. Y, además, toda idea tiene su precio.

El arrepentimiento hizo presa en mí, aunque no tuve el coraje de reanudar las relaciones, cuando un telegrama del negociante me avisó de que un químico, profesor auxiliar en la Escuela de Medicina, y un diputado, célebre ya por entonces, y demasiado hoy en día, estaban interesados en el problema del yodo.

Comienzo entonces una serie de operaciones sistemáticas con unos resultados invariables que me llevan a probar que el yodo puede ser un derivado de la bencina.

En esto, y tras llegar a un acuerdo con el químico, fijamos un día para una entrevista a la que deberán seguir unos experimentos decisivos.

La mañana decisiva para este asunto, tomo un coche de punto y me llevo conmigo las retortas y los reactivos al lugar de la cita, la casa del negociante en el barrio del Marais. Allí estaba el buen hombre; pero el químico, tras caer en la cuenta de que aquel día era festivo, se había excusado, aplazando la sesión para el día siguiente.

Era el día de Pentecostés, cosa que yo ignoraba. El mugriento despacho, que daba a la calle negra y fangosa, me partió el corazón. Despertaron en mí algunos recuerdos de infancia: Pentecostés, la fiesta de los éxtasis, cuando la iglesuela adornada

de verdor, de tulipanes, de lilas, de muguetes, abría sus puertas para los que hacían la primera comunión; las niñas vestidas cual ángeles blancos…, el órgano…, las campanas…

Un sentimiento de vergüenza se apoderó de mi ánimo, y regresé a casa sumamente conmocionado y completamente decidido a romper con toda tentación de traficar con la ciencia. Me puse a desembarazar la habitación de aparatos y reactivos molestos, limpié, quité el polvo, barrí; mandé a comprar flores, sobre todo narcisos. Después de haberme tomado un baño y cambiado de camisa, me pareció estar purificado de toda mancha. Y acto seguido salí a dar un paseo por el cementerio de Montparnasse, donde la serenidad del alma me sumió en dulces pensamientos y en una compunción inusitada.

O crux ave spes unica: las tumbas me predijeron así mi destino. ¡Basta de amor! ¡Basta de dinero! ¡Basta de honores! El camino de la cruz, el único que conduce a la Sabiduría.

IV

EL PARAÍSO RECONQUISTADO

El verano y el otoño de 1895 cuentan para mí, a pesar de los pesares, como una de las etapas felices de mi agitadísima vida. Todo aquello que toco prospera; amigos desconocidos me traen comida igual que lo hacían los cuervos con Elías, el dinero viene a mi encuentro; puedo comprar libros, objetos de historia natural, entre otros un microscopio que me revela los misterios de la vida.

Muerto para el mundo al renunciar a las vanas alegrías de París, permanezco en mi barrio donde cada mañana visito a los muertos del cementerio de Montparnasse, tras lo cual bajo al Jardin du Luxembourg a saludar a mis flores. A veces, un compatriota de paso viene a verme para invitarme a almorzar a la otra orilla del río e ir al teatro. Pero yo rehúso ir porque la orilla derecha es para mí algo prohibido, puesto que constituye el mundo propiamente dicho, el mundo de los vivos y de la vanidad.

Y es que, aunque me sienta incapaz de formularlo, una especie de religión se ha creado en mi interior. Un estado de ánimo más que una opinión fundada sobre ninguna teoría; una mezcolanza de sensaciones más o menos condensadas en ideas.

Tras haberme comprado un devocionario romano, lo leo con recogimiento; el Antiguo Testamento me consuela y castiga de un modo un tanto confuso, mientras que el Nuevo me deja frío. Lo que no impide que una obra de escritos budistas ejerza sobre mí una

influencia más fuerte que todos los demás libros sagrados, porque eleva el sufrimiento positivo por encima de la abstinencia. Buda demuestra tener el valor de renunciar a su mujer y a su hijo, en plena posesión de su fuerza vital y en medio de la felicidad conyugal, mientras que Cristo evita todo comercio con las alegrías permitidas de este mundo.

Por otra parte, no especulo sobre los sentimientos que nacen en mí: me mantengo indiferente, dejando que sigan su curso y concediéndome la misma libertad que yo les reconozco a los demás.

El gran acontecimiento de la temporada en París fue la voz de alarma de Brunetière sobre la bancarrota de la ciencia. Iniciado en las ciencias naturales desde mi infancia, y partidario más bien de Darwin, había yo descubierto la insuficiencia de este método científico que reconoce la mecanicidad del universo, pero sin admitir la existencia de un mecánico. La debilidad del sistema se manifestó mediante una degeneración general de la ciencia que había establecido una línea de demarcación más allá de la cual no debía avanzarse. Nosotros hemos resuelto todos los problemas: el Universo ha dejado de tener enigmas. Esta presuntuosa mentira me había irritado ya por el año 1880, y durante los quince años siguientes había emprendido una revisión de las ciencias naturales. Así, en 1884, puse en duda la composición de la atmósfera, así como la identidad del nitrógeno del aire con el nitrógeno producido por la descomposición de una sal nitrogenada. En 1891, realicé una visita al laboratorio de ciencias físicas de Lund con el fin de comparar los espectros de estas dos especies de nitrógeno, cuya disparidad me era conocida. ¿Necesito decir el recibimiento que me fue dispensado por los sabios mecanicistas?

Ahora bien, en ese año de 1895, el descubrimiento del argón confirmó mis viejas suposiciones, dando nuevo impulso a mis investigaciones que se habían visto interrumpidas por un matrimonio imprudente.

No es la ciencia la que ha hecho bancarrota, sino únicamente la ciencia caduca, desvirtuada, y el señor Brunetière tenía toda la razón, aun andando descaminado.

Sin embargo, en el momento en que todo el mundo reconocía la identidad de la materia, proclamándose monista sin serlo, yo fui más lejos, llegando a las últimas consecuencias de la doctrina, y aboliendo las fronteras que separan la materia de lo que recibe el nombre de espíritu. Por eso en el volumen *Antibarbarus*, en 1894, había tratado de la psicología del azufre, interpretándola mediante la ontogenia, es decir, por el desarrollo embrionario del azufre.

En lugar de rehacer los originales concebidos en el verano y el otoño de 1895, reimprimo aquí unos fragmentos escogidos de *Sylva Sylvarum* (primera entrega), publicada a comienzos de 1896 en una edición de unos cientos de ejemplares, que quedaron invendidos, olvidados.

V

SYLVA SYLVARUM

Llegado a mitad del camino de mi vida, me senté para descansar y reflexionar. Todo cuanto había yo audazmente deseado y soñado, lo había conseguido. Colmado de vergüenza y de honores, de goces y sufrimientos, me preguntaba: «¿Y ahora qué?»

Todo se repetía con desesperante monotonía, todo se asemejaba, todo volvía una y otra vez. Los antiguos habían dicho: «El Universo no tiene ya secretos: hemos dado con la clave de todos los enigmas, hemos resuelto todos los problemas. Hemos visto por medio del espectroscopio que el Sol carece de oxígeno, lo cual no le impide en absoluto arder igual de bien que el antimonio en el cloro, o el cobre en el azufre.

»Hemos dibujado los canales de Marte, que tienen un desagradable parecido con las figuras de los meteoritos de Widmannstätten, y, sin embargo, no ha sido hasta hace muy poco que hemos sabido cuál es el aspecto del interior de África, y todavía no conocemos ni Borneo ni los mares polares.»

Una generación que había tenido la valentía de acabar con Dios, de demoler el Estado, la Iglesia, la sociedad y las costumbres, se seguía inclinando ante la ciencia en la que debía reinar la libertad, y cuya consigna era: ¡O crees en la autoridad o debes morir! Ninguna columna de la Bastilla había sido erigida aún en el emplazamiento

de una antigua Sorbona, y la cruz dominaba todavía el Panthéon y la cúpula del Institut.

No había, pues, ya nada que hacer en este mundo, y sintiéndome inútil, decidí desaparecer.

Ya el infiernillo de alcohol etílico estaba encendido bajo la retorta, el ferrocianuro de potasio, amarillo como el oro que huele al calentarse, como el galio amarillo, destilado de la sangre y del hierro, listo para recibir el ácido sulfúrico que provoca la muerte cuando está concentrado, y da origen a la vida por fermentación cuando está diluido. Esta vez iba a ser concentrado para causar la muerte.

¿Dónde está, entonces, la diferencia? ¡Y qué gran contradicción!

El cianógeno, el generador del azul, nacido de la sal amarilla, comenzaba a desarrollarse; la más inocente de todas las combinaciones, en la que el carbón puro ha establecido con el indiferente nitrógeno una terrible alianza sin parangón, ha obligado a la ciencia a confesar su ignorancia acerca de la naturaleza de este milagro.

Los vapores, al salir del recipiente, en seguida se prendieron a mi garganta como la difteria o la ponzoña cadavérica no oxigenada. Los músculos de mi brazo empezaban a paralizarse, y sentía punzadas en la médula espinal.

Interrumpí la operación cuando empecé a notar un olor a almendras amargas; sin saber por qué, me parecía estar viendo un almendro en flor en el vial de un jardín y oí una voz de mujer entrada en años que decía:

—¡Vamos! No te lo creas, hijo.

Y yo dejé de creer que el secreto del Universo hubiera sido desvelado, y partí, algunas veces solo, otras en compañía, para reflexionar sobre el gran desorden en el que, a pesar de todo, terminé por descubrir una coherencia infinita.

Éste es el libro del gran desorden y de la coherencia infinita.

He aquí mi Universo, como yo lo he creado, y tal como se me ha mostrado.

Peregrino, caminante, si es tu deseo seguirme, respirarás más libremente, pues en mi Universo reina el desorden, y en él está la libertad.

EL CICLAMEN ILUMINA EL GRAN DESORDEN Y LA COHERENCIA INFINITA

Vagaba cerca del Danubio, por donde tantas razas habían vagado antes que yo y donde Atila había dejado la huella de su paso. Cerca de este río enorme, que nace en Suabia y muere en Oriente, y que discurre así al encuentro, no sólo del movimiento del Sol, sino incluso del de la Tierra —lo que no deja de ser extraño, ¿no es cierto?—, vi algunas flores que crecían a la vera del camino.

Habituado a la eterna repetición de las cosas de este mundo, cuál no sería mi alegría al encontrar una planta que no había visto con anterioridad, la violeta de los Alpes, el *Cyclamen europaeum*, una de cuyas especies cultivadas, el *Persicum*, se encuentra desde hace diez años en todas las floristerías.

Me dominó un antiguo deseo de clasificar, de sistematizar, y arranqué la planta, corté la flor y conté cinco estambres y un pistilo. No podía decirse que fuera un gran progreso porque a esta clase, a esta categoría, pertenecen especies tan distintas como el *Convolvulus*, el *Solanum*, la *Scrofularia* y el *Polemonium*.

Mi primera impresión había sido que se trataba de una violeta. Las hojas, las flores, el perfume, su manera de brotar de la tierra, todo hacía pensar en una violeta, pero no lo era.

La raíz, con su disco redondo, recuerda sorprendentemente a la *Aristolochia rotunda*, pero sin embargo no lo es.

A punto estuve de clasificarla entre las orquídeas, con su apariencia delicada y la graciosa flor que recuerda a las mariposas.

Cuando vi que el *Asarum* crecía a su lado, bajo los avellanos, me convencí de que mi ciclamen era un *Asarum*, tanto más cuanto que esta última planta es de la misma familia que la aristoloquia, y,

además, posee las mismas virtudes medicinales que el ciclamen: la raíz de ambas es laxante y emética.

Había incluso algo en ella del pétalo graso del lirio, la simplicidad en la disposición y la brillantez del color, sin contar que el disco de la raíz de donde partían las hojas imitaba al bulbo de éste.

De vuelta a casa, puse la planta en un platillo, y me parecía estar viendo la hoja de un nenúfar flotar a flor de agua.

¿Acaso me estaba sucediendo lo mismo que a Polonio, que veía en las nubes todo cuanto Hamlet quería?

No me hallaba bajo la influencia de ninguna voluntad, únicamente tenía en mi cabeza un gran almacén de imágenes de plantas que comparar, y cada vez que encontraba una semejanza me sentía realmente en el buen camino.

Sé perfectamente que los psicólogos han inventado un despreciable nombre griego para definir la tendencia a ver analogías en todas partes, pero ello no me asusta en absoluto, pues sé que las semejanzas existen por doquier, habida cuenta de que todo está en todo, en todas partes.

Que el ciclamen guardase parecido con la aristoloquia, el *Asarum* o la violeta, aún podía pasar, por más que quienes establecen una diferencia entre lo exterior y lo interior, entre cualidades esenciales y no esenciales, pudieran considerar mis semejanzas como no esenciales; pero un botánico difícilmente habría admitido que mi ciclamen recordara a un lirio o a una orquídea.

Y sin embargo, el ciclamen tiene una semejanza esencial con las orquídeas o los lirios: el hecho de germinar con un solo cotiledón, de ser monocotiledóneo, aunque en los tratados sobre flora se le incluya entre las primuláceas, que son dicotiledóneas.

De haber vivido yo en tiempos de Tournefort habría podido clasificar a mi ciclamen entre las infundibuliformes de corola monopetálica regular en forma de embudo, o bien también entre las anómalas de corola polipétala no papilionácea, entre las que se clasifican las violetas y las orquídeas; lo que concuerda, aunque no

del todo, dado que el ciclamen tiene el embudo y los pétalos libres, pero es regular.

De haber utilizado el método de Jussieu, pronto me habría sentido perdido, pues hubiera buscado el ciclamen entre las dicotiledóneas. De Candolle no me habría guiado mejor.

Por lo que se refiere a la naturaleza del ciclamen, lo de que crece con un cotiledón tampoco es totalmente exacto, considerando que nada es exacto en la naturaleza.

Cuando pongo una semilla de ciclamen bajo el microscopio, veo en medio de un albumen un pequeño embrión erguido que se parece al de una conífera. Si dejo crecer la semilla, ésta se hincha y abre paso a una sola hoja que se asemeja a la de la misma planta; así pues, no es un cotiledón, ni tampoco una hoja primordial.

El ciclamen crece, pues, sin cotiledón, lo cual también sucede con el nogal, que saca inmediatamente dos hojas ya perfectamente formadas, parecidas a las del árbol. La razón es, sin duda, que los albúmenes sirven de nutrientes subterráneos o de cotiledones debido a su grosor.

Pero el ciclamen encierra varios secretos más, y he aquí uno de ellos.

Cuando practico un corte transversal a una cápsula que todavía no está madura, el corte se asemeja al de un disco tierno de esta misma planta.

¿No será, por tanto, la cápsula una imitación? ¿Y no deberían las semillas ser consideradas más bien como pequeños bulbos, o incluso como un prótalo de criptógama?

Pregunta más que justificada, puesto que no ha sido sino por pura arbitrariedad por lo que se ha establecido que las fanerógamas se reproducen por incubación regular; y los grandes hombres del siglo pasado, Spallanzani entre otros, eran del parecer que se trataba de algo dudoso, si no en su conjunto, sí al menos en sus detalles.

Yo había tenido la quimérica idea de que existía algo en común entre el ciclamen y el nenúfar, pese a no contar con más guía que

una rápida impresión de su apariencia externa.

Pero cuando me puse a examinar la hipótesis, vi que no era, después de todo, algo tan fuera de razón.

El nenúfar ha sido largo tiempo considerado por los botánicos como una planta con un pie en las monocotiledóneas, por más que sea dicotiledónea, pues su tallo carece de cilindro central y la pilorriza de la raíz se asemeja en su disposición a la de los lirios y las orquídeas. Pero no acaba aquí la cosa, pues entre el ciclamen y el nenúfar existe una concordancia absoluta, que es la siguiente:

La ninfea saca su tallo del agua y, tras la fecundación, lo vuelve a sumergir en el cieno del fondo. El ciclamen hace otro tanto, pues retuerce su tallo en espiral a fin de llevar el fruto bajo tierra.

No es fácil determinar el motivo que induce a esta planta alpestre, el ciclamen, a actuar de este modo, como no sea el de proteger el fruto del frío, habida cuenta del aspecto misterioso de la reproducción de la planta. No se trata de un acto puramente mecánico, pues he expuesto tallos de flores fecundadas a una mezcla refrigerante y no he observado ninguna tendencia en ellas a retorcerse en espiral.

Un día que me paseaba por el bosque que domina el Danubio azul, observé una alfombra de hojas de hiedra de la especie rastrera que nace en los bosques. Sus hojas se habían alzado hacia el sol, que no penetraba sino con dificultad a través del follaje. Tras contemplar unos instantes las hojas de hiedra, vi en medio de ellas un ciclamen. Luego vi otros, y finalmente descubrí tantas hojas de ciclamen como hojas de hiedra. Si no había descubierto el ciclamen antes era porque la hoja de esta especie, el *Cyclamen europaeum*, tiene un dibujo verde oscuro bordeado de un gris blancuzco, y la parte verde oscura forma una hoja de hiedra. En seguida pensé en el mimetismo, teoría que estoy en mi derecho de rechazar mientras los botánicos nieguen el sistema nervioso y la inteligencia a las plantas, pero no tardé en sentirme atraído en otra dirección en la que me sentía más libre.

Había comprobado a menudo en el reino vegetal el modo en que la naturaleza esboza sus proyectos antes de ponerlos en ejecución, y observé, en el ciclamen, que el color rojo de la flor estaba ya dispuesto en el peciolo y extendido en la paleta de la hoja. Y me pregunté si el guilloqueado blanco sobre la superficie superior de la hoja no sería el bosquejo de una nueva forma.

Una vez llegado a casa, busqué el ciclamen en todos los tratados de flora europea y leí, en el de flora italiana, que en la zona central y el en sur de Italia, crece un ciclamen conocido como *Cyclamen repandum*, de hojas recortadas y angulosas. En el de flora francesa, encontré un *Cyclamen hederaefolium* cuyas hojas se asemejan a las de la hiedra.

¡Cuyas hojas se asemejan a las de la hiedra!

¿Existe, pues, una relación de causalidad entre la hoja de hiedra y el dibujo de la del ciclamen?

La hoja de hiedra presenta una forma matemática llamada cisoide, que fue descubierta por Diocles. En la geometría moderna, se la caracteriza de la manera siguiente: «Dícese de la curva que describen las líneas verticales trazadas desde un punto fijo de una parábola a sus tangentes.» O bien de esta otra: «Dícese de la línea que, a fin de alcanzar su asíntota, forma el dibujo de la hoja de hiedra.»

La forma de la hoja del ciclamen es una cáustica. Esta forma, como es notorio, es el resultado de la refracción de los rayos en un espejo cóncavo, o de su paso a través de una semiesfera, de un cono o de un cilindro transparentes.

Si uno se encuentra sentado en un mirador donde los rayos del sol penetran tras haber pasado a través de un tupido follaje, ve dibujarse, en el suelo, un gran número de elipses producidas por los conos de luz que traspasan el follaje y que van a proyectarse en el suelo. Estas elipses no son, por consiguiente, sino secciones de cono.

¿Qué puede ocurrir, entonces, en el bosque bajo el espeso follaje?

Por más que resulte difícil de calcular, ello no impide que podamos imaginar el juego de líneas que deben nacer de todas las secciones cónicas a las que se unen la parábola y la hipérbola, íntimamente relacionadas con las cisoides y las cáusticas.[5]

De forma menos misteriosa y más simple, ¿habrá adquirido la hoja de hiedra una imagen positiva de la hoja de ciclamen, poniendo al abrigo la clorofila, tan sensible a la luz? He aquí una pregunta que el partidario de la teoría mecanicista tiene derecho a plantear.

Otros estarían en su derecho de preguntar, con Bernardin de Saint-Pierre y Elías Fries: ¿no habrá mirado demasiado el ciclamen a la hiedra, teniendo un antojo de ello y, como las mujeres embarazadas, habrá conservado una mácula o una mancha de color vino?

¡Es sabido que el sol es un fotógrafo maravilloso! Ved el interior de la rosa que proyecta, por medio de sus espejos cóncavos, sus rayos amarillos en figuras cáusticas en lo alto de los estambres. Observad los dibujos de las hojas de trébol y ved si pueden ser trazados mediante la elipse. Pensad en el lomo del jurel en el que las verdes olas del mar son fotografiadas sobre plata.

Pero deteneos llenos de asombro ante las campanillas cuyos capullos imitan a los del trigo, principalmente las brácteas de la avena, de tan desconcertante modo que, si dibujamos los dos, la diferencia es nula. Sembrados, crecidos, segados juntos durante mil años, quizás hayan podido influirse el uno al otro.

Francis Bacon dice lo siguiente: «La albahaca se transforma en *Thymus serpyllum* si está expuesta a un sol excesivamente fuerte.» Y también: «Mezclad semillas de *Portulaca* y de lechuga, y veréis cómo cambian de olor y de sabor.»

De Candolle hace notar que una rosa tiene un aroma más intenso si crece a su lado una cebolla, cosa que cabe admitir, dado que puede explicarse químicamente mediante la química orgánica, al combinarse el propilo $C_3 H_4$ de la cebolla con el etileno de la rosa $C_2 H_4$.

Pero quien sostenga, con Bernardin de Saint-Pierre, que con el girasol se ha alcanzado el más alto grado de la escala vegetal, dado que ha sido capaz de imitar la imagen misma del sol, con su disco, sus rayos y sus manchas, hecho inexplicable por medio de la física, ¡será tachado de místico!

Así pues, si el pequeño ciclamen posee sus pequeños secretos, ¡cuántos grandes secretos no debe de esconder aún el Universo infinito!

VI

LA MARIPOSA DE LA MUERTE
(*Acherontia atropos*)

ENSAYO DE MISTICISMO RACIONAL

El mújol, que vive a flor de agua, casi al aire libre, tiene los costados de un blanco plateado y tan sólo el lomo coloreado de azul. El gobio, que busca las aguas profundas, comienza a tomar una coloración verde marina. La perca, que se mantiene a una profundidad media, es ya oscura, y sus fajas laterales dibujan en negro las florituras de las olas. La carpa y el esmarrido, que escarban en el cieno, tienen su mismo color verde oliva. El jurel, que vive en las regiones superiores, reproduce en su lomo el mecerse de las olas, igual que lo haría un pintor de marinas. Pero el jurel dorado, brincando en medio de los golpes de mar, cuyas salpicaduras descomponen los rayos del sol, ha adquirido los colores del arco iris, impresos sobre un fondo de oro y plata…

¿Qué es todo esto sino fotografía? En su placa de plata, ya sea cloruro, bromuro o yoduro de plata, pues se supone que el agua marina posee estos tres halógenos, o en su placa albuminosa o mejor gelatinosa, impregnada de plata, el pez condensa los colores refractados por el agua. Sumergido en el revelador, sulfato de magnesio (hierro), el efecto en el *statu nascenti* se vuelve tan enérgico que la heliografía se produce directamente. Y el fijador, el hipo-sulfito de sosa, no debe encontrarse muy lejos para el pez que

vive en el cloruro de sodio y las sales de sulfato y que, por otra parte, aporta su provisión de azufre.

¿Es esto algo más que una simple metáfora? ¡Por supuesto! Admitiendo que el plateado de las escamas de los peces no sea de plata, el agua marina siempre contiene cloruros de plata y el pez es poco menos que una placa de gelatina.

Ahora bien, existen otras causas aparte de las químicas para estas reproducciones gráficas de la naturaleza. Así el leopardo tiene el pelaje moteado, con unas manchas que se asemejan a pisadas de gato o de perro, con los cinco dedos de la pata delantera. ¿Será porque una hembra preñada fue atacada alguna vez por perros o gatos, y sus crías recibieron las manchas o «antojos» que la ciencia reconoce en embriología?

Refiere Haeckel que un toro, tras haber perdido el rabo al cogérselo en la puerta del establo, procreó una raza bovina sin rabo.

El azar en el origen de las especies…

No había visto jamás la mariposa de la muerte o *Acherontia atropos*,[6] la mariposa con un cráneo humano en el coselete, cuando la compré en el establecimiento de un naturalista. Asombrado de ver la imagen más claramente marcada de lo que había creído, me puse a estudiar este insecto.

Y leí que, según los bretones, presagia la muerte. Deja oír un grito quejumbroso cuando está inquieta; la oruga se nutre de solanáceas, de jazmín y de la manzana espinosa, la *Datura stramonium*, y se enquista profundamente en tierra envuelta en un capullo aglutinado.

Mucho tenía que ver todo ello con la muerte: el anuncio de defunción, el canto lúgubre, el mortal brebaje del estramonio, la sepultura de la oruga…

Amado lector: no soy yo de naturaleza supersticiosa, pero cuando, tras haber reunido toda esta información, di con Réaumur, el célebre físico y especialista en insectos, que cuenta que la mariposa de la muerte hace aparición periódicamente y sobre todo en las épocas de grandes epidemias, comprenderás que meditara

acerca de las costumbres de esta mariposa y la relación con su macabro tórax.

Por lo pronto, la oruga se alimenta de solanina y de daturina, dos alcaloides vegetales, emparentados con la morfina, pero también muy próximos a unos venenos que emanan los cadáveres, la tomaína y la leucomaína. Estos tóxicos exhalan un olor a jazmín,[7] a rosa, a almizcle,[8] entre otros.

Existen plantas llamadas de cadáver (*Arum, Stapelia, Orchis*, etc.), que huelen a cadáver, tienen un color cadavérico y atraen a los insectos carroñeros.

¿No es lógico que la mariposa de la muerte visite los lugares donde las epidemias causan estragos y donde existen cuerpos en descomposición?

Además, la solanina es un veneno narcótico. ¿Será por ello por lo que la mariposa duerme de día y de noche, y vegeta y no se reproduce más que a la hora del crepúsculo?

Y la daturina contiene los dos alcaloides: la atropina y la hiosciamina; la atropina de la belladona dilata las pupilas, o por lo menos hace insoportable la luz diurna. ¿Será ésta la causa de los hábitos crepusculares de la mariposa de la muerte, de que ésta tema el sol y esté obligada a pesar de ello a dormir de noche por el efecto narcótico de la hiosciamina? Así parece. Ahora bien, la hiosciamina, el veneno del beleño, provoca en su víctima el efecto secundario de ver los objetos agrandados (megalopsia).

Imaginémonos, entonces, una mariposa de la muerte que, extraviada por su olfato, acude a los cementerios, a los vertederos, en torno a los cadalsos y a las horcas, donde observa cráneos humanos formidablemente agrandados, y preguntémonos seriamente si ello puede actuar sobre los nervios de una mariposa, impresionable hasta el punto de lanzar quejidos lastimeros cuando se la molesta, una mariposa bajo el doble delirio del celo y del veneno embriagador del beleño; una doble ebriedad equiparable al trastorno histérico.

Admito que se trata de un salto considerable, pero el gran naturalista que ha señalado la semejanza existente entre las mariposas y las flores, y que creía en una semejanza protectora entre las propias plantas, no habría retrocedido ante una consecuencia natural y lógica, en vista del alto desarrollo psíquico y moral de los insectos.

Tras haber escrito las líneas precedentes, leo, en Bernardin de Saint-Pierre, que la mariposa de la muerte es conocida también como *Haïe*,[9] debido al quejido lastimero que deja oír.

¡Cómo suena ese «ay»! El grito de dolor de todos los pueblos de la tierra; el grito del tardígrado quejándose de lo amargo de la existencia; el grito de pesar de Apolo por la muerte de Jacinto, que él dibujó en el cáliz de la flor que lleva el nombre del amigo muerto.

Ahora bien, existe otra flor en cuyo cáliz hay trazado el «ay» que todos nosotros hemos leído antes incluso de saber leer. Es la espuela de caballero cultivada, *Delphinium ajacis*, que Ovidio, el más audaz de los evolucionistas, afirma que germinó del suelo donde fue derramada la sangre de Áyax.

El cianuro de la espuela de caballero de color azul, producido por la sangre y el hierro de Áyax: ¡ferrocianuro! Diríase que Ovidio conocía la química.

Pero Bernardin añade: «El polvillo de las alas de esta mariposa resulta muy perjudicial para los ojos.»

He tratado, en el microscopio, este polvillo con unos reactivos que han señalado la existencia de un alcaloide vegetal; por tanto, como la atropina, la estricnina, etc., lo que no es más maravilloso que el hecho de que las cicindelas segreguen trietilfosfina o de que las cantáridas produzcan cantaridina, próxima a la digitalina.

Por más que se pueda pensar que adopto una actitud de escéptico frente a todos estos intentos de encontrar una relación entre los ocelos de la mariposa de la muerte y su modo de vida, conozco perfectamente el método del que me he servido.

Por lo pronto, me digo: es un capricho de la naturaleza sin importancia. ¡Está bien! Pero ¿por qué no admitir el derecho al

capricho en la naturaleza, capaz de engendrar una raza bovina, por la simple negligencia de que un boyero, al ir a cerrar la puerta, atrape en ella la cola de un toro? O, admitiendo el capricho como algo existente, reconozcámoslo también en este caso: aunque se trate de un capricho, no es ningún milagro que un insecto adapte su aspecto exterior al medio ambiente, cuando la mariposa llamada hojamuerta ha adquirido la apariencia de una hoja seca a fin de pasar inadvertida.

No se trata de ningún milagro; pero sí lo es la transformación de la oruga en capullo, un verdadero milagro equivalente a la resurrección de los muertos.

«Así, durante la fase de inmovilidad de la ninfa en los insectos, los tejidos de la larva sufren la histólisis, es decir, la degeneración de los tejidos orgánicos, o necrobiosis filogenética.»

O traducido a otras palabras: la oruga experimenta el mismo proceso en la crisálida que el cadáver en la tumba, donde se transforma en grasa amoniacal.

Ahora bien, necrobiosis significa muerte-vida, y los fisiologistas dicen que la necrobiosis es la forma de la muerte que precede a la degeneración caseica (tuberculización).

Así pues, la oruga ha muerto en el capullo, puesto que se ha transformado en una masa grasa informe, y ello no obstante vive, es más, resucita bajo una forma más elevada, más libre y más bella.

¿Qué son, por consiguiente, la vida y la muerte? ¡Una sola y misma cosa!

¡Pensad si los muertos no están muertos, y si la indestructibilidad de la energía no es más que la inmortalidad!

Lo que es preciso observar en todo esto es, ante todo, una infatuación, una suficiencia del espíritu vuelto consciente de sus capacidades de clarividencia y de penetración. El autor se hace uno con el Creador; coopera en la creación del Universo, tal como lo creería un verdadero panteísta.

Para completar el retrato del estado caótico de mi alma, reproduzco aquí mis estudios fúnebres, en los que el yo cultivado en la soledad y el sufrimiento retorna a una vaga noción de Dios y de la inmortalidad.

VII

ESTUDIOS FÚNEBRES

I

Ha pasado un año desde mi primer paseo matinal por el cementerio de Montparnasse. He visto caer las hojas de los olmos y de los tilos, lo he visto reverdecer todo, florecer las glicinas y las rosas sobre la tumba de Théodore de Banville: he oído al mirlo dar comienzo a su seductora canción bajo los cipreses, y a los palomos inaugurar el apareamiento sobre las tumbas.

Ahora los tilos amarillean, las rosas se pudren y el mirlo no canta ya, sino que deja escapar tan sólo una risita burlona sobre sus amores primaverales, pasados pero que volverán. Y el desapacible otoño y el fangoso invierno se acercan para también pasar, como todo lo demás.

Al entrar en el cementerio, he dejado ya atrás el barrio un tanto banal y ruidoso de Montparnasse: los sueños malsanos de la noche todavía me persiguen, pero yo los dejo en la puerta principal de entrada. El estruendo de las calles se apaga, siendo sustituido por la paz de los muertos.

Siempre solo a esta hora matinal, me he acostumbrado a considerar este lugar de la última morada como si de mi jardín de recreo se tratase, de manera que considero a cualquier visitante ocasional un indiscreto: ¡yo y los muertos!

A lo largo de todo este año no he traído aquí a ningún amigo ni amiga que hubieran podido dejar recuerdos capaces de mezclarse con mis impresiones personales. Saludando a mis favoritos, Orfila, Thierry y Dumont d'Urville, subo al vial Lenoir, guarnecido de cipreses lo mismo que el vial Raffet. Da una sensación de extremo poder el pasar por entre estas ringleras de enhiestos árboles cual granaderos con sus verdes gorras, presentando armas. Cuando sopla un poco de viento se doblan, haciendo la reverencia en dos filas, y yo camino, orgulloso como un mariscal, hasta el final de la alameda. Allí, leo y releo en una lápida sepulcral que hay enfrente: «Boulay era ciertamente un hombre valeroso y honesto.» (Napoleón)

No conozco al tal Boulay, ni quiero saber quién es, pero que Napoleón me dirija la palabra todas las mañanas desde ultratumba no deja de alegrar mi corazón, y tengo la impresión de ser uno de sus íntimos.

Entre los cipreses, miles de tumbas cubiertas de flores brotadas entre las duras piedras, alimentadas de cadáveres y regadas por lágrimas sinceras o medio falsas. En este inmenso jardín, las capillitas están adornadas cual casas de muñecas, sembradas de cruces que protestan con sus dos brazos alzados hacia el cielo, gritando a viva voz: *O Crux, ave spes unica!* Se diría la confesión general de la humanidad doliente. Y en medio del follaje, acá y allá, por todas partes, en resumen: *Spes unica!* Y en vano se alzan los bustos de pequeños rentistas, con o sin Legión de Honor, para dar a entender que existe otra esperanza póstuma.

Me habían desaconsejado estas frecuentes visitas por resultar peligrosas debido a los miasmas que flotan en el ambiente. Yo ya había notado, en efecto, un cierto regusto a cardenillo que me quedaba en la boca incluso dos horas después de mi vuelta a casa. Las almas, quiero decir los cuerpos desmaterializados, se mantenían pues flotando en el aire: cosa que me indujo a intentar capturarlas y analizarlas. Provisto de un frasquito lleno de acetato de plomo líquido, doy comienzo a esta caza de almas, quiero decir

de cuerpos, y con el frasco destapado apretado en la mano cerrada me paseo como un cazador de pájaros liberado de la necesidad de tener que engañar a mi presa.

Una vez en mi casa, ¡filtro el abundante precipitado y lo observo al microscopio!

¡Pobre Gringoire! ¿De veras estaba compuesto de estos cristalitos el cerebro-máquina que, en mi juventud, despertaba mis precoces simpatías por un poeta en la miseria, capaz sin embargo de conquistar el amor de una gentil doncella? El bueno y honesto de Boulay (que redactó el Código, por lo que he podido llegar a saber), ¿eres tú quien ha caído atrapado en mi matamoscas? ¿O bien tú, d'Urville, que me recompensaste con mi primera vuelta al mundo, durante las largas veladas invernales, lejos de aquí, bajo la aurora boreal en Suecia, entre la palmeta y la lección?

En vez de responder, vierto una gota de ácido en la platina. La gota se hincha, la materia muerta bulle, comienza a vivir, desprende un olor a podrido, se calma y muere.

Aunque es indudable que sé cómo despertar a los muertos, no lo repito más, pues los muertos tienen mal aliento, igual que los juerguistas después de una noche en blanco. ¿Será que no duermen muy bien, allí abajo, en espera de la resurrección?

¡Me hice ateo hará cosa de diez años! ¿Por qué? ¡A decir verdad, no lo sé! Pero la vida me hastiaba y alguna cosa tenía que hacer, sobre todo algo nuevo. Ahora que ya es un viejo asunto, deseo ignorarlo todo, dejar las preguntas en suspenso y esperar.

Desde hace ocho meses vengo observando el más hermoso monumento del cementerio. Es una obra compuesta, sarcófago, sepulcro, panteón, mausoleo, cenotafio, urna, del más bello estilo romano antiguo. Esculpida en granito rojo, no lleva ninguna inscripción. La he confundido largo tiempo con la columna truncada, «el monumento del recuerdo en memoria de los que no tienen ninguno».

¿Qué secreto se esconde detrás de todo esto? Una modestia orgullosa, que obliga al visitante a preguntar, o que pregunta lo que

él ya sabe de antemano.

El otro día, muy enfrascado en mis pensamientos solitarios, me detuve delante de un letrero que indicaba el nombre del vial transversal donde el magnífico anónimo había erigido su monumento: vial Chauveau-Lagarde. Una súbita fulguración iluminó mi cerebro, y luego cayó la noche del más absoluto olvido. Mirando el sarcófago, de color rojo sangre coagulada y de tonalidades amarillentas, me puse a repetir: «Chauveau-Lagarde», igual que se repite el nombre desconocido de una persona que se ha conocido.

El vial debía probablemente su nombre al tal Chauveau-Lagarde… Chauveau-Lagarde… vaya… ¡rue Chauveau-Lagarde! ¡Rue Chauveau-Lagarde, detrás de la iglesia de la Madeleine! El misterioso asesinato de una anciana señora, en 1893, rue Chauveau-Lagarde… color rojo sangre coagulada… ¡sin que los dos asesinos hayan sido nunca descubiertos!

Habituado a observar todo cuanto sucede en mi alma, recuerdo haberme visto dominado por un espanto desacostumbrado mientras desfilaban por mi mente, de forma confusa, cual concepciones de un enajenado, unas imágenes. Vi al defensor de Luis XVI y, detrás, la guillotina; vi un gran río bordeado de verdes colinas y a una joven madre conduciendo a una niña pequeña por la orilla del agua; luego un monasterio con un retablo de altar pintado por Velázquez; estoy en Sarzeau, en el Hotel Lesage, donde hay una edición polaca de *El diablo cojuelo*;[10] estoy detrás de la Madeleine, rue Chauveau-Lagarde…; estoy en el Hotel Bristol, en Berlín, donde pongo un telegrama a Lavoyer, Hotel London; estoy en Saint-Cloud, donde una mujer con sombrero a lo Rembrandt se retuerce de los dolores del parto; estoy sentado en el Café de la Régence, donde hay expuesta la catedral de Colonia en azúcar sin refinar… y el bodeguero asegura que ha sido construida por M. Ranelagh y el mariscal Berthier…

¿Qué era todo aquello? ¡No lo sé! Un huracán de recuerdos, de sueños evocados por una lápida sepulcral, ahuyentados por la cobardía. ¡No cabe duda de que, aunque este sepulcro no guarde

los restos de Chauveau-Lagarde, cosa que desconozco, esconde algún secreto que mi propia tumba tal vez revele!

Nada sucede en este recinto de la muerte, los días se asemejan unos a otros y la tranquila vida no se ve turbada más que por el incubar de los pájaros. Islote florido en medio del mar: a lo lejos se oye como un susurro de olas. La isla de los Afortunados: un enorme patio donde los niños han cogido flores y pequeñas cosas para jugar, trenzado coronas con las perlas recogidas en la orilla; encendido candelillas, decoradas con cintas, baratijas… Pero los niños han emprendido la huida, el patio está desierto… Ahora bien, una mañana del mes de junio descubro a una joven paseándose por la gran alameda. No iba vestida de luto y parecía esperar a alguien mientras echaba miradas inquietas hacia la puerta principal, por donde tanta gente entra para no volver a salir jamás.

«Una cita fallida —me dije—, en un lugar un poco lúgubre.» Y abandoné el cementerio.

A la mañana siguiente, allí estaba ella, contemplando la alameda. ¡Era aquél un espectáculo desolador! Se paseaba, se detenía, se ponía a escuchar, espiaba.

Todas las mañanas estaba allí, más pálida aún si cabe; el dolor ha ennoblecido su rostro vulgar. ¡Espera al miserable!

Hice un viaje de cinco semanas a un país lejano. De vuelta, olvidado ya de todo, al entrar en mi cementerio vi a la mujer abandonada en medio de la gran alameda. El perfil de su cuerpo enflaquecido se dibujaba contra una cruz al fondo, como si estuviera crucificada, y encima la inscripción: *O Crux, ave spes unica!*

Me acerco y observo la devastación que ese breve lapso de tiempo ha producido en su rostro. Me parece estar viendo el cadáver de un crematorio bajo la blanca tela de amianto. Todo está aún allí, simulando la forma humana, pero incinerado, sin vida.

¡Está sublime, y creedme, el sufrimiento por lo menos no es banal! El sol, la lluvia han apagado los colores de su abrigo, las flores del sombrero se han amarilleado como los tilos: sus cabellos

incluso se han ajado… ¡Ella espera y espera, siempre, todos los días! ¿Una enajenada? ¡Oh, sí, aquejada de la gran locura del amor! ¡Se morirá esperando el acto que da la vida y perpetúa el sufrimiento!

¡Una concesión perpetua! ¿Por qué no eternidad, puesto que la materia es eterna?

Desearía volverme de nuevo religioso, pero no puedo, porque lo que pido es un milagro. Sin embargo, a punto estuve hace algunos días. Se preparaba una tormenta; se acumulaban las nubes; los cipreses agitaban su copa amenazadoramente, empeñados en hacerme la reverencia. Napoleón declaró una vez más que Boulay era un hombre valeroso y honesto; las palomas se apareaban sobre una cruz de piedra; los muertos exhalaban olor a azufre y los miasmas expandían un regusto a cobre.

Las nubes, primero horizontales, imitando al león de Belfort, se alzaron de golpe como el animal sobre sus patas traseras y se pusieron verticales. Jamás en mi vida he visto nada semejante, excepto en los cuadros del Juicio Final. Las negras figuras difuminan ahora sus líneas y el cielo toma la forma de la tabla de Moisés, inmensa, pero bien dibujada. Y en esta pizarra de un gris de palastro, el rayo hendiendo el firmamento traza una rúbrica, clara y legible: Iahvé, es decir, ¡el Dios de la venganza!

La presión atmosférica me hizo doblar las rodillas, pero al no oír otra voz celestial, salvo el ruido de la tormenta, retomé el camino hacia casa.

II

Ha llegado el otoño una vez más. Se enmohecen los tilos y caen las hojas acorazonadas, tocan tierra con un golpecito seco, hacen frufrú

bajo mis botas mientras yo prosigo mi camino triunfal sobre estos áridos corazones que crujen.

Por encima de mi cabeza, en lo más alto, rozando las nubes, unos extraños y no obstante conocidos sones, que recuerdan el cuerno de caza, entrecortados, jadeantes, quejumbrosos, despiertan en mí el recuerdo de una vieja canción sueca, sin sentido y encantadora como un cuento infantil.

¿Toca música mi tilo?
¿Canta mi ruiseñor?
¿Llora mi niña querida?
¿Recobrará algún día
mi esposo la alegría?
Tu tilo ya no toca música,
ni canta tu ruiseñor,
noche y día llora tu niña,
y nunca, nunca más,
a tu esposo alegre verás.

Son las ocas salvajes que emigran del norte saludándome a su paso hacia países más cálidos, hacia más amplios horizontes.

La brisa nocturna ha agitado los tilos y —¡oh milagro!— los botones del próximo año se han abierto, de manera que los negros esqueletos reverdecen cual la vara de Aarón. Los tilos del cementerio comienzan, pues, a convertirse en *semper virens*, inmortales como los seres eternos, merced a los mortales que los alimentan bajo tierra con sus cuerpos y almas.

«El ser organizado no cesa de tomar, de cuanto le rodea, las moléculas nuevas que pasan del estado de muerte al de vida… Si una de estas moléculas nos contara su historia… “Desde que la tierra es tierra —tal vez nos diría— os aseguro que he hecho singulares peregrinajes. He sido brizna de hierba, y luego, una vez recobrada la libertad, fui aspirada por las raíces de un gran roble, me convertí en bellota, y a continuación, ¡ay!, fui comida, ¿por quién

diríais?…, me salaron para realizar un viaje de largo recorrido; un marino me digirió, luego me convertí en león, en tigre, en ballena, y seguidamente fui administrada a un joven pecho enfermo”, etc.»

Es J. Rambosson, en las *Leyendas de las plantas*, quien confirma de esta manera mis especulaciones transmutatorias. Y al pasar por delante de la tumba de Banville, me pregunto por qué los amigos del difunto han plantado en ella la rosa y el jazmín. Si tal era la voluntad del difunto, ¿sabía éste que la ponzoña cadavérica huele a rosa, a jazmín y a almizcle? Yo diría que no, aunque estoy dispuesto a creer que cuando más sabios somos es en los hermosos momentos en que mayor es nuestra ignorancia.

Pero ¿por qué se encuentran, por otro lado, todas estas flores en las tumbas? Las flores, esas vivas-muertas, que llevan una existencia sedentaria, sin oponer resistencia alguna a un ataque, que prefieren sufrir antes que causar ningún daño, que simulan los amores carnales, se multiplican sin lucha y mueren sin un lamento. Seres superiores, que han hecho realidad el sueño de Buda, no desear nada, soportarlo todo, ensimismarse hasta alcanzar una inconsciencia voluntaria.

¿Es por esto por lo que los sabios hindúes imitan la existencia pasiva de la planta, absteniéndose de entrar en relación con el mundo exterior ya sea con una mirada, con un signo, o bien con una palabra?

Un niño me preguntó en cierta ocasión:

—¿Por qué las flores, que tan bonitas son, no cantan como los pájaros?

—Cantan, claro que cantan —le respondí yo—, pero nosotros no somos capaces de oírlas.

Me detengo delante del medallón de Banville.

¿Hay algún rastro de rosa y de jazmín en este rostro de rentista, de mejillas llenas, labios hinchados como tras un suculento ágape, de ojos de avaro? ¡No, no es el poeta de *Gringoire*! Es otro. ¿Quién?

Me acuerdo del busto de Boulay. No es el bueno y honesto hombre de nariz de gnomo, de aviesa boca de bruja, de rasgos de campesino socarrón.

¡Y Dumont d'Urville, el sabio naturalista, lingüista, el explorador osado y prudente! Lo que el artista ha representado es a un vulgar agente de cambio y bolsa. ¿Qué? ¿Esa pantalla de carne y piel, con sus cinco orificios, cinco vías de comunicación con la gran cloaca, es el signo distintivo que lleva el hombre?… Evoco las imágenes de los grandes contemporáneos: Darwin, un orangután; Dostoievski, el prototipo del presidiario; Tolstoi, un salteador de caminos; Taine, un especulador de bolsa… ¡y tantos otros!

Ahora bien, existen dos caras, dos por lo menos, bajo su piel más o menos velluda. Una leyenda romana nos enseña que la belleza exterior de Jesucristo no tenía par, pero que, en los momentos de ira, su fealdad resultaba espantosa, bestial.

Sócrates, con su cara de fauno, con un rostro en el que se reflejaban todos los vicios, todos los crímenes, vivió como un santo y murió como un héroe.

San Vicente de Paúl, que hizo entrega absoluta de su vida, encarna a un tipo de ladrón astuto e incluso malvado.

¿De dónde salen esas máscaras? Son herencia de una existencia terrenal o extraterrenal anterior.

Tal vez fue Sócrates quien dio con la solución en su célebre respuesta a los detractores que le reprochaban su máscara de criminal:

—Juzgad, pues, cuál será mi virtud habiendo tenido que luchar contra tan malas disposiciones.

O traducido libremente: la tierra es un centro penitenciario en el que tenemos que penar por los crímenes cometidos en una existencia anterior, de la que guardamos un vago recuerdo en la conciencia, que nos impulsa hacia el perfeccionamiento. Somos todos, por consiguiente, unos delincuentes y no deja de tener razón el pesimista que piensa y habla siempre mal del prójimo.

Aquella mañana había en el vial Lenoir una nimiedad que ofendía mi vista. Las líneas rectas de los cipreses se veían rotas por la copa de un árbol, doblada de manera que se inclinaba sobre el sendero. Agitada por el viento, me hace una señal de que me detenga, y yo aflojo el paso y hago un alto. Un mirlo negro, oculto entre las ramas, salta de su nido con un cotorreo, se encarama sobre una cruz de piedra, en un atajo. Me mira; yo le miro. Picotea sobre la cruz para atraer mi atención, y yo leo el epitafio: «Quien me siga no andará entre tinieblas.»

El pájaro negro levanta el vuelo, para lanzarse luego en medio de las tumbas, y yo le sigo sin ningún propósito determinado. Se posa sobre el techo de una capillita, que ostenta esta inscripción encima de la puerta: «Vuestra tristeza se trocará en alegría.»

Mi guía alza las alas y me lleva más lejos en el laberinto sepulcral, mientras deja escapar unos inusitados silbos que mucho me gustaría comprender.

Finalmente, y cuando mi piloto desaparece al pie de un saúco, me encuentro frente a un mausoleo en el que nunca antes había reparado. Un sueño de artista, una visión de poeta, o mejor, un recuerdo medio olvidado, refrescado por las lágrimas de la aflicción. Es un niño de seis años, en altorrelieve sobre fondo de oro, conducido por un ángel por encima de las nubes hacia el cielo.

Ni sombra de criminalidad en ese rostro infantil, de una serenidad perfecta, ojos grandes, hechos más para irradiar la belleza, la bondad, que para contemplar este bajo mundo; la naricita, con su punta ligeramente aplastada por la costumbre de hundirla en el pecho materno, puesta, a modo de delicado ornamento con las ventanillas de líneas concoides por encima de la boca en forma de corazón, no para olfatear la presa, ni para sentir los buenos o malos olores, pues no es todavía un órgano: la belleza por la belleza.

Es el niño antes de la caída de los dientes, esas perlas sin más aparente utilidad que iluminar una sonrisa.

¡Y pensar que desciende de un mono! Confesemos, no obstante, que el anciano vulgar —peludo, arrugado, de dientes caninos, chepudo, con las rodillas dobladas— tira a simiesco, a no ser que la apariencia externa no sea sino una máscara. Un avanzar hacia atrás, por tanto; ¿o qué si no? ¿Existió acaso la edad de oro de Saturno, y seríamos nosotros una degeneración de esos bienaventurados de imposible olvido, cuya pérdida el niño deplora llorando a su llegada al mundo, en el que se siente un extraño?

¿Somos conscientes de lo que hacemos alimentando a los bebés con leche y miel, y más tarde con unos frutos más o menos dorados? Recordarles la edad de oro, en la que:

Flumina iam lactis, iam flumina nectaris ibant
flavoque de viridi stillabant ilice mella.[11]

¿Por qué se cuentan a los niños estas historias del país de Jauja, de trasgos, de duendes, de gigantes, sin hacerles saber que se trata de patrañas? ¿Por qué aparecen estos juguetes que representan monstruos y ángeles, bestias antediluvianas, plantas desfiguradas que no existen?

Daría la ciencia una respuesta si fuera sincera: para hacerle pasar al niño su filogenia, es decir, el tener que repetir unas etapas pasadas igual que recorre su evolución animal antes de nacer.

De vuelta de su excursión, el mirlo me llama con su gritito agudo. Se ha posado sobre una verja de hierro, lleva en su pico un objeto cuya forma y color me es imposible distinguir. Apenas me acerco, el pájaro levanta el vuelo dejando su botín sobre la barra del enrejado. Es una crisálida de mariposa, de esa configuración única que no guarda semejanza con ninguna otra forma del reino animal. Un espantajo, un monstruo, una capucha de duende, que no es ni animal, ni planta, ni piedra. Una mortaja, una tumba, una momia, que no se metamorfosea porque no tenga antepasados en este mundo, sino porque está hecha, creada por alguien.

El gran artista-creador se divirtió como maestro-artista creando sin ningún fin práctico, por simple arte por el arte, quizás un símbolo. Sé perfectamente que esta momia no encierra más que a un viscoso animal informe, sin ningún tipo de estructura y que huele a cadáver reciente.

Y esta maravilla está dotada de vida, de instinto de conservación, ya que cruje sobre el hierro frío y podrá sujetarse por medio de unos hilos si se siente demasiado zarandeada.

¡Un cadáver viviente, que seguramente resucitará!

Y los demás, bajo tierra, que se transforman en sus crisálidas, que sufren la misma necrobiosis, ya no se despertarán, según la ciencia de las academias, apóstatas de su propio maestro. Eso significa que hemos olvidado la confesión de Voltaire acerca de las cosas finales. Yo, volteriano como soy, me daré el gusto de lanzar esta piedra de escándalo, citando a este escéptico que lo admitía todo negándolo todo.

«La resurrección es algo completamente natural; no es más asombroso nacer dos veces que una.»

VIII

LA CAÍDA Y EL PARAÍSO PERDIDO

Introducido en este nuevo mundo a donde nadie puede seguirme, me siento asqueado de los demás, con un deseo invencible de apartarme de cuanto me rodea. Avisé, por tanto, a mis amigos de que pensaba establecerme en Meudon para escribir un libro que exigía soledad y silencio. Al propio tiempo, ciertas discordias insignificantes ocasionaron una ruptura con el círculo de la *crémerie*, de manera que un buen día me vi en el más absoluto aislamiento. Al principio, ello produjo una expansión inaudita de mis sentidos íntimos; una fuerza anímica que reclamaba manifestarse. Me creí en posesión de una energía ilimitada, y el orgullo me sugirió la desatinada idea de intentar hacer milagros.

Ya en una época anterior y en plena gran crisis vital, había observado que podía ejercer una influencia a distancia sobre amigos ausentes. En las leyendas populares se trataba de la cuestión de la telepatía y del embrujamiento. No es mi intención acusarme ni justificarme de ningún acto desalmado, pero creo saber ahora que mi voluntad perversa no lo era tanto, puesto que fui yo quien finalmente salió más perjudicado. Una curiosidad malsana, una erupción de amor invertido resultado de la horrible soledad, me empujó a querer reconciliarme con mi mujer y mi hija, puesto que las quería a las dos. Pero ¿cómo hacerlo mientras el proceso de divorcio seguía su curso? Tenía que ocurrir un caso extraordinario,

una desgracia cualquiera, un acontecimiento fatal e imprevisto, un incendio, una inundación…, en fin, una catástrofe que reuniese los dos corazones, igual que en las novelas las manos hostiles se encuentran en la cabecera de la cama de un enfermo. ¡Claro, eso era! ¡Un enfermo! Los niños siempre están un poco enfermos; la sensibilidad de la madre exagera el peligro: un telegrama y no se hable más.

Aún ignorando las nociones más elementales de magia, un instinto funesto me susurra al oído lo que hay que hacer con el retrato de mi querida hija, mi querida hija convertida más tarde en mi único consuelo en medio de una existencia maldita.

Referiré ahora las consecuencias de una maniobra en la que la mala fe pareció actuar por medio de una operación simbólica.

Sin embargo, las consecuencias se hicieron esperar, y yo continué mis trabajos, experimentando un malestar inexplicable, unido al presentimiento de nuevos desastres.

Por la noche, solo delante del microscopio, me ocurrió un incidente que entonces no comprendí, pero que no por ello dejó de producirme una fuerte impresión.

Tras haber hecho germinar una nuez durante cuatro días, separé el embrión, en forma de corazón y no mayor que una semilla de pera, que está implantado entre dos cotiledones cuyo aspecto recuerda el cerebro humano. Júzguese cuál debió de ser mi emoción cuando en la platina del microscopio vi dos manitas, blancas como el alabastro, levantadas y juntas como en actitud orante. ¿Era aquello una visión? ¿Una alucinación? ¡Oh, no! Una realidad aterradora que me causó horror. ¡Inmóviles, tendidas hacia mí como invocando, pude contar sus cinco dedos, con el pulgar más corto, unas verdaderas manos de mujer o de niño!

Un amigo que me sorprendió delante de este espectáculo desconcertante fue invitado a certificar el fenómeno, y no tuvo que esforzarse mucho para ver dos manos juntas, implorando al observador.

¿Qué era aquello? Las dos primeras hojas rudimentarias de un nogal, *Juglans regia*, la glándula Júpiter. ¡Simplemente eso! Y pese a todo, era innegable el hecho de que los diez dedos de forma humana se juntaban en un gesto de súplica: *De profundis clamavi ad te!*

Demasiado incrédulo aún, y maleado por una educación empírica, hice caso omiso.

¡Se ha consumado la caída! Siento la desgracia de las potencias pesar sobre mí, la mano de lo invisible se ha alzado, y los golpes arrecian sobre mi cabeza.

Para empezar, mi anónimo amigo, que me ha financiado hasta ahora, se retira, herido por una carta presuntuosa, de manera que me he quedado sin blanca.

Al mismo tiempo, tras haber recibido las pruebas de *Sylva Sylvarum*, descubro que el texto ha sido paginado exactamente como un juego de naipes concienzudamente barajado. Las páginas no sólo están mezcladas y mal numeradas, sino que las distintas partes han sido colocadas en un completo desorden, simbolizando irónicamente la teoría del «gran desorden» reinante en la naturaleza. Tras una infinidad de aplazamientos y retrasos, el opúsculo sale a la luz, pero entonces el impresor me presenta una cuenta cuyo importe asciende a más del doble de la suma convenida. Muy a mi pesar llevo a la casa de empeños el microscopio, el frac y las pocas joyas que aún me quedan, pero por fin he visto impresa una de mis obras, y por primera vez en mi vida estoy convencido de haber dicho algo nuevo, grande y hermoso.

Es fácil, pues, comprender mi presunción al llevar los ejemplares al correo. Haciendo un corte de mangas a los cielos, meto los paquetes en el buzón e, insolente para con las potencias hostiles, pienso entre mí: «¡Eh, Esfinge! ¡He resuelto tu enigma y te desafío!»

De vuelta al hotel, me encuentro con la cuenta acompañada de una carta.

Molesto por esta inesperada afrenta, pues desde hacía un año era cliente de la casa, comienzo a observar una serie de nimiedades que hasta ese momento me habían pasado inadvertidas. En las habitaciones vecinas, tres pianos suenan al mismo tiempo.

Me digo que se trata de un complot organizado por esas damas escandinavas cuya compañía he rechazado.

Tres pianos, y yo que no puedo mudarme de hotel por falta de dinero.

Me duermo, furioso contra estas damas y contra el destino, maldiciendo a los cielos. Al día siguiente me despierta un inesperado ruido. Alguien está remachando un clavo en la habitación contigua, justo a la altura de mi cama. Luego, en el lado opuesto.

Una maquinación, tan tonta como esas mujeres artistas, que ignoro como algo despreciable.

Pero cuando, tras el almuerzo, me voy como de costumbre a echar una siesta a mi cama, se empieza a oír un estruendo infernal por encima de mi alcoba, de suerte que trozos de yeso del techo me caen sobre la cabeza.

Bajo a ver a la propietaria y presento mis quejas por la conducta de las pensionistas. Ella afirma, muy gentilmente por lo demás, no haber oído nada, y me promete echar a todo el que se atreva a inquietarme lo más mínimo, porque le importaba mucho que siguiera en su hotel, que no marchaba precisamente viento en popa.

Sin conceder demasiado crédito a las palabras de una mujer, confié en el interés que tenía de tratarme bien.

Sin embargo, los ruidos continúan, y creo comprender que lo que estas damas desean es hacerme creer que se trata de espíritus percutores. ¡Las muy necias!

Ahora bien, al mismo tiempo los compañeros de la *crémerie* cambian de actitud conmigo, y una sorda hostilidad se manifiesta con miradas esquinadas y palabras burlonas.

Por agotamiento, abandono el hotel y la *crémerie*, desvalijado de todo, dejando libros y cachivaches, desnudo como un pequeño san

Juan. Y hago mi entrada en el Hôtel Orfila el 21 de febrero de 1896.

IX

EL PURGATORIO

El Hôtel Orfila, con su aspecto de claustro, es una pensión para estudiantes del círculo católico. Un abate de aspecto amable y agradable ejerce allí la vigilancia. El silencio, el orden y las buenas costumbres reinan en él. Y, cosa que me resulta incluso un alivio tras tantas peripecias, no se admiten en él mujeres.

La casa es vieja; las habitaciones de techo bajo, los pasillos oscuros, y las escaleras de madera serpentean igual que en un laberinto. Reina en este edificio un clima de misticismo que me ha atraído desde hace mucho tiempo. Mi habitación da a un callejón sin salida, de modo que, desde el centro de la estancia la vista no puede rebasar una pared llena de moho, con dos ventanucos en forma de ojo de buey; pero, sentado en mi mesa delante de la ventana, contemplo un paisaje encantador e inesperado.

Bajo un muro tapizado de hiedra hay un patio conventual para jóvenes señoritas, plátanos, paulonias y robinias. También una deliciosa capilla de estilo ojival. Más allá, unos altos paredones con un sinnúmero de pequeñas ventanas enrejadas me hacen pensar en un monasterio; más lejos aún, ya en el valle, una selva de chimeneas que rematan viejas casas semiocultas, y en lontananza, la torre de la iglesia de Notre-Dame-des-Champs, con su cruz, y, en lo alto, la veleta en forma de gallo.

En mi habitación, un retrato al aguafuerte de san Vicente de Paúl y otro de san Pedro, colgado en mi alcoba, encima de la cabecera de la cama, ¡el guardián del cielo! ¡Qué mordaz ironía, para mí que ridiculicé al apóstol en un drama fantástico hace algunos años!

Muy contento de mi aposento, duermo bien la primera noche.

Al día siguiente descubro que los retretes se hallan situados en la callejuela que hay debajo de mi ventana, tan cerca que se oye todo el ruido del mecanismo, con el clic-clac de la válvula de hierro. Luego descubro que los dos ojos de buey de enfrente corresponden a unos retretes. Acto seguido me cercioro de que las cien ventanas al fondo del valle son otros tantos retretes situados en la trasera de una serie de casas.

Al principio me enfurezco, pero como no existe ninguna posibilidad de largarme de aquí me apaciguo maldiciendo al destino.

A eso de la una, el mozo del hotel trae el almuerzo y, como me niego a despejar mi mesa de trabajo, deja la bandeja sobre la mesilla de noche donde se guarda el orinal.

Al advertirle yo de ello, el mozo se excusó diciendo que no había otra mesa disponible. Como tenía aspecto de persona honrada, sin mal fondo, le perdoné, y encima retiró el orinal.

De haber conocido yo a Swedenborg en aquella época, habría comprendido que me encontraba condenado por las potencias al infierno excremencial.[12] Por el momento, maldije la negra suerte que me perseguía desde hacía tantos años; luego me calmé con la triste resignación de quien se somete al destino. Me edificaba leyendo el Libro de Job, convencido de que el Padre Eterno me había entregado a Satán para ponerme a prueba. Esta idea me consoló, y el sufrimiento fue para mí un motivo de alegría, como una prueba de confianza por parte del Todopoderoso.

Comienza entonces una serie de manifestaciones que me es imposible explicar sin recurrir a la intervención de potencias desconocidas y, a partir de ese momento, tomo notas que se van acumulando poco a poco, hasta formar un diario del que publico aquí unos extractos.

Se ha producido en torno a mis estudios de química un silencio glacial. A fin de resurgir y de asestar un golpe definitivo, abordo el problema de fabricar oro. El punto de partida fue la pregunta siguiente: ¿por qué el sulfato de hierro precipita el oro metálico en una solución de sal de oro? La respuesta fue la siguiente: porque el hierro y el azufre entran en la composición del oro. En efecto, todos los sulfuras de hierro de la naturaleza contienen oro en mayor o menor grado.

Por consiguiente, comencé a trabajar con soluciones de sulfato de hierro.

Una mañana me desperté con un vago deseo de realizar una excursión al campo, cosa contraria a mis gustos y costumbres. Tras llegar sin ninguna premeditación a la estación de Montparnasse, tomé el tren para Meudon. Me apeo en el mismo pueblo, que visito por primera vez, subo por la calle mayor y tuerzo a la derecha por una calleja que bordean dos muros. A unos veinte pasos delante de mí, semienterrado, se alza del suelo un caballero romano revestido con una armadura de hierro grisáceo. De un modelado perfecto, pero en miniatura, su rostro no me induce a engaño en cuanto a su naturaleza de piedra bruta. De muy cerca, se ve perfectamente que se trata de un trampantojo, y me detengo, tratando de conservar la ilusión que me resulta placentera. El caballero contempla la pared de al lado y, siguiendo el movimiento de sus ojos, advierto en el encalado una inscripción al carboncillo. Las letras F y S enlazadas me hacen pensar en las iniciales del nombre de mi mujer. ¡Ella aún me ama! Al segundo siguiente, soy iluminado por los signos químicos del hierro y del azufre, que se desdoblan, desplegando ante mis ojos el secreto del oro.

Sin embargo, examino el suelo y encuentro dos estampillas de plomo, unidas con hilo bramante. Uno de los sellos ostenta las letras V. P. y el otro una corona real.

Sin querer entrar a interpretar en detalle esta aventura, regreso a París, conservando una viva impresión, como de algo milagroso.

Quemo en la chimenea unos carbones llamados «cabezas de gorrión» debido a su forma redondeada y homogénea. Un día que el fuego se había apagado antes de la combustión completa, recojo un conglomerado de carbón que presenta los rasgos de una figura fantástica. Una cabeza de gallo de soberbia cresta, con un tronco más bien humano, y retorcidos miembros. Hubiérase dicho uno de los demonios representados en los *sabbats* de la Edad Media.

Al día siguiente, recojo un grupo magnífico de dos gnomos o duendes ebrios, besándose, con las ropas flotantes. Es una obra maestra de escultura primitiva.

El tercer día es una Virgen con el Niño, de estilo bizantino, de una pureza de líneas incomparable.

Conservo las tres cosas sobre mi mesa, tras haberlas dibujado al carboncillo.

Viene a verme un amigo pintor: observa las tres estatuillas con una curiosidad creciente y me hace la siguiente pregunta:

—¿Quién ha hecho esto?

¿Hecho? A fin de ponerle a prueba, le digo el nombre de un escultor noruego.

—¡Vaya! —se muestra de acuerdo—, yo las hubiera atribuido a Kittelsen, el célebre ilustrador de las sagas escandinavas.

Yo no creía en la existencia de los demonios, pero deseoso de ver la impresión que causaban mis estatuillas a los gorriones que acostumbraban a comer pan en el antepecho de mi ventana, las expongo en el tejado.

Los gorriones se asustan y pasan de largo. Así pues, existe una semejanza que los propios animales son capaces de advertir, y hay una realidad subyacente en este juego de la materia inerte y del fuego.

El sol, que caldea las figuritas, hace que se resquebraje el demonio con cresta de gallo, lo que me recuerda la leyenda de los campesinos según la cual los duendes mueren si no se han recogido a la hora de la salida del sol.

En el hotel suceden cosas inquietantes.

Al día siguiente de mi llegada, en el tablero del vestíbulo donde cuelgan las llaves de las habitaciones, encuentro una carta dirigida a un tal señor X, estudiante, que se apellida igual que la familia de mi mujer. La carta está sellada en Dornach, nombre del pueblo austríaco donde viven mi mujer y mi hija. Pero como estoy convencido de que no hay ninguna oficina de correos en Dornach, el asunto sigue siendo enigmático.

A esta carta, colocada como para provocar y para ser vista expresamente, le siguen otras varias.

La segunda está dirigida al señor doctor Bitter, y está sellada en Viena, una tercera lleva el seudónimo polaco Schmulachowsky.

Es el diablo quien anda ahora metido de por medio. Pues éste es un nombre supuesto y comprendo en quién quiere hacer pensar, en uno de mis enemigos mortales que reside en Berlín.

En otra ocasión, es un nombre sueco, que me recuerda a un enemigo de mi país. Por último, una carta sellada en Viena indica, en caracteres impresos, el laboratorio de análisis químicos del doctor Eder. Es decir, que alguien está espiando mi síntesis del oro.

No me cabe ya ninguna duda de que aquí se está tramando una intriga; pero es el diablo quien ha barajado las cartas de estos ladinos. Dejar circular mis sospechas a los cuatro vientos es algo demasiado astuto para unos simples mortales imbéciles.

Le pido alguna información al mozo del hotel sobre el tal señor X y me responde neciamente que es un alsaciano. Eso es todo. Una mañana, de vuelta de mi paseo, encuentro una tarjeta postal en el casillero contiguo al de mi llave. Por un momento, tentado estuve de resolver el enigma echando una ojeada a la tarjeta, pero mi ángel de la guarda paralizó mi mano justo en el preciso segundo en que hacía su aparición el joven, abandonando su escondite de detrás de la puerta.

Le miro de arriba abajo: se parece a mi mujer. En silencio, nos saludamos, y cada uno se va por su lado.

Nunca he podido desentrañar esta intriga, de la que ignoro hasta los mismos protagonistas, pues mi mujer no tiene hermanos ni primos.

La incertidumbre, la amenaza perpetua de una venganza fueron para mí por espacio de seis meses tormento suficiente. Lo sufrí, igual que todo lo demás, como si se tratara de un castigo, por unos pecados conocidos o no.

Con el año nuevo, un hombre nuevo viene a unirse al círculo de la *crémerie*. Artista dedicado a la pintura, y americano, llegaba justo a tiempo para reanimar nuestra languideciente tertulia. Espíritu despierto, cosmopolita, atrevido, buen compañero, me inspiró una vaga desconfianza. Pese a su seguridad y a su aplomo, me olí una situación inestable.

La crisis se declaró más pronto de lo que hubiera podido pensarse. Una noche, el desventurado entró en mi habitación, implorando permiso para quedarse un momento. Tenía el aspecto de un hombre perdido y lo estaba.

Expulsado de su estudio por el propietario, abandonado por la amante, cargado de deudas y acosado por los acreedores, insultado en la calle por los rufianes de las modelos no pagadas, lo que le dejó para el arrastre fue la crueldad del propietario que se quedó con un lienzo suyo destinado a la exposición del Campo de Marte, y con cuyo éxito él contaba, por parecerle la composición original y no carente de fuerza. Representaba éste a la mujer libre, en estado de gravidez, clavada en la cruz y abucheada por la multitud.

Endeudado en la *crémerie*, se encontraba en ayunas y en el arroyo.

Después de la primera confesión, completó su declaración revelando que había tomado una dosis doble de morfina, y que la muerte no quería llevárselo aún.

Tras haber deliberado seriamente, nos pusimos de acuerdo en que era preciso que abandonara el barrio, y que cenaríamos juntos en un asador que los otros desconocían, de manera que la falta de

amigos no le quitase los ánimos de realizar otro lienzo para el Salón de los Independientes.

Las desventuras de este hombre, que ha pasado a convertirse en mi único compañero, no hacen sino aumentar mi sufrimiento porque hago míos sus tormentos. Sé que por mi parte es una fanfarronada, pero constituye, no obstante, una experiencia de gran valor. Él me revela todo su pasado: de origen alemán, vivió siete años en América debido a una desgracia ocurrida en su familia y como consecuencia de una ligereza de juventud, un libelo impío que cayó en manos de la Justicia.

Descubro en él una rara inteligencia, un temperamento melancólico, una sensualidad desenfrenada. Pero detrás de esta máscara humana que le confiere una educación cosmopolita, intuyo un secreto que me intriga, y que un día u otro confío descubrir.

Espero dos meses durante los cuales confundo mi existencia con la de este extranjero, y padezco todas las miserias propias de un artista que no ha triunfado, olvidando que mi carrera está ya hecha, que soy ya alguien, con un nombre en los círculos más selectos de París y en la sociedad de autores dramáticos de esta ciudad, cosa que, por lo demás, no tiene el menor interés para el químico que soy ahora. Por otra parte, mientras guardo silencio sobre mis éxitos indiscutibles, mi compañero aún siente aprecio por mí; pero no bien me veo obligado a hacer alguna referencia de pasada a ellos, se siente herido, se hace el desgraciado, el insignificante, de manera que yo, por conmiseración hacia él, me trato a mí mismo como si fuera un viejo fracasado. Y así, mientras yo me voy rebajando poco a poco, él, con todo un futuro por delante, se crece a mis expensas. Yo me hago el cadáver enterrado cerca de las raíces de un árbol que se eleva hacia lo alto, que extrae su alimento de una vida en descomposición.

Lector de libros budistas en esta época, me quedo admirado de mi abnegación, de mi sacrificio por el prójimo. Toda buena acción tendrá su recompensa, y esto fue lo que yo gané con ello.

Un día la *Revue des Revues* me proporcionó un retrato de ese profeta y terapeuta americano, Francis Schlatter, que curó a cinco mil enfermos en 1895, y desapareció para siempre de este mundo.

Ahora bien, los rasgos de este personaje se asemejaban extraordinariamente a los de mi compañero. A fin de contar con una prueba, llevo la *Revue* al café de Versailles donde me esperaba un escultor sueco. Éste reconoce el parecido, y me recuerda una curiosa coincidencia, a saber, que los dos eran de origen alemán y trabajaban en América. Además, la desaparición de Schlatter se había producido al mismo tiempo que la aparición de nuestro amigo en París. Iniciado ahora un poco en la terminología técnica del ocultismo, emito la opinión de que el tal Francis Schlatter no es otro que el «doble» de nuestro hombre, que lleva, sin saberlo, una existencia independiente.

Cuando pronuncié la palabra «doble», mi escultor puso unos ojos como platos y llamó mi atención sobre el hecho de que nuestro hombre vivía siempre en dos casas, una en la margen derecha y la otra en la izquierda. Por otro lado, me enteré de que mi misterioso amigo llevaba una doble vida, en el sentido de que, tras haber pasado la velada conmigo sumido en filosóficas y religiosas meditaciones, podía encontrársele luego todas las noches en el Bal Bullier.

Existía un medio seguro de demostrar la identidad de estos dos sosias, ya que en la *Revue* venía una reproducción facsimilar de la última carta de Francis Schlatter.

—Venga a cenar esta noche —le propuse yo—, y le dictaré la carta de Schlatter. Si las dos caligrafías se asemejan, y sobre todo las firmas, constituirá una buena prueba.

En la cena, todo se confirma; la mano es la misma, la firma y la rúbrica, todo es idéntico.

Algo sorprendido, el pintor se presta a nuestro examen, y pregunta finalmente:

—¿Y qué pretendéis con esto?

—¿Conoces a Francis Schlatter?

—No he oído hablar de él en la vida.

—¿Recuerdas a ese terapeuta de América, el año pasado?

—¡Ah, sí, ese charlatán!

Se acuerda: le enseño el retrato y el facsímil de la carta.

Él se ríe con expresión escéptica, tranquila, indiferente.

Algunos días después, mi misterioso amigo y yo estamos sentados a la mesa delante de un ajenjo, en la terraza del café de Versalles, cuando un hombre con aspecto de obrero y cara de pocos amigos se para delante de la mesa y, sin decir oste ni moste, comienza a andar entre los clientes. Dirigiéndose a mi compañero, le suelta a grito pelado:

—Por fin le he pescado, sinvergüenza, canalla. ¡Qué es eso de encargarme una cruz de treinta francos, que yo se la traiga, y luego si te he visto no me acuerdo! Maldita sea, ¿o es que se cree que una cruz se hace sola?…

Y como no paraba de dar la matraca, al querer los camareros hacer que se largara, él amenazó con ir a buscar a la fuerza pública, mientras que el pobre deudor permanecía inmóvil, mudo, anonadado como un condenado, ante un público de artistas que más o menos le conocían.

Una vez terminado el incidente, confuso, como si hubiera sido víctima de una escena infernal, le pregunté:

—¿La cruz? Pero ¿qué cruz es ésa de treinta francos? No entiendo nada de toda esta historia…

—Era el modelo de la cruz de Juana de Arco, sabes, eso que te expliqué para mi cuadro de la mujer crucificada.

—¡Pero, entonces, este obrero es un demonio!

Y tras un silencio, proseguí:

—Es extraño, a pesar de todo, pero uno no puede tomarse a broma ni la cruz ni a Juana de Arco.

—Pero ¿tú crees en todo esto?

—¡Yo qué sé! ¡Yo no sé nada! ¡Pero los treinta siclos de plata…!

—¡Basta ya, basta ya! —exclamó él picado.

El Viernes Santo, al llegar al asador, me encontré a mi compañero de desdichas dormido en la mesa.

En un arranque de buen humor, le desperté reconviniéndole:

—¡Tú por aquí!

—¿Por qué no?

—Yo creía que el Viernes Santo te hubieras quedado en la cruz hasta las seis, por lo menos.

—¡Hasta las seis! Es cierto, he dormido durante todo el día hasta las seis de la tarde, y sin poder decir por qué.

—Yo sí podría.

—Ya comprendo: el cuerpo astral que se pasea, ¿verdad?, por América… y todo lo demás.

A partir de aquella tarde, comienza a notarse una frialdad entre nosotros, tras una frecuentación de cuatro horribles meses, durante los cuales mi compañero ha mejorado su educación y ha tenido tiempo de cambiar de estilo pictórico, renegando de la mujer crucificada como de algo superado. Había aceptado el sufrimiento como la única alegría fructífera de la existencia, a lo que siguió la resignación. ¡Héroe sumido en la miseria! Sentí admiración por él cuando, en un mismo día, hizo a pie el trayecto de ida y vuelta de Montrouge a Les Halles, con unas botas de suelas gastadas y sin haber probado bocado. Por la noche, tras diecisiete visitas a las redacciones de diversos periódicos, había logrado colocar tres dibujos, pero sin haber visto por ello el menor dinero; luego se fue a Bullier, después de haber comido por dos céntimos un poco de pan.

Finalmente, y de común acuerdo, tácito, deshicimos esta asociación de socorro mutuo. Un sentimiento particular nos decía a ambos que ya era suficiente y que nuestros destinos debían realizarse por separado, y a la hora de la despedida yo sabía que aquella sería la última vez.

No he vuelto a ver jamás a ese hombre, y nunca he sabido qué destino ha tenido.

En primavera, agobiado por mis propias adversidades y las de mi compañero, recibí de los hijos de mi primer matrimonio una carta en la que me contaban que habían estado gravemente enfermos, y que habían sido ingresados en un hospital. Comparando la época de este acontecimiento con mi experiencia de malhechor, me sentí presa del horror. Por simple ligereza, había estado jugando con las fuerzas secretas, y mis malas intenciones se habían abierto camino, pero, guiadas por la mano invisible, sólo para golpearme de lleno.

No pido disculpas por ello, únicamente ruego al lector que retenga este hecho por si algún día se le ocurriera entregarse a prácticas de magia, en especial a la operación llamada hechizo o embrujamiento propiamente dicho, cuya realidad ha sido establecida por De Rochas.[13]

Un domingo antes de Pascua me despierto y me voy a dar un paseo por el Jardin du Luxembourg que recorro totalmente, y cruzo la calle. Tras meterme bajo los soportales del Odéon, me quedo inmóvil delante de los volúmenes azules de la obra de Balzac, y cojo al azar *Serafita*. ¿Por qué?

Acaso por un recuerdo subconsciente que había dejado en mí la lectura de *L'Initiation* cuando, en la crítica de mi *Sylva Sylvarum*, me habían llamado el compatriota de Swedenborg.

De vuelta a casa, abrí el volumen, poco menos que desconocido para mí, pues habían pasado muchos años entre mi primera lectura y esta segunda.

Para mí resultaba absolutamente nuevo y, ahora que mi espíritu se hallaba preparado, asimilé el contenido de este libro extraordinario. No había leído jamás nada de Swedenborg, considerado un charlatán, un loco, un ser lúbrico, en su país que es también el mío, y me sentí dominado por una exaltada admiración mientras escuchaba a este gigante angélico del pasado siglo, a través de la interpretación que de él había hecho el más profundo de los genios franceses.

Ahora bien, leyendo con una atención realmente religiosa, llego a la página 16 donde el 2 9 de marzo está indicado como fecha del fallecimiento de Swedenborg. Me detengo, reflexiono y abro el almanaque. Hoy estamos exactamente a 29 de marzo, y además es Domingo de Ramos.

¡Swedenborg se reveló, entonces, como un espíritu corrector en mi vida, en la que ha jugado un papel importantísimo, y en el aniversario de su muerte me trajo la palma de la victoria o del martirio!

Serafita se convierte para mí en el mismísimo evangelio, y me hace renovar la alianza con el más allá, hasta el punto de que la vida me hastía y una irresistible nostalgia me empuja hacia el cielo. ¡No me cabe ninguna duda de que estoy preparado para una existencia superior! Desprecio la tierra, este bajo mundo, a los hombres y sus obras. Me tengo por un hombre justo, carente de iniquidad, a quien el Padre Eterno ha puesto a prueba, y que el purgatorio de este mundo hará digno de una liberación próxima.

Este orgullo, fruto de mi intimidad con las potencias, no cesa de aumentar, tanto más cuanto que mis investigaciones científicas van por buen camino. Así consigo hacer oro, según mis cálculos y las observaciones de los metalúrgicos, y creo poder demostrarlo. He enviado unas pruebas a un químico amigo mío de Ruán.

Éste me prueba lo contrario de mis afirmaciones, y durante una semana permanezco sin poder replicarle. Entonces, hojeando el tratado de química de Orfila, mi maestro, doy con el quid de la cuestión.

Este viejo tratado de química que data de 1830, olvidado y despreciado, se ha convertido en el oráculo que viene en mi socorro en los momentos críticos. Orfila y Swedenborg, mis amigos, me protegen, me alientan y me castigan. Aunque yo no les veo, siento su presencia; no se muestran a mi espíritu ni por medio de visiones ni de alucinaciones, pero los pequeños hechos de cada día que voy recogiendo ponen de manifiesto su intervención en las vicisitudes de mi existencia.

Los espíritus se han vuelto positivistas, como la época actual, y no se contentan con visiones.

Cito como ejemplo este encuentro, que no se podría explicar con la simple palabra coincidencia.

Tras haber logrado producir manchas de oro sobre papel, traté de producirlas en gran cantidad por la vía seca y mediante el fuego. Doscientos experimentos no conducen a nada y, desesperado, me rindo y apago el fuego.

Mi paseo matinal me condujo a la avenue de l'Observatoire, donde a menudo me detengo a admirar el grupo escultórico de las cuatro partes del mundo, por la secreta razón de que la más deliciosa de las mujeres de Carpeaux guarda un parecido con mi mujer. Ella se alza a la altura del signo de Piscis, bajo la esfera armilar, y unos gorriones han hecho el nido en su espalda.

Al pie del monumento encuentro dos trozos de cartón cortados en forma ovalada, uno con el número 207 impreso en él y el otro con el 28. Lo que significa plomo (peso atómico 207) y silicio (peso atómico 28). Recojo el hallazgo y lo guardo entre mis notas sobre química. En casa doy comienzo a una serie de experimentos sobre el plomo, dejando el silicio hasta nueva orden. Sabiendo, por la metalurgia, que el plomo copelado en un crisol con una capa de cenizas de hueso da siempre un poco de plata, y que dicha plata contiene de forma constante un poco de oro, me digo que el fosfato de calcio, principal ingrediente de las cenizas de hueso, debe constituir el factor esencial en la producción del oro extraído del plomo.

En efecto, el plomo, fundido en un lecho de fosfato de calcio, toma siempre una coloración amarilla de oro en su superficie inferior. Pero la mala fe de las potencias quiso interrumpir la realización del experimento.

Un año más tarde, estando yo por aquel entonces en Lund, Suecia, un escultor que trabajaba la porcelana me proporcionó la fórmula de un vidriado compuesto de plomo y de sílice, gracias a la

cual, por vez primera, puedo hacer realidad, al fuego, un oro mineralizado de una perfecta belleza.

Al expresarle mi agradecimiento, le mostré los dos trozos de cartón con los números 207 y 28.

¿Azar o simple coincidencia en este acontecimiento marcado por una lógica irrebatible?

Repito que, aunque nunca me vi atormentado por visiones, sí se me aparecieron objetos reales revestidos de formas humanas de un efecto a menudo grandioso. Así, mi almohada, deformada tras dormir la siesta, me ofrece como modelo unas cabezas de mármol al estilo de Miguel Ángel. Una noche, al regresar a mi casa con el menecmo[14] del terapeuta americano, en la penumbra de la alcoba, descubro un Zeus gigantesco que descansa en mi cama. Ante este espectáculo imprevisto, mi compañero es presa de un terror casi religioso. Artista como es, sabe apreciar en seguida la belleza de líneas:

—¡Acaba de renacer el gran arte desaparecido! ¡Aquí tienes un verdadero modelo de academia para dibujar!

A medida que se la mira, viva y terrible, la aparición toma cuerpo.

—Es evidente que los espíritus se han vuelto realistas, como nosotros los mortales.

Está claro que esto no es obra del azar, pues algunos días la almohada representa espantosos monstruos, gárgolas góticas, dragones: una noche, de vuelta de alguna orgía, me saluda el demonio, un verdadero diablo de estilo medieval, con su cabeza de macho cabrío y todo lo demás. Nunca se apoderó de mí el temor; pero, por más que todo ello fuera de lo más natural del mundo, quedó grabada en mi alma la impresión de algo anormal, casi diría sobrenatural.

Mi amigo el escultor, llamado como testigo, no mostró la menor sorpresa; me invitó a ir a su taller donde un dibujo al carboncillo, que colgaba de la pared, me impresionó por su belleza de líneas.

—¿Dónde ha encontrado usted eso? ¿Es una Madona, verdad?

—Una Madona de Versalles, copiada a partir del modelo de las plantas que flotan en el pequeño lago de los suizos.

¡La revelación de un nuevo arte a partir del natural! ¡La clarividencia natural! ¿Por qué escupir sobre el naturalismo, cuando inaugura un nuevo arte, lleno de juventud y de esperanza? Es el retorno de los dioses, y la voz de alarma lanzada por escritores y artistas: ¡Pam!, ha resonado con tal potencia que la naturaleza se ha despertado, después de un sueño de varios siglos. Nada sucede en el mundo sin el consentimiento de las potencias: si el naturalismo fue, pues bien, que el naturalismo sea, y que renazca la armonía entre la materia y el espíritu.

Mi escultor es un vidente. Me cuenta que vio a Orfeo y a Cristo modelados juntos en una roca de Bretaña y añade que piensa volver a dicho lugar, con el fin de utilizarlos como modelos para un grupo escultórico destinado al Salón.

Una noche, al bajar por la rue de Rennes, este mismo vidente se detuvo ante el escaparate de una librería en que había expuestas unas litografías en color. Era una serie de escenas que representaban cuerpos humanos, con unas flores de pensamiento a guisa de cabeza. Observador botánico como soy, nunca había reparado en el parecido de la flor de pensamiento con el rostro humano. Mi compañero no da crédito a lo que ven sus ojos, presa de un doble asombro.

—Imagínese que ayer por la noche, de vuelta a casa, los pensamientos que tengo en mi ventana me miraban de modo irritante, y de pronto vi en ellos caras humanas. Yo pensé que se trataría de alguna ilusión óptica debida a mi estado de nervios. Y hoy me encuentro esto mismo impreso en una vieja estampa: por lo tanto, no es ninguna ilusión sino una realidad, ya que un artista desconocido observó lo mismo antes que yo.

Hacemos progresos como videntes, y a mi vez veo a Napoleón y a sus mariscales en la cúpula de Les Invalides.

Si se toma por el boulevard des Invalides viniendo de Montparnasse, por debajo de la rue Oudinot, la cúpula aparece en

todo su esplendor a la hora de la puesta del sol, y las ménsulas y otros salientes del tambor que sustenta el cimborrio adquieren aspecto de figuras humanas, que cambian según el punto de mira, más o menos alejado, que adoptemos. Ahí está Napoleón. También Bernadotte, Berthier… y mi amigo los ha dibujado «del natural».

—¿Cómo explicaría usted este fenómeno?

—¿Explicar? ¿Es que se ha explicado alguna vez algo como no sea parafraseando un montón de palabras con otro montón de ellas?

—Así pues, ¿no cree usted que el arquitecto haya trabajado siguiendo una dirección subconsciente de su espíritu?

—Escuche usted, querido amigo. Jules Mansard, que construyó el cimborrio en 1706, fue incapaz de prever la silueta de Napoleón, que nació en 1769… ¿Le basta con esto?

A veces, por la noche, tengo sueños que me predicen el porvenir, me advierten de peligros, me revelan secretos. Así un amigo, fallecido hace tiempo, se me apareció en un sueño, ofreciéndome una moneda de plata de un tamaño insólito. Yo le pregunté por la procedencia de semejante pieza extraordinaria. Él me respondió que era americana, y desapareció con el tesoro.

Al día siguiente, una carta sellada en América, enviada por un amigo al que hacía veinte años que no veía, me informa de que con el fin de encargarme un texto para la exposición de Chicago había tratado inútilmente de dar con mi paradero por toda Europa. Se trataba de una suma de 12.000 francos, suma enorme para mi desesperada situación de aquel entonces, y que me había perdido. Estos x 2.000 francos hubieran asegurado mi futuro, pero nadie más que yo supo que la pérdida de este dinero me había sido infligida como castigo por una fechoría cometida en un arrebato de cólera, arrebato provocado por la perfidia de un rival literario.

Otro sueño, éste de mayor alcance, me hizo ver a Jonas Lie sosteniendo un reloj de péndulo de bronce dorado, de

ornamentación poco común.

Unos días más tarde, mientras me paseaba por el boulevard Saint-Michel, atrajo mi atención el escaparate de una relojería:

—¡Pero si ése es el reloj de péndulo de Jonas Lie! —no pude menos que exclamar.

En efecto, era el mismo. Rematado por una esfera celeste, a la que había adosadas dos mujeres, el mecanismo descansaba sobre cuatro columnas. En el fanal de cristal, un reloj de calendario perpetuo, enmarcado, indicaba el 13 de agosto.

En un próximo capítulo diré lo que escondía de fatal esta fecha del r 3 de agosto. Estos pequeños incidentes y muchos otros acontecían durante mi estancia en el Hotel Orfila entre el 6 de febrero y el 19 de julio de 1896.

Juntamente con estos hechos se desarrollaba, paralela, pero a intervalos, la aventura siguiente, que desembocó en mi expulsión del hotel, e inauguró una nueva etapa de mi vida.

Ha llegado la primavera; el valle de lágrimas que se extiende bajo mi ventana reverdece y florece. El verde césped cubre el suelo, oculta las inmundicias, y la gehena se ha trocado en el valle de Sarón[15] donde florecen, aparte de los lirios, las robinias y las paulonias.

Estoy mortalmente triste, pero las risas alegres de las muchachas, que juegan abajo, invisibles bajo los árboles, llegan a mi corazón y me despiertan a la vida. Pasa la vida y se acerca la vejez: mujer, hijos, hogar, todo se ve devastado: otoño en el interior, primavera en el exterior.

Encuentro consuelo en el Libro de Job y en las Lamentaciones de Jeremías, porque seguramente existe una analogía, al menos, entre la suerte de Job y la mía. ¿Acaso no me he visto afectado por una úlcera incurable? ¿No me abrumó la pobreza y no me han abandonado mis amigos?

«Sin haber sol, ando renegrido; me he levantado en la asamblea, sólo para gritar. Me he hecho hermano de los chacales y compañero de las avestruces. Mi piel se ha ennegrecido sobre mí y mis huesos

queman por la fiebre. Se ha trocado en duelo mi cítara, y mi flauta, en voz de plañideras.»

Así dice Job. Y Jeremías, en dos palabras, expresa lo abismal de mi tristeza: «¡Casi he olvidado lo que es la felicidad!»

Es con esta disposición de ánimo cómo, doblado sobre mi trabajo durante un bochornoso mediodía, escucho los acordes de un piano debajo de mi ventana, tras el follaje del valle. Aguzo el oído, como el correo al toque de la corneta; me recobro y reconforto mi espíritu: respiro. Es el *Despertar* de Schumann, *Aufschwung*. ¡Y además, es *Él* quien toca! Es mi amigo, el ruso, mi discípulo, el que me llamaba «padre» porque todo cuanto sabía lo había aprendido de mí, mi *famulus* que me daba el título de maestro al mismo tiempo que me besaba las manos, porque su vida comenzaba donde terminaba la mía. Es él, que ha venido de Berlín a París para acabar conmigo, como lo hizo en Berlín, ¿y por qué razón?… Pues simplemente porque el destino había querido que su actual mujer hubiera sido mi amante antes de que él la conociese. ¿Era culpa mía que la cosa hubiera sucedido así? Sin duda no y, no obstante, me juró un odio mortal, me calumnió, me impidió estrenar mis obras en los teatros, urdió intrigas que me privaron de los ingresos necesarios para mi subsistencia. Fue entonces cuando en un ataque de rabia, le golpeé en pleno pecho brutal y cobardemente, tan cobardemente que sufrí por ello como si hubiera cometido un asesinato.

Ahora que ha venido a matarme siento alivio, pues sólo la muerte puede liberarme del remordimiento.

No fue, pues, otro que él quien me inquietó por medio de cartas con falsas direcciones, allí, en la recepción del hotel. ¡Que golpee, pues! No me defenderé, porque no le faltan motivos para ello y la vida no tiene ya ningún sentido para mí.

Sigue tocando el *Despertar* que sabe ejecutar como nadie; invisible detrás de la muralla de verdor, manda las mágicas armonías por encima de las copas en flor, de modo que creo verlas como si fueran mariposas revoloteando en torno al sol.

¿Por qué toca? ¡Para hacerme saber su llegada, para espantarme y hostigarme en mi huida!

Tal vez conozca la *crémerie*, donde los otros rusos han anunciado desde hace tiempo la llegada de su compatriota. Así que allí me voy por la noche, a cenar, y ya desde la misma puerta me dirigen miradas hostiles. Al corriente de mis diferencias con el ruso, todos los comensales se han aliado contra mí. A fin de desarmarlos, yo mismo abro el fuego:

—¿Popoffsky está en París? —digo en tono interrogativo.

—¡No, todavía no! —me responde uno.

—Sí —contesta otro—, le han visto en el *Mercure de France*.

Se desmienten unos a otros, por lo que termino sin saber a qué atenerme, mientras pongo cara de creer todo cuanto me cuentan. La hostilidad demasiado evidente me hace jurar que evitaré en lo sucesivo la *crémerie*, aunque muy a mi pesar, pues la frecuentaban personas que me resultaban realmente simpáticas. De nuevo aislado, expulsado por mi maldito enemigo, le tomo ojeriza, y el odio me corroe y me vuelve malvado. ¡Renuncio a la muerte! No quiero caer en manos de un hombre que no me llega a la suela del zapato: es una humillación demasiado grande para mí, y un honor demasiado alto para él. Quiero luchar, defenderme, y para saber a qué atenerme, me dirijo a la rue de la Santé, detrás del Val-de-Grâce, para ver a un pintor danés,[16] amigo íntimo de Popoffsky. Este hombre, en otro tiempo amigo mío, había llegado a París hacía seis semanas y, al encontrármelo por la calle, me había saludado como a un extraño, casi como a un enemigo. En cambio, al día siguiente me hizo una visita, y me invitó a ir a su estudio, cubriéndome de lisonjas para no suscitar en mí la impresión de ser un falso amigo. Cuando le pedí noticias de Popoffsky, él se mostró evasivo, pero confirmó la noticia de su próxima llegada a París.

—¡Con el propósito de asesinarme! —apostillé yo.

—¡Sin duda! ¡Andaos con cuidado!

Por la mañana, al ir a devolverle la visita a mi amigo danés, abro la puerta de su casa y me encuentro un perro danés —¡qué

casualidad!—, de tamaño gigantesco y aspecto monstruoso, echado sobre el pavimento del patio, cerrándome el paso. De un impulso instintivo, pero decidido, salí inmediatamente a la calle y volví sobre mis pasos, dando gracias a las potencias por haberme advertido, convencido como estaba de haber escapado a un peligro desconocido. Algunos días más tarde, cuando quise repetir mi visita, encontré la puerta abierta, y en el umbral un niño sentado, con un naipe en la mano. Supersticioso pero lúcido, eché una mirada a la carta. ¡Era el diez de picas!

—¡En esta casa se juega sucio!

Y me marché sin entrar.

Pero esa noche, tras la escena de la *crémerie*, estaba completamente decidido a desafiar al cancerbero y a la carta de picas, pero el destino no quiso que así fuera, de suerte que encontré a mi hombre en la Brasserie des Lilas. Él se mostró encantado de verme y nos sentamos en una mesa de la terraza.

Reviviendo nuestros comunes recuerdos de Berlín, él volvía a su viejo papel de buen compañero, se exaltaba con sus propios relatos, olvidaba las pequeñas discordias y confesaba hechos que había negado públicamente. De pronto, pareció recordar algún compromiso o algunas promesas hechas, por lo que enmudeció, frío, hostil, como irritado por haberse dejado tirar de la lengua.

A mi pregunta directa de si Popoffsky estaba en París, él me respondió en tono tan seco que la mentira me pareció evidente. Y así nos dejamos.

Hay que decir aquí que este danés había sido amante de la señora Popoffsky antes que yo, y que le guardaba rencor a su amante por haberle abandonado por mí. Ahora hacía el papel de amigo del matrimonio debido a la poca cautela de Popoffsky, que, sin embargo, no ignoraba las relaciones de su mujer con el apuesto Henri.

El *Despertar* de Schumann resuena más allá de las tupidas copas de los árboles, pero el músico permanece invisible, y me es

imposible saber dónde se encuentra. Durante todo un mes continúa la música, por la tarde, de cuatro a cinco.

Una mañana que bajaba yo por la rue de Fleurus para reconfortarme con una visita a mi arco iris del escaparate de la tintorería, entré en el Jardin du Luxembourg que estaba totalmente en flor y de una hermosura como de cuento de hadas, y me encuentro en el suelo dos ramitas secas, rotas por el viento. Representaban dos letras griegas, la «P» y la «y». Las recogí, y la asociación «P-y», abreviatura de Popoffsky, no tardó en acudir a mi mente. Por tanto, no era otro sino él quien me perseguía, y las potencias querían ponerme en guardia del peligro. Se apodera de mí la inquietud, a pesar de esa señal de buen augurio por parte de lo invisible. Invoco la protección de la Providencia, leo los salmos de David contra sus enemigos, odio a mi enemigo con el odio religioso del Antiguo Testamento, y al mismo tiempo no me siento con valor de utilizar los medios de magia negra que acabo de estudiar. «Ten a bien liberarme, ¡oh Iahvé!; corre, ¡oh, Iahvé!, en mi ayuda. Sean confundidos y avergonzados a una los que buscan mi vida para perderla. Vuelvan las espaldas, llenas de vergüenza, los que en mi mal se gozan. Estremézcanse de ignominia los que me gritan: ¡Ea, ea!»

Esta súplica me pareció entonces sincera, y la misericordia del Nuevo Testamento se me antojaba una pura cobardía.

¿Hacia qué desconocido mundo emprendió el vuelo mi invocación impía? No sabría decirlo: pero la continuación de esta aventura demostrará al menos que mi deseo se vio satisfecho.

X

EXTRACTO DE MI DIARIO
1896

13 de mayo.— Carta de mi mujer. Enterada por la prensa de que un tal señor S. va a partir en globo hacia el Polo Norte, lanza un grito de angustia, me confiesa su amor inalterado y me suplica que renuncie a un proyecto que equivale a un verdadero suicidio.

Yo aclaro su error y le hago saber que se trata del hijo de un primo hermano mío, que pone en riesgo su vida en aras de un gran descubrimiento científico.

14 de mayo.— La noche pasada tuve un sueño. Una cabeza cortada había sido adaptada al tronco de un hombre que tenía todo el aspecto de un actor alcoholizado. La cabeza se ponía a hablar: yo sentía miedo y derribaba mi biombo, y ponía a un ruso delante de mí, para protegerme del ataque del hombre enfurecido. Esta misma noche, me pica un mosquito y lo mato. Por la mañana, la palma de mi mano derecha está salpicada aún de sangre.

Paseándome por el boulevard Port-Royal, veo un charco de sangre en la acera. Unos gorriones han hecho su nido en el cañón de la chimenea. Gorjean agradablemente como si vivieran en mi habitación.

17 de mayo y días siguientes.— El ajenjo de las seis en la terraza de la Brasserie des Lilas, detrás del mariscal Ney, se ha convertido

en mi único vicio, en mi última alegría. Así, después de la jornada de trabajo, con el cuerpo y el alma agotados, me refugio en la verde bebida, con un cigarrillo, *Le Temps y Débats*.

¡Qué grata resulta la vida cuando la bruma de una dulce ebriedad deja caer su velo sobre las miserias de la existencia! Es probable que las potencias me envíen esta hora de beatitud imaginaria, entre las seis y las siete, porque a partir de esta tarde la felicidad se ha visto turbada por una serie de molestias que no podría atribuir ya al azar.

Así pues, el 17 de mayo, la mesa en que acostumbro a sentarme desde hace cerca de dos años se halla ocupada; y en todas las restantes hay gente. Tengo que irme a otro café, cosa que me apena lo indecible.

18 de mayo.— En las Lilas, mi querido rinconcito está libre; estoy contento, feliz incluso, bajo mi castaño, detrás del mariscal Ney. Allí está el ajenjo, puntualmente servido, el cigarrillo encendido, *Le Temps* abierto…

Y justo en ese momento acierta a pasar un borracho, de repulsivo y horrible aspecto, que me incomoda, escrutándome con su mirada socarrona, burlona. Su rostro es del color de las heces de vino; su nariz, azul de Prusia; sus ojos reflejan una mirada malvada. Yo saboreó mi ajenjo, feliz de no parecerme a este borracho… pero, sin saber cómo, mi vaso aparece volcado y vacío. Sin un chavo para pedir otro, pago la consumición, me levanto y abandono el café, convencido de que el Maligno me ha echado mal de ojo.

19 de mayo.— No me atrevo a pasarme por el café.

20 de mayo.— Merodeando en torno a las Lilas, veo que mi rincón está libre. Es preciso luchar contra el Maligno y yo entablo combate con él. Me han servido el ajenjo, el cigarrillo tira bien. *Le Temps* trae grandes noticias. ¡Mira por donde —ruego creas, lector, en mi palabra—, justo en ese momento se declara fuego en la chimenea del edificio del café, que está por encima de mi cabeza! Pánico

general. Permanezco sentado, pero una voluntad más fuerte que la mía hace caer sobre mí una nube de hollín tan bien dirigida que dos pavesas van a parar dentro de mi copa. Me largo desconcertado, pero sin dejar de sentirme en todo momento incrédulo y escéptico.

1 de junio.— Tras una prolongada abstinencia, he recuperado las ganas de buscar consuelo bajo el castaño. Mi mesa está ocupada, y me siento en otra, aislada y tranquila. Hay que luchar contra el Maligno… ¡Y justo en ese instante una familia de pequeños burgueses viene a sentarse a mi lado! Son legión, y llegan refuerzos a cada momento, sin cesar, mujeres que tropiezan con mi silla, niños que hacen aguas menores al aire libre, delante mismo de mí, jóvenes que cogen mis cerillas sin pedirme permiso. Rodeado por esta ruidosa e insolente turbamulta, me niego a ceder mi sitio. Entonces se arma un escándalo, organizado sin duda por unas manos hábiles e invisibles, porque está demasiado logrado para que pueda atribuirlo a ninguna intriga de esta gente que no me conoce de nada.

Un joven, en un gesto incomprensible para mí, deposita una moneda sobre mi mesa. Extranjero y solo entre tanta gente, yo no me atrevo a cabrearme. Pero, cegado por la cólera, trato de desentrañar lo sucedido.

Me da una moneda como a un mendigo.

¡Mendigo! He aquí el puñal que hundo en mi pecho. ¡Mendigo! Sí, pues no ganas nada y además…

El camarero viene a ofrecerme un lugar más cómodo, y yo dejo la moneda sobre la mesa. El camarero me la trae, ¡qué afrenta! Y educadamente me entero de que aquel joven la había recogido de debajo de la mesa, creyendo que era mía.

¡Me avergüenzo! Y a fin de apaciguar mi cólera, pido un segundo ajenjo.

Me sirven el ajenjo, y todo va a pedir de boca, hasta que noto que me ahogo debido a un olor nauseabundo a sulfuro de amonio.

¿Y qué ocurre ahora? Algo de lo más natural del mundo, nada de milagros ni tampoco la menor sombra de maldad… simplemente que la boca de la alcantarilla estaba entreabierta al borde de la acera en que estaba situada mi silla. ¡Sólo entonces comienzo a comprender que los genios buenos querían liberarme de un vicio que conduce al manicomio! ¡Loada sea la Providencia por haberme salvado!

25 de mayo.— Pese a las normas del hotel, que no admiten a mujeres, una familia se ha instalado en la habitación de al lado de la mía. Un bebé que grita día y noche me produce un verdadero placer, y me recuerda los buenos tiempos, mi vida floreciente entre los treinta y los cuarenta.

26 de mayo.— ¡La familia se pelea! El niño berrea. ¡Cómo se parece todo! ¡Y qué dulce resulta —ahora— para mí!

Esta noche he vuelto a ver a la dama inglesa. Encantadora, me sonreía con su bonita sonrisa maternal. Ha pintado una bailarina contoneante que se parece a una nuez o a un cerebro. El cuadro cuelga, poco menos que escondido, detrás del aparador de la señora Charlotte, en la *crémerie*.

29 de mayo.— Una carta de los hijos de mi primer matrimonio me avisa de que han recibido un telegrama invitándoles a Estocolmo para asistir a la fiesta de despedida antes de mi partida en globo hacia el Polo Norte. No comprenden absolutamente nada, ni yo tampoco. ¡Qué enojoso error!

Los periódicos traen la noticia del desastre de San Luis (¡San Luis!) en América, donde un ciclón ha causado mil muertos.

2 de junio.— En la avenue de l’Observatoire, he encontrado dos guijarros con la forma exacta de un corazón. Por la noche, en el jardín de un pintor ruso, doy con un tercero, de igual tamaño que los otros y semejante en todo a ellos. El Despertar de Schumann ha cesado, y estoy nuevamente tranquilo.

7 de junio.— Hago una visita al pintor danés, en la rue de la Santé. El perrazo ha desaparecido, la entrada está despejada, nos vamos a cenar a una terraza, en el boulevard Port-Royal. Mi amigo tiene frío y dice sentirse indispuesto; y como ha olvidado su gabán, le echo el mío sobre los hombros. De entrada esto le calma; él me soporta y yo le amanso. No se atreve ya a rebelarse: estamos de acuerdo en todo; me confiesa que Popoffsky es un ser malvado, y que no es sino a él a quien debo todos mis desastres. De pronto, se pone nervioso, tiembla como un médium bajo la influencia del hipnotizador; se rebulle sacudiendo el gabán; deja de comer, tira el tenedor, se levanta y, tras devolverme mi gabán, me dice adiós muy buenas.

¿Qué ha sido? ¿La túnica de Neso?[17] ¿Mi fluido nervioso condensado en el abrigo, cuya polaridad extraña le subyuga? Debe de tratarse de aquello a lo que se refiere Ezequiel, capítulo 13, versículo 18:

> Así habla el Señor, Iahvé: ¡Ay de aquellas que se hacen cintajos para todas las articulaciones de las manos y lazos para las cabezas de toda talla para *cazar las almas*! (…) Yo los arrancaré de vuestras manos y dejaré volar libres a las almas que con ellos cazáis.

¿Me habré vuelto brujo sin saberlo?

9 de junio.— He visitado a mi amigo danés, para ver sus cuadros. A mi llegada, él estaba despejado y gozando de buena salud, pero al cabo de media hora, sufrió un ataque de nervios que le obligó a desnudarse y meterse en la cama.

¿Qué tenía? ¿Mala conciencia?

14 de junio. Domingo.— Encuentro un cuarto guijarro en forma de corazón, esta vez en el Jardin du Luxembourg, pero del mismo tipo que los anteriores. Adherida a la piedra, hay una pepita de oro. No

comprendo el enigma, pero intuyo un presagio. Me pongo a comparar estos cuatro guijarros ante la ventana abierta cuando las campanas de Saint-Sulpice empiezan a sonar, luego la campana mayor de Notre-Dame, mientras en medio de este repique habitual retumba un fragor pesado, solemne y como salido de las mismas entrañas de la tierra.

Le pregunto al mozo que me trae el correo qué sucede.

—Es la gran Saboyana del Sacré-Coeur de Montmartre.

—¿Así que es la fiesta del Sacré-Coeur? —y yo miro mis cuatro corazones de piedra dura, un tanto impresionado por esta flagrante coincidencia.

Oigo un cuclillo por la parte de la iglesia de Notre-Dame-des-Champs, y sin embargo ello es imposible; a menos que mis oídos se hayan vuelto lo bastante hipersensibles como para percibir sonidos procedentes del bosque de Meudon.

15 de junio.— Bajo al centro de París para cambiar un cheque en billetes y oro. El quai Voltaire vacila bajo mis pies, lo cual no deja de asombrarme. Sin embargo, sé perfectamente que el Pont du Carrousell oscila bajo el peso de los coches, pero esta mañana el movimiento llega hasta el mismísimo patio de les Tuileries y la avenue de l’Opéra. Es verdad que una ciudad vibra siempre, mas para notarlo es preciso tener los nervios de punta.

La margen opuesta del río, para los de Montparnasse, es un país extranjero. Ha pasado casi un año desde mi última visita allí, que no fue más allá del Crédit Lyonnais o del Café de la Régence. En el boulevard des Italiens me entra la nostalgia y aprieto el paso hacia la otra orilla, donde la calle de los Saints-Pères me reconforta con su aspecto.

Cerca de la iglesia de Saint-Germain-des-Prés, me topo con un coche fúnebre, luego con dos Vírgenes colosales transportadas sobre un carro. Una de ellas, de hinojos, juntas las manos, la mirada dirigida al cielo, me causa una gran impresión.

16 de junio.— En el boulevard Saint-Michel, compro un pisapapeles de mármol, adornado con una bola de cristal que contiene la Virgen de Lourdes, en su célebre gruta; delante de ella, postrada, hay una dama tocada con un velo. Expongo la imagen al sol, que proyecta unas sombras maravillosas en la pared. En la parte posterior de la gruta, por un azar no previsto por el escultor, el yeso ha formado una cabeza de Cristo.

18 de junio.— Mi amigo danés entra en mi habitación, como un loco, temblando de pies a cabeza. Popoffsky ha sido detenido en Berlín, acusado de haber asesinado a una mujer y a dos niños, es decir, a su amante y a los dos hijos que había tenido antes de su matrimonio. Tras el primer momento de sorpresa y de sincera compasión por un amigo que, después de todo, me había demostrado una gran solicitud, una calma profunda embarga mi ánimo que habían agitado, desde hacía varios meses, las amenazas inminentes.

Incapaz de disimular mi legítimo egoísmo, doy rienda suelta a mis sentimientos:

—¡Es algo horrible, y sin embargo siento alivio sólo de pensar en el peligro del que acabo de escapar!

¿El móvil del crimen? Puede que la esposa legítima, celosa de la ilegítima, y de los gastos ocasionados por ésta… O tal vez…

—¿El qué?

—Tal vez, sus instintos sanguinarios, abortados no hace mucho en París, han buscado desahogo en otra parte, sin importar dónde.

Me pregunto a mí mismo: ¿es posible que mis fervientes súplicas hayan desviado el puñal, y golpeado luego por mi reacción al asesino en pleno corazón?

No ahondo en ello y, como un vencedor magnánimo, propongo:

—Salvemos por lo menos literariamente a nuestro amigo. Yo escribiré un artículo sobre sus cualidades como escritor y usted

dibujará un retrato suyo que sea simpático, y se los propondremos a la *Revue Blanche*.

En el estudio del danés —¡el perro ya no hace de guardián!— contemplamos un retrato de Popoffsky pintado dos años antes. No es más que su cabeza cortada por una nube, y por debajo de ella se ven unas osamentas igual que en los monumentos funerarios. La cabeza cortada nos produce un estremecimiento, y mi sueño del 13 de mayo me obsesiona como un fantasma.

—¿De dónde ha sacado usted esta idea de la decapitación?

—No sabría decirlo, pero la fatalidad se cernía sobre este espíritu refinado, que poseía rasgos de falso genio y aspiraba a la gloria suprema sin querer pagar el menor precio por ello. La vida no deja otra elección que los laureles o el placer.

—Ah, ¿lo ha descubierto, por fin?

23 de junio.— He recogido un alfiler de falso oro con una perla también falsa. He repescado un corazón de oro dentro del baño de la síntesis de oro.

Al atardecer, mientras me paseo por la rue du Luxembourg, veo al fondo de la primera alameda de la derecha, y por encima de los árboles, recortarse una cierva en el cielo. La observo admirado, de tan hermosa como es de forma y de color, y me señala, con la cabeza, en dirección sureste (¡el Danubio!).

En estos últimos días, tras la catástrofe del ruso, una nueva inquietud me domina. Me parece que alguien se ocupa de mí en alguna parte, y le confieso al pintor danés que el odio del ruso encarcelado me hace sufrir como la corriente emitida por una máquina eléctrica.

Existen momentos en que presiento que mi estancia en París no tardará en llegar a su fin, y que me aguardan nuevas peripecias.

El gallo del campanario de Notre-Dame-des-Champs me parece aletear como si quisiera emprender el vuelo en dirección al Norte.

Presintiendo inminente mi partida, me apresuro a concluir mis estudios en el Jardin des Plantes.

Una cubeta de cinc, en la que realizo síntesis de oro por la vía húmeda, presenta en su cara interior un paisaje formado por las sales de hierro evaporadas. Interpreto esto como un presagio, pero en vano me esfuerzo por adivinar dónde estará situado ese paisaje extraordinario. Unas colinas boscosas de coníferas, sobre todo de abetos, entre montículos, llanuras con árboles frutales y campos de trigo, me indican la proximidad de un río. Una de las colinas, con acantilados de formación estratificada, está coronada por las ruinas de una fortaleza.

Todavía no me sitúo, pero no tardaré en hacerlo.

25 de junio.— Soy invitado por el jefe del ocultismo científico, director de *L'Initiation*. Tan pronto como llegamos, el doctor y yo, a Morelles-en-Brie, nos reciben tres malas noticias. Una comadreja ha matado a los patos, una criada ha caído enferma y la tercera no la recuerdo en este momento.

Por la noche, de vuelta a París, leo en un periódico la historia ya célebre de la casa encantada, en Valence-en-Brie.

¿Brie? Muy receloso, tengo miedo de que los huéspedes de mi hotel sientan celos de mi excursión a-Brie, y que me acusen de haber preparado este camelo, o mejor dicho, hechicería, echando mano de mis conocimientos de alquimia.

He comprado un rosario. ¿Por qué? Es bonito y el Maligno teme a la cruz. Por otra parte, no llego ya a explicarme los móviles de mis actos. Obro de forma improvisada: ¡la vida es más divertida así!

Se ha producido un giro en el asunto Popoffsky. Su amigo, el danés, comienza a negar la verosimilitud del crimen, con el pretexto de que la instrucción del caso ha puesto en entredicho la acusación. Por ello, nuestro artículo ha quedado aplazado, y vuelve a reinar la antigua frialdad. Al propio tiempo, el perro monstruo reaparece: debo estar en guardia.

Al comienzo de la tarde, en el momento en que escribo en mi mesa, delante de la ventana, estalla una tormenta. Las primeras gotas de

lluvia caen sobre mi manuscrito y lo emborronan de tal modo que las letras que componen la palabra «Alp»[18] forman una mancha y dibujan un borrón semejante al rostro de un gigante. Guardo este dibujo que se asemeja al dios de la tormenta de los japoneses, tal como lo vemos representado en la *Atmosphère* de Camille Flammarion.

28 de junio.— He visto a mi mujer en sueños. Le faltaban los dientes delanteros y me entregaba una guitarra que se asemejaba a los botes del Danubio.

El mismo sueño me amenazaba con la cárcel.

Por la mañana, he recogido en la rue d'Assas un pedazo de papel de los colores del arco iris.

Por la tarde, he estado pulverizando mercurio, estaño, azufre y clorato de amoníaco sobre un cartón: al retirar todo esto, el cartón ha conservado la huella de un rostro de un parecido perfecto con el de mi mujer en el sueño de la noche pasada.

1 de julio.— Espero una erupción, un terremoto, un rayo, sin saber en qué lugar. Nervioso como un caballo ante la proximidad de los lobos, me huelo el peligro, lío mis bártulos para emprender la huida, pero sin poder moverme.

El ruso ha salido de la cárcel por falta de pruebas; su amigo el danés se ha convertido en mi enemigo. La tertulia de la *crémerie* me tiene preocupado. La última cena ha sido servida en el patio debido al calor, la mesa estaba colocada entre el cubo de la basura y los retretes. Encima del cubo de la basura cuelga, a modo de venganza, el cuadro de mi antiguo amigo el americano, porque el artista se ha marchado sin pagar la cuenta. Cerca de la mesa, los rusos han colocado una estatuilla que representa a un guerrero armado con la tradicional hoz. ¡Para meterme miedo! Un chiquillo de la casa va al retrete detrás de mí con el evidente propósito de incordiarme. El patio, angosto como un pozo, no permite al sol franquear sus altos muros. Las mozas de fortuna, que están alojadas un poco por todos

los pisos, han abierto sus ventanas y dejan caer sobre nuestras cabezas una lluvia de porquerías; las criadas vienen con sus cubos para vaciarlos en los bidones de la basura. ¡Es el infierno! Y mis dos vecinos, pederastas declarados, mantienen una desagradable conversación para buscar pendencia conmigo.

¿Qué hago yo aquí? La soledad me obliga a buscar a los seres humanos, a escuchar voces humanas.

Entonces, en el colmo de mis tormentos morales, descubro algunos pensamientos que florecen en un estrecho arriate. Éstos sacuden la cabeza como si quisieran señalarme un peligro, y uno de ellos, con el rostro de un niño y unos profundos ojazos relucientes, me hace una señal:

—Vete.

Me levanto y pago, y al salir, el mocoso me suelta una sarta de insultos apenas disimulados que me producen náuseas, pero que no provocan mi cólera.

Siento lástima de mí mismo y vergüenza ajena.

Absuelvo a los culpables, considerándoles como demonios que no hacen más que cumplir con su deber.

Sin embargo, es demasiado evidente que tengo a la Providencia en contra y, al volver al hotel, me pongo a hacer balance de mi Debe y de mi Haber. Hasta este momento mi fuerza ha consistido en no transigir dando la razón a los demás, pero ahora, aplastado por la mano de lo invisible, trato de echarme la culpa y, al analizar mi conducta de las últimas semanas, me atenaza el miedo. Mi conciencia desnuda mi alma sin reservas y de forma despiadada.

Había pecado de orgullo, *hybris*, único vicio que los dioses no perdonan. Animado por la amistad del doctor Papus, que había aprobado mis investigaciones, me imaginé que había dado con la clave del enigma de la Esfinge. Émulo de Orfeo, mi papel no era otro que dar nueva vida a la naturaleza, muerta en manos de los sabios.

Consciente de la protección de las potencias, me jactaba de no poder ser vencido por mis enemigos, hasta el punto de que

desafiaba las reglas más elementales de la modestia.

Éste es el momento oportuno para intercalar la historia del misterioso amigo, que desempeñó en mi vida un papel determinante, como mentor, consejero, consolador, vengador, así como sostén y suministrador de mis medios de subsistencia, durante mis intermitentes períodos de miseria. Ya en 1890 me dirigió una carta, a propósito de un libro que publiqué. Había encontrado puntos de coincidencia entre mis ideas y las de los teósofos, y me pedía mi opinión acerca de la doctrina ocultista y de la sacerdotisa de Isis, Madame Blavatsky. Me desagradó el tono presuntuoso de su epístola, cosa que no disimulé en absoluto en mi respuesta. Cuatro años más tarde publiqué *Antibarbarus* y, en el momento más crítico de mi vida, recibí de este desconocido una segunda misiva, de elevado estilo, casi diría que profético, en la que me predijo un porvenir doloroso y glorioso. Igualmente me expuso los motivos de esta reanudación de la correspondencia, determinada por el presentimiento de que pasaba en esa época por una crisis anímica y que tal vez necesitaba unas palabras de consuelo. Por último, me ofreció su apoyo, que yo decliné, celoso de mi miserable independencia.

En el otoño de 1895, soy yo quien reanudo la correspondencia, y solicito su ayuda a fin de editar mis escritos sobre historia natural. A partir de aquel día, mantuvimos una relación epistolar muy amigable, incluso íntima, excepción hecha de una breve ruptura provocada por su lenguaje hiriente, cuando se le ocurrió instruirme acerca de trivialidades o me sermoneó en términos altaneros sobre mi falta de modestia.

Sin embargo, tras la reconciliación, le comuniqué todas mis observaciones, confiándole mis secretos sin la menor prudencia. Yo me confesaba a ese hombre al que jamás había visto, y tenía que soportar por su parte las más severas reconvenciones, porque le veía más como una idea que como una persona: para mí era un mensajero de la Providencia, un Paráclito.

Ahora bien, había en nuestras opiniones dos diferencias capitales que nos llevaban a discusiones muy vivas, aunque sin degenerar en amargas peleas. Como teósofo, él predicaba el Karma, es decir, la suma abstracta de los destinos humanos, que se compensarían unos a otros para desembocar en una especie de Némesis. Era, por consiguiente, un mecanicista y un epígono de la escuela llamada materialista. Por lo que se refiere a mí, yo veía a las potencias como una o varias personas concretas, vivas, individualizadas, que dirigían el curso del mundo y de la vida de los hombres de modo consciente e hipostático, como dicen los teólogos.

La segunda divergencia estaba relacionada con la abnegación y la mortificación del Yo, lo cual me pareció y me sigue pareciendo una locura.

Todo cuanto sé —¡y es tan poco!— deriva del Yo, como punto central. El cultivo de ese Yo, pero no su culto, se impone, pues, como el fin supremo y último de la existencia. Mi respuesta, definitiva y perpetua, a sus objeciones, fue formulada así: la mortificación del Yo es un suicidio.

Y por otra parte, ¿ante quién prosternarme? ¿Ante los teósofos? ¡Eso nunca! Ante el Padre Eterno, las potencias, la Providencia, cedo yo a mis peores instintos, siempre y cada día, en la medida de lo posible. Luchar por la conservación de mi Yo contra todas las influencias impuestas por la ambición de una secta o de un partido, he aquí mi deber, lo que me dicta la conciencia que han tenido a bien darme mis divinos protectores.

Y, sin embargo, en consideración a las cualidades de este hombre invisible al que amo y admiro, tolero su arrogancia cuando me trata como a un inferior. Le respondo siempre, y no oculto en absoluto mi repugnancia por la teosofía.

Luego, a mitad de la aventura con Popoffsky, llegó a un lenguaje tan insolente y su tiranía se hizo tan insoportable, que mucho me temí que me tomara por loco. Me llama Simón Mago, maestro de magia negra y me recomienda a Madame Blavatsky; yo le respondo

haciéndole saber que no tengo necesidad de ninguna Madame B. y que *nadie tiene nada que enseñarme*. ¿Y con qué me amenaza? Pues diciéndome que se encargará de devolverme al buen camino, con la ayuda de potencias más fuertes que las mías. Entonces, yo le ruego que deje en paz mi destino que está bajo la mano protectora de esa Providencia que siempre me ha guiado. Y, para ilustrar lo que pienso con un ejemplo, le cuento la historia siguiente, detalle de mi vida tan rica en incidentes providenciales, con la advertencia de que, confiándole mi secreto, temo atraer sobre mí la venganza de la misma Némesis.

Todo esto sucedía diez años antes, en medio del éxito más clamoroso de mi carrera literaria, en un momento en que combatía al movimiento feminista, al que todos en Escandinavia daban su apoyo, excepto yo. Me dejé arrastrar por el ardor del combate, rebasando los límites de las conveniencias, hasta el punto que mis compatriotas me creyeron loco.

Vivía yo en Baviera, con mi primera mujer y mis hijos, cuando llegó una carta de un amigo de juventud invitándome a ir a pasar un año en su casa, con mis hijos. De mi mujer no se hacía ni mención.

El carácter de esta carta me inspiró sospechas, debido a su estilo enfático, y a las tachaduras y correcciones que delataban dudas en su autor a la hora de la elección de las razones que debía aducir. Oliéndome una trampa, decliné el ofrecimiento en términos vagos y corteses.

Al cabo de dos años, una vez conseguido mi primer divorcio, me invito yo mismo a casa del mismo amigo que vive en una isla limítrofe con el mar Báltico, como inspector aduanero.

Por más que la acogida es cordial, reina allí un clima de mentiras y equívocos, una conversación propia de un comisario de policía. Tras una noche de reflexión, saco algo en claro. Este hombre, a quien había herido en su amor propio en una de mis novelas, me guarda rencor a pesar de la simpatía que siente por mí. Déspota sin

igual, quiere poner a prueba mi destino, domeñar mi espíritu, subyugarme y, de este modo, demostrarme su superioridad.

Poco escrupuloso en cuanto a la elección de los medios, me tortura por espacio de una semana, envenenándome a base de calumnias, de patrañas expresamente inventadas, pero es tan torpe al hacerlo que sigo convencido de que la trampa urdida en otro tiempo no tenía más finalidad que lograr que me encerraran por loco.

Le dejo hacer sin resistirme, confiando en mi buena estrella para que en el momento oportuno me libere.

Mi aparente sumisión hace que el verdugo me tome afecto y, como vive aislado en medio del mar, detestado por vecinos y subordinados, acaba por ceder a una necesidad de confidencia. Con una ingenuidad inconcebible en un hombre de cincuenta años, me cuenta que su hermana se volvió loca el pasado invierno y que, en un ataque de enajenación mental, prendió fuego a sus ahorros.

Al día siguiente, más confidencias: me entero entonces de que su hermano está en el campo, internado por loco.

Y yo me pregunto: «¿Es por esta razón, y a fin de vengarse del destino, por lo que quiere que me encierren?»

Sin embargo, yo deploré sus desdichas y me gané completamente su afecto, de manera que pude abandonar la isla para ir a alquilar una casa en una isla vecina, donde me reencontré con mi familia. Un mes más tarde, una carta me reclama a casa de mi «amigo» abrumado por el dolor, porque su hermano se ha roto la crisma en un ataque de locura furiosa. Yo le consuelo, a él, mi verdugo, y, para colmo, su mujer, hecha un mar de lágrimas, me confiesa que espera desde hace tiempo ver sufrir a su marido la misma suerte que a los demás.

Pasa un año y los periódicos cuentan que el hermano mayor de mi amigo se había suicidado en unas circunstancias que probaban su enajenación mental.

Así pues, ¡tres reveses de la fortuna caídos sobre este hombre, que quiso jugar con fuego!

«¡Qué coincidencia!», se dirá. Pero mejor sería decir qué funesta coincidencia: cada vez que he contado esta historia me he visto castigado por ello.

Han llegado los grandes calores de julio: la vida es insoportable, todo huele mal, y los cien retretes más que todo lo demás. Espero una catástrofe sin poder decir cuál.

En una calle, recojo un pedazo de papel con la palabra «garduña». En otra calle, otro papel semejante lleva escrito, del mismo puño y letra, la palabra «buitre». Popoffsky tiene un perfecto parecido con una garduña, y su mujer, con un buitre. ¿Habrán llegado a París para acabar conmigo? Él, el asesino sin escrúpulos, es capaz de todo, pues ha asesinado ya a su mujer y a sus hijos.

Leo un delicioso opúsculo, *La alegría de morir*, que me hace sentir ganas de abandonar este mundo. A fin de deslindar la frontera entre la vida y la muerte, me tumbo en la cama y destapo el frasco de cianuro de potasio que expande su perfume letal. He aquí que se acerca el hombre de la guadaña: es agradable y de aspecto atractivo; pero en el último instante, siempre se presenta alguien o sucede algún imprevisto: el mozo del hotel con un pretexto cualquiera, una avispa que entra por la ventana.

Las potencias me niegan la única alegría, y yo me someto a su voluntad.

A comienzos de julio, los estudiantes que se fueron de vacaciones dejaron el hotel vacío.

Por ello, la llegada de un extranjero a la habitación vecina de mi mesa de trabajo excita mi curiosidad. El desconocido no habla jamás; parece ocupado en escribir, detrás de la pared medianera que nos separa. Es extraño, en cualquier caso, que eche hacia atrás su silla todas las veces que yo empujo hacia atrás la mía; repite mis movimientos, como si quisiera ponerme de los nervios imitándome.

La cosa continúa así durante tres días. Al cuarto, noto que cuando voy a acostarme, el otro también lo hace en la habitación

que está al lado de mi mesa; pero una vez en la cama, oigo que va a acostarse en la otra habitación y a ocupar la cama vecina a la mía. Yo me pongo a escucharle, tendido como está paralelamente a mí: hojea un libro, luego apaga la lámpara, respira, se da la vuelta y se duerme.

Un perfecto silencio reina en la habitación de al lado de la mesa. Así pues, ocupa las dos habitaciones. Resulta desagradable verse asediado por dos lados.

Solo, completamente solo, tomo la cena en una bandeja en mi habitación, y como tan poco que ello despierta la lástima del compasivo mozo de hotel. No he oído mi voz desde hace una semana, y, por falta de ejercitarla, empieza a perder el timbre. No me queda ya un céntimo: tengo que privarme incluso del tabaco y de los sellos de correos.

Entonces, en un supremo esfuerzo, concentro mi voluntad. *Quiero* fabricar oro, por la vía seca y mediante el fuego. Consigo el dinero, los hornillos de atanor, los crisoles, el fuelle, las pinzas.

El calor es excesivo, y, desnudo de cintura para arriba igual que un herrero, sudo delante del fuego encendido. Pero los gorriones han hecho su nido en la chimenea, y el humo del carbón llena la habitación. Me enfurezco tras la primera prueba, por culpa de la jaqueca y lo inútil de mis operaciones, ya que todo me sale al revés. Después de haber vuelto a fundir tres veces la masa a fuego de forja, observo el interior del crisol. El bórax ha formado una calavera, con unos ojos relucientes que penetran en mi alma, divinamente irónicos.

¡Ningún grano aún de metal! Y renuncio a un nuevo experimento.

Sentado en el sillón, leo en la Biblia, abierta al azar: «No reflexionan, no tienen conocimiento ni inteligencia para decir: he quemado la mitad en el fuego, sobre sus brasas he cocido el pan, he asado la carne y me la he comido; lo que con el resto haga será una abominación; me prosternaré ante un tronco de madera. A quien se alimenta de ceniza, su corazón engañado le extravía, y no

salvará su alma, diciéndose: ¿acaso lo que tengo en la mano es engañoso? […] Así dice Iahvé, tu redentor, el que desde el seno te formó: Yo soy Iahvé, el que lo ha hecho todo, el que solo despliega los cielos y afianza la tierra, sin ayuda alguna. *El que desbarata las señales de los magos y a los adivinos hace delirar; el que obliga a los sabios a retroceder y torna en locura su sabiduría*.»

¡Por primera vez dudo de mis investigaciones científicas! ¡Ay si fuera una locura! ¡He sacrificado la felicidad de mi vida, y la de mi mujer y mis hijos, por una quimera!

¡Ay, insensato de mí! ¡El abismo se abre entre mi familia y este instante fugitivo! ¡Un año y medio, tantos días y tantas noches, tantos padecimientos por nada!

¡No, no puede ser! ¡No es así!

¿Perdido en una selva oscura? ¡No, el Portador de Luz me ha guiado por la buena senda, hacia la isla de los Bienaventurados y es el demonio quien me tienta! ¡O me castiga!

Me quedo postrado en el sillón: un embotamiento inusitado invade mi espíritu; se diría que unos efluvios magnéticos llegan del tabique hasta mí, el sueño aletarga mis miembros. Sacando fuerzas de flaqueza, me pongo en pie para salir. Entonces, al pasar por el pasillo, oigo unas voces que cuchichean en la habitación contigua a mi mesa.

¿Por qué cuchichean? Para ocultarse de mí.

Bajo por la rue d’Assas y entro en el Jardin du Luxembourg, ando arrastrando las piernas, me siento paralizado desde los riñones hasta los pies, y me dejo caer abatido en un banco, detrás de Adán y de su familia.

¡Han intentado envenenarme! Ésta es la primera idea que me viene a la cabeza. Y Popoffsky, que mató a su mujer y a sus hijos con gas deletéreo, ha llegado aquí. Es él quien ha proyectado una corriente de gas a través de la pared, siguiendo la célebre experiencia de Pettenkofer.

¿Qué hacer? ¿Ir a la comisaría de policía? ¡No! Pues sin pruebas, será a mí a quien encierren por loco.

¡Vae soli! ¡Ay del hombre solitario, del pájaro sobre el tejado! Nunca la miseria de mi existencia ha sido mayor, y lloro como un niño abandonado, que se espanta en medio de las tinieblas.

Por la noche, no me atrevo ya a permanecer en mi mesa, por temor a un nuevo atentado. Me meto en la cama sin atreverme a dormir. Es de noche, y la lámpara está encendida. En la pared, enfrente de mi ventana, veo perfilarse la sombra de una forma humana. No sabría decir si es hombre o mujer, pero la impresión que me ha dejado es que se trataba de una mujer.

Cuando me levanto para observar, la cortina es bajada con un seco ruido. Acto seguido, oigo al desconocido entrar en la habitación contigua a mi alcoba, y se hace el silencio.

Por espacio de tres horas permanezco despierto, privado del sueño que, normalmente, no se hace esperar.

Entonces, una sensación alarmante recorre mi cuerpo; soy víctima de una corriente eléctrica que pasa entre las dos habitaciones vecinas. La tensión va en aumento, y, a pesar de la resistencia, abandono la cama, obsesionado por esta idea:

—¡Me están matando! ¡No quiero que me maten!

Salgo a buscar al mozo del hotel a la conserjería que está al final del pasillo. Pero, por desgracia, no se encuentra allí. ¡Así que se ha alejado, apartado, cómplice tácito, vendido!

Bajo la escalera y cruzo el pasillo, para despertar al propietario del hotel.

Con una presencia de ánimo de la que no me creía capaz, pretexto una indisposición causada por las emanaciones de productos químicos, y pido otra habitación para la noche.

Por un azar dispuesto por la cólera de la Providencia, la única habitación disponible está situada justo debajo mismo de la de mi enemigo.

Una vez solo, abro la ventana, y respiro el aire fresco de una noche estrellada. Por encima de los tejados de la rue d’Assas y de la rue Madame, brillan la Osa Mayor y la Estrella Polar.

—¡Hacia el Norte, entonces! *¡Omen accipio!*

Y, al echar las cortinas de la alcoba, oigo por encima de mí a mi enemigo que baja de la cama y deja caer un objeto pesado en un baúl, cuya tapa cierra acto seguido con llave.

Ello quiere decir, por consiguiente, que esconde alguna cosa: ¡tal vez una máquina eléctrica!

Al día siguiente, domingo, hago mis maletas, con la excusa de ir a hacer una excursión a orillas del mar.

Llamo a voces a un cochero: Gare Saint-Lazare; pero una vez llegado al Odéon, le digo que me conduzca a la rue de la Clef, cerca del Jardin des Plantes. Me quedaré allí, de incógnito, para terminar mis investigaciones, antes de mi partida para Suecia.

XI

INFERNO

Por fin, una tregua en mis suplicios. Instalado en un sillón, en el rellano del pabellón, paso horas contemplando las flores del jardín y reflexionando sobre el pasado. La calma que ha seguido a mi huida viene a probar que lo que me afectaba no era una enfermedad, y que he sido perseguido por unos enemigos. De día trabajo y de noche duermo tranquilo.

Liberado de la inmundicia, me siento rejuvenecer, contemplando las malvarrosas, las flores de mi juventud.

Y esta maravilla de París, desconocida por los parisienses, se ha convertido en mi parque. Es la creación entera, reunida dentro de los muros de este recinto, el Arca de Noé, el Edén reconquistado, y me paseo sin peligro por él, entre bestias feroces; es el colmo de la felicidad. Partiendo de los minerales, paso por el reino de las plantas y de los animales, para llegar al hombre, tras el que descubro al Creador. El Creador, ese gran artista que se desarrolla creando, hace esbozos que luego desecha, retoma ideas abortadas, perfecciona y multiplica las formas primitivas. Sin duda, todo es obra de su mano. A menudo, realiza progresos enormes inventando las especies, y es entonces cuando la ciencia constata lagunas, eslabones perdidos, y se imagina que las especies intermedias han desaparecido.

Entretanto, convencido de estar al amparo de mis perseguidores, mando mi dirección al Hotel Orfila, con el fin de volver a estar en comunicación con el mundo exterior, por medio de los envíos postales interrumpidos por mi huida.

Pero apenas abandono mi incógnito, se acabó la paz. Empiezan a suceder cosas inquietantes, y me siento oprimido por el mismo malestar de antes. Por lo pronto, en la habitación de la planta baja vecina a la mía, que estaba libre y sin muebles, ahora se amontonan objetos cuyo uso me resulta inexplicable. Un viejo señor, con unos ojos grises de oso y de aviesa mirada, trae a ella cajas de embalaje vacías, láminas de chapa y otros objetos indeterminados.

Se reinician por encima de mi cabeza, al mismo tiempo, los ruidos de la rue de la Grande-Chaumière; alguien hala cables, martillea, justo como si estuvieran preparando el montaje y la instalación de una máquina infernal como la de los nihilistas.

Luego, la propietaria del hotel, encantadora al principio de mi estancia, cambia de actitud, se pone a espiarme, me saluda de forma irritante.

Por si ello fuera poco, encima de mí, el primer piso cambia de inquilino. El viejo señor silencioso, cuyos pesados pasos me resultaban conocidos, ya no está. Rentista retirado, vive aquí desde hace años, y no es que se haya ido: sólo se ha mudado de habitación. Pero ¿por qué?

La doncella de servicio, que arregla mi habitación y me sirve la comida, me pone cara seria y me dirige a hurtadillas miradas de lástima.

Ahora, por encima de mí, hay una rueda que gira y gira todo el santo día.

¡Condenado a muerte! Ésta es mi firme impresión. ¿Por quién? ¡Por los rusos, los devotos, los católicos, los jesuitas, los teósofos! ¿Por qué motivo? ¿Por brujo o nigromante?

¡O bien por la policía! ¿Por anarquista? Es una imputación muy socorrida para quitarse de encima a enemigos personales.

En el momento que escribo esto, ignoro lo que sucedió aquella noche de julio en que la muerte cayó sobre mí, pero comprendo perfectamente y no olvidaré nunca jamás la lección que saqué de ello para el resto de mi vida.

Por más que sea algo admitido y reconocido, por todos los que están en el secreto, que aquello fue el resultado de una intriga urdida por manos humanas, no les guardo ningún rencor por ello, convencido como estoy ahora de que otra mano más fuerte movió las suyas, sin ellos saberlo, y a su pesar.

Por otra parte, admitiendo que no haya habido una intriga, sería yo quien, con mi imaginación, habría creado estos espíritus correctores para castigarme a mí mismo. A continuación, veremos hasta qué punto puede ser inverosímil esta suposición.

La mañana del último día, me levanto con una resignación que me gustaría calificar de religiosa; nada me une ya a la vida. He puesto orden en mis papeles, he escrito las cartas pertinentes y he quemado lo que era preciso destruir.

A continuación, me voy al Jardin des Plantes a despedirme de la Creación.

Los bloques de hierro magnético sueco que hay delante del Museo de Mineralogía me saludan de parte de mi patria. ¡Salve acacia de Robín, cedro del Líbano, monumentos de las grandes épocas de la ciencia aún viva!

Compro pan y cerezas para obsequiar a mi viejo amigo Martin, que me conoce personalmente, porque soy el único que le ha ofrecido cerezas a la hora de levantarse y de acostarse. Le traigo pan al joven elefante que me escupe a la cara una vez que se lo ha comido todo, joven y pérfido ingrato.

¡Adiós, buitres, habitantes del cielo encerrados en una jaula de barro, adiós bisonte, behemoth,[19] demonio encadenado; adiós, leones marinos, pareja bien avenida a la que el amor conyugal consuela de la pérdida del océano y de los grandes horizontes.

¡Adiós, piedras, plantas, flores, árboles, mariposas, pájaros, serpientes, adiós a todos vosotros, creados por la mano de un Dios de bondad! ¡Y vosotros, grandes hombres, Bernardin de Saint-Pierre, Linneo, Geoffroy Saint-Hilaire, Haüy, vosotros cuyos nombres se hallan escritos en letras de oro en el frontón del templo, adiós! ¡O mejor dicho, hasta la vista!

Abandono el paraíso terrenal, acordándome de las palabras sublimes de *Serafita*:

¡Adiós, pobre tierra, adiós!

De regreso al jardín del hotel, me huelo la presencia de alguien que ha llegado en mi ausencia. No le veo, pero le presiento.

Lo que aumenta mi agitación es el cambio evidente que se ha producido en la habitación contigua a la mía. Para empezar, hay una manta tendida de una cuerda, evidentemente para esconder alguna cosa. Sobre la repisa de la chimenea hay amontonadas pilas de placas metálicas separadas por unos travesaños de madera. Encima de cada pila, un álbum fotográfico, o un libro cualquiera está colocado a todas luces para dar una apariencia inocente a estas máquinas infernales, a las que quisiera designar como acumuladores.

Por si fuera poco, observo a dos obreros subidos a un tejado, en la rue Censier, justo enfrente de la casita donde estoy alojado. Me es imposible averiguar qué están haciendo allí arriba, pero lo cierto es que no quitan ojo a mi puerta vidriera, mientras manipulan unos objetos que no logro distinguir.

¿Por qué no me decido a poner pies en polvorosa? Porque soy demasiado orgulloso y lo que es inevitable es preciso padecerlo.

Me preparo, por tanto, para la noche. Me tomo un baño, esmerándome al máximo en que los pies me queden blancos, lo que me preocupa sobremanera, porque mi madre me enseñó desde niño que llevar los pies sucios es signo de deshonor.

Me arreglo la barba y perfumo mi camisa de boda, comprada tres años atrás, en Viena… El aseo del condenado a muerte.

Leo en la Biblia los salmos en que David clama para que caiga sobre sus enemigos la venganza de Iahvé.

¿Y qué decir de los salmos penitenciales? No, no tengo ningún derecho a arrepentirme, pues no he sido yo quien ha dirigido mi destino; nunca he hecho el mal por el mal, no lo he hecho más que para defender mi persona. Arrepentirse es criticar a la Providencia, que nos inflige el pecado como si se tratara de un sufrimiento con el fin de purificarnos por la repulsión que inspira toda mala acción.

Éste es para mí el ajuste de cuentas con la vida: ¡estamos en paz! ¡Si he pecado, palabra de honor, bien caro lo he pagado! ¡Sin ninguna duda! ¡Temer al infierno! Pero yo he atravesado sin rechistar los mil infiernos de esta tierra, cosa que ha provocado en mí el ardiente deseo de abandonar toda vanidad y los falsos placeres de este mundo que siempre he detestado. Nacido con la nostalgia del cielo, ya de niño lloraba por lo inmundo de la existencia, sintiéndome un extranjero desterrado entre mis parientes y en la sociedad.

Desde la infancia he buscado a Dios, y a quien en cambio he encontrado ha sido al diablo. En mi juventud, cargué con la cruz de Cristo, y he renegado de un Dios que se contenta con dominar a unos esclavos que se humillan ante sus verdugos.

Al bajar las cortinas de mi puerta vidriera, observo, en el salón privado, a un grupo de damas y caballeros que están tomando champán. Es evidente que se trata de extranjeros llegados esta noche. Pero aquí hay gato encerrado, pues muestran todos un aspecto serio, discuten, hacen planes, hablan entre sí en voz baja, como auténticos conspiradores. Para colmo de males, se vuelven en sus sillas y señalan con el dedo en dirección a mi habitación.

A las diez apago la lámpara, y me duermo, tranquilo, resignado como un agonizante.

Me despierto; un reloj de péndulo da las dos, una puerta se cierra y… yo salto de la cama, como arrebatado por una bomba aspiradora que me succionara el corazón. De pie, cae sobre mi nuca una ducha eléctrica, que me arroja al suelo.

Me incorporo, cojo mis ropas y salgo precipitadamente hacia el jardín, presa de las más horribles palpitaciones.

Una vez vestido, en lo primero que pienso es en ir a buscar al comisario de policía para que se realice un registro domiciliario.

Ahora bien, la puerta de la casa está cerrada, así como también la conserjería, avanzo a tientas, abro una puerta a la derecha y entro en la cocina donde hay encendida una lamparilla de noche. Derribo ésta y me quedo de pie, en la profunda oscuridad de la noche.

El miedo me hace recobrar la conciencia, y, guiado por el pensamiento de que si cometo un error estoy perdido, vuelvo a mi habitación.

Arrastro un sillón hasta el jardín y, sentado bajo la bóveda estrellada, pienso en lo sucedido.

¿Una enfermedad? Imposible, pues me sentía bien antes de abandonar mi incógnito. ¿Un atentado? Evidentemente, puesto que yo mismo he tenido ocasión de presenciar los preparativos. Por otra parte, aquí en el jardín, fuera del alcance de mis enemigos, me siento restablecido y mi corazón funciona a la perfección. Mientras hago estas cébalas, oigo a alguien toser en la habitación contigua a la mía. Al punto, desde la habitación superior, responde una tosecilla. Señales en apariencia, y semejantes precisamente a las que había oído durante la última noche en el Hotel Orfila. Me abalanzo hacia la puerta vidriera de la habitación de la planta baja con la intención de forzar la cerradura, pero en vano.

Fatigado por una inútil lucha contra los seres invisibles, me quedo postrado en el sillón donde el sueño se apiada de mí, de manera que me amodorro bajo las estrellas de una hermosa noche

de verano, con el susurro de las malvarrosas, en medio de la suave brisa del mes de julio.

El sol me despierta y, dando gracias a la Providencia por haberme arrancado de las garras de la muerte, hago mis maletas para irme a Dieppe, donde encontraré refugio en casa de unos amigos míos, desatendidos igual que todos los demás, pero indulgentes y generosos para con los desheredados de la fortuna y los náufragos.

Cuando pregunto por la propietaria del hotel, me responden que no está visible, con la excusa de una indisposición. Debía de habérmelo esperado, pues estaba convencido de su papel de cómplice.

Al abandonar el hotel, lanzo una maldición a los malhechores e invoco al fuego celestial para que caiga sobre esta guarida de maleantes; con razón o sin ella, ¿quién puede saberlo?

En Dieppe, mis excelentes amigos se quedan espantados al verme subir la costanilla de la villa de las Orquídeas, con mi bolsa de viaje, repleta de manuscritos.

—¿De dónde viene usted, pobre desgraciado?

—Vengo del reino de la muerte.

—Me lo temía, con ese aspecto que trae usted de desterrado.

La buena y encantadora señora de la casa me toma de la mano y me lleva ante un espejo donde puedo contemplarme. El rostro negro del humo del ferrocarril, las mejillas hundidas, el pelo sudado y entrecano, los ojos de mirada despavorida, la ropa ennegrecida: estaba hecho una pena.

Cuando la amable señora, que me trataba como a una criatura enferma y abandonada, me dejó solo delante del espejo del aseo, me puse a examinar de cerca mi rostro. Reflejaban mis rasgos una expresión que me produjo espanto.

No era ni la muerte ni el vicio, sino algo bien distinto. Y de haber conocido yo a Swedenborg, la huella dejada por el espíritu maligno

habría arrojado luz sobre mi estado anímico y sobre los acontecimientos de las últimas semanas.

Por el momento sentía horror y vergüenza de mí mismo, y me arrepentí de haberme mostrado ingrato con aquella familia que me había ofrecido, en otro tiempo, tanto a mí como a otros muchos náufragos, un puerto de salvación.

He sido traído aquí por las furias para mi penitencia. Es una hermosa casa de artista, un matrimonio bien avenido, en el que reina la felicidad conyugal, con unos hijos encantadores, lujo y limpieza, una hospitalidad sin límites, generosidad en las opiniones, un clima de belleza y de bondad, que me abrasa y me hace sentir a disgusto, como un condenado en el paraíso. Es aquí donde comienzo a descubrir que soy un condenado.

Ante mis ojos se despliega todo lo que la vida puede ofrecer de beatitud, todo cuanto yo he perdido.

Ocupo una buhardilla con vista a lo alto de la cuesta, donde hay un hospicio de ancianos. Por la noche descubro, apoyados contra el muro del recinto, a dos hombres que espían nuestra villa y que señalan con sus gestos el lugar donde está situada mi ventana. La idea de que soy perseguido por enemigos electricistas me obsesiona de nuevo.

Ocurría esto la noche del 25 al 26 de julio de 1896, y mis amigos han hecho todo lo posible por tranquilizarme; hemos visitado juntos todas las buhardillas vecinas a la mía, incluso el granero, para demostrarme de este modo que no hay nadie escondido con ningún avieso propósito. Pero, al abrir la puerta de un trastero, un objeto en sí indiferente me produce una impresión desalentadora. Es una piel de oso blanco utilizada como alfombra; pero sus fauces abiertas, sus caninos amenazantes, sus ojos vivos me incomodan. ¿Por qué había de encontrarse esa bestia allí, justo en ese momento?

Sin desvestirme, me acuesto sobre la cama, decidido a esperar que el toque fatal de las dos haya sonado.

Espero hasta medianoche, ocupado en la lectura. Ha pasado una hora, y la casa entera duerme tranquila. ¡Por fin dan las dos! ¡No sucede nada! Entonces, en un arranque de arrogancia, y con objeto de desafiar a los seres invisibles, quizá también con la intención de hacer un experimento de física, me levanto, abro las dos ventanas y enciendo dos velas. Sentado a la mesa detrás de los candeleros y ofreciéndome como blanco, a pecho descubierto, provoco a los desconocidos.

—¡Aquí me tenéis, imbéciles!

Entonces se deja sentir un efluvio, como eléctrico, primero débil. Miro la brújula que tengo preparada como testigo; pero no hay ni rastro de desviación y por consiguiente de electricidad.

Ahora bien, la tensión va en aumento, mi corazón late con fuerza; yo resisto, pero con la celeridad del rayo un fluido llena mi cuerpo, me ahoga y me succiona el corazón…

Me precipito escaleras abajo para ganar el salón de la planta baja, donde me habían preparado una cama provisional, por si tenía necesidad de ella. Acostado allí desde hace cinco minutos, reflexiono. ¿Se trata de radiaciones eléctricas? No, porque la brújula ha dicho que no. ¿Acaso de una enfermedad causada por el temor a las dos de la madrugada? Tampoco, puesto que lo que no me faltaba era valor para hacer frente a los ataques. ¿Por qué, entonces, encendí las velas que atrajeron el fluido desconocido del que he sido víctima?

Sin respuesta, en un laberinto sin salida, me esfuerzo por dormir; pero entonces me asalta una descarga como si fuera un ciclón, me arranca de la cama y la caza vuelve a empezar. Me escondo tras la pared, me pongo debajo de la chambrana de las puertas, delante de las chimeneas. Por todas partes, todas, las furias dan conmigo. Me vence la angustia moral, el pánico se apodera de mí, a propósito de todo y de nada, de modo que huyo de habitación en habitación, para acabar buscando refugio en el balcón donde me quedo acurrucado.

La mañana de un gris amarillento y las nubes de color sepia, que adoptan extrañas y monstruosas formas, no hacen sino aumentar mi

desesperación. Me voy al estudio de mi amigo el pintor y, acostado sobre la alfombra, cierro los ojos. Cinco minutos más tarde, me despierto a causa de un ruido exasperante. Un ratón me está mirando con la evidente intención de acercarse. Yo lo ahuyento, pero él regresa con otro. ¿Acaso tengo, Dios mío, un delirio etílico, sin haber abusado del vino durante estos tres últimos años? (Al día siguiente, me cercioré de la existencia de ratones en el estudio. Una coincidencia, por tanto, pero ¿preparada por quién y con qué objeto?)

Cambio de sitio y me acuesto sobre la alfombra del vestíbulo. El sueño misericordioso desciende sobre mi espíritu atormentado y pierdo la conciencia del dolor, durante tal vez una media hora.

Un grito claramente articulado: «¡Alp!», me despierta de sobresalto. «¡Alp!» es el nombre alemán para decir «pesadilla». «¡Alp!» es la palabra trazada por las gotas del temporal caídas sobre mi papel en el Hotel Orfila.

¡Quién ha gritado eso! Nadie, puesto que todos los habitantes de la casa están dormidos. ¡Una broma diabólica! Una metáfora poética que acaso encierra toda la verdad.

Vuelvo a subir la escalera hasta mi buhardilla, las velas se han consumido, reina el silencio.

Entonces suena el ángelus: es el día del Señor.

Tomo el devocionario romano y leo: *¡De profundis clamavi ad te, Domine!* Luego, consolado, caigo sobre la cama como un muerto.

Domingo, 26 de julio de 1896. Un ciclón devasta el Jardin des Plantes. Los periódicos traen los detalles que me interesan particularmente, no sabría decir por qué. Será hoy cuando el globo de André haga su ascensión hacia el Polo Norte; pero los pronósticos son de mal augurio. El ciclón ha hecho caer ya varios globos que se habían elevado en diferentes lugares, y son varios los aeronautas que han perdido la vida. Élisée Reclus se ha roto una pierna. Asimismo, un tal Pieska se ha suicidado en unas

circunstancias extraordinarias, eviscerándose a la manera de los japoneses: un drama sangriento.

Al día siguiente abandono Dieppe, esta vez bendiciendo la casa cuyas alegrías legítimas se vieron ensombrecidas por mis angustias.

Al seguir rechazando la idea de una intervención de las potencias espirituales, me imagino que estoy afectado de una enfermedad nerviosa. Iré por dicho motivo a Suecia, a ver a un médico amigo.

Como recuerdo de Dieppe, me llevo conmigo una piedra que es una especie de mineral de hierro, de forma trifoliada como un vitral ojival, y con el emblema de la cruz de Malta. Me la dio un niño que se la encontró en la playa. Además me contó que este tipo de piedras caen del cielo y son posteriormente arrojadas a la playa por las olas.

Me gusta creer en su explicación, y conservo el regalo, como un talismán cuyo significado me resulta todavía misterioso.

(En la costa de Bretaña, los ribereños recogen, tras las tormentas, piedras en forma de cruz que parecen de oro. Es un mineral llamado estaurolita.)

La pequeña ciudad está situada al sur de Suecia, a orillas del mar: es un viejo refugio de piratas y contrabandistas que conserva huellas exóticas de las cuatro partes del mundo, dejadas por unos marinos que lo circunnavegaban.

Por este motivo, la vivienda de mi médico presenta el aspecto de un verdadero monasterio budista. Las cuatro alas del edificio, de una sola planta, circunscriben un patio cuadrangular en medio del cual se encuentra un edificio en forma de cúpula, que hace pensar en la tumba de Tamerlán en Samarcanda. La estructura y la cubierta de la cumbrera de tejas chinas recuerdan el Lejano Oriente. Una apática tortuga se arrastra por el pavimento y se pierde entre las hierbas en una especie de nirvana contemplativo, prolongado hasta el infinito.

Un macizo de rosas de Bengala adorna el muro exterior del ala de poniente que yo ocupo, solo. Entre ese patio y los dos jardines se pasa por un corral, con un castaño y algunas gallinas negras en perpetuo alboroto: es una especie de pasillo oscuro y húmedo.

En el jardín de recreo hay un pabellón de verano revestido de aristoloquias y con forma de pagoda.

Este monasterio, compuesto de innumerables estancias, está habitado por un solo y único individuo, el director del hospital del distrito. Viudo, solitario, independiente, ha conocido la dura escuela de la vida y de los hombres, a los que desprecia con ese desprecio enérgico y noble al que conduce un conocimiento profundo de la inutilidad de todo, incluido el propio yo.

La entrada de este hombre en el escenario de mi vida fue de un carácter tan inesperado que me gustaría incluirla entre uno de los grandes lances *ex machina* que a veces depara la vida.

En efecto, cuando nos encontramos después de mi estancia en Dieppe, me miró fijamente con una mirada escrutadora, y exclamó de repente:

—Pero ¿qué te pasa? ¡Te veo taciturno! ¡Bien! Sin embargo, seguro que hay algo más detrás de todo eso. Tienes una mala cara que no te había visto nunca. ¿A qué te has entregado? ¿A desenfrenos, vicios, ilusiones perdidas, religión? ¡Cuéntamelo todo, amigo!

Pero yo no suelto prenda, porque la primera idea que acude a mi desconfiada mente es que él está prevenido contra mí, que ha recibido información y que van a internarme.

Yo pretexto nerviosismo, insomnios, pesadillas, y luego nos ponemos a hablar de todo un poco.

Instalado en mi pequeño apartamento, observo en seguida la cama de hierro a la americana con sus cuatro pilares rematados por bolas de latón, que se asemejan a los conductores de una máquina eléctrica. Añadid a ello un somier elástico, hecho con muelles en espiral de cobre, análogos a las espirales de la bobina de Rumkhorff, y podéis imaginaros mi furor ante semejante azar

diabólico. Imposible pedir un cambio de cama, so pena de resultar sospechoso de demencia. A fin de asegurarme de que no hay nada escondido por encima de mi cabeza, subo al granero. Para colmo de infortunios, allí arriba no hay más objeto que una enorme red metálica, que está enrollada y situada justo encima de mi cama. Esto, me digo, es un acumulador. En caso de tormenta, muy frecuentes aquí, la red de hierro atraerá el rayo y yo descansaré sobre el conductor, pero no me atrevo a decir nada. Al mismo tiempo, el ruido de una máquina me inquieta. Desde mi partida del Hotel Orfila me persigue un zumbido en los oídos, algo así como el paleteo de una rueda hidráulica.

Dudando de la realidad de este ruido, pregunto de qué se trata.

—Es la prensa de la imprenta de aquí al lado.

Todo tiene una explicación muy simple, pero tanta simplicidad en los medios utilizados para volverme loco me espanta.

Y llega la pavorosa noche. El cielo está cubierto, el aire cargado; se espera una tormenta. Yo no me atrevo a acostarme, y me paso dos horas escribiendo cartas. Muerto de cansancio, me desnudo y me meto en la cama. Un horrible silencio reina en la casa cuando apago la lámpara. Siento que alguien en la sombra me acecha, me roza, me palpa el corazón, y succiona.

Sin esperar más, salto de la cama, abro la ventana y me precipito hacia el patio; pero hay allí unos rosales, y mi camisa no me protege del todo de la flagelación de las espinas. Desgarrado, ensangrentado, atravieso el patio, y, con los pies descalzos, despellejados por los guijarros, arañado por los cardos y las ortigas, deslizándome sobre objetos desconocidos, alcanzo la puerta de la cocina que da al piso del médico. ¡Llamo! Ninguna respuesta. Sólo entonces caigo en la cuenta de que llueve. ¡Oh, perra vida! ¿Qué he hecho yo para merecer estos tormentos? ¡No cabe duda de que es el infierno! *¡Miserere! ¡Miserere!*

¡Llamo una y otra vez!

Es verdaderamente curioso que nunca haya nadie cuando me atacan. Siempre tienen alguna coartada; ¡así pues, es un complot

del que son todos cómplices!

Finalmente, se oye la voz del doctor:

—¿Quién hay?

—¡Soy yo, que estoy enfermo! ¡O abres o no lo cuento!

Abre.

—¿Qué te pasa?

Yo empiezo mi relato con el atentado de la rue de la Clef, que atribuyo a los enemigos electricistas.

—¡Calla, desgraciado! Lo que te pasa es que estás mal de la cabeza.

—¡Pero qué dices! Somete a examen mi inteligencia; lee lo que escribo todos los días, y que me publican…

—¡Chitón! ¡Ni una palabra de todo esto a nadie! ¡Los boletines de los manicomios están llenos de estas historias de electricistas!

—¡Lo que me faltaba! ¡Me importan tan poco todos vuestros boletines que, para acabar con esto de una vez, mañana mismo iré al manicomio de Lund para someterme a un examen!

—¡Entonces, acabarás mal! ¡Ni una palabra más, y ve a acostarte aquí al lado!

Yo insisto y exijo que me escuche. Él se niega, no atiende a razones.

Una vez solo, me pregunto: ¿es posible que un amigo, un hombre honesto, que ha permanecido ajeno a todo sucio cambalache, haya podido terminar su honorable carrera cediendo a la tentación? Pero ¿tentación de quién? No tengo respuesta; sin embargo, las suposiciones no faltan.

Every man has his price, ¡todo hombre tiene su precio! Ahora bien, en este caso, ha sido necesaria una fuerte suma, proporcional a su honestidad. Pero ¿con qué objeto? ¡Por una venganza vulgar y corriente no se paga un precio tan alto! ¡Es preciso que exista un gran interés! ¡Precisamente! ¡Claro, eso es! Yo he fabricado oro, el doctor lo ha reconocido a medias, pero hoy ha negado haber reproducido mis experimentos que yo le había comunicado por carta. Por más que lo ha negado, yo he encontrado muestras

hechas por él, que andan tiradas por el suelo del patio. ¡Así pues, ha mentido!

Por otra parte, esta misma noche se ha extendido sobre las consecuencias funestas que acarrearía para la humanidad el hecho de que la fabricación de oro se viera confirmada. Una bancarrota universal, un desorden generalizado, la anarquía, el fin del mundo.

—¡Habría que acabar con su inventor! —han sido sus últimas palabras.

Y luego, conociendo la situación económica de mi amigo, que es bastante modesta, me he quedado asombrado al oírle hablar de la próxima compra de la propiedad en que habita. Endeudado, casi en situación apurada, sueña con convertirse en propietario.

Todo concuerda para hacerme sospechar de mi buen amigo.

¡Manía persecutoria! De acuerdo, pero ¿dónde está el artesano que forja los eslabones de estos silogismos infernales?

«¡Habría que acabar con él!», es el último pensamiento que consigo fijar en mi mente en medio de mi tormento, antes de dormirme, hacia la salida del sol.

Hemos comenzado un tratamiento a base de agua fría, y he cambiado de habitación. Ahora duermo bastante tranquilo, salvo cuando se produce alguna recaída.

Una tarde, el doctor repara en el devocionario que hay encima de mi mesilla de noche y se pone furioso:

—¡De nuevo con la dichosa religión! Esto es un síntoma, ¿entendido?

—¡O una necesidad como otra cualquiera!

—¡Basta! No soy ningún ateo, pero creo que el Todopoderoso no quiere saber ya nada de la intimidad de otro tiempo. Se acabaron las zalamerías con el Padre Eterno, y yo me atengo al principio de los mahometanos que aconseja sólo resignación para sobrellevar la carga de la existencia.

Grandes palabras, de las que yo extraigo algunos granos de oro.

Él me priva del devocionario y de la Biblia.

—Lee cualquier otra cosa, aunque sea de menor interés, historia universal, mitología y déjate de ideas vacuas. Y ante todo una cosa: ¡ojo con el ocultismo, la ciencia abusiva! Está prohibido fisgar en los secretos del Creador, y ¡ay de aquellos que los descubran!

Cuando yo le objeto que en París se ha creado una escuela ocultista, él vocifera:

—¡Pobres de ellos!

Por la noche, me trae la *Mitología germánica* de Victor Rydberg, pero sin segundas intenciones, estoy convencido.

—Aquí tienes unas historias totalmente soporíferas. Esto es más efectivo que el sulfonal.

Si mi excelente amigo hubiera sabido qué mecha iba a prender, habría preferido…

La *Mitología* en dos volúmenes, mil páginas en total, se abre sola entre mis manos, por así decirlo, y mi mirada se fija al punto en las líneas siguientes, grabadas en mi memoria con letras de fuego:

> Según la leyenda, Bhrigu, habiendo sido instruido por su padre, se ensoberbeció hasta tal punto que se imaginó que excedía en saber a su mismo maestro. Éste le mandó a los infiernos, donde tuvo, para humillación suya, que asistir a mil horribles espectáculos que nunca sospechara.

Así que se trataba de eso, del orgullo, de la presunción, *hybris* (üβþiç), castigado por mi padre y mi maestro. Y yo me encontraba en el infierno, arrojado allí por las potencias. ¿Quién era, pues, mi maestro? ¿Swedenborg?

Continúo hojeando el libro milagroso:

> En esta fábula se compara el mito germánico de los campos de espinos que flagelan los pies de los injustos…

¡Basta, basta! ¡Sólo faltaban las espinas! ¡Esto es demasiado!

¡No cabe ya ninguna duda, estoy en el infierno! Y, en verdad, la realidad confirma de una manera tan plausible esta fantasía, que

acabo por darle crédito.

El doctor me parece dividido entre los sentimientos más encontrados. Unas veces se preocupa, me mira de reojo y me trata con una brutalidad vejatoria; otras, desgraciado como es él también, me cuida y me consuela como a un niño enfermo. Otras veces, se alegra de poder tratar a patadas a un hombre de mérito al que estimara en otro tiempo. Entonces, adopta el papel de verdugo y me sermonea: «Hay que trabajar, eliminar de uno toda ambición exagerada; hay que cumplir con los deberes hacia la patria y la familia. Dejar la química, que es una quimera, pues hay muchos especialistas competentes, eruditos profesionales que saben lo que se traen entre manos…»

Un buen día me propuso escribir en el último de los periodicuchos de Estocolmo.

—¡Eso da dinero!

Yo le replico que no tengo necesidad de hacer artículos para el último de los periódicos de Estocolmo, cuando el primer periódico de París y del mundo ha aceptado colaboraciones mías.

Entonces él se hace el escéptico y me trata de farsante, por más que haya leído mis artículos en *Le Fígaro* y que él mismo hiciera traducir mi primer artículo de fondo publicado en París en el *Gil Blas*.

No le guardo rencor: simplemente ha representado el papel que le ha asignado la Providencia.

Me esfuerzo por reprimir un odio naciente contra ese demonio improvisado, y maldigo al destino que trata de trocar en ingratitud mi reconocimiento hacia un amigo generoso.

Existen simples nimiedades que renuevan sin cesar mis sospechas sobre las malévolas intenciones del médico.

Hoy ha llevado a la terraza que da al jardín unas hachas, unas sierras, unos martillos totalmente nuevos que no sirven para nada. En su dormitorio tiene dos fusiles y un revólver, y, en un pasillo, otra colección de hachas, demasiado grandes para ser de alguna utilidad en casa. ¡Qué satánico azar que todo este instrumental de tortura se

halle expuesto a mi vista! Me inquieta por su inutilidad y su carácter insólito.

Mis noches se han vuelto bastante tranquilas, mientras que el doctor comienza a dar paseos alarmantes. Es así como he sido despertado por un disparo de fusil en medio de una noche oscurísima. Discreto, finjo no haber oído nada. A la mañana siguiente, él explica el asunto, alegando que una bandada de urracas que venían al jardín perturbaban su sueño.

Otra noche es la mujer de servicio la que profiere roncos gritos a las dos de la madrugada. Y otra, es también el doctor el que se pone a gemir, invocando al «Señor Sabaoth».[20]

¿Estoy en una casa embrujada? ¿Y quién me ha mandado aquí?

No puedo dejar de sonreírme al observar que la pesadilla que me obsesionaba hace presa en mis carceleros. Pero la alegría impía no tarda en verse castigada. Me sorprendió un horrible ataque, y un síncope me despertó de sobresalto al oír unas palabras que he anotado en mi diario. Una voz desconocida exclama: «Luthardt el Droguero».

¡Droguero! ¿Acaso me estaban envenenando lentamente con alcaloides que provocan delirios, tales como el beleño, el hachís, la digitalina, la estramonina?

No lo sé; pero a partir de ese momento mis sospechas se redoblan.

No se atreven a matarme, únicamente quieren volverme loco, mediante artimañas, para luego hacerme desaparecer en un sanatorio mental. Algunos indicios delatan cada vez más al doctor. Descubro que ha desarrollado mi síntesis del oro, de manera que sabe de ello más incluso que yo mismo. Por otra parte, todo cuanto dice se ve momentos después contradicho, y, ante sus mentiras, mi fantasía se desboca y rebasa los límites de lo razonable.

El 8 de agosto, me paseo por la mañana fuera de la ciudad. Cerca de la calzada hay un poste telegráfico que canta: me acerco a él, aguzo el oído y me quedo como hechizado. Al pie del poste hay

una herradura caída al azar. La recojo como un buen augurio y me la llevo a casa.

10 de agosto.— Al anochecer, doy las buenas noches al doctor cuyo comportamiento en estos últimos días me ha inquietado más que nunca. Misteriosamente, ha estado luchando consigo mismo: tiene el rostro lívido, los ojos mortecinos. Se pasa todo el día cantando o silbando; una carta que ha recibido le ha impresionado vivamente.

Por la tarde, tras haber hecho una operación, vuelve a casa, con las manos ensangrentadas, trayendo un feto de dos meses. Tenía toda la pinta de un carnicero y habla de modo desagradable sobre la madre que acababa de abortar.

—¡Matar a los débiles y proteger a los fuertes! ¡Basta ya de esta piedad que no hace sino que la humanidad degenere!

Ha conseguido horrorizarme, y tras intercambiar un «buenas noches» en la puerta que separa nuestras dos habitaciones, continúo espiándole. En primer lugar, sale al jardín sin que yo pueda oír qué es lo que hace. Luego, entra en la terraza de al lado de mi dormitorio, y se instala allí. Maneja un objeto bastante pesado y da cuerda a un resorte que no pertenece a un reloj. Todo lo hace de manera subrepticia, indicio de que se anda con subterfugios o con sucios manejos.

A medio desvestir, de pie e inmóvil, conteniendo la respiración, aguardo el resultado de todos estos misteriosos preparativos.

Entonces, a través del tabique que hay tocando a mi cama, el consabido y bien conocido fluido irradia, me palpa el pecho y busca mi corazón. La tensión aumenta… yo cojo mis ropas, me deslizo por la ventana y voy a vestirme lejos, del otro lado de la puerta.

Y heme aquí una vez más en la calle, en el arroyo, dejando detrás de mí el último refugio, al único amigo. Sigo adelante, sin objeto; luego, recobrando el sentido, me voy directo a ver al médico de la ciudad. Es preciso llamar, esperar y preparar una justificación, sin acusar a mi amigo.

Por fin, apareció el médico. Yo me excusé por mi visita nocturna; pero los insomnios y los síncopes de un enfermo que había perdido la confianza en su médico, etc. El excelente amigo, cuya hospitalidad había yo aceptado, me había tratado de enfermo imaginario y no había querido escucharme.

Entonces, y como si hubiera estado esperando mi visita, el doctor me invita a tomar asiento, me ofrece un cigarro y un vaso de vino.

Para mí es una liberación el verme recibido como una persona digna, tras haber sido maltratado como un miserable idiota. Nos quedamos hablando por espacio de dos horas, y el médico se me revela un verdadero teósofo a quien yo puedo confesarle todo sin comprometerme.

Finalmente, un poco después de medianoche, me levanto para ir en busca de un hotel. El doctor me aconseja que vuelva a la casa.

—¡Eso nunca! ¡Sería capaz de asesinarme!

—¿Y si yo le acompañara?

—Siendo así, afrontaremos juntos el fuego enemigo. Pero él jamás me lo perdonará.

—¡Vayamos, de todas formas!

Así pues, vuelvo sobre mis pasos y, al encontrar la puerta cerrada, llamo.

Cuando, al cabo de un minuto, mi amigo abre, soy yo quien me siento dominado por la piedad. Él, el cirujano, acostumbrado como está a hacer sufrir sin la menor compasión, el profeta del crimen premeditado, tiene un aspecto lastimoso, pálido como un cadáver; tiembla y balbucea, y, a la vista del doctor que tengo detrás de mí, se viene abajo, presa de un terror que me espanta más que todos los horrores precedentes.

¿Es posible que este hombre hubiera premeditado un asesinato y temiera ser descubierto? Sin duda no, y rehúyo este pensamiento por innoble.

Tras algunas frases banales y, por mi parte, de unas palabras casi de broma, nos separamos para ir a acostarnos.

Suceden en la vida cosas tan horribles que el alma se niega a guardar en el momento huella de ellas; pero la impresión permanece y no tarda en reproducirse con fuerza irresistible.

Así, de vuelta a casa, me acuerdo de pronto de una escena que ha tenido lugar en el salón del doctor durante la visita de la noche.

El doctor me deja para ir a buscar vino: al quedarme solo, observo un armario de paneles cuya madera labrada, no sé de cierto, si era de nogal o de olmo.

Como de costumbre, las vetas de la madera dibujaban rostros. Ahora bien, aquí apareció una cabeza de macho cabrío de magistral factura, y al punto le volví la espalda. Era el mismísimo Pan, según la tradición antigua. Pan, al que más tarde la Edad Media transformó en Satán: ¡era sin duda él! Me limito aquí a dejar constancia del hecho; el médico, propietario del armario, prestaría un gran servicio a la ciencia oculta haciendo fotografiar el panel. El doctor Marc-Haven, en *L'Initiation* (de noviembre de 1896), se ha ocupado de tales fenómenos, muy comunes en todos los reinos de la naturaleza, y recomiendo al lector que observe detenidamente el rostro dibujado en el caparazón del cangrejo.

Como consecuencia de esta aventura, estalla una hostilidad abierta entre mi amigo y yo. Él me da a entender que no soy más que un haragán, y que mi presencia allí está de más. Yo le respondo que estoy dispuesto a instalarme en un hotel, en espera de unas cartas urgentes. Entonces, él se hace el ofendido.

En realidad, no puedo irme de allí por falta de dinero, y por otra parte presiento un cambio inminente en mi destino.

Ahora bien, he recuperado la salud, duermo tranquilo por las noches, trabajo de día.

La hostilidad de la Providencia parece estar en suspenso, y mis esfuerzos se ven recompensados por el éxito en todos los aspectos. Si cojo al azar un libro en la biblioteca del doctor, siempre encuentro la explicación que busco. Así, en un viejo tratado de química, doy

con el secreto de la fabricación del oro, de manera que ahora puedo probar mediante la metalurgia, a base de cálculos y analogías, que he fabricado oro, y que siempre se ha fabricado cuando se ha creído extraerlo de los minerales.

Envío una memoria que he escrito sobre este asunto a una revista francesa que la imprime de inmediato. Me apresuro a enseñarle el artículo al doctor que, no pudiendo negar el hecho, me toma ojeriza.

Entonces, me veo obligado a reconocer que ya no es amigo mío, si mis éxitos le contrarían.

12 de agosto.— Compro un álbum en la librería. Es una especie de libreta de apuntes de cuero repujado y dorado, con una encuadernación de lujo. Me llama la atención el dibujo, y —cosa rara— constituye un presagio cuya interpretación daré más adelante. Se trata de una composición artística que representa: a la izquierda, el cuarto creciente de la luna rodeado de una rama florida, tres cabezas equinas (*trijugum*) naciendo de la luna; por encima hay una rama de laurel, y debajo, tres espigas (tres veces tres); a la derecha, una campana de la que brotan unos florones, una rueda en forma de sol, etcétera.

13 de agosto.— He aquí el día predicho por el reloj de péndulo del boulevard Saint-Michel. Espero un incidente cualquiera, pero en vano, y sin embargo estoy seguro de que, en alguna parte, ha sucedido algo cuyos resultados me serán comunicados dentro de poco.

14 de agosto.— En la calle, recojo la hoja de un almanaque de oficina que lleva impresa en grandes caracteres: 13 de agosto (la fecha del reloj de péndulo). Por encima, en minúsculas: «Nunca hagas a escondidas lo que no harías en público.» (¡La magia negra!)

15 de agosto.— Carta de mi mujer. Se compadece de mi destino; me sigue queriendo y espera para nuestra hija un feliz cambio de

situación. Sus padres, que en otro tiempo me odiaban, ahora no son insensibles a mis padecimientos, y me invitan a ir a ver a mi hija, ese ángel que vive en el campo, en casa de sus abuelos.

¡Es la llamada de la vida! Mi hija, mi niña, ocupa para mí el primer lugar en mi corazón, antes incluso que mi esposa. ¡Abrazar a la pobre inocente a quien quise hacer daño, pedirle perdón, alegrarle la existencia con las pequeñas atenciones de un padre ávido de prodigar su afecto, del que ha sido avaro desde hace años! Comienzo a renacer, me despierto por fin de un mal sueño, y comprendo la benévola voluntad del severo Maestro, que me ha castigado con mano dura e inteligente. Ahora comprendo las palabras oscuras y sublimes de Job: «¡Dichoso el hombre a quien Dios castiga!»

La felicidad: porque, de «los demás», no se preocupa.

No sé si allá en el Danubio voy a encontrar a mi mujer, y ello me resulta casi indiferente, debido a una indefinible incompatibilidad de caracteres, y sin embargo preparo mi peregrinaje, lo suficientemente consciente de que se trata de un viaje de penitencia y de que me están reservados nuevos calvarios.

Treinta días de tormentos, hasta que se abren las puertas de la cámara de torturas. Abandono a mi amigo y verdugo sin la menor amargura. No ha sido para mí sino el flagelo de la Providencia.

¡Dichoso el hombre a quien Dios castiga!…

XII

BEATRIZ

Un coche de punto me lleva de la estación de Stettin a la de Anhalt, en Berlín. El trayecto de media hora me parece una verdadera ordalía, pues a tal punto hieren mi corazón los recuerdos que de allí guardo. En primer lugar, paso por la calle donde vivía mi amigo Popoffsky con su primera mujer, desconocido o, mejor dicho, ignorado, luchando contra la miseria y las pasiones. Ahora la mujer está muerta y también el hijo, en esa casa de la izquierda; nuestra amistad se ha transformado en odio cerval.

Aquí, a la derecha, la cervecería de los artistas y de los escritores, escenario de tantas orgías intelectuales y amorosas.

Allí, la Cantina Italiana donde me daba cita con mi prometida de entonces, hace de ello tres años: fue en ese lugar donde dilapidamos en vino Chianti mis primeros derechos de autor, ganados en Italia.

Allí, Schiffbauerdamm con la pensión Fulda, donde vivimos como recién casados. Y aquí, mi teatro, mi librero, mi sastre, mi boticario.

¡Qué fatal instinto impulsa al cochero a conducirme por esta *via dolorosa*, empedrada de recuerdos enterrados que, a esta hora nocturna, resucitan como si de aparecidos se tratase! No me explico por qué toma expresamente por esta callejuela, donde se encuentra nuestro café, el Cochinillo Negro, célebre en otro tiempo como residencia predilecta de Heine y de E. T. A. Hoffmann. El patrón está

también allí, en la puerta, bajo el monstruo que le sirve de enseña. ¡Me mira sin verme! Y, durante apenas un segundo, la araña del interior refleja los rayos coloreados por las cien botellas del escaparate y me hace revivir un año de mi vida, el más lleno de tristezas y alegrías, de amistad y de amor. Al mismo tiempo, siento vivamente que todo ello ha terminado y que es preciso que permanezca enterrado para dejar paso a algo nuevo.

Tras haber hecho noche en Berlín, me despierto por la mañana, y, por encima de los tejados, un resplandor rosado, de un rosa encarnado, me saluda por la parte del cielo que da a Oriente. Entonces me acuerdo de haber observado ya este color rosa en Malmö, la víspera de mi partida. Dejo este Berlín convertido en mi segunda patria, donde pasé mi *segunda primavera*, y la última. ¡En la estación de Anhalt, abandono, con mis recuerdos, toda esperanza de una nueva primavera y de un amor que no volverán ya nunca más, nunca más!

Después de pernoctar en Tabor, adonde el resplandor rosado me persigue, desciendo en dirección al Danubio por la selva de Bohemia. Muere allí el ferrocarril, y me adentro en coche por esta región baja que sigue el Danubio hasta Grein; avanzo entre manzanos y perales, trigales y verdes prados. Entonces descubro a lo lejos, en una colina de la margen opuesta del río, la iglesuela que no he visitado nunca, pero que constituye el punto culminante del paisaje que se extiende delante de la casita donde nació mi hija, ese mes de mayo imborrable, hace de ello dos años. Recorro pueblos, dejo atrás aldeas y monasterios, y, a lo largo del camino, encuentro innumerables capillas expiatorias, calvarios, exvotos, monumentos conmemorativos de accidentes, de rayos, de muertes repentinas. Y sin duda, al término de este peregrinaje, allí, a lo lejos, me esperan las doce estaciones del Gólgota.

El Crucificado, coronado de espinas, me saluda a cada centenar de pasos, me alienta, y me invita a tomar la cruz y el martirio.

Ahora mortifico mi carne, tratando de convencerme de antemano de que Ella no estará allí, lo que yo ya sabía.

Y ahora que no está mi mujer para evitar las trifulcas familiares, preciso será que sufra las represalias de sus ancianos padres, a los que abandoné en unas circunstancias ofensivas, incluso negándoles el saludo de despedida. Llego, pues, resignado a ser castigado, con tal de conseguir la paz, y, una vez pasados el último pueblo y el último crucifijo, presiento los suplicios del condenado.

Había dejado yo a una criatura de seis semanas, y me encuentro a una chiquilla de dos años y medio. En el primer encuentro, me escruta hasta el fondo del alma, con mirada seria pero no severa, aparentemente para ver si vengo por ella o por su madre. Tranquilizada, se deja dar un beso, y me echa los bracitos al cuello.

Es el despertar a la vida terrenal del doctor Fausto; pero más dulce y más puro: no ceso de llevar a mi querida hijita en brazos y de sentir latir su corazoncito contra el mío. Amar a un hijo es, para un hombre, como afeminarse; es renunciar al macho, sentir el amor asexuado de los *coeliokys*, como los llama Swedenborg. Así comienza mi educación para el cielo. ¡Pero lo primero de todo es la expiación!

La situación, en dos palabras, es la siguiente: mi mujer vive en casa de su hermana casada, porque la abuela, en posesión de la herencia, se ha jurado conseguir la disolución de nuestro matrimonio, de tanto como me odia por mi ingratitud y por otros motivos. Yo soy el bienvenido para mi hija, que no puede dejar de ser nunca mía, y soy el huésped de mi suegra por un tiempo indefinido. Acepto la situación tal como es, y gustosamente. Mi suegra me lo ha perdonado todo, con ese espíritu conciliador y sumiso de la mujer profundamente religiosa.

1 de septiembre de 1896.— Ocupo el aposento donde mi mujer ha pasado estos dos años de separación. Es aquí donde ella ha sufrido, mientras que yo pasaba mis suplicios en París. ¡Pobre,

pobre mujer! ¿Es el castigo por el crimen que cometimos al tomamos a broma el amor?

Por la noche, a la hora de la cena, he aquí lo que sucede. Con el fin de ayudar a mi hija que no puede servirse sola, le cojo la mano, muy suavemente, con la más afectuosa de las intenciones. Ella pone el grito en el cielo, retira su mano y me dirige una mirada de horror. Y, al preguntarle la abuela qué es lo que sucede, ella responde:

—¡Me hace daño!

Desconcertado, soy incapaz de proferir una sola palabra. Si causo daño deliberadamente, ¿cuánto no causaré sin querer?

Por la noche, sueño con un águila que m& desgarra la mano, en castigo por un crimen desconocido.

Por la mañana, viene a verme mi hija, tierna, amorosa, cariñosa. Se toma el café conmigo y se instala en mi escritorio, donde le enseño unos libros ilustrados.

Somos ya buenos amigos, y mi suegra está encantada de recibir ayuda en la educación de la pequeña.

Por la noche, tengo que asistir al momento en que mi ángel se acuesta y dice sus oraciones. Ella es católica, y cuando me exhorta para que rece y me santigüe, yo me quedo sin respuesta, porque soy protestante.

2 de septiembre.— Alarma general. La madre de mi suegra, que vive a orillas del río, a unos pocos kilómetros de aquí, quiere lanzar una orden de expulsión contra mí. Quiere que me largue de inmediato y amenaza con desheredar a su hija en caso de desobediencia. La hermana de mi suegra, una buena mujer separada también de su marido, me invita a su casa en el pueblo vecino, en espera de que se calme la tempestad. Viene a buscarme con este propósito para llevarme a su casa. Subimos una colina de dos kilómetros; una vez llegados a la cima, descubrimos abajo un valle de forma redondeada, encajonado, donde innumerables colinas, erizadas de bosques de abetos, se alzan cual cráteres

volcánicos. En el centro de este embudo está el pueblo con su iglesia y, en lo alto de la escarpada montaña, el castillo, al estilo de los burgos medievales; encajonados aquí y allá hay campos y prados, bañados por un arroyo que se hunde en una garganta bajo la fortaleza.

Impresionado al punto al ver este extraño paisaje, único en su género, me asalta la idea de haberlo visto ya antes; pero ¿dónde?, ¿dónde?

¡En la cubeta de cinc del Hotel Orfila! Dibujado por el óxido de hierro. ¡Es el mismo paisaje, sin lugar a dudas!

Mi tía se apea conmigo en el pueblo donde dispone de un piso con tres habitaciones, en un gran edificio que alberga una panadería, una carnicería y una taberna. La casa está provista de pararrayos, porque, hace un año, un rayo prendió fuego al granero. Cuando la buena de mi tía, mujer de corazón piadoso, igual que su hermana, me introduce en la habitación que me ha sido destinada, yo me detengo en la puerta, emocionado como ante una visión. Las paredes están pintadas de rosa, de un rosa como el de las auroras que me han obsesionado durante mi viaje. Las cortinas son de color rosa, y las ventanas adornadas de flores dejan entrar una luz coloreada. Reina aquí una maravillosa limpieza, y la cama a la antigua, con su baldaquino sostenido por cuatro columnas, es el lecho de una virgen. Toda la habitación, con el tipo de mobiliario, es un poema, inspiración de un alma que no vive más que a medias en este mundo. No hay ningún Crucificado: pero sí está la Virgen María, y una benditera protege la entrada contra los malos espíritus.

Me domina un sentimiento de vergüenza, temeroso de mancillar esta fantasía de un corazón puro que ha levantado este templo a la Madre de Dios, sobre la tumba de su único amor, enterrado desde hace más de diez años. Y, con torpes frases, trato de declinar tan generoso ofrecimiento.

Pero la bondadosa anciana insiste:

—Te hará bien sacrificar tu amor terrenal al amor de Dios, y al afecto que sientes por tu hija. Hazme caso, este amor sin espinas te

conservará la paz de corazón, la serenidad de espíritu, y, bajo la protección de la Virgen, pasarás noches de apacible sueño.

Le beso la mano, en señal de agradecimiento por el sacrificio que me ha ofrecido, y con una compunción de la que no me creía capaz, acepto de corazón, con el convencimiento de que seré indultado por las potencias que parecen haber suspendido los tormentos destinados a mi castigo.

Pero, con un pretexto cualquiera, me reservo el derecho a pasar una última noche en Saxen y a posponer el traslado para el día siguiente. Regreso, pues, al lado de mi hija, acompañado de la tía. En la calle del pueblo, reparo en que el pararrayos y sus cables conductores están fijados justo encima de mi cama.

¡Qué diabólico azar! Me produce el efecto de una persecución personal.

Observo también que el paisaje que se extiende delante de mis ventanas no es sino un hospital de indigentes, con su población de antiguos criminales puestos en libertad, de enfermos, de agonizantes. Triste sociedad, un sombrío futuro ante mis ojos.

De vuelta a Saxen, recojo mis pertenencias para la partida. No sin pesar abandono la morada de mi hija que tan querida se ha vuelto para mí. La crueldad de la anciana señora, que acaba de separarme de mi mujer y de mi hija, excita mi indignación y, en un arrebato de cólera, alzo la mano contra su retrato pintado al óleo, que está situado justo encima de la cabecera de mi cama. Una sorda maldición acompaña el gesto.

Dos horas más tarde, una formidable tormenta estalla sobre el pueblo; los relámpagos se entrecruzan, se pone a llover a cántaros y el cielo está negro.

A la mañana siguiente, llegado a Klam, donde me espera la habitación rosa, observo una nube en forma de dragón, que se cierne sobre la casa de mi tía. Luego me cuentan que un rayo ha prendido fuego en un pueblo vecino y que el aguacero ha devastado

nuestro término municipal, ha arrasado los almiares de heno y se ha llevado por delante los puentes del arroyo.

El 10 de septiembre, un ciclón ha causado estragos en París, ¡y en qué extrañas circunstancias! Primero, en medio de una calma absoluta, comienza detrás de Saint-Sulpice, en el Jardin du Luxembourg, visita el teatro de Châtelet y la prefectura de policía, y va a morir en el hospital de Saint-Louis, tras haber derribado a su paso cincuenta metros de enrejado de hierro. Es sobre el asunto de este ciclón y del Jardin des Plantes sobre lo que me pregunta mi amigo el teósofo:

—¿Qué es un ciclón? ¿Unas olas de odio, ondulaciones pasionales, emisiones espirituales?

Luego añade:

—¿Son conscientes los habitantes de Papúa de sus manifestaciones?

Y, por un curioso juego de azares, en una carta que se cruza con la de mi amigo, yo le planteo esta pregunta de forma directa y precisa, como iniciado que es en los misterios de los hindúes:

—¿Pueden los sabios hindúes provocar ciclones?

Comenzaba entonces a sospechar que los adeptos a la magia me perseguían debido a mi oro o a mi obstinada negativa a entrar a formar parte en el grado que fuese en sus sociedades. La lectura de la *Mitología germánica* de Rydberg y del *Waerend och Wirdarne* de Hyltén-Cavallius me había enseñado que a las brujas les gusta aparecerse en medio de una tempestad o de un vendaval breve y violento.

Cito esto para dejar bien claro mi estado anímico de esta época en que yo no conocía aún las doctrinas de Swedenborg.

El santuario está preparado, blanco y rosa, y el santo va a compartir casa con su discípulo, venido de su país natal común, para hacer revivir el recuerdo del hombre mejor dotado de los tiempos modernos.

Francia envió a Ansgar a bautizar Suecia; mil años después, Suecia ha enviado a Swedenborg a rebautizar Francia, por mediación de su discípulo Saint-Martin. La Orden martinista, sabedora de su papel en la formación de una nueva Francia, no disminuirá el alcance de estas palabras, y menos aún el significado de los mil años de este milenio.

XIII

SWEDENBORG

Mi suegra y mi tía son dos hermanas gemelas de un parecido perfecto, que tienen el mismo carácter, los mismos gustos y las mismas antipatías, hasta el punto de que cada una de ellas tiene el aspecto de ser el doble de la otra. Cuando hablo con una en ausencia de la otra, la ausente no tarda nada en estar al corriente de ello, de manera que puedo continuar las confidencias con cualquiera de las dos, sin el menor preámbulo. Por eso las confundo en este relato que no es una novela con pretensiones de estilo y de buena composición literaria.

Y la primera noche les cuento con sinceridad mis aventuras inexplicables, mis dudas, mis tormentos. Y enseguida, con aire de satisfacción, exclaman las dos al unísono:

—Has llegado a una etapa por la que también pasamos nosotras.

Partiendo de la misma indiferencia en materia de religión, habían estudiado ocultismo: a partir de ese momento comienzan las noches insomnes, los incidentes misteriosos acompañados de mortales angustias y, por último, las crisis nocturnas, los ataques de locura. Las furias invisibles prosiguen la caza hasta el puerto de salvación: la religión. Pero antes de llegar a él, se aparece el ángel de la guarda, que no es otro que Swedenborg. Suponen, erróneamente, que yo conozco a fondo a mi compatriota, y, sorprendidas de mi

ignorancia, las buenas mujeres me dan, aunque no sin alguna reticencia, un viejo libro en alemán.

—¡Toma, lee esto, no temas!

—¿Temer, el qué?

A solas en la habitación rosa, abro el libro al azar y leo. Dejo al lector adivinar cuáles son mis sensaciones al caer mis ojos sobre una descripción del infierno, que no es otro que el paisaje de Klam, el paisaje de mi cubeta de cinc dibujado como del natural: el valle encajonado, los montículos con los abetos, los bosques sombríos, la garganta con el arroyo, el pueblo, la iglesia, la casa de mendicidad, el estercolero, las aguas residuales, la pocilga; no faltaba nada.

¿El infierno? Pero yo he sido educado en el más profundo desprecio por el infierno, que me enseñaron a considerar como una fantasía nacida en el caldo de cultivo de los prejuicios. Y, pese a todo, no puedo negar el hecho de que existe un cambio, y en esto radica la novedad en la interpretación de las penas llamadas eternas; estamos ya en el infierno. La tierra es el infierno, la prisión construida con una inteligencia superior, de tal forma que no puedo dar un paso sin perturbar la felicidad ajena, y los demás no pueden seguir siendo felices sin hacerme sufrir a mí.

Así es cómo Swedenborg, tal vez no consciente de ello, pinta la vida terrenal, al querer representar el infierno.

El fuego del infierno no es otro que el afán de medro; las potencias despiertan el deseo, y permiten a los condenados obtener el objeto de sus ansias. Pero una vez alcanzada la meta y satisfechos los deseos, todo aparece como carente de valor, ¡y la victoria de nada vale! Vanidad de vanidades, todo es vanidad. Entonces, tras la primera desilusión, las potencias atizan el fuego del deseo y de la ambición, y no es el apetito insatisfecho el que más atormenta, sino la codicia ahíta la que inspira el hastío de todo. Además, el Demonio sufre la pena infinitamente, porque obtiene al instante todo cuanto desea, de tal manera que no puede disfrutar ya de nada.

Comparando la descripción del infierno de Swedenborg con los tormentos de la mitología germánica, encuentro una correspondencia evidente; pero, para mí personalmente, lo esencial estriba en el solo hecho de que estos dos libros me tengan absorbido al mismo tiempo. Estoy en el infierno y la condenación pesa sobre mí. Al examinar mi pasado, vuelvo a ver mi infancia ya organizada como un lugar de reclusión, como una cámara de tortura, y para explicar los suplicios infligidos a un niño inocente no queda más remedio que recurrir a la suposición de una existencia anterior de donde fuimos arrojados a este mundo, a fin de expiar las consecuencias de culpas olvidadas.

Por uno de esos momentos de docilidad mental harto frecuentes en mí, reprimo en lo más profundo de mi alma las sensaciones provocadas por la lectura de Swedenborg. Pero las potencias no me conceden ya tregua.

Durante un paseo por los alrededores del pueblo, el arroyuelo me conduce a la cañada que se encuentra enclavada entre las dos montañas y que es conocida como la Garganta (*Schluchtweg*). La entrada, a la que unas rocas desprendidas confieren un aspecto verdaderamente sublime, me atrae de forma especial. La montaña que sirve de base a la fortaleza abandonada está cortada a pico, formando en su parte inferior la entrada del barranco, donde el arroyo se precipita en el salto de agua del molino. Por uno de esos caprichos de la naturaleza la roca está moldeada en forma de cabeza de turco, parecido que ninguno de los lugareños pone en duda.

Debajo, el cobertizo del molinero se apoya contra la pared de la montaña. De la cerradura de la puerta pende un cuerno de chivo que contiene el sebo para las carretas: muy cerca cuelga una escoba.

Por más que todo esto sea lógico y normal, yo me pregunto qué demonio habrá puesto precisamente allí, justo esta mañana en mi camino, esos dos atributos propios de las brujas.

Pero yo avanzo de buen grado por el húmedo y oscuro camino: un edificio de madera me hace detener por su insólito aspecto. Es un edificio alargado y bajo, con seis puertas de horno… ¡Horno!

Santo cielo, ¿dónde estoy, entonces?

Me siento acosado por la imagen del infierno de Dante, con las arcas donde los pecadores son calentados al rojo vivo… y las seis puertas de horno… ¡Horno![21]

¿Una pesadilla? No, la humilde realidad que se desvela por una horrible pestilencia, un torrente de barro, y un coro de gruñidos procedentes de la pocilga.

El camino se estrecha, se angosta en forma de pasillo entre la montaña y la casa del molinero, justo debajo de la Cabeza de Turco. Avanzo, pero al fondo descubro un enorme perro danés, con pelaje de lobo, y muy semejante al monstruo que guardaba el taller de la rue de la Santé, en París.

Retrocedo dos pasos; pero al recordar la divisa de Jacques Coeur: «El mundo es de los audaces», penetro en el abismo. El cancerbero pone cara de no haberme visto, y yo continúo avanzando, ahora entre dos hileras de casas bajas y oscuras. Aparece una gallina negra sin cola y con cresta de gallo; luego, una mujer, hermosa de lejos, y con la frente marcada con una medialuna de un color rojo sangre; pero vista de cerca, es fea y desdentada.

El salto de agua y el molino hacen un ruido semejante al zumbido de oídos que me persigue desde mis primeras inquietudes en París. Los mozos del molino, blancos, como falsos ángeles, manejan los engranajes de la máquina, igual que unos verdugos, y la gran rueda de paletas realiza su trabajo de Sísifo, haciendo chorrear el agua indefinidamente.

Luego está la fragua, con los herreros desnudos y negros, armados de tenazas, garfios, mordazas y martillos, entre el fuego y las chispas, el hierro al rojo vivo y el plomo fundido: un verdadero estrépito que sacude el cerebro sobre su base, y hace saltar el corazón dentro del pecho.

Y a continuación el aserradero, y la gran sierra cuyos dientes rechinan, torturando sobre el caballete los troncos gigantes, mientras que la sangre incolora chorrea sobre el resbaladizo suelo.

La cañada continúa a lo largo del arroyo, devastada por el temporal y el ciclón; la inundación ha ocultado los puntiagudos guijarros, crueles para los pies que resbalan sobre una capa de barro verde grisáceo. Quisiera atravesar el agua, pero han quitado la pasarela, y me detengo bajo un precipicio donde la prominente roca amenaza con caer sobre una Virgen María que, con sus débiles y divinos hombros, sostiene por sí sola la ahuecada montaña.

Vuelvo sobre mis pasos, sumido en reflexiones sobre esta combinación de azares que, tomados en su conjunto, componen un gran Todo, que resulta maravilloso sin ser sobrenatural.

Transcurren ocho días y ocho noches tranquilas en la habitación rosa. Retorna la paz del corazón con la visita diaria de mi hija que me ama, es amada y digna de todo amor, y mi familia me cuida como a un pobre niño mimado.

La lectura de Swedenborg me tiene ocupado durante el día; y me siento abrumado por el realismo de sus descripciones. Todo se encuentra allí, todas mis observaciones, mis sensaciones, mis ideas, de modo que sus visiones me parecen vividas como verdaderos documentos humanos. No se trata de creer a ciegas, basta con leer y comparar con las propias experiencias.

Sólo que el volumen de que dispongo aquí no constituye más que un extracto, y los principales enigmas de la vida espiritual no serán resueltos hasta más tarde, cuando caiga en mis manos la obra completa, *Arcana coelestia*.

Entretanto, entre los escrúpulos despertados por el convencimiento de que existe un Dios y unas penas, algunas líneas de Swedenborg me consuelan y pronto me siento más dispuesto a disculparme y a enorgullecerme.

Por tanto, por la noche, al confesarme a mi suegra, le digo:

—¿Tú me crees un condenado?

—No, por más que no haya conocido jamás en toda mi vida un destino humano semejante al tuyo. Pero no has encontrado aún el buen camino que te ha de conducir al Señor.

—¿Te acuerdas de Swedenborg y de sus principios del cielo? En primer lugar: la sed de mando, con un fin superior. Aquí tienes mi espíritu dominador, que jamás ha aspirado a los honores ni tampoco al poder que concede la sociedad. Luego el amor a la fortuna y al dinero, para su utilidad pública. Sabes que siento desinterés por el lucro y desprecio por el dinero. Tanto si fabrico oro como si he de fabricarlo más adelante, he jurado a las potencias que el beneficio, si lo, hay, será utilizado con fines humanitarios, científicos y religiosos. Por último: el amor conyugal. ¿Es necesario decir que, desde mi juventud, todo mi cariño por la mujer ha sido inseparable de la idea del matrimonio, de la familia y de la esposa? Que la vida me haya reservado la suerte de tomar por esposa a la viuda de un hombre vivo, no deja de ser una ironía del destino que no consigo explicarme; en cuanto a las calaveradas de mi vida de soltero, no vienen al caso.

La anciana, tras un momento de reflexión, dice:

—No puedo negar lo que dices, y la lectura de tus escritos me ha revelado un espíritu de elevadas aspiraciones, siempre fracasadas a pesar tuyo. Es cierto que expías unas culpas cometidas en otro mundo, antes de nacer. Debes de haber sido un gran criminal en una existencia anterior, y por eso habrás de padecer mil veces las angustias de la muerte, antes de morir, hasta que la expiación sea totalmente consumada. Ahora que eres devoto, ¡pon manos a la obra!

—¿Me estás diciendo que practique la religión católica?

—¡Sin duda!

—Swedenborg ha dicho que a nadie le está permitido abandonar la religión de sus antepasados, porque todos pertenecemos al territorio espiritual que es el de la raza de la que somos parte.

—La religión católica es una gracia superior concedida a cualquiera que la solicite.

—Yo me contento con un grado inferior, y, en el peor de los casos, me prosterno ante el trono, después de los judíos y de los mahometanos, que también son admitidos. ¡Sigo siendo modesto!

—¡Se te ofrece el perdón y tú prefieres el plato de lentejas al derecho de progenitura!

—¿La progenitura para el hijo de la sirvienta? ¡Es demasiado, es realmente demasiado!

Desde entonces, rehabilitado por Swedenborg, me imagino una vez más que soy Job, el hombre justo y sin iniquidad, puesto a prueba por el Padre Eterno, para demostrar a los malvados que el hombre íntegro puede soportar los sufrimientos injustos.

Esta idea toma posesión de mi espíritu que se hincha de vanidad piadosa. Yo me vanaglorio de mis adversidades que han tenido fin y no dejo de repetirme: ¡cuánto he sufrido! Y me lamento del bienestar que encuentro aquí, en la familia: la habitación rosa es un amargo escarnio; la gente se burla de mi sincera contricción colmándome de favores y de todos los pequeños placeres de la vida. En suma, soy un elegido, Swedenborg lo ha dicho, y convencido de contar con la protección del Padre Eterno, provoco a los demonios…

Llevo ocho días en la habitación rosa, cuando llega la noticia de que la abuela que vive a orillas del Danubio ha caído enferma. Está aquejada de una enfermedad del hígado, con vómitos, insomnios y crisis cardíacas nocturnas. Mi tía, de la que soy huésped, es reclamada al lado de la enferma y yo soy invitado a volver a casa de mi suegra en Saxen.

Yo objeto que la anciana lo ha prohibido; pero parece ser que ha retirado su orden de expulsión, y que soy libre de quedarme donde me plazca.

No deja de sorprenderme este súbito cambio de actitud en una persona rencorosa como ella, y no me atrevo a atribuir esta feliz

mudanza a la calamidad ocurrida de repente.

Nos enteramos a continuación de que el estado de la enferma se agrava por momentos. Mi suegra me da un ramo de flores de parte de su madre, en señal de reconciliación, y me confía que la anciana se imagina que lleva una serpiente en el vientre, y algunas otras fantasías por el estilo.

A continuación nos enteramos de que se ha cometido un robo de dos mil francos en casa de la enferma, que sospecha de su sirvienta de confianza. Ésta, indignada por la injusta sospecha, monta en cólera y la denuncia por difamación, de manera que se acaba la paz doméstica reinante en la casa de una inválida que se había retirado del mundo para morir en santa paz.

Cada enviado trae a nuestra casa flores, fruta, caza, faisanes, pollos, lucios…

¿Es la justicia divina la que castiga, y será consciente la enferma de ello? ¿Recordará tal vez que, en cierta ocasión, me dejó tirado en el camino que había de conducirme al hospital?

¿O bien es supersticiosa? ¿Me cree capaz de haberla embrujado? ¿Y no son todos sus regalos sacrificios ofrendados al brujo para apaciguar su sed de venganza?

Por desgracia, un libro de magia, llegado de París precisamente estos días, me ilustra acerca de la ciencia del encantamiento. El autor aconseja al lector no creerse inocente por haberse abstenido de las prácticas mágicas dirigidas a causar daño a alguien; hay que controlar las malas intenciones, las cuales bastan para influir incluso en personas ausentes.

Esta información tiene para mí dos consecuencias: en primer lugar, despierta mis escrúpulos en el presente caso, porque en un arrebato de ira había levantado la mano contra el retrato, lanzando una maldición; y, en segundo lugar, despierta mi vieja sospecha de que también yo podría ser objeto de secretas fechorías, por parte de ocultistas o teósofos.

Los remordimientos por un lado, el temor por el otro, dos ruedas de molino que comienzan a hacerme polvo.

He aquí cómo Swedenborg pinta el infierno. El condenado habita en un fascinante palacio, la vida le parece dulce y cree contarse entre los elegidos. Poco a poco las delicias comienzan a esfumarse, para luego desaparecer, y el desgraciado ve que está encerrado en una miserable casucha rodeada de excrementos (véase la continuación).

Adiós a la habitación rosa, y cuando hago mi entrada en una gran estancia contigua a la de mi suegra, presiento que mi permanencia allí no será de larga duración.

Mil pequeñeces, que hacen insoportable la vida, se han coaligado, en efecto, contra la quietud que se requiere para mi trabajo.

Las tablas del entarimado vacilan bajo mis pasos, la mesa oscila, la silla tiembla, el tocador se bambolea, la cama chirría y los restantes muebles se mueven cuando me paseo por el aposento.

La lámpara humea, el tintero es demasiado estrecho, de manera que el portaplumas se mancha: es una casa rústica que exhala olor a estiércol, a aguas residuales, a sulfuro de amonio y a anhídrico sulfúrico. Durante toda la jornada se oyen vacas, cerdos, terneros, gallinas, pavos, patos. Las moscas y las avispas se me comen vivo durante el día, y por la noche, los mosquitos.

En la tienda de ultramarinos del pueblo no hay casi nada. ¡A falta de algo mejor, me veo obligado a comprar su tinta que es de un rojo encarnado! ¡Cosa extraña! Un librillo de papel de fumar contiene, entre las cien hojas blancas, una de color rosa. (¡Rosa!)

Es el infierno a fuego lento y, acostumbrado a soportar grandes desgracias, sufro enormemente por estas mezquinas picaduras, tanto más cuanto que mi suegra me cree descontento pese a sus cuidados de lo más delicados.

17 de septiembre.— Me despierto por la noche al oír dar trece campanadas en la iglesia del pueblo. De inmediato percibo la sensación eléctrica, y se produce un ruido en el granero que hay encima de mí.

19 de septiembre. —Inspeccionando el granero, descubro una docena de tornos cuyas ruedas me recuerdan a las máquinas eléctricas. Voy a abrir un cofre enorme; está casi vacío, y tan sólo contiene cinco palos, de uso desconocido y pintados de negro, que están dispuestos sobre el fondo formando un pentagrama. ¿Quién me ha jugado esta mala pasada, y qué significa esto? No me atrevo a plantear interrogantes, y el asunto sigue siendo enigmático.

Por la noche, entre medianoche y las dos, se desencadena una terrible tormenta. Normalmente una tormenta dura poco y se aleja: ésta se instala sobre el pueblo, por espacio de dos horas, lo que considero como una agresión personal: cada rayo apunta hacia mí, pero sin alcanzarme.

Durante las veladas, mi suegra es la crónica viva de la comarca. ¡Qué inmensa colección de tragedias, domésticas y de cualquier otro tipo, adulterios, divorcios, pleitos familiares, crímenes, robos, violaciones, incestos, difamaciones! Las quintas, las casas de recreo, las cabañas, encierran infortunios de todo género, y yo no puedo dar un paseo por los caminos sin pensar en el infierno de Swedenborg. Mendigos, locos y locas, enfermos, lisiados, adornan las cunetas de la carretera, arrodillados a los pies de un Cristo crucificado, de una Virgen o de un mártir.

Por la noche, los pobres desdichados que sufren insomnio y pesadillas andan errantes por prados y bosques, para procurarse el cansancio que les devuelva el sueño, y, entre estos afligidos, se encuentran gentes de la buena sociedad, damas de postín, incluso un cura.

Muy cerca de nosotros hay un monasterio que sirve de casa de reclusión para jóvenes descarriadas. Es un verdadero correccional, con un reglamento de lo más severo. En invierno, a veinte grados bajo cero, las reclusas duermen en sus celdas sobre las heladas losas y, como está prohibida la calefacción, sus pies y manos están cubiertos de sabañones agrietados.

Entre otras, hay una mujer que pecó con un religioso, lo que constituye un pecado mortal. Corroída por los remordimientos, reducida a la desesperación, se va corriendo a ver a su confesor que le niega la absolución y el Santo Sacramento. ¡Para un pecado mortal no existe más que una respuesta: la condenación! Entonces la desdichada pierde la razón, se imagina estar muerta, y anda errante de pueblo en pueblo, implorando la piedad del clero para ser enterrada en tierra sagrada. Exiliada, expulsada, va y viene, aullando como una bestia salvaje, y la gente se santigua, diciendo al encontrársela: «¡Es la condenada!»

Nadie duda de que su alma esté ya penando en el fuego eterno, mientras que su fantasma anda rondando por aquí, cadáver ambulante, destinado a servir de horrible ejemplo.

Me cuentan también que un hombre fue poseído por el demonio, de manera que el desventurado cambió de personalidad, y fue obligado por el Maligno a proferir blasfemias, pese a la gran repugnancia que ello le inspiraba. Tras haber buscado durante largo tiempo a un exorcista, descubren a un joven franciscano, virgen y de probada pureza de corazón. Éste se prepara a fuerza de ayunos y penitencias, y, una vez llegado el gran día, el poseído es conducido a la iglesia y hace pública confesión. *Coram populo*. Entonces, el joven monje pone manos a la obra y, por medio de continuas oraciones e invocaciones de la mañana a la noche, consigue expulsar al demonio, que huye en circunstancias tales que los espectadores, aterrados, no se atrevieron ni siquiera a referir. Un año más tarde, el franciscano moría.

Tales historias, y otras aún peores, vienen a reafirmar mi convencimiento de que esta región es un lugar predestinado para la penitencia, y que existe una misteriosa correspondencia entre esta región y los lugares donde Swedenborg describe el infierno. ¿Visitó él esta parte del Austria inferior y, a ejemplo de Dante, que describió la región que está al sur de Nápoles, pintó su infierno del natural?

—¿…?

—¿…?

Al cabo de un período de trabajo y de estudio de unos quince días, soy arrancado una vez más de mi escondrijo. Ante la proximidad del otoño, mi tía y mi suegra deciden ir a vivir juntas a Klam, de modo que levantamos el campamento; y para conservar mi independencia, alquilo una casita que tiene dos habitaciones con cocina, muy cerca de donde vive mi hija.

La primera noche después de instalarme en la vivienda, siento una angustia como si el aire estuviera emponzoñado. Bajo a casa de mi madre.[22]

—Si me voy a dormir allí, mañana me encontraréis muerto en la cama. ¡Da hospedaje por una noche a un pobre sin hogar, madre querida!

En seguida es puesta a mi disposición la habitación rosa, pero, ¡bondad divina!, ¡qué cambiada está desde la marcha de mi tía! Unos muebles negros, una librería con los estantes vacíos, abiertos como si fueran fauces, ventanas sin flores, una estufa de hierro colado, alta, esbelta y negra cual un espectro, y decorada con salamandras y dragones, de una fantasía espantosa, es algo que desentona tanto que me pone enfermo.

Todo, por lo demás, me altera los nervios, porque soy persona de costumbres metódicas, y no estoy acostumbrado a hacer nada si no es a sus horas. ¡A pesar de los esfuerzos que hago para disimular mis cuitas, mi madre sabe leer mis secretos!

—¡Tú siempre descontento, hijo mío!

Por más que haga todo lo posible e imaginable por contentarme, los espíritus de la discordia se entrometen, y nada puede remediarlo. Se acuerda de mis pequeñas predilecciones, pero mete siempre la pata. Así, una de las cosas que más aversión me produce son los sesos salteados con mantequilla.

—Hoy he preparado una cosa riquísima, especialmente para ti —me dice.

Y me sirve sesos salteados con mantequilla. Yo comprendo el error y como, pero con mal disimulada repugnancia y fingido apetito.

—¡Pero si no comes nada!

Y me vuelve a llenar el plato… ¡Esto es demasiado! En otro tiempo atribuía yo todas estas calamidades a la maldad femenina; ahora, la reconozco inocente de ello y me digo: «¡Es el diablo!»

Desde joven, dedico mi paseo matinal a meditaciones en las que preparo mi trabajo de la jornada. Nunca he permitido a nadie acompañarme, ni siquiera a mi mujer.

Pues, en efecto, por la mañana, mi espíritu se deleita en una armonía y una expansión rayanas en el éxtasis; ya no ando, sino que vuelo; el cuerpo se ha vuelto ingrávido, las tristezas se esfuman: soy todo alma. Es mi recogimiento, mi hora de oración, mi oficio divino.

Ahora que debo sacrificarlo todo y dar prueba de abnegación de mí mismo y de mis gustos más legítimos, las potencias me obligan a renunciar a este placer, el último y más sublime de todos.

Es mi hijita la que pide acompañarme. Yo declino su ofrecimiento dándole un cariñosísimo beso, pero ella no comprende las razones de mi meditación. Se echa a llorar y, como no puedo resistirlo más, me la llevo de paseo, totalmente decidido a no permitir en el futuro este abuso. Es verdad que la niña es encantadora, irresistible por su originalidad, su espíritu alegre, su agradecimiento por cualquier pequeñez, a menos que no se tenga otra cosa que hacer, por supuesto; pero cuando se está abstraído en los propios pensamientos, cuando se está ausente y distraído, ¡cómo puede esta mocosa desgarrarnos el alma, con sus preguntas sin cuento, sus repentinos caprichos! Mi hijita siente celos de mis pensamientos; e igual que una amante, espera el momento en que su parloteo pueda destruir todo un entramado de ideas hábilmente urdidas… Pero no, no es ése su propósito; aunque uno sufre la ilusión de ser presa de las travesuras premeditadas de una pobre cría inocente.

Camino a paso lento, no vuelo ya; mi alma está cautiva, mi cerebro vacío, debido a los esfuerzos que hago por rebajarme hasta el nivel de la niña.

Lo que me hace sufrir hasta el tormento son las miradas profundas, llenas de reproches, que ella me lanza, porque se imagina que es una carga para mí y que me resulta antipática. Entonces el pequeño rostro despejado, franco, radiante, se ensombrece, sus miradas se apagan, su espíritu se torna hermético, y yo me siento privado de la luz que esta niña traía a mi alma tenebrosa. La beso, la llevo en brazos, busco unas flores, unos guijarros; corto una rama para hacer un palo y, por simple juego, hago de vaca que ella ha de llevar a pastar.

Está feliz, satisfecha, y la vida me sonríe.

¡He sacrificado mi hora de recogimiento! Es la expiación del mal que he querido atraer sobre la cabeza de este ángel, en un momento de delirio.

¡Ser amado! ¡La expiación de un delito!

¡A decir verdad, las potencias no son tan crueles como nosotros mismos!

XIV

EXTRACTO DEL DIARIO DE UN CONDENADO

Octubre-noviembre de 1896

El brahmán cumple con su deber para con la vida, procreando un hijo. Luego, se retira al desierto para consagrarse a la soledad y a la abnegación.

MI MADRE. —Pero ¿qué hiciste, desgraciado, en tu encarnación anterior para que el destino te maltrate de este modo?

YO. —¡Adivina! ¡Acuérdate de un hombre, primero casado con la mujer de otro, como lo he estado yo, para luego separarse de ella y unirse en matrimonio con una austríaca, como he hecho yo! Y luego le arrebatan a su querida austríaca, como me han arrebatado a mí a la mía, y cuya única hija está recluida en la región de la selva de Bohemia, como lo ha estado mi hija. ¿Te acuerdas del héroe de mi novela *An offener See*[23] que muere miserablemente en una isla, en medio del mar…?

MI MADRE. —¡Basta, basta!

YO. —Ignoras que la madre de mi padre se llamaba Neipperg…

MI MADRE. —¡Calla, pobre desgraciado!

YO. —… y que mi pequeña Christine se parece al mayor asesino del siglo, cara dura incluida; basta con sólo mirarla, a la muy déspota, domadora de hombres con sus dos años y medio…

MI MADRE. —¡Estás loco!

YO. —¡Sí! Y vosotras, mujeres, ¿qué pecado cometisteis en otro tiempo para que vuestra suerte fuera aún más cruel que la nuestra? ¡Cuánta razón tengo al decir que las mujeres son nuestros demonios! ¡A cada uno lo suyo!

MI MADRE. —¡Sí! Ser mujer es un infierno por partida doble.

YO. —… y la mujer es un demonio por partida doble. En cuanto a la encarnación, es una doctrina cristiana, desechada por el clero. Jesucristo pretende que san Juan Bautista fue una reencarnación de Elías. ¿Es o no una autoridad?

MI MADRE. —¡Por supuesto, pero la Iglesia romana prohíbe que se indague en lo oculto!

YO. —¡Y el ocultismo lo admite, puesto que están permitidas las ciencias!

Reinan los espíritus de la discordia y, pese a que conocemos perfectamente su juego y somos conscientes de nuestra respectiva inocencia, los repetidos malentendidos dejan en nosotros un poso de amargura.

Por si fuera poco, las dos hermanas, tras la enfermedad de su madre, sospechan que mi mala fe haya podido tener que ver algo en ella y, debido a mi interés por ver desaparecer el obstáculo que me separa de mi mujer, no pueden evitar pensar, cosa bastante natural, que la muerte de la anciana no puede ser sino de mi agrado. La mera existencia de este deseo me hace odioso, y no me atrevo ya a pedir noticias de la abuela, por temor a que me tachen de hipócrita.

La situación es tensa, y mis viejas amigas se agotan en discusiones sin fin sobre mi persona, mi carácter, mis sentimientos y la sinceridad o no de mi amor por la pequeña.

Un día me creen un santo, siendo estigmas las grietas de mis manos. En efecto, las marcas de mis palmas se asemejan a agujeros de grandes clavos y, para ahuyentar de mí toda pretensión de santidad, afirmo ser el buen ladrón, descendido de la cruz, y en peregrinaje hacia la conquista del paraíso.

Otro día se especula sobre el enigma que yo represento, y soy considerado Roberto el Diablo.[24] En este punto se producen un par de incidentes que me hacen temer el ser lapidado por el populacho. He aquí los hechos.

Mi pequeña Christine siente un miedo terrible hacia el deshollinador. Una noche, a la hora de la cena, se pone de pronto a pegar gritos en la mesa, señalando con el dedo a alguien invisible detrás de mi silla, y exclama: «¡Es el deshollinador!»

Mi madre, que cree en la clarividencia de los niños y de los animales, palidece; y a mí me entra miedo, sobre todo al observar que mi madre hace la señal de la cruz sobre la cabeza de la niña.

Un silencio sepulcral sucede a este incidente que me encoge el corazón.

Ha llegado el otoño con sus tempestades, lluvias y tinieblas. En el pueblo y en la casa de mendicidad, los enfermos, los agonizantes y los muertos se multiplican. Por la noche, se oye la campanilla del monaguillo que precede al viático. De día, las campanas de la iglesia tocan a muerto; los cortejos fúnebres se suceden. Mortalmente triste, qué lúgubre es la vida. Y mis ataques nocturnos se reanudan.

Se dicen oraciones por mí, se rezan rosarios, y en mi aposento, la benditera está llena de agua consagrada por el cura.

—¡Que la mano del Señor caiga sobre ti!

Es mi madre la que me lanza este dicterio.

Yo me doblego y vuelvo a enderezarme. Armado de un arraigado escepticismo y gracias a la ductilidad de mi espíritu, libero a mi alma de estas negras ideas y, tras la lectura de ciertas obras de ocultismo, me imagino que soy perseguido por espíritus o seres elementales, íncubos, lamias, que quieren impedirme llevar a cabo la gran obra alquímica. Instruido por los iniciados, consigo una daga de Dalmacia, y me figuro que estoy perfectamente armado contra los malos espíritus.

Un zapatero del pueblo, ateo y blasfemo, acaba de morir. Una corneja de campanario, que era suya, ahora abandonada, se ha instalado en el tejado de un vecino. Durante el velatorio, la corneja aparece en la habitación sin que los presentes sean capaces de explicarse su presencia. El día del funeral, el pájaro negro acompaña a la comitiva, y en el cementerio, durante la ceremonia, se posa sobre la tapa del ataúd.

Por las mañanas, esta ave me sigue por los caminos, cosa que no deja de inquietarme ya que la gente es supersticiosa. Un día —el último— la corneja me conduce por las calles del pueblo, lanzando horribles chillidos acompañados de obscenidades que le enseñara el blasfemo individuo. Entonces, entran en escena dos pajarillos, un petirrojo y un aguzanieves, y se ponen a perseguir a la corneja de tejado en tejado. Esta huye fuera del pueblo, buscando refugio en la chimenea de una cabaña. En ese mismo instante, un conejo negro brinca delante de la casa y desaparece entre la hierba.

Algunos días más tarde, se constata la muerte de la corneja. Unos chavales que la detestaban por su inclinación a la rapiña la han matado.

Entretanto, durante todo el día, yo trabajo en la casita, pero parece que desde hace algún tiempo he caído en desgracia ante las potencias. Con frecuencia, a mi vuelta a casa, encuentro el aire cargado, como envenenado, y entonces he de trabajar con la puerta y las ventanas abiertas. Cubierto con un grueso abrigo y una gorra de piel, me quedo sentado en mi escritorio, luchando contra los ataques llamados eléctricos, que oprimen mi pecho y me producen picazón en la espalda. A menudo me parece que alguien permanece de pie detrás de mi silla. Entonces, lanzo unas cuchilladas hacia atrás, imaginándome estar combatiendo con un enemigo. Esto dura hasta las cinco de la tarde. Si me quedo después de esta hora, la lucha se vuelve formidable, y, exhausto, enciendo mi linterna y bajo para estar con mi madre y la niña.

En una sola ocasión, en medio de una corriente de aire, debido a la atmósfera cargada y sofocante de mi habitación, prolongo el combate hasta las seis, para acabar un artículo de química. Una mariquita, negra con manchas amarillas, salta sobre un ramo de flores, tantea, busca una salida. Por último, se deja caer sobre mi papel, y se pone a aletear, igual que el gallo que corona la iglesia de Notre-Dame-des-Champs, en París. Luego se arrastra a lo largo del manuscrito, aborda mi mano derecha y trepa por ella. Me mira, y acto seguido emprende el vuelo hacia la ventana. Según la brújula que descansa sobre la mesa, veo que ha tomado dirección norte.

¡Está bien!; me digo; al norte, pues; pero con calma y cuando yo quiera. Hasta nueva orden, me quedo donde estoy.

Pasadas las seis, no hay manera de seguir por más tiempo en esta casa encantada. Fuerzas desconocidas me alzan de la silla, y hay que despejar el terreno.

El día de difuntos, hacia las tres de la tarde, luce el sol, el aire está calmado. El cortejo, precedido por el clero, los estandartes y la música, se pone en camino hacia el cementerio para honrar a los muertos. Las campanas de la iglesia comienzan a tañer. Entonces, de improviso, y sin ninguna nube anunciadora en el cielo azul pálido, estalla una tempestad.

Las banderas ondean en sus astas, las ropas de los hombres y de las mujeres del cortejo se agitan a merced del viento, se levantan polvaredas, los árboles se doblegan… es un verdadero milagro.

Tengo miedo de la próxima noche, y mi madre se muestra precavida. Me ha dado un amuleto para que lo lleve colgado del cuello. Es una Virgen y una cruz de madera sagrada, procedente de una viga de iglesia de más de mil años de antigüedad. Yo la acepto como un preciado regalo ofrecido de corazón, pero un residuo de la religión de mis mayores me impide colgármela al cuello.

Durante la cena, alrededor de las ocho, con la lámpara encendida, una calma siniestra reina en nuestro pequeño grupo.

Fuera está oscuro, los árboles guardan silencio. Calma por todas partes.

Entonces una ventolera, una nada más, penetra por las rendijas de las ventanas, produciendo un bramido semejante al sonido de un cascajo. Luego se acabó.

Mi madre me lanza una mirada terrible, y estrecha a la niña entre sus brazos.

En cuestión de segundos, capto lo que esta mirada me dice: lárgate, condenado, y no atraigas sobre los inocentes a los demonios vengadores.

Todo se desmorona: la única felicidad que me queda, estar al lado de mi hija, me es arrebatada, y en el lúgubre silencio digo mentalmente adiós a la vida.

Tras la cena, me retiro a la habitación rosa, que ahora es negra, y me preparo para un combate nocturno porque me siento amenazado. ¿Por qué? Lo ignoro; pero provoco al invisible, sea éste quien sea, el demonio o el Padre Eterno, y al igual que Jacob me dispongo a luchar con Dios.

Llaman a la puerta: es mi madre que presiente que pasaré una mala noche, y me invita a dormir en el canapé del salón.

—¡La presencia de la niña te salvará!

Le doy las gracias, asegurándole que no existe ningún peligro, y que nada me infunde miedo, pues tengo la conciencia limpia.

Me desea buenas noches con una sonrisa.

Me pongo el capote militar, la gorra y las botas, totalmente decidido a acostarme vestido, y dispuesto a morir como un valiente guerrero que desafía a la muerte, con desprecio de su vida.

Hacia las once, comienza a cargarse el aire en la habitación, y una mortal angustia domina mi ánimo. Voy a abrir la ventana; una corriente de aire amenaza con apagar la lámpara. Cierro: la lámpara se pone a cantar, a gemir, a trinar. Luego, el silencio.

Entonces, un perro callejero lanza unos aullidos gemebundos, que la tradición interpreta como un canto fúnebre.

Miro por la ventana: no se ve más que la Osa Mayor. Por debajo, en la casa de mendicidad, alumbra una candela, y una anciana, doblada sobre su labor, aguarda su liberación, y acaso teme dormirse y ponerse a soñar.

Fatigado, me tumbo en la cama y trato de conciliar el sueño. Al punto se repite la vieja maniobra. Una corriente eléctrica busca mi corazón, mis pulmones dejan de funcionar; tengo que levantarme si quiero escapar a la muerte. Sentado en una silla, demasiado agotado para leer, me quedo allí, anonadado, durante una media hora.

Entonces decido ir a pasear hasta el amanecer. Bajo. Hace una noche oscura y el pueblo duerme; pero los perros no, y, a la llamada de uno de ellos, me rodea toda una jauría, y sus fauces abiertas y sus ojos relucientes me obligan a emprender la retirada.

De vuelta a casa, al abrir la puerta de mi habitación, me parece que la estancia está habitada por seres vivos y hostiles. La habitación está llena de ellos, y tengo la impresión de abrirme paso por entre una multitud cuando trato de llegar hasta mi cama, donde caigo resignado, decidido a morir. Pero en el momento supremo en que el buitre invisible me ahoga bajo sus garras, alguien me arranca de la cama, y la caza de las furias se inicia de nuevo. Vencido, deshecho, puesto en fuga, abandono el campo de batalla y sucumbo en combate desigual contra los seres invisibles.

Llamo a la puerta del salón, al otro lado del pasillo. Mi madre, aún levantada y en oración, viene a abrir.

La expresión que adquiere su rostro, apenas verme, me inspira un profundo horror de mí mismo.

—¿Qué deseas, hijo mío?

—¡Deseo morir, y luego ser quemado, o, mejor dicho, ser quemado vivo!

¡Ni una palabra! Me ha comprendido y lucha contra su horror; mas la piedad y la misericordia religiosa son más fuertes, y ella misma me prepara el sofá, para retirarse acto seguido a su habitación, donde duerme con la niña.

Por un azar —¡siempre ese satánico azar!— el sofá está situado de cara a la ventana, y el mismo azar ha querido que no hubiera cortinas, de modo que tengo enfrente mismo el negro vano de la ventana que da a las tinieblas nocturnas; y, por si fuera poco, es precisamente por esta ventana por donde ha silbado esta noche la ventolera durante la cena.

Agotado, me desplomo sobre la cama, maldiciendo ese azar omnipresente e inevitable, que me persigue, con la clara finalidad de provocarme manía persecutoria.

Descanso durante cinco minutos, los ojos clavados en el negro cuadrado, y entonces el espectro invisible se desliza sobre mi cuerpo, y yo me levanto. En medio de la habitación, me quedo de pie como una estatua durante no sé ya cuánto tiempo —trocado en estilita—, y dormito de forma intermitente.

¿Quién me infunde, pues, fuerzas para sufrir? ¿Quién me niega la muerte que me liberaría del tormento?

¿Es a Él, al Señor de la Vida y de la Muerte, a quien ofendí cuando, tras haber leído el opúsculo *La alegría de morir*, cometí intentos de suicidio, creyéndome maduro para la vida eterna?

¿Soy acaso Flegias, condenado por su orgullo a los suplicios de las angustias del Tártaro; o Prometeo, castigado por el buitre tras revelar a los mortales el secreto de las potencias?

(Al escribir esto, pienso en la escena de la pasión de Jesús en la que los soldados escupen a éste a la cara, y unos le abofetean y otros le azotan, diciéndole: «Cristo, profetiza quién te ha golpeado.»

Que mis compañeros de juventud recuerden aquella velada orgiástica en Estocolmo, en la que el autor de este libro hizo el papel de soldado…)

¿Quién le golpeó? La pregunta sin respuesta, la duda, la incertidumbre, el misterio, he aquí mi infierno.

¡Que se revele, y yo lucharé con él, y le atacaré abierta y violentamente!

Ahora bien, es esto precisamente lo que él evita, para volverme loco y flagelarme con la mala conciencia, suficiente para hacerte

buscar enemigos por todas partes. Los enemigos son aquellos que he ofendido con mi malevolencia. Y cada vez que descubro a uno nuevo quiere decir que mi conciencia ha sido alcanzada.

Al día siguiente, tras dormir algunas horas, cuando me despierto con el balbuceo de mi pequeña Christine, todo está olvidado, y me dedico a mis trabajos habituales, que van por buen camino. Todo cuanto escribo es publicado en seguida, cosa que me tranquiliza en cuanto a mi sano juicio y a mi inteligencia.

Entretanto, los periódicos traen el rumor de que un sabio americano ha descubierto un método para transformar la plata en oro, lo cual aleja de mí toda sospecha de magia negra, de locura o de charlatanería. Es en ese momento cuando mi amigo el teósofo, que me ha financiado hasta este momento, me hace las primeras propuestas de que entre en su secta.

Me manda *La doctrina secreta* de Madame Blavatsky, y consigue disimular mal su inquietud en espera de conocer mi decisión, y, por mi parte, ello me intriga, porque sospecho que nuestras relaciones de amistad dependen de mi respuesta.

La doctrina secreta, mezcolanza de todas las teorías llamadas ocultistas, batiburrillo de todas las herejías científicas antiguas y modernas, nula y carente de valor cuando la dama emite sus opiniones personales, que son una pura necedad, es interesante por las citas de autores escasamente conocidos, y detestable por las supercherías, conscientes o no, y por las fábulas sobre la existencia de los *mahatmas*. Es la obra de una ginandra que ha querido batir el récord del hombre y que cifra su orgullo en poner por los suelos a la ciencia, la religión y la filosofía, y en elevar a una sacerdotisa de Isis a los altares del Crucificado.

Con todas las reservas y los miramientos debidos a un amigo, le hago saber mi opinión, declarándole mi desagrado por Karma, la divinidad colectiva, y que, por dicho motivo, me es imposible adherirme a una secta que niega el Dios personal, el único que satisface mis necesidades religiosas. Lo que se pide de mí es una

profesión de fe, y por más que estoy convencido de que mis palabras llevarán a una ruptura y al fin de mis subsidios, le hablo con franqueza.

Entonces, el amigo sincero, de corazón de oro, se transforma en un demonio vengador, me lanza un anatema, me amenaza con las potencias ocultas, me intimida mediante insinuaciones de una especie de represión, y vaticina igual que un sacrificador pagano. Termina citándome ante un tribunal ocultista, y me jura que no olvidaré jamás el día 13 de noviembre.

Mi situación es penosa: he perdido a un amigo y me veo reducido a la miseria. Por un diabólico azar, he aquí lo que sucede durante nuestra guerra por correspondencia.

L'Initiation publica una crítica mía al actual sistema astronómico. Algunos días más tarde, fallece el director del Observatorio de París, un tal Tisserand. En un arranque de buen humor, asocio estos dos hechos, relacionándolos con la muerte de Pasteur, al día siguiente de la distribución de *Sylva Sylvarum*. Mi amigo el teósofo no capta la broma y, crédulo como es, quizá más iniciado que yo en la magia negra, empieza a sospechar que practico maleficios.

Imagínese mi terror cuando, tras la última carta de nuestra correspondencia, el más célebre de los astrónomos de Suecia muere de un ataque de apoplejía.

Me entra miedo, y no sin motivo. Ser sospechoso de prácticas de brujería es un delito que trae aparejada la pena capital, y «si se da muerte también al brujo, que descanse sin que se exija por su muerte ni pena ni multa»[25]

Para colmo de horrores, en el transcurso del mes pasan a mejor vida, uno tras otro, cinco astrónomos más o menos conocidos.

Tengo miedo de un fanático al que atribuyo la crueldad de un druida, unida al poder que se atribuye a los brujos hindúes de ser capaces de causar la muerte a distancia.

¡Un nuevo infierno de angustias! Y a partir de este día olvido los demonios y dirijo todos mis pensamientos hacia las nefastas intrigas

de los teósofos, y sus magos supuestamente hindúes, que están dotados de fuerzas increíbles.

Entonces, me siento condenado a muerte y, en un sobre lacrado, guardo unos papeles en los que, en caso de sufrir una muerte repentina, denuncio a mis asesinos. Luego, espero.

A diez kilómetros en dirección este, junto al Danubio, se halla situada la pequeña ciudad de Grein, cabeza de distrito. Ahora, hacia finales de noviembre, en pleno invierno, me cuentan que un extranjero de Zanzíbar se ha establecido allí como turista. Basta con esto para despertar todas las dudas e ideas negras de un enfermo. Trato de informarme acerca de dicho extranjero, para saber si es realmente africano, qué intenciones le traen y de dónde viene.

Nadie sabe nada, y un velo de misterio rodea al desconocido que me hostiga día y noche, y en mi angustia extrema, siempre fiel al espíritu del Antiguo Testamento, imploro la protección y la venganza del Padre Eterno contra mis enemigos.

Los salmos de David son los que mejor expresan mis aspiraciones, y el viejo Iahvé es mi Dios. El salmo 86 se queda especialmente grabado en mi mente, y no dejo de repetir:

> ¡Oh Dios!, gentes soberbias se alzan contra mí, una turba de violentos andan buscando mi alma, y no te prestan ninguna atención…
>
> Haz conmigo un signo de bondad, y que los que me odian vean, avergonzados, que Tú, Iahvé, me socorres y consuelas.

Éste es el signo que invoco, y ya se verá cómo se vio satisfecha mi súplica.

XV

EL PADRE ETERNO HA HABLADO

Ha llegado el invierno con un cielo gris amarillento, sin un rayo de sol durante varias semanas: los caminos fangosos imposibilitan los paseos, las hojas de los árboles se pudren, la naturaleza entera se descompone bajo una putrefacción infecta.

Ha dado comienzo la matanza del otoño, y durante toda la jornada los aullidos de las víctimas se alzan hacia la negra bóveda celeste; la gente chapotea en la sangre de los cadáveres.

Es algo mortalmente triste, y mi tristeza se les contagia a las dos buenas hermanitas de la caridad que cuidan de mí como si de un hijo suyo enfermo se tratara. Lo que acaba de colmar mi abatimiento es la pobreza que debo esconder, y los vanos intentos por alejar la inminente miseria.

Están deseando por lo demás que me vaya, porque esta existencia solitaria no lleva a nada bueno para un hombre, y existe coincidencia en pensar que tengo necesidad de un médico.

En vano espero de mi país el dinero necesario, y recorro la carretera, preparándome para huir a pie.

«Me asemejo al pelícano del desierto; soy como búho entre las ruinas.»

Mi presencia es un tormento para los parientes y, si no fuera por el amor de mi hija, ya me habrían echado. Ahora que el fango y la nieve impiden realizar paseos a pie, llevo a la pequeña en brazos

por los caminos, trepo las colinas, escalo los peñascos. Entonces, dicen las ancianas:

—¡Te extenúas, acabarás por enfermar del pecho, y te buscas la muerte!

—¡Pues sería una bonita muerte!

Estamos cenando, el 20 de noviembre, que es un día gris, sombrío, horroroso. Rendido de cansancio tras una noche pasada en blanco, en lucha continua con los seres invisibles, maldigo la vida, y me lamento de la falta de sol.

Mi madre me ha predicho que no me curaré antes de la Candelaria, con la vuelta del sol.

—Éste es mi único rayo de sol —le digo señalando con el dedo a la pequeña Christine, sentada enfrente de mí.

En ese preciso momento, las nubes acumuladas desde hace semanas se entreabren y un rayo de luz penetra en la sala, iluminando mi rostro, el mantel de la mesa, la vajilla…

—¡Mira el sol, papá, mira el sol! —exclama la niña juntando sus manitas.

Yo me levanto, turbado, presa de las más diversas sensaciones. ¿Una casualidad? ¡No!, me digo.

¿El milagro?, ¿el signo? ¡Pero esto es demasiado para un desgraciado como yo; además, el Padre Eterno no se mezcla en los asuntos privados de los gusarapos!

Y a pesar de todo, este rayo de sol permanece en mi corazón como una gran sonrisa ante mi cara de descontento…

Durante los dos minutos que se tarda en llegar a pie hasta la casita, las nubes se aborregan presentando las formas más extravagantes, y al este, donde se ha alzado el velo, el cielo es de color verde, de un verde esmeralda igual que una pradera en pleno verano.

Yo me quedo de pie en mi habitación, en espera de algo indefinible, sumido en una contricción apacible y carente de miedo.

Entonces, sin mediar ningún relámpago, estalla por encima de mi cabeza un trueno, uno nada más.

Al principio me entra miedo, y espero la lluvia y la tormenta, como es natural. Pero no sucede nada: reina una calma absoluta y se acabó.

¿Por qué, me digo, no me he prosternado ante la voz del Padre Eterno, humillándome?

Porque cuando el Todopoderoso se digna a hablarle a un insecto con una puesta en escena majestuosa, el insecto se siente crecido, hinchado por tamaño honor, y el orgullo le sugiere que debe de ser un personaje particularmente digno. Con toda franqueza, me consideraba al mismo nivel que el Señor, parte integrante de su personalidad, emanación de su ser, órgano de su organismo. Él tenía necesidad de mí para manifestarse, pues de lo contrario me habría fulminado en el acto.

¿De dónde nace este inmenso orgullo por parte de un mortal? ¿Acaso mi origen se remonta al comienzo de los tiempos, cuando los ángeles rebeldes se aliaron para sublevarse contra un soberano satisfecho de su dominación sobre un pueblo de esclavos? ¿Es por eso por lo que mi vagabundeo por la tierra se ha desarrollado a bastonazos, como una comedia de guiñol, donde hasta el último mono se ha dado el gusto de azotarme, insultarme y mancillarme?

¡No ha habido afrenta imaginable que yo no sufriera; y pese a todo, mi orgullo no cesa de crecer al mismo tiempo que mi humillación! ¿Qué es todo esto? Jacob luchando con Iahvé y saliendo del lance un tanto malparado, pero con los honores de las armas. Job, puesto a prueba, y empeñado en justificarse de los castigos que le han sido injustamente infligidos.

Trastornado por tantas ideas incoherentes, la fatiga me fuerza a soltar la presa, y mi hinchado yo se deshincha, se achica, de manera que lo que ha sucedido queda reducido a nada: ¡un trueno de finales de noviembre!

Ahora bien, vuelve a retumbar el fragor de la tormenta, y dominado otra vez por el éxtasis, voy a abrir la Biblia al azar,

rogándole al Señor que hable más fuerte, a fin de que yo pueda comprender.

Mi mirada cae al punto sobre ese versículo de Job:

> ¿Aún pretendes menoscabar mi juicio? ¿Me condenarás a mí para justificarte tú? ¿Tienes los brazos como los de Dios y *puedes tronar con voz semejante a la suya*?

No cabe ninguna duda: ¡ha hablado el Padre Eterno!

—Padre Eterno, ¿qué quieres de mí? Habla, que tu servidor te escucha.

¿Ninguna respuesta?

Está bien; yo me humillo delante del Padre Eterno que se ha dignado humillarse ante su siervo. Pero ¿doblar la rodilla ante el pueblo y los poderosos? ¡Eso jamás!

Por la noche, la buena de mi madre me recibe de un modo que no consigo comprender de entrada. Me mira de soslayo, con una mirada inquisitiva como si quisiera desentrañar la impresión que el majestuoso espectáculo me ha causado.

—¿Has oído?

—Sí, es extraño, truenos en invierno.

Por lo menos, ha dejado de creerme un condenado.

XVI

EL INFIERNO DESENCADENADO

En este punto, y a fin de embrollar aún más las ideas sobre la naturaleza de la enfermedad misteriosa que me aqueja, un número de *L'Evénement* difunde la siguiente noticia:

> El infortunado Strindberg, que llegó a París con su misoginia, no ha tardado en verse obligado a emprender la huida. Y desde entonces sus semejantes guardan silencio ante la bandera de la Feminidad. No quieren sufrir la misma suerte que Orfeo, a quien las bacantes de Tracia arrancaron la cabeza.

¡Por lo tanto, era cierto que me habían tendido una trampa en la rue de la Clef, y no menos cierto también aquel intento de asesinato que me dejó unas secuelas cuyos síntomas todavía se manifestaban! ¡Oh, aquellas mujeres! Evidentemente, fue a causa de mi artículo sobre los cuadros feministas de mi amigo danés, el adorador de las mujeres.

En fin, es un hecho, una realidad palpable, que me libera de todas mis horribles sospechas, relativas a la enfermedad mental.

Acudo con la buena nueva a ver a mi madre; es la prueba de que no estoy loco.

—No, no estás loco, únicamente enfermo, y el médico te aconseja que hagas ejercicio físico, como, por ejemplo, cortar

leña…

—¿Esto dispone en favor de las mujeres o en contra? Esta réplica demasiado viva nos separa. Había yo olvidado que hasta una santa sigue siendo en cualquier caso una mujer, es decir, la enemiga del varón.

Todo es dejado de lado, los rusos, los Rothschild, los nigromantes, los teósofos, incluso el Padre Eterno. Yo soy la víctima, un Job sin iniquidad, y las mujeres han querido dar muerte a Orfeo, el autor de *Sylva Sylvarum*, el renovador de las ciencias naturales muertas. Perdido en un bosque de dudas, descarto la idea recién nacida de una intervención sobrenatural de las potencias para una finalidad superior y olvido profundizar en el simple conocimiento que tengo de un atentado, mediante la investigación de quién fue su instigador.

Con el ardiente deseo de vengarme, preparo una carta de denuncia para la prefectura de policía de París y otra para los periódicos parisinos, cuando una peripecia muy oportuna viene a poner fin a este fastidioso drama que amenazaba con acabar en farsa.

Un día gris amarillento, una hora aproximadamente después de comer, mi pequeña Christine manifiesta con insistencia su deseo de seguirme a la casita, donde voy a echar mi cabezadita de costumbre.

Imposible resistirse, y cedo a sus ruegos.

Una vez hemos llegado, mi Christine reclama pluma y papel. Luego quiere unos libros ilustrados. Y yo tengo que quedarme allí, para explicar, para dibujar.

—¡No te duermas, papá!

Fatigado, agotado, no comprendo por qué obedezco a esta niña; pero hay en su voz un acento al que no puedo resistirme.

Entonces, afuera, delante de la puerta, un organillero ataca un vals. Yo le propongo a la pequeña que baile con la criada que la ha acompañado. Atraídos por la música, llegan los hijos del vecino, y

en mi vestíbulo se improvisa un baile, con el organillero al que se ha hecho entrar en la cocina.

Todo esto dura una hora más o menos, y mi tristeza se disipa.

Para distraerme y ahuyentar las ganas de dormir, tomo la Biblia que me sirve de oráculo y, abriéndola al azar, leo:

> Y el espíritu de Iahvé se retiró de Saúl, al que turbaba un mal espíritu mandado por Iahvé. Y dijeron a Saúl sus servidores: «Te ves turbado por un mal espíritu de Dios; permite, Señor, que tus siervos te digan que se busque a un diestro tañedor de arpa que, cuando se apodere de ti el mal espíritu de Dios, la toque y halles alivio.»

El espíritu maligno, era esto justamente lo que yo sospechaba.

Ahora bien, mientras los niños se divierten de este modo, mi madre viene a buscar a la pequeña, y al ver el baile se queda estupefacta.

Me cuenta que, justo en aquel momento, allí en el pueblo, una señora de muy buena familia ha sufrido un ataque de locura.

—¿Qué le pasa?

—Pues que la anciana se ha puesto a bailar, y no para, vestida con su traje de boda, y se imagina que es la Leonora de Bürger[26].

—¿Baila? ¿Y qué más?

—Llora, temiendo que la muerte venga a llevársela.

Lo que aumenta lo horrible de la situación es que esta señora ha vivido en la casa donde habito, y que su marido murió en el mismo lugar donde está teniendo lugar el baile de los niños.

¡Explicadnos esto, médicos, psiquiatras, psicólogos, o reconoced el fracaso de la Ciencia!

Mi hijita ha conjurado al Maligno, y el espíritu, puesto en fuga por la inocencia, se ha lanzado sobre una anciana que se jactaba de ser librepensadora.

La danza macabra prosigue durante toda la noche, y la señora es vigilada por unas amigas que la protegen contra los ataques de la

muerte. Ella llama a esto la muerte, porque niega la existencia de los demonios. A veces, incluso, pretende que es su difunto marido el que la atormenta.

Se ha pospuesto mi marcha, pero a fin de recuperar fuerzas tras tantas noches de insomnio, me voy a dormir al piso de mi tía, al otro lado de la calle.

Abandono, pues, la habitación rosa. (¡Qué coincidencia! ¡La cámara de tortura de Estocolmo se llamaba también en los buenos tiempos la habitación rosa [*Rosen-Kammaren*]!)

La primera noche la pasé en una habitación tranquila, de blancas paredes encaladas y adornadas con pinturas que representan santos y santas. Encima de la cabecera de mi cama hay un crucifijo.

Pero la segunda noche, los espíritus reanudan su juego. Enciendo las velas, para pasar el rato leyendo. Reina un silencio siniestro, y oigo latir mi corazón. Entonces, un simple ruido me sacude como una descarga eléctrica.

¿Qué ha sido?

Un grueso pedazo de estearina de la vela acaba de caer al suelo. Tan sólo esto, pero ¡se trata de un augurio de muerte entre nosotros! ¡Está bien, la muerte! Al cabo de un cuarto de hora de lectura, quiero coger mi pañuelo que tengo escondido debajo de la almohada. No está allí, aunque, al buscarlo, lo encuentro sobre el entarimado. Me inclino para recogerlo: entonces algo me cae sobre la cabeza, y, al pasarme los dedos por el pelo, encuentro otro pedazo de estearina.

En vez de aterrarme, no puedo reprimir una sonrisa, de tan jocosa como me resulta la aventura.

¡Sonreír a la muerte! ¿Como sería esto posible si la vida no fuera tan ridícula de por sí? ¡Tantos desvelos por tan poca cosa! Tal vez incluso, en el fondo del alma, se esconde la vaga sospecha de que en este bajo mundo todo no es más que puro fingimiento, muecas y simulacro, y que los dioses se divierten a costa de nuestros padecimientos.

Arriba, en la cima de la montaña donde se halla el castillo, se alza un montículo que domina todos los demás y desde donde puede contemplarse todo el paisaje infernal. Se accede a él a través de un pequeño robledal tal vez milenario, un boscaje de druidas, según se cree, por el muérdago allí abundante junto a tilos y manzanos. Por encima de este bosque, el camino asciende, abrupto, a través de un bosquecillo de abetos.

He tratado de llegar hasta la cima en varias ocasiones, pero siempre ha ocurrido algún incidente imprevisto que me lo ha impedido. Unas veces ha sido un corzo rompiendo el silencio con un salto inesperado, otras una liebre con algo peculiar, o alguna urraca, con su irritante chillido.

La última mañana, la víspera de mi marcha, desafié todos los obstáculos, y, tras haber penetrado en el bosque de abetos, negro, lúgubre, trepé hasta lo alto, hasta la cima. Se ofrece desde allí una vista soberbia sobre el valle del Danubio y sobre los Alpes de Estiria. He abandonado las oscuras hondonadas de allí abajo, y respiro por primera vez. El sol ilumina la región bajo una infinidad de aspectos, y las blancas crestas de los Alpes se confunden con las nubes. ¡Es hermoso como el cielo! ¿Acaso la tierra encierra el cielo y el infierno, y no existen otros lugares de castigo y de recompensa?

¡Tal vez! Y, ciertamente, al acordarme de los más hermosos momentos de mi vida, me parecen celestiales, del mismo modo que los peores me parecen infernales.

¿Me tiene aún reservado el futuro horas o minutos de esta felicidad que no se alcanza sino a fuerza de desvelos y de una relativa pureza de conciencia?

Me quedo allí arriba, con pocas prisas por volver al valle de lágrimas y, mientras me paseo por la planicie, admirando la belleza de la tierra, me percato de que el peñasco destacado que forma la misma cima, ha sido esculpido por la naturaleza a modo de una esfinge egipcia; sobre la cabeza del gigante hay un montón de

piedras rematado por un pequeño poste, que sirve de asta a una bandera de tela blanca.

No profundizo en el significado de todo este tinglado; pero una sola idea me obsesiona, irresistible: ¡llevarme la bandera!

Con absoluto desprecio del peligro, escalo la escarpada pendiente y me llevo la bandera. De pronto, e inopinadamente, abajo, en la vertiente que mira al Danubio, resuena una marcha nupcial, acompañada de cantos triunfales. Es el cortejo de una boda, que no puedo ver, pero que reconozco por las clásicas salvas de fusilería.

Lo bastante pueril y desdichado como para extraer poesía incluso de los más vulgares y naturales incidentes, acepto esto como un buen presagio.

Y, de mala gana, a paso lento, vuelvo a bajar al valle de lágrimas y de muerte, de insomnios y de demonios, pues allí abajo me aguarda mi pequeña Beatriz, y yo le traigo el muérdago prometido, la verde rama en medio de las nieves, que debería cogerse con una hoz de oro.

Hace tiempo que la abuela había expresado su deseo de verme, ya fuera para una reconciliación o por razones quizás ocultas, pues es vidente y visionaria. Con distintas excusas, yo había ido aplazando la visita, pero, una vez decidida mi marcha, mi madre me obliga a ir a ver a la abuela y a despedirme de ella, probablemente por última vez, pues está ya con un pie en la sepultura.

El 26 de noviembre, con un tiempo frío y claro, mi madre, mi hija y yo nos ponemos en camino hacia el Danubio, a orillas del cual se halla situada la casa solariega de la familia.

Nos apeamos en la posada, y, mientras esperamos el regreso de mi madre que se dirige a casa de la abuela para anunciarle mi visita, yo me paseo por los prados y bosques que no veía desde hacía dos años. Me abruman los recuerdos, y la imagen de mi mujer se mezcla con cualquier cosa. Todo está devastado por la helada

invernal; ni una flor, ni una brizna de hierba, allí donde los dos cogimos todas las flores de la primavera, del verano y del otoño.

Por la tarde, soy conducido a casa de la anciana que habita en un pabellón de la villa, la casita donde nació mi hija. La entrevista se desarrolla con frialdad y guardando las conveniencias: al parecer se esperaban la consabida escena del hijo pródigo; pero yo no siento sino repugnancia por tales manifestaciones.

Me limito a resucitar los recuerdos de un paraíso perdido. Fuimos mi mujer y yo quienes pintamos las chambranas de puertas y ventanas, en honor del nacimiento de la pequeña Christine. Las rosas y las clemátides que adornan la fachada fueron plantadas por mi propia mano. El sendero que atraviesa el jardín fui yo mismo quien lo abrió. Pero el nogal que planté al día siguiente del nacimiento de Christine ha desaparecido. «El árbol de la vida», como fue llamado, ha muerto.

Han transcurrido dos años, dos eternidades, desde los adioses intercambiados entre nosotros. Ella estaba en la orilla, y yo en el barco que debía llevarme a Linz, de camino hacia París.

¿Quién provocó la ruptura? Fui yo quien mató mi propio amor y el suyo. Adiós, blanca casa de Dornach, campo de rosas y espinas, adiós. ¡Oh, Danubio! Me consuelo imaginando que no fuisteis sino un sueño breve como el verano y más dulce que la realidad, una realidad que no echo de menos.

La noche la pasamos en la posada donde mi madre y mi hija se han alojado a petición mía, a fin de protegerme contra las angustias de la muerte que he presentido, gracias a mi sexto sentido que se ha desarrollado en mí en el transcurso de estos seis meses de continuas torturas.

A las diez de la noche, un vendaval se pone a sacudir la puerta que da al pasillo. La afianzo con unas cuñas de madera. Pero no sirve de nada: continúa retemblando.

Luego, las ventanas cantan, la estufa lanza ladridos como un perro, la casa entera cabecea como una barca.

No puedo dormir, y unas veces es mi madre la que gime, otras la pequeña quien llora.

Por la mañana, mi madre, agotada por el insomnio y por otras cosas que me oculta, me dice:

—Vete, hijo mío, pues ya tengo bastante de esta peste a infierno.

Y me marcho hacia el norte, de peregrinaje, para afrontar el fuego del enemigo en cualquier otro lugar de expiación.

XVII

PEREGRINAJE Y EXPIACIÓN

Existen noventa ciudades en Suecia, y es en la que más detesto donde las potencias me han condenado a vivir.

Comienzo por visitar a los médicos.

El primero me cuelga la etiqueta de neurasténico, el segundo de tener una angina de pecho, el tercero de paranoia, enfermedad mental, el cuarto de enfisema… Esto me basta para ponerme a cubierto de un posible internamiento en un manicomio.

Sin embargo, a fin de proveer a mis necesidades, me veo obligado a escribir artículos para un periódico. Pero cada vez que me instalo para escribir, se desencadena el infierno. Ahora han inventado una cosa nueva para volverme loco. Apenas estoy instalado en un hotel, estalla un estruendo análogo al de la rue de la Grande-Chaumière en París; arrastrar de pasos y corrimiento de muebles. Cambio de habitación, cambio de hotel: el ruido persiste sobre mi cabeza. Voy a restaurantes: apenas me siento a la mesa en el comedor, el alboroto da comienzo. Hay que decir que siempre pregunto a los presentes si ellos oyen el mismo ruido que yo: y me responden siempre que sí, haciéndome una descripción idéntica.

No se trata, por tanto, de ninguna alucinación auditiva: entonces es una intriga, me digo. Pero un buen día, al entrar de repente en una zapatería, vuelve a comenzar en ese mismo instante el estruendo. Así pues, no existe ninguna intriga. ¡Es el mismísimo

diablo! Ahuyentado de hotel en hotel, y siempre obsesionado por unos hilos eléctricos que llegan hasta el borde mismo de la cama, y también por unas corrientes que me arrancan de la silla o de la cama, preparo un suicidio en toda regla.

Hace un tiempo espantoso, y mi tristeza se ha disipado bebiendo en compañía de amigos.

Un día de desesperación, a la mañana siguiente de una bacanal, he tomado el desayuno en la habitación, la bandeja repleta de vajilla está sobre la mesa, y vuelvo la espalda a los restos de comida.

Un ruido llama mi atención, y observo que el cuchillo acaba de caerse. Lo recojo, procurando ponerlo de modo que el incidente no pueda volver a repetirse. El cuchillo se levanta y vuelve a caer.

¡Es la electricidad, entonces!

Esa misma mañana le escribo una carta a mi madre, lamentándome del mal tiempo y de la vida en general. Al llegar a esta frase: «La tierra está sucia, el mar está sucio, y del cielo llueve lodo…» ¡cuál no será mi sorpresa al ver caer una gota de agua clara sobre el papel!

¡Nada de electricidad! ¡Un milagro!

Por la noche, estando aún en mi mesa, me asusta un ruido que se deja oír del lado del cuarto de aseo. Miro, y he aquí que un hule que utilizo en mis abluciones matinales se ha caído. Entonces, para comprobar lo que ocurre, cuelgo con toda intención la tela de una manera que resulte imposible que se caiga.

¡Pero se cae de nuevo!

¿Qué es lo que sucede?

Ahora mis pensamientos se encaminan de nuevo hacia los ocultistas y su poder secreto. Abandono la ciudad, llevando mi carta de denuncia, y me dirijo a Lund donde viven unos viejos amigos, unos médicos, psiquiatras para más señas, teósofos incluso, con cuya ayuda cuento para mi salvación temporal.

¿Por qué y cómo he sido llevado a establecerme en esta pequeña ciudad universitaria, considerada como un lugar de destierro o de

expiación para los estudiantes de Uppsala que la han corrido demasiado, en detrimento de su bolsa y de su salud?

¿Es una Canossa donde debo renegar de mis opiniones extremistas, ante esta juventud que me nombró su abanderado, en cierta ocasión, entre 1880 y 1890?[27] Yo conozco perfectamente la situación, y no ignoro que estoy excomulgado por la mayor parte de los profesores como pervertidor de la juventud, y que los padres me temen como si fuera el mismísimo diablo.

Por si fuera poco, me he granjeado aquí algunos enemigos personales, he contraído deudas en unas circunstancias que no dicen nada bueno de mi carácter; es aquí donde vive con su marido la cuñada de Popoffsky, y los dos, por su influyente posición en la sociedad, son capaces de causarme serios problemas. Aquí tengo incluso parientes que han renegado de mí, amigos que me han repudiado para convertirse en otros tantos enemigos míos. Dicho en pocas palabras, se trata del peor lugar que se podía escoger para una estancia tranquila, es el mismísimo infierno, pero construido con una lógica magistral por un ingenio divino. Es aquí donde debo apurar el cáliz hasta las heces y reconciliar a la juventud con las potencias enfurecidas.

Por otra parte, por un azar de lo más pintoresco, acabo de comprar un abrigo moderno con esclavina y capucha, de color pardo y parecido al hábito de los franciscanos. Es, pues, con hábito de penitente como hago mi entrada en Suecia al cabo de seis años de exilio.

Hacia 1885 se constituía en Lund una sociedad de estudiantes llamada «Los Jóvenes Viejos», cuyas tendencias literarias, científicas y sociales tenían su perfecta traducción en la contraseña: «radicalismo». Su programa, orientado hacia las ideas modernas, fue primeramente socialista, luego nihilista, para desembocar en un ideal de disolución general y finisecular con ribetes satanistas y decadentistas.

Su jefe de filas, el más valeroso de los paladines, mi amigo desde hacía varios años y al que no había visto desde hacía tres,

vino a verme.

Vestido con sayo como yo, pero él con uno de un color gris de franciscano, avejentado, enflaquecido, con un aspecto lamentable, me revela su historia nada más que con su simple apariencia.

—¿Tú también?

—¡Sí, así es!

A una invitación mía a tomar un vaso de vino, ¡él lo rechaza como un hombre sobrio que no gusta ya del vino!

—¿Y qué tal Los Jóvenes Viejos?

—Muertos, hundidos, aburguesados, integrados en la maldita sociedad.

—¿Canossa?

—¡Canossa en toda línea!

—¡Entonces, es providencial que haya venido yo aquí!

—¡Providencial es la palabra justa!

—¿Han sido reconocidas las potencias en Lund?

—Las potencias se preparan para su regreso.

—¿Se duerme bien por la noche en Escania?

—¡No demasiado! Todo el mundo se queja de pesadillas, de opresiones en el pecho, de dolencias cardíacas.

—¡Desde luego éste es el lugar idóneo para mí, ya que éste es mi mismo caso!

Hemos estado hablando algunas horas de los prodigios que se manifiestan actualmente, y mi amigo me ha contado hechos extraordinarios, ocurridos aquí y allá. Para terminar, manifiesta su opinión de que la juventud actual espera algo nuevo.

—La gente desea una religión, una reconciliación con las potencias (tal es la palabra), un acercamiento al mundo invisible. La época naturalista, fuerte, fecunda, ha tocado a su fin. No hay nada que decir en su contra ni que lamentar: las potencias han querido que nos tocara a nosotros vivirla intensamente. Fue una época experimental, durante la que la experiencia demostró mediante resultados negativos lo inútil de ciertas teorías. Un Dios,

desconocido hasta nueva orden, se desarrolla y crece, aparece y desaparece a intervalos durante los cuales parece dejar que el mundo siga su curso, igual que el trabajador deja crecer juntos la cizaña y el trigo hasta el tiempo de la siega. Cada vez que se manifiesta ha cambiado de idea, y prosigue en su dirección, aportando mejoras conseguidas con la práctica.

Así pues, volverá la religión, pero bajo otras formas, además parece imposible un compromiso con las viejas religiones. No es una época de reacción lo que nos aguarda, no es una vuelta a lo ya vivido, sino el progreso hacia lo nuevo.

¿Hacia qué cosa nueva? ¡Esperemos!

Al final de la conversación, lanzo una pregunta, como una flecha hacia las nubes:

—¿Conoces a Swedenborg?

—No, pero mi madre tiene sus obras, y te diré más, le han ocurrido cosas extraordinarias.

¡Del ateísmo a Swedenborg no hay más que un paso!

Yo le pido a mi amigo que me preste las obras de Swedenborg, y el Saúl de los jóvenes profetas me trae *Arcana coelestia*.

Al mismo tiempo me presenta a un joven al que las potencias han perdonado, un hijo pródigo que me cuenta una aventura de su vida completamente análoga a las mías, y comparando nuestras tribulaciones se hace la luz, y nos sentimos liberados, con la ayuda de Swedenborg.

Doy gracias a la Providencia, que me ha enviado a la pequeña ciudad despreciada, para llevar a cabo la expiación y encontrar en ella mi salvación.

XVIII

EL REDENTOR

Balzac, al presentarme a mi sublime compatriota, Emmanuel Swedenborg, como «el Buda del Norte» en su obra *Serafita*, me había hecho conocer la faceta evangélica del profeta. Ahora es la ley la que cae sobre mí, me aplasta y me libera.

Una palabra, una nada más, y se hace la luz en mi alma, disipando las dudas, las vanas especulaciones sobre enemigos imaginarios, electricistas, nigromantes, y esta pequeña palabra fue: «devastación» (*ödeläggelse*). Todo lo que me había sucedido lo encuentro en Swedenborg: las angustias (*angina pectoris*), la sensación de ahogo, las palpitaciones cardíacas, y lo que yo llamaba cinturón eléctrico, todo está ahí, y el conjunto de todos estos fenómenos constituye la purificación espiritual conocida ya por san Pablo, y mencionada en las epístolas a los Corintios y a Timoteo: «Con la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, entrego a ese tal a Satanás, para ruina de la carne, a fin de que el espíritu se salve en el día del Señor Jesús.» «Entre ellos, Himeneo y Alejandro, a quienes entregué a Satanás para que aprendan a no blasfemar.»

Leyendo los sueños de Swedenborg de 1744, el año que precede a sus relaciones con el mundo invisible, descubro que el profeta sufrió los mismos tormentos nocturnos que yo, y lo que me impresiona es la analogía perfecta de los síntomas, que no ofrece

lugar a dudas sobre el carácter de la enfermedad que me ha aquejado.

Los enigmas de estos dos últimos años se explican con una exactitud tan extraordinaria en *Arcana coelestia* que yo, hijo de finales del célebre siglo XIX, extraigo de ellos el inquebrantable convencimiento de que el infierno existe, pero aquí en este mundo, y que yo acabo de pasar por él.

Swedenborg me explica así la causa de mi estancia en el hospital de Saint-Louis: los alquimistas se ven atacados por la lepra y les salen escamas parecidas a las de los peces. Es la enfermedad incurable de la piel.

Swedenborg me aclara el significado de los cien retretes del Hotel Orfila: es el infierno excremencial. El deshollinador, visto por mi hijita en Austria, también aparece aquí: «Entre los espíritus, los hay que son conocidos con el nombre de Deshollinadores, porque tienen en efecto la cara renegrida por el humo, y van ataviados con una indumentaria de un oscuro color a hollín (…); uno de estos espíritus deshollinadores se acercó a mí, y de forma insistente me pidió que rezara e intercediera para que fuera admitido en el cielo: “No creo haber hecho nada, decía, por lo que pueda ser excluido de él; es verdad que he reprendido a los habitantes de la tierra, pero procurando siempre que el consejo siguiera a la reprimenda y al castigo…”

»Los espíritus censores, correctores o instructores del hombre, se pegan a su costado izquierdo inclinándose hacia la espalda, y allí, consultando el libro de su memoria, leen en él sus acciones e incluso sus pensamientos; pues cuando un espíritu penetra en el hombre, se adueña de su memoria. Cuando ven alguna mala acción o intención de hacer daño, castigan con un dolor en el pie, en la mano (!) o en torno a la región epigástrica, y lo hacen con una habilidad sin par. Un estremecimiento anuncia su llegada.

»Aparte del dolor de los miembros, recurren a una opresión dolorosa en la parte del ombligo, parecida a la presión de un cilicio;

ocasionales opresiones en el pecho que llevan hasta la angustia; asco por cualquier alimento que no sea pan, durante algunos días.

»Otros espíritus tratan de convencer de lo contrario de cuanto dijeran los espíritus instructores. Estos espíritus contradictores habían sido desterrados de este mundo por la sociedad humana debido a su maldad. Un fuego volante que parece descender delante del rostro anuncia su llegada; se sitúan al final de la espalda del hombre, desde donde parten para manifestarse en las partes superiores.»

(Estos fuegos volantes o destellos, yo los he visto en dos oportunidades, y siempre en los momentos de rebelión, cuando rechazaba como si fuera un sueño estéril cualquier idea general.)

«Recomiendan no dar ningún crédito a lo que puedan decir los espíritus instructores, siguiendo a los ángeles, y no adecuar nuestra conducta con sus enseñanzas, sino vivir con toda licencia y libertad, de acuerdo a la propia fantasía; normalmente, se presentan tan pronto como los otros se han ido; los hombres los conocen por lo que son, y no se preocupan de ello en absoluto; pero así aprenden a distinguir el bien del mal, pues uno conoce la calidad del bien por su contrario, y toda percepción o idea de una cosa se forma reflexionando sobre las diferencias de los contrarios, consideradas de distinta manera y desde diferentes puntos de vista.»

El lector recordará las figuras humanas, semejantes a mármoles antiguos, que vi formarse en la funda blanca de mi almohada en el Hôtel Orfila. He aquí lo que dice Swedenborg al respecto:

«Dos son las señales que dan a conocer que ellos (los espíritus) se hallan en casa de un hombre: una es un anciano de blanco rostro, señal que les advierte de que deben decir siempre la verdad y no hacer más que lo que sea justo… Yo mismo he visto un viejo rostro humano de este tipo… unos rostros de una gran blancura y de una gran belleza, en los que se reflejaban al mismo tiempo la sinceridad y la modestia.»

(Para no asustar al lector, he silenciado deliberadamente que todas las citas anteriores se refieren a los habitantes de Júpiter. Es

fácil imaginar mi sorpresa cuando un día de la pasada primavera me trajeron una revista con una reproducción de la casa de Swedenborg en el planeta Júpiter, dibujada por Victorien Sardou. En primer lugar, ¿por qué Júpiter? ¡Qué extraña coincidencia! ¿Y ha observado, el laureado dramaturgo francés, que la fachada izquierda, vista a una cierta distancia, forma un rostro humano antiguo? ¡Un rostro que se asemeja al de mi almohada! Pero, en el dibujo del señor Sardou hay varias siluetas humanas, creadas por los perfiles. ¿Acaso estuvo dirigida la mano del maestro por otra mano, de tal modo que dio más que lo que creía saber?)

¿Dónde vio Swedenborg tales infiernos y tales cielos? ¿Son visiones, intuiciones, inspiraciones? No sabría decirlo, pero la analogía de su infierno con el de Dante y los de las mitologías griega, romana y germánica, lleva a pensar que las potencias se han servido siempre de medios más o menos análogos para la realización de sus designios.

¿Y estos designios? La perfección del tipo humano, la procreación del hombre superior, der *Übermensch*, ese bastón corrector gastado antes de hora y echado al fuego, que Nietzsche preconizó.

Entonces vuelve a plantearse el problema del mal, y la indiferencia moral de Taine no sirve de nada ante las nuevas necesidades.

Los demonios son una consecuencia necesaria de ello. ¿Qué son los demonios? Una vez admitida la inmortalidad del alma, los muertos no son más que los supervivientes que continúan sus relaciones con los vivos. Los genios malos no son por tanto tales, ya que su finalidad es benévola, y sería preferible servirse de la expresión de Swedenborg: espíritus correctores, a fin de eliminar el temor y la desesperación.

El diablo, como potencia autónoma igual a Dios, no debe existir, y las apariciones del Maligno en su forma tradicional no deben ser sino un espantajo provocado por la Providencia, única y buena, que

gobierna mediante una administración inmensa, compuesta de difuntos.

¡Consolaos, pues, y estad orgullosos de la gracia que os es concedida a todos vosotros, que estáis afligidos y atormentados por los insomnios, las pesadillas, las apariciones, las angustias y las palpitaciones! *Numen adest*. ¡Dios os desea!

XIX

TRIBULACIONES

Encerrado, pues, en la pequeña ciudad de las Musas, sin esperanza de salir de ella, libro la formidable batalla contra el enemigo, yo mismo.

Todas las mañanas, a la hora de mi paseo por el camino de ronda de la muralla, sombreado de plátanos, el inmenso caserón rojo del manicomio me recuerda el peligro del que he escapado, y el futuro que me espera, en caso de una recaída. Swedenborg, al aclararme la naturaleza de los horrores acaecidos durante el último año, me ha liberado de los electricistas, de los nigromantes, de los hechiceros, de los que envidian al fabricante de oro y de la locura. Me ha indicado la única vía para la salvación: ir en busca de los demonios a su guarida, en mí mismo, y darles muerte por medio… del arrepentimiento. Balzac, el ayuda de campo del profeta, me enseñó en *Serafita* que el «remordimiento es un acto de impotencia de quien recaerá en su pecado. Sólo el arrepentimiento es una fuerza, y pone fin a todo».

Por tanto, ¡el arrepentimiento! Pero ¿acaso no es desautorizar a la Providencia que me había elegido para ser objeto de su flagelo? ¿No es decirles a las potencias: habéis guiado mal mi destino; me habéis hecho nacer con la vocación de castigar, de derribar ídolos, de rebelarme, y luego me retiráis vuestra protección para obligarme

a una abjuración ridícula? ¡Representar un acto de contricción, hacer una retractación pública!

Extraño círculo vicioso, que preví ya a mis veinte años cuando escribí mi drama *Mäster*, que se convirtió en la tragedia de mi vida. ¿De qué me ha servido llevar una penosa existencia durante treinta años, para llegar con la experiencia a lo que ya había previsto? De joven era un sincero devoto, e hicisteis de mí un librepensador. Del librepensador hicisteis un ateo; del ateo, un creyente. Inspirado por ideas humanitarias, preconicé el socialismo: cinco años más tarde me mostrasteis lo absurdo del socialismo. A todo cuanto me ha entusiasmado le habéis restado valor. Y si me hubiera consagrado a la religión, estoy convencido de que al cabo de diez años me la habríais refutado.

¿No es cierto acaso que los dioses nos toman, a nosotros mortales, como su hazmerreír? ¡Y he aquí por qué nosotros, burlones, plenamente conscientes, sabemos reírnos en los momentos más tormentosos de la existencia!

¡Cómo queréis que se tome uno en serio lo que se manifiesta como una inmensa broma!

Jesucristo, el Salvador, ¿qué es lo que ha salvado? Ved a los más cristianos de todos los cristianos, a nuestros devotos escandinavos, los pálidos, los malvados, los aterrados, que ni siquiera saben sonreír: ¡tienen todo el aspecto de ser unos obsesos! Diríase que albergan al demonio en su corazón. Y observad cómo todos sus jefes han acabado en prisión, como si fueran malhechores. ¿Por qué el Señor les ha entregado al enemigo?

¿Es la religión un castigo y Cristo un espíritu vengador?

Todos los antiguos dioses se convierten, en la época siguiente, en demonios. Los habitantes de Olimpia se convirtieron en demonios: Odín, Thor, el diablo en persona. Prometeo-Lucifer, el Portador de Luz, degenerado en Satán. ¡Acaso —y que Dios me perdone— también Cristo se ha transfigurado en demonio! Es, en efecto, el asesino de la razón, de la carne, de la belleza, de la

alegría, de los afectos más puros de la humanidad. Asesino de las virtudes: ¡franqueza, bravura, gloria, amor, misericordia!

Luce el sol, la vida de cada día sigue su curso, el trajín del trabajo alegra los espíritus. ¡Es en esos momentos cuando estalla la valiente rebelión, cuando se lanza al cielo el desafío de la duda!

Ahora bien, por la noche se hace el silencio, reina la soledad y se disipa el orgullo: ¡late el corazón y el pecho se oprime! ¡Entonces, salid afuera y arrodillaos en el seto de espinos, e id a buscar al médico, y encontrad a un compañero que quiera dormir en vuestra casa!

Regresad solos por la noche a vuestra habitación, y os encontraréis a alguien allí; aunque vosotros no le veáis, sentiréis clara su presencia. Id al manicomio, preguntadle al psiquiatra, y él os hablará de neurastenia, de paranoia, de angina de pecho y de todo lo demás, ¡pero no os curará jamás!

¿Adónde podéis ir, entonces, todos cuantos sufrís de insomnio y os paseáis por las calles en espera de la salida del sol?

El molino del universo, el molino de Dios, he aquí dos palabras que se han vuelto familiares.

¿Habéis notado en vuestros oídos ese zumbido que se asemeja al ruido de un molino de agua?

¿Habéis observado en la soledad, de noche o incluso a plena luz del día, cómo se agitan los recuerdos de la vida pasada, igual que si resucitaran, uno a uno, de dos en dos? Todos los pecados cometidos, todos los delitos, todas las necedades, vienen a encenderos las orejas, a provocaros sudores fríos, a agitaros con un estremecimiento que recorre vuestro espinazo. Revivís la vida vivida desde el momento de nacer hasta el día de hoy, sufrís una vez más todos los sufrimientos soportados, bebéis todos los cálices de amargura tantas veces bebidos, crucificáis vuestro esqueleto, porque no queda ya carne que mortificar, os abrasáis el alma porque vuestro corazón está ya consumido.

¡Conocéis eso!

Es el molino del Señor, que es de molienda lenta, pero que tritura fina e implacablemente. Sois reducidos a polvo, y os creéis acabados. Pero no, todo volverá a empezar y de nuevo seréis pasados por el molino. ¡Que seáis felices! Es el infierno en la tierra; así ha sido reconocido por Lutero que considera una gracia especial el ser pulverizado de esta parte de los cielos empíreos.

¡Sed felices y agradecidos!

¿Qué hay que hacer? ¿Humillarse?

Pero si os humilláis ante los hombres, despertaréis su orgullo, porque se creerán mejores que vosotros, por más grande que sea su maldad.

¡Humillarse ante Dios, entonces! ¡Pero no es sino un ultraje rebajar al Ser Supremo al rango de propietario de una plantación que manda sobre sus esclavos!

¡Rezar! ¿Cómo? ¡Arrogarse el derecho a doblegar la voluntad y los designios del Padre Eterno mediante la lisonja y el servilismo!

¡Buscar a Dios y encontrar al diablo! Esto es lo que me ha sucedido a mí.

He hecho penitencia, me he enmendado, y tan pronto como comienzo a poner medias suelas a mi alma, es preciso arreglar la puntera: poned talones nuevos y entonces se romperá la lengüeta del empeine. Es el cuento de nunca acabar.

Dejo de beber, y vuelvo sobrio a casa hacia las nueve de la noche para tomarme la leche. El cuarto está lleno de demonios que me sacan de la cama y me ahogan bajo la colcha. Si vuelvo borracho hacia medianoche, me duermo como un ángel y me despierto fuerte como un pequeño dios, dispuesto a trabajar como un galeote.

Evito a las mujeres, y los sueños malsanos acosan mis noches.

Me acostumbro a no pensar nada más que bien de mis amigos, les confío mis secretos y les entrego mi dinero: al punto soy

traicionado. Si me rebelo contra una perfidia, el castigado soy siempre yo.

Trato de amar a los hombres en general: me vuelvo ciego para sus culpas, y con una magnanimidad sin límites, paso por alto las infamias, las calumnias; y una buena mañana me encuentro convertido en cómplice. Si me aparto de algún círculo social que considero malsano, al punto soy atacado por los demonios de la soledad, y buscando unos amigos mejores, los encuentro peores.

Incluso, después de haber vencido las bajas pasiones y haber llegado gracias a la abstinencia a una cierta tranquilidad de corazón, siento una satisfacción de mí mismo que me hace sentir por encima del prójimo, y he aquí el pecado mortal, el amor a sí mismo, que se ve inmediatamente castigado.

¿Cómo explicar el hecho de que todo avance en el camino de la virtud se vea seguido de un nuevo vicio?

Swedenborg resuelve el problema diciendo que los vicios son castigos infligidos a los hombres por pecados de un orden superior. Por ejemplo, los ambiciosos están condenados al infierno sodomita. Admitiendo que esta teoría encierre algún asomo de verdad, tenemos que padecer nuestros vicios, y alegrarnos del remordimiento que traen aparejado, para pagar el precio debido en la ventanilla de la gran Caja. Perseguir la virtud equivale, por consiguiente, a tratar de escapar de la cárcel de los suplicios. Es lo que quiso decir Lutero en el artículo XL, contra la bula romana, donde proclama que «las almas del Purgatorio pecan sin cesar, porque buscan la paz y evitan los tormentos».

Del mismo modo, en el artículo XXXIV, dice: «Combatir a los turcos no es otra cosa que rebelarse contra Dios que nos castiga por nuestros pecados por medio de los turcos.»

Está claro, pues, que «todas nuestras buenas obras son pecados mortales» y «que es preciso que el mundo sea criminal ante Dios, y que sepa que nadie puede volverse justo, sin la gracia».

Suframos, pues, hermanos míos, sin esperar de la vida una sola alegría sólida, puesto que estamos en el infierno.

Y no acusemos al Señor al ver el sufrimiento de los niños inocentes. Nadie sabrá por qué, pero la justicia divina nos permite suponer que es por expiación de delitos cometidos antes de su llegada a este mundo.

Regocijémonos de las torturas que son como otras tantas deudas satisfechas, y creamos que es la misericordia la que quiere que nosotros ignoremos las causas primeras de nuestros suplicios.

XX

¿HACIA QUÉ META?

Han transcurrido seis meses, y sigo paseándome por el camino de ronda de la muralla, dejando vagar mi mirada hacia el manicomio, y vislumbro a lo lejos la raya azul del mar. Es por allí por donde llegará la nueva era, la nueva religión con que sueña el mundo.

El sombrío invierno está muerto y enterrado, los campos verdean, los árboles están en flor, el ruiseñor canta en el jardín del Observatorio; pero la tristeza del invierno gravita sobre nuestros espíritus a causa de tantos acontecimientos siniestros, de tantos inexplicables hechos que han causado inquietud incluso en los más incrédulos. Los insomnios van en aumento, las crisis nerviosas se multiplican, las visiones son frecuentes, se producen verdaderos milagros. Se espera que ocurra algo.

Viene a verme un joven.

—¿Qué hay que hacer para dormir tranquilo por la noche?

—¿Qué te ha pasado?

—Juro que no sabría decirlo, pero le he cogido horror a mi aposento, y mañana mismo me mudo.

—Muchacho, ya seas ateo o realista, dime qué es lo que ha pasado.

—¡Por todos los diablos! Al abrir la puerta de casa para entrar, una noche, alguien me aferró del brazo y me zarandeó.

—¿Así que hay alguien en tu habitación?

—¡Qué va! Encendí las velas y no vi a nadie.

—Muchacho, hay alguien que no es posible ver a la luz de las velas.

—¿Quién es?

—¡Es lo invisible, muchacho! ¿Has tomado sulfonal, bromuro de potasio, morfina o doral?

—¡Lo he intentado todo!

—Y lo invisible no desaparece de en medio. Y bien, quieres dormir tranquilo por la noche y vienes a preguntarme a mí cómo hacerlo: escucha, muchacho, yo no soy médico ni profeta, sino un viejo pecador que hace penitencia. No le pidas sermones ni profecías a un ladrón que necesita todo el tiempo de que dispone para sermonearse a sí mismo. También yo he sufrido insomnios y abatimientos, me he enfrentado en un cuerpo a cuerpo con lo invisible y he terminado por reconquistar el sueño y recuperar la salud. ¿Sabes cómo? ¡A ver si lo adivinas!

El joven lo intuye y baja la mirada.

—¡Lo intuyes! ¡Pues entonces vete en paz y duerme tranquilo!

Así, es preciso que yo me calle y que la gente me intuya, pues en el momento en que se me ocurra confraternizar con los pecadores, la gente me volverá la espalda.

Un amigo me pregunta:

—¿Qué fin perseguimos?

—No sabría decirlo. Pero, por lo que a mí respecta, me parece que el camino de la cruz me vuelve a conducir hacia *la fe de mis mayores*.

—¿El catolicismo?

—¡Pienso que sí! El ocultismo ha desempeñado su papel, explicando por medio de la ciencia los milagros y la demonología. La teosofía, despejando el camino a la religión, ha vivido después de haber restablecido el orden universal que castiga y recompensa.

Karma se hará Dios y los *mahatmas* se revelarán como potencias regeneradas, como espíritus correctores (demonios) y como espíritus instructores (los inspiradores). El budismo preconizado por la juventud de Francia ha introducido la resignación y el culto al sufrimiento, que lleva directamente al Calvario.

Por lo que se refiere a la nostalgia que siento en el seno de la Santa Madre Iglesia, es una larga historia que quisiera contar en unas pocas palabras.

Swedenborg, al enseñarme que está prohibido renegar de la religión de nuestros antepasados, pronunció una sentencia muy precisa contra el protestantismo que constituye una traición hacia la religión madre.

O mejor dicho, el protestantismo es un castigo infligido a los Bárbaros del Norte; el protestantismo es el exilio, la cautividad de Babilonia: pero el retorno a la tierra parece estar próximo. Los inmensos progresos del catolicismo en América, en Inglaterra y en Escandinavia son anunciadores de la gran reconciliación; al propio tiempo, la Iglesia griega acaba de tender la mano a Occidente.

No es más que el sueño de los socialistas sobre el restablecimiento de los Estados Unidos occidentales, pero corregido en un sentido espiritual. Ahora, os ruego que no creáis que son teorías políticas las que me devuelven de nuevo al seno de la Iglesia romana.

No soy yo quien ha buscado el catolicismo, sino el catolicismo el que se ha enseñoreado de mí, después de haberme perseguido durante años. Mi hija, que se ha hecho católica incluso contra mi voluntad, me ha enseñado la belleza de un culto que ha permanecido intacto desde sus orígenes, y yo, la verdad, siempre he preferido el original a la copia. Mi larga estancia en el país de mi hija hizo que admirara la gran sinceridad de la vida religiosa. Igual efecto me produjo también mi estancia en el hospital de Saint-Louis y, en último lugar, mis aventuras de estos últimos meses.

Tras este examen de mi vida, que me entregó a una verdadera vorágine, igual que ciertos condenados del infierno de Dante, y

cuando hube reconocido que mi existencia no había tenido en definitiva otra finalidad que humillarme y mancillarme, decidí adelantarme a mis verdugos y aplicarme yo mismo el tormento. Era mi deseo vivir en medio de los sufrimientos, del oprobio y de la agonía, y, a este fin, me dispuse a buscar un empleo de enfermero, en París, en el hospital de los Hermanos de San Juan de Dios. Esta idea se me ocurrió la mañana del 29 de abril, tras el encuentro que tuve con una anciana con cabeza de muerto. De vuelta a casa, encontré sobre mi mesa la obra *Serafita* abierta; en la página de la derecha, una astilla de madera indicaba la frase siguiente:

> ¡Haced por Dios lo que haríais por vuestros ambiciosos propósitos, lo que hacéis consagrándoos a una actividad artística, lo que hicisteis al amar a una criatura más que a Él, o cuando perseguíais un secreto de la ciencia humana! ¿No es acaso Dios la ciencia misma?…

Por la tarde, recibí el periódico *L'Éclair*, y —¡qué casualidad!— el hospital de los Hermanos de San Juan de Dios es mencionado dos veces en el texto.

1 de mayo.— Leo, por primera vez en mi vida, *Cómo convertirse en mago* de Sâr Péladan.

Sâr Péladan, hasta entonces un desconocido para mí, se presenta como un vendaval, una revelación del hombre superior, del *Übermensch* de Nietzsche, y con él el catolicismo hace su entrada solemne y triunfal en mi vida.

¿«El que ha de venir» ha venido en la persona de Péladan? ¿El poeta-profeta-filósofo es realmente él, o hay que esperar a otro?

No lo sé; pero después de haber franqueado estos propileos hacia la vida nueva, comienzo a escribir el presente libro, el 3 de mayo.

5 de mayo.— Un sacerdote católico, converso, viene a verme.

9 de mayo.— Veo a Gustavo Adolfo[28] en las cenizas de la chimenea.

17 de mayo.— Leo en Sâr Péladan: «Creer en sortilegios era algo que estaba bien hacia el año 1000: cuando nos acercamos al 2000, el observador comprueba que algunos individuos poseen una particularidad fatal, traen desgracia a quien les contraría. Si le negáis un favor, vuestra amante os engañará; si le dais una tunda, acabaréis seguramente guardando cama; todo el mal que deseáis para él se vuelve contra vosotros, acrecentado.

»No importa, el azar explicará esta coincidencia inexplicable; el azar basta al determinismo del hombre moderno.»

21 de mayo.— Leo una obra del danés Joergensen, católico converso, sobre el monasterio de Beuron.

28 de mayo.— Un amigo, al que no veía desde hacía seis años, acaba de llegar a Lund y alquila un apartamento en mi misma casa. Imagínese mi emoción al enterarme de que acaba de convertirse al catolicismo. Me presta el devocionario romano, que había perdido hacía un año, y, releyendo los himnos y cánticos latinos, vuelvo a encontrarme como en mi casa.

17 de mayo.— Tras una serie de charlas sobre la Santa Madre Iglesia, mi amigo ha solicitado, en una carta al monasterio belga donde fue bautizado, un retiro para el autor de este libro.

18 de mayo.— Corre el rumor de que la señora Annie Besant se ha convertido al catolicismo; pero no está confirmado.

Todavía espero la respuesta del monasterio belga.

Cuando este libro haya visto la luz, habré recibido ya la respuesta.

¿Y después qué? ¿Qué vendrá después? ¿Una nueva broma de los dioses que se ríen a carcajadas cuando nosotros lloramos a lágrima viva?

Lund, 3 de mayo-25 de junio de 1896.

EPÍLOGO

Había terminado en un principio este libro con esta exclamación: «¡Menuda broma, menuda lúgubre broma que es la vida!»

Luego, tras alguna reflexión, la frase me pareció indigna, y la taché.

Pero las dudas continuaron, y recurrí a la Biblia para obtener la deseada aclaración.

He aquí lo que me respondió el libro sagrado, dotado de facultades proféticas más maravillosas que ningún otro:

> Y pondré mi rostro contra él, y le haré portento y fábula, y le arrancaré de mi pueblo de Israel, y sabréis que yo soy Iahvé; y si el profeta se deja seducir y dice alguna cosa, seré yo, Iahvé, quien le habré seducido, y tenderé sobre él mi mano, y le exterminaré de en medio de mi pueblo, Israel.
>
> EZEQUIEL, XIV, 8-9.

Así, ésta es la ecuación de mi vida: un signo, un ejemplo para contribuir al perfeccionamiento de los demás; un juguete para demostrar la vanidad de la gloria y de la celebridad; un juguete para ilustrar a la juventud sobre cómo no hay que vivir; un juguete que se cree un profeta y se ve desenmascarado como un impostor.

Ahora bien, el Padre Eterno ha seducido a este profeta impostor y le ha hecho proferir unas palabras, y el falso profeta no se siente

responsable, porque simplemente ha representado el papel que le ha sido asignado.

¡He aquí, hermanos míos, un destino humano como tantos otros, y reconoced que la vida humana puede presentarse como una broma!

¿Por qué fue castigado el autor de este libro de forma tan extraordinaria? Léase el misterio que precede al texto. Este misterio fue escrito hará treinta años, antes de que su autor hubiera conocido a los herejes llamados «Stedingh»; el papa Gregorio IX, en 1223, los excomulgó por su doctrina satanista: «Lucifer, el buen dios, expulsado y derrocado por “el Otro”, regresará un día, cuando el usurpador llamado Dios, por su gobierno miserable, su crueldad y su injusticia, se haya hecho merecedor del desprecio de los hombres, y se convenza de su propia incapacidad.»

¿Quién es el Príncipe de este mundo que condena a los mortales a los vicios, y castiga la virtud con la cruz, la hoguera, los insomnios y las pesadillas? ¡Es el verdugo al que somos entregados por crímenes desconocidos u olvidados, que cometiéramos en otro mundo!

¿Y qué son los espíritus correctores de Swedenborg? ¡Nada más que ángeles guardianes que nos protegen de los males espirituales!

¡Qué babélica confusión!

San Agustín declaró que era imprudente alimentar dudas sobre la existencia de los demonios.

Santo Tomás de Aquino proclamó que los demonios provocan las tormentas y los rayos, y que tales espíritus pueden confiar su poder en manos de los mortales.

El papa Juan XXII se lamenta de los procedimientos ilícitos de sus enemigos, que le atormentaron pinchando sus retratos con agujas (hechizo).

Lutero considera que todos los accidentes, las fracturas, las caídas, los incendios y la mayor parte de las enfermedades son efecto de la acción de los demonios.

Además, Lutero opina que determinados individuos han encontrado su infierno en esta misma vida.

¿Acaso no ha sido con toda conciencia que he bautizado mi libro: *Inferno*?

Si el lector pone en duda, por demasiado pesimista, mi opinión, ¡que lea mi autobiografía *El hijo de la sirvienta* y *Autodefensa de un loco!*[29]

Todo el que considere este libro como literatura puede consultar mi diario, llevado día a día desde 1895, y del que éste no es sino una recreación ampliada y ordenada.

INFERNO II

LEYENDAS

Dedico este libro a mis compañeros
de desventuras, pidiendo su indulgencia
por las indiscreciones cometidas
de buena fe y por un fin loable.
A vosotros corresponde absolverme o
condenarme: ¡a mí implorar
perdón si he hecho algún mal!

EL AUTOR

I

EL EXORCISTA POSEÍDO

Expulsado por las Erinias, recalé finalmente en diciembre de 1896 en la pequeña ciudad universitaria de L., en Suecia. Una aglomeración de casas burguesas en torno a una catedral, a un palacio y a una biblioteca universitaria, constituye un oasis de civilización en la gran llanura meridional.

No puedo sino sentir admiración por la refinada inteligencia que eligió para mí este sitio como lugar de reclusión. Esta universidad es muy apreciada por los «naturales» de Escania, pero para un hombre del Norte, como yo, acabar aquí no es sino un desprestigio.

Por otra parte, pasados los cuarenta años, casado desde hace veinte y habituado a la ordenada vida familiar, no deja de constituir una humillación el verse reducido a los círculos estudiantiles y a los de los jóvenes entregados a la vida disipada, frecuentadores de los cafés, todos más o menos mal vistos por las autoridades académicas.

De la misma edad y, en otro tiempo, compañero de los profesores que ahora reniegan de mí, me veo obligado a frecuentar a la juventud, lo cual me exige hacer el papel de enemigo de las personas de edad y de la buena sociedad. ¡Desclasado, he aquí la palabra justa! ¿Y por qué? Porque desdeñé someterme a las leyes de la sociedad y a la esclavitud de la familia. ¡He considerado como

un deber sagrado la lucha por ser fiel a mi personalidad, buena o mala, eso poco importa!

Dejado de lado, proscrito, maldecido por padres y madres como corruptor de la juventud, mi situación es parecida a la de la serpiente dentro de un hormiguero, máxime cuando no puedo dejar la ciudad por falta de dinero.

¡Falta de dinero! Como consecuencia de una fatalidad, que se ceba en mí desde hace tres años y que sería incapaz de explicar, todos mis recursos están agotados y todas mis fuentes de ingresos también secas. ¡Veinticuatro obras teatrales guardadas en mis cajones y ni una sola es representada! ¡Otras tantas novelas y narraciones, y ninguna reedición! Cualquier intento de pedir un préstamo ha fracasado y fracasa. He vendido todo cuanto poseía y, al final, la miseria me ha obligado a vender mi correspondencia, es decir, ¡la propiedad ajena!

Esta pobreza permanente se me antoja tan querida por los hados, que he terminado por aceptarla como parte de mi expiación, dejando de oponerle ninguna resistencia. Para mí, en mi calidad de escritor libre, la indigencia carece de importancia, pero no tener medios para mantener a mis hijos constituye un deshonor.

¡Aceptemos también el deshonor! ¡Y la vergüenza! ¡Y el infierno; pero no cedo a la tentación de pagar los falsos honores con mi vida!

Preparado para todo, me trago todas las mortificaciones, hasta la última; y he aquí que comienzan las expiaciones.

¡Los jóvenes acomodados y bien educados, una noche, me dedican una cencerrada en el pasillo! La acepto sin rechistar, como justa.

Me pongo a buscar un apartamento amueblado. ¡Los propietarios me rechazan con indisimulados pretextos, cuando no me espetan un no en plena cara! ¡Voy a hacer visitas y no soy recibido! ¡Pequeñeces!

Pero lo que de verdad atormenta mi alma es la sublime ironía que se revela en la conducta inconsciente de mis jóvenes amigos, cuando tratan de darme ánimos ensalzando mi carrera literaria «tan

fértil en ideas liberadoras», etcétera. ¡Si supieran que he tirado a la basura esas pretendidas ideas, y que ahora los representantes de tales opiniones se han vuelto adversarios míos! Hago la guerra contra mi viejo yo y, luchando contra mis amigos antagonistas, a quien en realidad destruyo es a mí mismo.

¡Qué bien concertado está todo! Como escritor dramático que soy, admiro lo bien compuesta que está esta tragicomedia. ¡Es una escena bien resuelta!

Ahora bien, habida cuenta de la superposición de viejas y nuevas opiniones que se entrecruzan en estos tiempos de transición, no se presta demasiada atención que digamos a un viejo como yo, y se desatienden mis argumentos para preguntarse únicamente si hay algo nuevo en el mundo de las ideas.

Les abro el pórtico del templo de Isis y les predico el pronto advenimiento del ocultismo. Ellos entonces se ponen a protestar y no me dan cuartel, empuñando las mismas armas que yo he fabricado durante veinte años para acabar con la superstición y el misticismo.

Pero como todas estas discusiones tienen lugar en un café donde se empina el codo, se evitan así las disputas serias y yo adquiero la costumbre de contar hechos y cosas haciendo alarde de un escepticismo ilustrado. No es que aborrezca las novedades, sino todo lo contrario, pero cuando se ha alcanzado un ideal a fuerza de dura lucha, uno se vuelve conservador y ya no quiere abandonarlo, y mucho menos abjurar de una fe por la que se ha pagado un alto precio, con un bautismo de sangre. Es a mí a quien corresponde establecer un puente entre naturalismo y supranaturalismo, proclamando que el uno no es más que derivación del otro.

Con este fin me propongo explicar, de modo digamos natural y científico, todos los fenómenos a primera vista inexplicables. Divido en dos mi personalidad, mostrando al público al ocultista naturalista y guardándome para mí, y cultivándola, la semilla de una religión no confesional. A menudo el papel esotérico se impone; confundo mis dos naturalezas para poder reírme de mis creencias recién

adquiridas, cosa que contribuye a que mis teorías se infiltren hasta en los espíritus más refractarios.

El mes de diciembre, bajo un cielo negro de color de humo, transcurre lentamente, horriblemente triste. Aunque instruido por Swedenborg sobre la naturaleza de mis padecimientos, no soy capaz de dejarme doblegar de entrada bajo la mano de las potencias. Mi espíritu racional se rebela, y continúo buscando siempre la causa primera fuera de mí y en la maldad de los hombres. Atacado día y noche por unos efluvios eléctricos que me oprimen el pecho y me producen punzadas en el corazón, huyo de mi cámara de tortura y frecuento los locales donde puedo encontrar amigos. Por temor a desembriagarme no paro de beber, único medio de dormir por la noche. Pero el asco, la vergüenza y una perturbadora inquietud me obligan a dejarlo, y algunas noches frecuento el café de los partidarios de la abstinencia, llamado «La Cinta Azul». Pero se trata de un lugar que me causa espanto. Caras pálidas, atormentadas, ojos de mirada extraviada y malvada, y un silencio que no puede decirse que sea la paz de Dios.

En realidad, el vino es una bendición, y la abstinencia, un castigo.

Y así vuelvo a mi café, pero ahora, tras haberme castigado con las veladas a base de té, bebo con más moderación.

Se acerca la Navidad y pienso en la fiesta de los niños con una fría amargura, a la que no quisiera honrar con el nombre de resignación. Después de haber pasado por toda clase de pruebas desde hace seis años, me espero cualquier cosa.

¡Solo, en un hotel! Siempre fue mi pesadilla, y me he acostumbrado ya a ella. Parece que todo cuanto detesto me esté reservado.

Sin embargo, se ha creado una mayor familiaridad entre mis amigos y yo, y alguno comienza a hacerme confidencias. Pasaron tantas cosas el mes pasado… ¿Qué cosas? Muchas cosas inusitadas, inesperadas…

—¡Contadme!

Y me las cuentan. El cabeza del clan de la rebelión, el más descreído de los descreídos, recién salido de la clínica de desintoxicación para alcohólicos, se ha vuelto abstemio y ha sido tal su conversión que…

—¡Continuad!

—Que canta salmos penitenciales.

—¡Increíble!

En efecto, ese joven, dotado de una inteligencia poco común, había interrumpido momentáneamente su carrera, después de haber atacado con virulencia las opiniones universitarias, y se había entregado a la bebida. A mi llegada se mantenía un poco aparte, debido a su abstinencia, pero fue él quien me prestó *Arcana coelestia* de Swedenborg, que cogió de la biblioteca familiar. Entonces me acordé de que, tras la primera lectura, después de haberle hablado de las teorías swedenborgianas, le propuse que las leyera también él para que se le aclararan las ideas, pero me interrumpió horrorizado:

—¡No! ¡No quiero! ¡Ahora no! ¡Más tarde!

—¿Tienes miedo?

—¡De momento, sí!

—Pero ¿ni siquiera por curiosidad literaria?

—¡No!

Al principio creí que lo decía de broma, pero más tarde supe que hablaba absolutamente en serio.

Existe, así pues, un despertar general que recorre el mundo, y yo no tengo ya necesidad de disimular mis pensamientos.

—Escucha, viejo amigo, ¿duermes por la noche?

—¡No demasiado! Y toda mi vida desfila ante mí durante mis insomnios: todas las necedades, todos los disgustos, todos los desastres… pero sobre todo las necedades que he cometido. ¡Y cuando ha terminado, vuelta a empezar!

—¡También tú!

—¿También yo, dices?

—¡Sí! ¡Tal es la enfermedad de los tiempos! Llaman a esto el molino del Señor.

A la palabra Señor, hace un mohín de desagrado y prosigue:

—Extraños tiempos éstos; el mundo al revés…

—¡O el retorno de las potencias!

Han pasado ya los días de Navidad. Debido a las vacaciones, el cenáculo se ha dispersado por la campiña, por los alrededores de Lund. Y he aquí que urna mañana, mi amigo el médico, mi psiquiatra, se presenta con un recado de nuestro amigo poeta. Nos invita a la casa de sus padres, una propiedad rural no lejos de la ciudad.

Me niego a ir, pues detesto los viajes.

—Pero se siente desdichado.

—¿Qué le pasa?

—Insomnio; ya sabes, las francachelas…

Pretexto que tengo muchos quehaceres y la cosa queda en suspenso.

Por la tarde, otro mensaje nos informa de la enfermedad del poeta, que reclama a su amigo en calidad de médico.

—¿Qué le pasa, ahora?

—Está nervioso, neurasténico y se cree perseguido…

—¿Por los demonios?

—No, no es esto, pero, en fin…

En un arranque de humor negro, provocado por el sentimiento de tener un compañero de desventuras, me decido a partir:

—Vamos para allá; tú te encargas de la medicina, yo de los exorcismos. Por otra parte, quisiera aprovechar esta salida para hacer algunas excursiones de investigación por Escania.

Una vez puestos de acuerdo, hago las maletas y bajo las escaleras; una dama desconocida me interpela:

—Perdón, señor, ¿es usted el doctor Norberg?

—No, señora —respondo yo sin demasiadas ceremonias, creyendo vérmelas con una mujer de la vida.

Pero ella prosigue:

—¿Podría decirme qué hora es?

—¡No! —y me largo.

Sin embargo, esta escena, tan vulgar y corriente en sí misma, me deja una sensación de inquietud.

Por la noche, nos paramos en una aldea para pernoctar allí. Tras subir a mi habitación, no había tenido tiempo ni de asearme un poco, cuando los acostumbrados ruidos se dejan oír por encima de mi cabeza: arrastrar de muebles y pasos de danza.

Pero esta vez no me contento con las sospechas y, acompañado por mi amigo, subo al desván para ver qué pasa. Pero allí no hay nada, y nadie vive encima de mi habitación, bajo la techumbre.

Volvemos a ponernos en camino después de una mala noche, y a eso del mediodía estamos ya instalados en la casa paterna de nuestro poeta, que nos da un poco la impresión de ser el hijo pródigo de sus padres, religiosos y muy buena gente. Pasamos el día paseando por el hermoso campo, entre inocentes conversaciones, hasta la caída de la tarde, que trae una paz indecible en un ambiente donde el médico y yo nos sentimos un poco fuera de lugar, aunque el médico más aún que yo, siendo ateo como es.

Al hacerse de noche, nos retiramos a la habitación que nos ha sido reservada. Buscando alguna cosa que leer, doy con *La magia en la Edad Media* de Victor Rydberg. ¡Otra vez este escritor al que evité mientras vivía y que me persigue tras su muerte!

Hojeo el volumen y mi mirada se ve atraída por el capítulo «Íncubos y súcubos». El autor no cree en ellos y ridiculiza la creencia en el diablo.

Ahora bien, yo no veo el menor motivo para la risa; es una lectura que me ofende, pero me calmo pensando que, ahora, ¡el autor debe de haber cambiado de opinión!

Sin embargo, la lectura de esos grimorios no predispone precisamente al sueño, y una cierta inquietud nerviosa se manifiesta en mí, hasta el punto de que acepto la invitación a salir todos juntos

para ir a los retretes como una saludable distracción y una introducción higiénica a la temida noche.

Provistos de una linterna, atravesamos el patio donde, bajo un cielo encapotado, los esqueletos de los árboles helados crujen, curvados por los irritantes efectos de una caprichosa tempestad.

—Le teméis a la oscuridad, queridos míos —dice burlonamente el médico.

Ninguna respuesta, las rachas de viento tratan de derribarnos a su característico modo, poniéndonos la zancadilla, tirándonos del pelo, levantándonos los faldones de la chaqueta.

Una vez llegados a destino, cerca de las cuadras y debajo del henil, somos saludados por un estrépito procedente de lo alto, y —oh, milagro— se trata del mismo ruido que me persigue desde hace seis meses.

—¡Escuchad! ¿Vosotros oís algo?

—¡Sí; arriba hay gente dando de comer a los animales! —me responde el poeta.

No lo pongo en duda, pero ¿por qué justamente cuando llego yo?

¿Y por qué el estrépito reviste en todas partes las mismas formas acústicas? Sin duda hay alguien, invisible, que organiza este guirigay pensando en mí, y no se trata de una alucinación auditiva, puesto que los demás también experimentan la misma sensación física.

Tras regresar al dormitorio, se produce un momento de incomodidad. El poeta, que ha estado tranquilo durante todo el día, y al que sus padres han asignado una buhardilla como alcoba, comienza a agitarse y confiesa finalmente que tiene miedo de dormir solo a causa de las pesadillas.

Yo le cedo mi cama y me voy a un gran aposento contiguo, donde hay una cama inmensa.

Nos damos las buenas noches y me retiro, prometiendo ir en su ayuda en caso de ataques nocturnos.

El gran aposento sin caldear, sin cortinas ni muebles, me abruma con una tristeza que el frío húmedo no hace más que acrecentar.

A fin de distraerme, busco algún libro, y, sobre una mesilla de noche, encuentro la Biblia ilustrada por Gustave Doré, así como una colección de libros devotos. Entonces caigo en la cuenta de que no soy sino un intruso en una casa piadosa, que soy el amigo del hijo pródigo, el corruptor de la juventud. ¡Qué humillante papel para un hombre de cuarenta y ocho años! ¡Qué envilecimiento!

Y comprendo el sufrimiento de este joven, su malestar por tener que vivir con gente virtuosa y devota. ¡Debe de sufrir como un diablo en misa! Y ha sido precisamente para ahuyentar al diablo con el diablo por lo que he sido invitado aquí; para hacer respirable, apestándolo, ese aire puro que el joven plagado de vicios encuentra insoportable.

Y haciéndome estas reflexiones, me acuesto. En otros tiempos, el bendito sueño era mi último y fiel refugio, cuya misericordia nunca me faltó. Ahora la noche consoladora me ha abandonado, y las tinieblas me espantan.

La lámpara está encendida y reina el silencio tras la tempestad. Pero he aquí que un bordoneo desconocido despierta mi atención y me saca de la duermevela. Descubro entonces en medio del aposento un insecto que vuela de un lado para otro. Pero lo que me asombra es que no reconozco la especie, a pesar de que soy entomólogo y me enorgullezco de conocer de memoria todos los dípteros de Suecia. Y no se trata ciertamente de una mariposa, ni de un bómbice, ni de una polilla; es una mosca, negra, oblonga, pero dotada de un aparato vibrador que se asemeja al de un cinípedo y al de un crepuscular. Me levanto para cazarla: ¡a la caza de moscas a finales de diciembre! ¡Pero ella se esfuma!

Vuelvo a acostarme entre las sábanas y reanudo mis meditaciones.

Entonces, de debajo de la almohada, se alza el maldito bicho, y tras haber reposado y entrado en calor en mi cama, dirige su vuelo a

diestro y siniestro, y yo la dejo hacer, convencido de poder atraparla cerca de la lámpara, adonde debería atraerla la llama.

El momento no se hace esperar, está ya aprisionada bajo la pantalla donde una cerilla le quema las alas, de modo que, tras una danza macabra sobre su dorso, el bicho aguafiestas perece. La autopsia revela que se trata de un díptero desconocido, de unos dos centímetros, negro con dos puntitos de un color rojo fuego debajo de las alas.

¿Qué era? No lo sé, pero al día siguiente hago constar la existencia del cadáver.

—¡Una bruja! —sugiere el poeta.

—¡Quemada viva!

Sin embargo, una vez llevado a cabo el auto de fe, me duermo.

Me despierto en plena noche a causa de unos gemidos y del rechinar de unos dientes, procedentes de la habitación contigua. Enciendo la vela y entro. Mi amigo el médico, medio fuera de la cama, se retuerce presa de horribles convulsiones, con la boca abierta y con todos los síntomas, en suma, de la gran histeria descrita en el *Tratado* de Charcot, hasta tal punto de que podría pensarse en un caso de posesión. Y este hombre de notable inteligencia, buen corazón, no más vicioso que otros, de aventajada estatura, rasgos regulares y armónicos, está tan desfigurado que se asemeja a una representación medieval del demonio.

Aterrado, le despierto.

—¿Soñabas, amigo mío?

—¡No! ¡Era sólo una pesadilla!

—¡*Incubus!*

—¡Palabra de honor! ¡Había alguien que me aplastaba los pulmones! Quiero decir… una *angina pectoris*.

Le ofrezco un vaso de leche; él enciende un cigarro, y yo me escapo a mi aposento.

Pero no consigo ya pegar ojo. Ha sido demasiado horrible lo que he visto, y hasta el amanecer mis compañeros prosiguen su lucha contra los invisibles.

Nos encontramos a la mañana siguiente, a la hora del desayuno, y las aventuras nocturnas son puestas en solfa. Pero nuestro anfitrión no se ríe en absoluto, cosa que yo atribuyo a que los sentimientos religiosos le inspiran respeto por las potencias ocultas.

La falsa situación en que me encuentro, entre unos viejos a los que apruebo y unos jóvenes a los que no tengo ningún derecho a criticar, hace que insista en partir. Al levantarnos de la mesa, el amo de casa pide hablar en privado con el médico, y los dos se ausentan durante una media hora.

—¿Qué le pasa al viejo?

—¡Insomnio! Ataques nocturnos de corazón…

—¡También él! ¡Un hombre justo y piadoso! ¡Así pues, la epidemia no perdona a nadie!

He de reconocer que el saber esto me levantó los ánimos, y en el acto el viejo espíritu de rebelión y de escepticismo se apoderó de mi alma. ¡Desafiar a los demonios, plantar cara a los invisibles y terminar subyugándolos! He aquí las consignas que me daba a mí mismo al abandonar a la hospitalaria familia para iniciar mis excursiones por Escania.

Tras llegar por la noche a la pequeña ciudad de H., ceno en el gran comedor del hotel en compañía de un periodista. Apenas sentados a la mesa, el acostumbrado estruendo se deja oír de nuevo por encima de mi cabeza; y para cerciorarme de que no he cometido ningún error de observación, dejo que sea el periodista quien describa el fenómeno, el cual certifica su realidad.

Al salir después de cenar, la señora desconocida que me había abordado antes de la partida de L. está allí, inmóvil, parada en el portal, viéndonos pasar a mi compañero y a mí.

Entonces me olvido de los demonios y los invisibles, y vuelve a dominarme la idea de que soy perseguido por enemigos visibles. Pero la rechazo de inmediato, al recordar mi visita imprevista a la tienda del zapatero, en Malino, y la cita nocturna en el campo, cerca

de las cuadras, donde era imposible sospechar ningún golpe preparado.

Las atroces dudas persisten y taladran mi cerebro, me hacen hervir la sangre y sentirme asqueado de la vida.

Pero la noche me reserva una sorpresa más terrible aún que todas las de los últimos días juntas.

Fatigado por el viaje, me acuesto hacia las once. El hotel es tranquilo, silencioso. Recobro los ánimos y caigo en un profundo sueño, para ser despertado, al cabo de media hora, por un estruendo encima de mi habitación. Deben de ser al menos una veintena de jóvenes que cantan, patalean, remueven sillas.

¡Este bochinche dura hasta la mañana!

¿Por qué no voy a quejarme al patrón? Porque, en el curso de mi vida, nunca he tenido razón. Nacido, predestinado, para el error, he dejado de quejarme.

A la mañana siguiente prosigo mi viaje para visitar las minas de carbón fósil de H. Apenas entrar en la posada para pedir un coche, la acostumbrada trapisonda en el piso de arriba se halla en su punto álgido. Con un pretexto que he olvidado, subo al primer piso, donde tan sólo encuentro una gran sala vacía.

No pudiendo visitarse las minas antes de mediodía, me hago conducir a un pueblecito de pescadores, un poco más al norte, pues la vista sobre el Sund que desde allí se ofrece goza de gran fama.

Cuando el coche está entrando en el pueblo, siento una opresión en las costillas, como si alguien me hundiera sus rodillas en los riñones, y la ilusión es tal que me vuelvo para ver al enemigo que me va pisando los talones.

Una bandada de cornejas pasa justo en aquel momento lanzando horribles graznidos y planeando sobre el caballo, que se espanta y encabrita, yergue las orejas y suda copiosamente. Tasca el freno y el cochero pasa las de Caín para calmarlo.

Pregunto la razón de esta inesperada escena espantosa, pero por toda respuesta recibo nada más que una mirada del cochero en

dirección a la nube de cornejas, que nos siguen aún durante algunos minutos.

Es todo de lo más natural, pero siniestro, y de mal augurio, según la creencia popular.

Tras dos horas de viaje, infructuosas para mis estudios porque la niebla impide ver el Sund, llegamos a la aldea de Mölle. Tras decidir subir a pie el promontorio de Kullen, despido al cochero y le cito en la posada.

Una vez terminado el paseo, vuelvo a la aldea, pero, ignorando dónde se encuentra la posada, busco a alguien para que me dé alguna indicación. No hay ni un alma, ni por las calles ni en parte alguna. Llamo a las puertas: ninguna respuesta. Por la mañana, a eso de las once, en una aldea de doscientas almas, ¡ni un hombre, ni una mujer, ni un niño, ni un perro! ¡Y el cochero, el caballo, el coche, han desaparecido! Tras vagar por espacio de media hora por los callejones, doy con la posada. Convencido de encontrar allí a mi cochero, encargo él almuerzo; una vez he terminado de comer, pregunto por él.

—¿Qué cochero?

—¡El mío!

—¡No he visto a ninguno!

—¿No ha visto usted un coche, con un caballo rufo y un cochero moreno?

—¡No, señor!

—Pero si teníamos que encontrarnos en la posada…

—Entonces, debe de estar en la posta, aquí al lado.

La sirvienta me indica el camino y yo me voy para allá.

Pero no encuentro el edificio y me extravío hasta el punto de que ya no sé dónde está la posada. ¡Y tampoco hay nadie a la vista! ¡Entonces me entra miedo! ¡Miedo en pleno día! ¡Esta aldea está embrujada!

¡Ya no me muevo, permanezco en el sitio, como encadenado! ¿Para qué buscar? ¡Puesto que el diablo anda de por medio!

Finalmente, se presenta el cochero, pero me da vergüenza contarle mis desventuras y pedirle unas explicaciones que nada explicarían.

Hemos vuelto a H. y, frente a las escaleras del hotel, el caballo se cae de bruces, como si alguien situado delante de la puerta lo hubiese espantado. Me informo sobre la carretera que hay que tomar para llegar a las minas de carbón fósil, y esta vez estoy seguro de no perderme, puesto que no está más que a cinco minutos, y me marcho hacia allí a pie. Camino unos diez minutos, un cuarto de hora, media hora, todo recto, en pleno campo, pero sin descubrir el menor indicio de edificio o de chimenea que haga pensar en una mina. El cultivado llano se extiende hasta el infinito; ni una cabaña, nadie a quien preguntar. Es el Maligno quien me juega esta mala pasada. Y me quedo plantado, fascinado, sin ir ni hacia adelante ni hacia atrás.

Finalmente vuelvo a la aldea, tomo una habitación, y me tumbo a descansar en un canapé.

Al cabo de un cuarto de hora, un gran ruido interrumpe mis tristes pensamientos. Esta vez son unos martillazos remachando unos clavos. Como no creo en los espíritus percutores, atribuyo el fenómeno a alguien malintencionado o bien a una fortuita mala suerte. Llamo, pago la cuenta, y me marcho para la estación.

¡Tres horas de espera! ¡Es mucho para un impaciente, pero no queda más remedio! Al cabo de dos horas sentado en un banco, veo pasar a una señora, guapa, elegante, que entra en la sala de espera de primera clase. Hay algo en su porte y en su persona que evoca en mí no sé qué recuerdo y, lleno de curiosidad por verla de cara cuando vuelva a pasar, vigilo la puerta. Tras haber esperado bastante rato, me decido a entrar en la sala.

Nadie; ninguna otra puerta de salida; ningún retrete. ¡Y las dobles ventanas impiden la fuga!

¿Tengo telarañas en los ojos? ¿Hay gente que tiene el poder de encantar mis ojos? ¿Puede volverse uno invisible? He aquí unos

problemas irresolubles, y que me desesperan. ¿Estoy loco? ¡No, puesto que los médicos dicen que no lo estoy! Entonces, preciso es creer en los milagros. Soy un condenado, me encuentro en el infierno, como dice Swedenborg, y las potencias me castigan sin tregua ni piedad. Una vez evocados, los espíritus se niegan a volver a entrar en la botella abierta.

Por la noche, en un buen hotel, de primera categoría, de la ciudad de M., me acuesto a las diez. A las diez y media se ponen a cortar madera en el pasillo sin que nadie proteste por ello, ¡y estamos en un hotel de primera categoría lleno de gente! ¡Luego se ponen a bailar! A continuación empiezan a mover la manivela de un mecanismo de engranajes… Me levanto, pago la cuenta, decidido a viajar toda la noche.

Solo, en la fría noche de enero, arrastro mi maleta, cansado, desfallecido, bajo un cielo negro. Se me ocurre la idea de acostarme sobre la nieve y dejarme morir. Pero inmediatamente después, hago acopio de todas mis energías para tomar una callejuela desierta, donde encuentro un modesto hotel. Asegurándome de que no me vea nadie, entro en él.

Me tumbo completamente vestido en la cama, totalmente decidido a dejarme matar antes que aceptar levantarme.

Un silencio sepulcral reina en la casa, y el dulce sueño se acerca. Entonces, sin ningún preámbulo, ¡una pata invisible viene a arañar por detrás el papel del techo, justo encima de mi cabeza! No es un ratón, pues el papel poco estirado no se mueve; por otra parte, ¡es una pata enorme, como de liebre, de perro! Hasta la mañana, con las ropas empapadas en sudor, espero sentir las garras sobre mi piel, pero no sucede nada y las angustias son peor que la misma muerte.

¿Cómo no me volví loco después de semejantes torturas?

Porque hay que sufrir hasta las últimas consecuencias para restablecer el equilibrio entre las fechorías, cometidas y las penas

que nos son infligidas. Y, en efecto, ¡yo soporto de maravilla los suplicios, me los trago con feroz alegría para verlos llegar a su fin!

II

DESOLACIÓN GENERAL

Una mañana, pasado el Año Nuevo y los interminables días de fiesta, me vuelvo a encontrar solo. Es como si hubiera pasado un huracán, todos se han dispersado, desaparecido, naufragado. Mi amigo médico ha ingresado, como enfermo, en el hospital. En efecto, minado por la bebida, habiendo acabado en la miseria, destrozado por el insomnio, ha terminado delirando. Es desconsolador; y ahora, en vez de ir al café, voy al hospital para disfrutar de una hora de conversación y de compañía. En el café me quedo bebiendo solo, porque tres de nuestros compañeros han hecho voto de abstinencia. El poeta se ha ido. El joven esteta, hijo del profesor de moral, ha sido enviado al extranjero, para evitarle la mala influencia del corruptor de la juventud (¡que no es otro que yo!).

Un profesor se ha roto la pierna y guarda cama.

Al mismo tiempo, el joven químico, el más avanzado de los progresistas, cae enfermo y se lo llevan al hospital por neurasténico. Insomnios, pesadillas y delirios. Todos estos desastres, y otros más, en sólo seis semanas. Y lo que vuelve la situación intolerable para mí es que me achacan, más o menos directamente, la responsabilidad de todo ello. ¡Soy el mismísimo diablo y echo mal de ojo! Y aún soy afortunado de que ignoren y nieguen los poderes

de la malevolencia y los secretos del ocultismo, pues de lo contrario habría sido ya asesinado.

Una calma chicha, sombría, se ha extendido por la vida intelectual de la universidad. ¡Ninguna nueva idea fecunda, ningún movimiento! Las ciencias, tras haber invalidado el método evolucionista, que prometía el progreso, amenazan con morir de inanición. Ya no se discute, puesto que se está de acuerdo en la inutilidad de todo intento de reforma. ¡Se han visto desmoronarse tantas ilusiones!, y el gran movimiento de emancipación ha acabado en disolución, por no decir en descomposición, general.

La juventud espera novedades sin saber aún lo que desea. Novedades a toda costa, con tal de que no constituyan una retractación y un retroceso. Adelante hacia lo desconocido, sin importar lo que sea, con tal de que no se trate de algo viejo. Se acepta incluso una reconciliación con los dioses, siempre y cuando sean unos dioses regenerados, evolucionados, que estén a la altura de los tiempos, dioses de ideas amplias, carentes de prejuicios, ebrios de alegría de vivir. Por desgracia, los invisibles se han vuelto cascarrabias, celosos de las libertades logradas por los mortales. El vino está envenenado y provoca delirios furiosos en vez de evocar las dulces visiones de antaño. El amor legítimo se revela como un duelo a muerte, y el amor libre provoca enfermedades sin cuento ni nombre, trae la miseria a los hogares, la vergüenza y la marginación de la sociedad.

Ha terminado una época de experimentación, y los experimentos han concluido con resultados negativos. Tanto mejor para el futuro, que así se beneficiará de las saludables lecciones que pueden extraerse de los fracasos de estos hombres de vanguardia, perdidos en el desierto, caídos como niños extraviados.

Solo, naufragado, derrelicto arrojado sobre un arrecife del océano, hay momentos en que el vértigo se apodera de mí, frente a la nada

azul. ¿Es el cielo el que refleja la extensión del mar, o bien el mar el que refleja la bóveda celeste?

He rehuido a los hombres y ahora los hombres me rehúyen a mí. Y en la soledad soñada, me acecha toda una población de demonios, hasta que al final acabo prefiriendo el último de los mortales al más interesante de los fantasmas. Pero si busco a un hombre, en las largas noches, no encuentro a uno solo en toda la ciudad; ni en su casa ni en los cafés.

Entonces, en medio de esta fatal e inevitable pobreza, la Providencia me manda a un hombre, sí, a un hombre, a cuyo padre, en otro tiempo, había yo despreciado por su educación que dejaba mucho que desear, y sus opiniones radicales, que le habían excluido de la buena sociedad. He aquí el desquite: había rechazado al padre, pese a su riqueza, y ahora tenía irremediablemente que aceptar al hijo. Debo añadir que el joven es tan criticado en la ciudad como yo, y que está no menos aislado debido al papel emancipador que desempeña entre la juventud. Y la desgracia nos ha unido con una amistad duradera.

Me invita a quedarme en su casa, me adelanta los medios de subsistencia y vela por mí como si fuera un enfermo; y, en efecto, la manía persecutoria me ha llevado a armar un escándalo en el hotel, donde yo quería entrar en la habitación de al lado de la mía, convencido de encontrar allí al enemigo que me estaba atormentando. Un día más en ese hotel y habría tenido que intervenir la policía; y mi futuro no habría sido otro sin duda que el manicomio.

La aparición de un segundo joven me convence de que las potencias no me guardan, después de todo, un rencor implacable.

Niño prodigio, culto, se diría que desde la misma cuna, en todo saber humano, bien educado por un padre erudito y de alta moralidad, nombrado a los veintidós años profesor universitario de filosofía, el joven docente se vio aquejado, hace dos años, de una enfermedad de lo más misteriosa, cuyos detalles me explicó para

conocer mi opinión, o más bien para ver confirmadas sus propias sospechas.

Este joven profesor, tras una juventud ejemplar, e imbuido de los más estrictos principios, se lanzó a la vida, mimado por sus iguales, apreciado por todo el mundo. Pasó la edad de la pubertad sin ceder a las tentaciones de la carne, pero, al sonar la hora de la virilidad, empezó a hervirle la sangre y, pese a un temor instintivo a las enfermedades misteriosas, sucumbió a las seducciones perentorias del sexo. Tomó todas las precauciones posibles contra las consecuencias funestas, pero un temor terrible comienza a obsesionarle, mezclado con un sentimiento de vergüenza, como después de una mala acción.

En vano busca consuelo entre sus amigos médicos, que se le ríen en sus propias narices porque no tiene el menor motivo para preocuparse. Sin embargo, enferma y, postrado en el lecho, cae en un estado de ánimo verdaderamente singular. Se cree muerto: oye que en todas las plantas de la casa están clavando ataúdes. Cuando lee el periódico, pues conserva la lucidez, espera encontrar el anuncio de su propio funeral. Incluso su mismo cuerpo aparenta hasta tal punto signos de descomposición, que el hedor cadavérico expulsa lejos de su lecho a su madre y hermanas, y hasta él mismo siente horror de ello.

Pero parece que se produjo también un cambio en su personalidad, porque este joven piadoso, si no religioso, se ponía a soltar blasfemias cuando su madre le exhortaba a invocar la asistencia del Señor.

Una de las cosas que veía y que se le quedó grabada en la mente era que su madre y sus hermanas tenían los semblantes blancos como la cera, mientras que el del médico era azul. E incluso se había levantado para observar a los viandantes por la calle, viéndolos a todos con un semblante azul. Y algo que asimismo le horrorizaba era el desfile sin fin de pordioseros, mendigos, desharrapados, lisiados, cojos y mutilados que, blandiendo sus muletas, se arrastraban por delante de su ventana como para pasar

revista. Y el enfermo guardaba la impresión de que estos hechos a los que había asistido constituían una realidad indiscutible. Terminado el relato, el profesor me pidió mi opinión.

—Algo semirreal, una serie de visiones provocadas por alguien con un propósito deliberado. ¡Una charada viviente, cuyo sentido moral corresponde a usted encontrar! Y luego, ¿cómo se produjo su curación?

—Aunque lo juzgue usted ridículo, me gustaría confesárselo. Al principio, estaba siempre enfrentado con mis padres, que no dejaban en ningún momento de sentir preocupación por mi cuerpo y mi alma, pero al final me plegué a su yugo, que se convirtió para mí en algo dulce y benéfico, porque estaba hecho de amor puro, y ahora aquí me tiene, curado.

—¿Y no ha tenido nunca una recaída?

—¡Sí! ¡Una sola vez! ¡Pero es algo muy extraño! Una noche besé a una camarera, y me arañé con un alfiler que ella llevaba en el cuello. Al día siguiente se produjo una hinchazón en mis venas que me hizo temer una infección de la sangre. Entonces se reanudaron los delirios, pero esta vez más leves, casi nada.

—¿Y qué le prescribió su médico?

—Pues llevar una vida ordenada, dormir por la noche y evitar los excesos.

Por fin no estoy ya solo ni abandonado, este profesor se me ha aparecido como un mensajero de las potencias; puedo confiarle cualquier cosa. Comparando nuestras experiencias, nos prestamos ayuda mutua por el angosto sendero de este valle de lágrimas.

¡También él fue castigado en su juventud!

¡Y todos privados del sueño!

Es, así pues, un despertar general, pero ¿con qué fin?

III

EDUCACIÓN

Swedenborg, mi guía en las tinieblas, se ha revelado sólo como un castigador. En *Arcana coelestia* no se habla más que del infierno y de los castigos, obra de los malos espíritus, es decir, de los diablos. Ni una palabra de consuelo, ni rastro de piedad. El diablo, sin embargo, fue abolido cuando yo era joven, y todo el mundo se reía de él, y, por ironías de la vida, ahora precisamente se va a celebrar el aniversario de la muerte del filósofo Boström, el demoledor del infierno y el vencedor del diablo. Era el profeta reformador de mi juventud, y he aquí que el diablo está a punto de vivir un renacimiento. Se ha introducido en la literatura llamada satanista, en las artes figurativas, al lado de Cristo, e incluso en la industria. Estas Navidades he observado que todos los regalos estaban inspirados en él. Diablillos y trasgos figuraban en los juguetes de los niños, en los pequeños objetos de uso doméstico, en los dulces de las pastelerías, en los calendarios de oficina. ¿Existe de veras o es simplemente un espantajo semirreal, proyectado por los invisibles para causarnos una profunda impresión y empujarnos hacia la cruz? Sin saber todavía qué respuesta dar a todo esto, una triste noche me llevan a casa de un escultor, librepensador y ateo para más señas, como la sociedad teosófica a la que pertenece. Veo allí una colección particular de cerámicas destinada a la Exposición de Estocolmo. Con un realismo y un cinismo repulsivos, el diablo figura

en ellas en las más variadas situaciones, y siempre junto a un sacerdote con cara de espanto.

Es para echarse a reír, pero a mí no me hace gracia y me digo: ¡esperemos! Cuatro meses después me encuentro por la calle al escultor. Tiene un aire huraño y contrariado.

—¡Imagínese usted qué desgracia la mía; acaban de romper tres de mis mejores piezas, al abrir las cajas de embalaje para la Exposición!

Esto me interesa sobremanera y, mientras le compadezco por el accidente, pregunto con una curiosidad casi maligna:

—¿Y de cuáles se trata?

—¡De esas tres que representaban al diablo, como no podía ser menos!

No me río, pero respondo sonriendo:

—¡Ya lo ve, Lucifer detesta las caricaturas!

Algunas semanas después, le comunican al escultor que las otras piezas se han caído de la vitrina, rompiéndose, sin que la dirección pueda aclarar las circunstancias de este otro accidente.

¡Así pues, el pobre artista ha perdido un año entero, sin contar con los gastos de producción, y se ve eliminado de la lista de los expositores!

Él se consuela achacándolo al azar, que es mudo, y así el orgullo humano, que se pliega ante las fatales circunstancias, queda a salvo; uno agacha la cabeza al ver que le lanzan una piedra, pero ¿dónde está el hondero? ¿Quién es?

Sin embargo, las obras de Swedenborg vienen a parar una tras otra a mis manos, y siempre en el momento adecuado. Así, en Sueños encuentro todos los síntomas de la «enfermedad» que me obsesiona, los ataques nocturnos, los ahogos. Y los hechos que se citan en este memorial preceden a las revelaciones. Era el período de «devastación» de Swedenborg, durante el cual fue entregado a Satanás a fin de que su carne fuese mortificada.

Aunque esto me ilustra acerca de las intenciones benévolas del invisible, no me consuela en absoluto. Sólo después de haber leído *Del cielo y del infierno* comienzo a sentirme edificado. Existe una finalidad en todos estos sufrimientos inexplicables: el perfeccionamiento y el desarrollo del yo, el ideal soñado por Nietzsche, pero entendido de manera distinta.

El diablo, en cuanto ser autónomo, igual y opuesto a Dios, no existe. El invisible que nos atormenta no es otro que el espíritu corrector. Es ya mucho saber que el mal por el mal no existe. Con ello se gana la esperanza de encontrar la paz del corazón mediante el arrepentimiento y el control estricto de los pensamientos y de los propios actos.

Y cuando observo lo que sucede en la vida diaria, siento que estoy siendo sometido a una nueva educación, y poco a poco aprendo a descifrar los signos convencionales empleados por los invisibles. Pero las dificultades son grandes, dada mi edad y las malas costumbres adquiridas; por otra parte, mi natural afable me predispone siempre a someterme demasiado al ambiente. ¡Es algo tan penoso ser el primero en abandonar una reunión y tan antipático imponer la propia voluntad a unos amigos con los que se está en deuda! Pero es menester aprenderlo todo. Así, por ejemplo, como he adquirido la costumbre de quedarme en el café después del almuerzo, que tomo a eso de las dos, un día, a comienzos de febrero, me encuentro sentado, arrimado contra la pared, cuando la conversación comienza con un: ¿tomamos un ponche?

En ese instante, como para responder directamente a la pregunta, se oye a mis espaldas un horrible estruendo, y todas las tazas de café saltan sobre la bandeja.

¡Puse una cara! Un amigo se levanta para ver qué pasa. Es muy simple. Un operario está enluciendo la fachada.

Nos trasladamos a una salita privada. Inmediatamente, por encima de mi cabeza, en el desván, un nuevo ruido. Me levanto y salgo huyendo. Desde aquel día, ya no me quedo en el café después del almuerzo, a excepción de los días festivos.

Por la noche, en cambio, puedo beber con los amigos, porque no se trata tanto de beber como de conversar con gente culta en todas las esferas del saber. Es cierto que a menudo, sin embargo, se llega a la ebriedad pura y simple, acompañada de una hilaridad desenfrenada y de comentarios licenciosos, al mismo tiempo que afloran las malas tendencias y se hace gala con complacencia de instintos brutales. Resulta tan fácil hacerse el bestia, y por lo demás la vida no es siempre divertida…, etcétera.

Un día, tras una serie de tempestuosas libaciones, me voy a comer. Paso por delante de una empresa de pompas fúnebres, donde hay expuesto un ataúd. El suelo está cubierto de ramitas de abeto, y la gran campana de la catedral toca a muerto. Llego al restaurante donde me encuentro a un compañero muy triste; acaba de salir del hospital donde ha dicho adiós a un moribundo.

Después de comer, andando por unas callejuelas desconocidas, me topo con dos cortejos fúnebres.

—¡Pero qué presagios de muerte hay hoy en el ambiente! Y los fúnebres tañidos de la catedral no cesan.

Por la noche, al entrar en mi restaurante por la puerta cochera, reparo en un viejo, inclinado de cara a la pared; evidentemente está borracho y se siente mal. Doy un rodeo para evitarlo y me dirijo al comedor. Mi borrachera de la víspera y sus consecuencias, unidas a las impresiones siniestras de la jornada, me inspiran una tal aversión inconsciente al alcohol que pido leche para cenar.

En medio de la cena, un gran ruido, gritos de angustia, y dos minutos después, he aquí que traen adentro, en procesión, ¡con el hijo del difunto a la cabeza!, al pobre viejo que estaba en la puerta cochera. ¡El padre ha muerto! ¡Aviso a los bebedores!

La noche siguiente, una pesadilla espantosa: ¡alguien me salta encima y me sacude por los hombros!

Basta con esto para hacerme disminuir las libaciones nocturnas, aunque sin renunciar a ellas.

A finales del mes de enero me traslado a un apartamento amueblado y me veo enfrentado a mi destino, sin poder recurrir a las

distracciones que siempre procura la presencia de un amigo. ¡Es la lucha cuerpo a cuerpo y sin posibles subterfugios! Por la noche, al volver a casa, noto en seguida el estado de mi conciencia. Una atmósfera sofocante, pese a que las ventanas están abiertas: una mala noche a la vista. En ocasiones he llegado a huir, convencido de que hay alguien en mi habitación. Se presentan entonces unas angustias atroces que me producen sudor frío, y me basta con bucear en mi conciencia para saber qué es lo que no funciona. Pero ya no huyo. Es siempre inútil.

Entre las lecciones que me imparten los espíritus correctores, hay una que no me atrevo a pasa* por alto: la prohibición de hurgar en las cosas ocultas, porque deben permanecer ocultas.

Así, durante mis excursiones por Escania, había observado, dispersas aquí y allá, unas piedras de una forma singular y muy característica. Representaban diversos tipos de animales, y en particular de pájaros, pero también sombreros y cascos. Otras incluso, estriadas, imitaban las figuras de Widmannstätten que se ven en los meteoritos.

Sin saber exactamente su origen, tenía la impresión de que no se trataba de simples «caprichos de la naturaleza». Su misma forma hacía pensar en productos artísticos trabajados por la mano del hombre. Durante dos años prosigo su búsqueda, intereso en ello a un amigo y le proporciono datos sobre los lugares en cuestión, para que sean fotografiados.

La expedición fracasa y un año después me doy cuenta de que los datos eran erróneos.

Posteriormente, cada vez que insisto en esta búsqueda, se me presentan obstáculos de naturaleza tan prodigiosa que no puedo atribuirlos al azar. Así, para poner un solo ejemplo, una mañana me decido a hacer una excursión con un arqueólogo, para aclarar la cosa de una vez por todas. Apenas fuera de casa, se me sale un clavo de la bota y me hace una herida en el pie. Yo no le doy demasiada importancia, pero a medida que me acerco a casa de mi

amigo el dolor se vuelve tan intenso que he de pararme. ¡Imposible avanzar, imposible volver atrás! Furioso, me saco la bota y remacho el clavo con un cuchillo. Un vago recuerdo de un fragmento de Swedenborg me vuelve a la mente: «Los espíritus correctores, cuando ven alguna mala acción o *intención de hacer daño*, castigan con *un dolor en el pie*, en la mano o en torno a la región epigástrica.» Pero movido por la curiosidad científica, que considero lícita y loable, retomo el camino y me reúno muy pronto con mi compañero.

La excursión debe iniciarse en una cueva situada en un parque. Pero la entrada está obstruida por porquería de naturaleza indecible, y dispuesta de una manera tan provocadora, o más bien tan irónica, que no puedo dejar de sonreírme.

El segundo lugar de excavación, que conozco bien, está en un jardín, donde los bloques de piedra, de muy fácil acceso, están agrupados en torno a un árbol. Pues bien, esta mañana el jardinero ha rodeado este árbol y las rocas prehistóricas con tiestos de flores, y me es imposible mostrar nada a mi erudito compañero. ¡Bonito fiasco! Irritado por estos obstáculos, me llevo a mi amigo, ahora ya escéptico, a través de la ciudad hasta un patio donde sé que se encuentra reunido todo un museo. Es el punto decisivo, y espero resultados asombrosos. Pero primero somos recibidos por un perro de la peor especie. Nuestros gritos alarman a los propietarios del lugar, a quienes, para poder ser oídos pese a los ladridos del mastín, tenemos que decir voceando el motivo de nuestra presencia. ¡Pero la verja está cerrada; y la llave, inencontrable! ¡Desastre absoluto!

—¿Esto es todo? —me pregunta el científico, que ha empezado ya a sentir desprecio por mí.

—No, pero salgamos de la ciudad.

Lector, no es mi deseo cansarte con futilidades, pero el caso es que tras una serie de peripecias más o menos irritantes, llegamos ante un montón de piedras. Y he aquí que, ¡oh hechicería!, me fue imposible mostrar la más mínima apariencia de forma orgánica al

científico, que no veía nada, como yo tampoco, como si tuviéramos telarañas en los ojos.

Al día siguiente, volví allí solo; había una verdadera casa de fieras.

Y termino la odisea con una indicación sobre la naturaleza de estos fragmentos de escultura preadamítica.

Según los ocultistas, su origen se remontaría a las razas atlántidas, al igual que las estatuas gigantescas de la isla de Pascua y del desierto de Gobi. Olaus Magnus los menciona también, por haberlos encontrado en abundancia en las orillas del Brâvik, en Östergötland. Swedenborg les atribuye un significado simbólico, considerándolos productos artísticos de la raza de la edad de plata (véase *Delitiae Sapientiae*).

Ahora bien, a juzgar por cuanto se manifiesta en el restringido círculo en el que me muevo, las potencias no me permiten escoger a mis amistades, y mucho menos despreciar a nadie, quienquiera que sea. Yo soy, como todo el mundo, víctima de predilecciones y simpatías. Y ahora busco personas de temperamento reposado a las que comunicar mis ideas sin exponerme a sentirme herido por bromas fuera de lugar. La Providencia me ha enviado a un amigo al que respeto por la atmósfera pura que le rodea. Como un niño mimado, empiezo a despreciar a los demás, almas de cántaro, espíritus prosaicos, que se complacen a veces en chocarrerías.

Pero, apenas me aparto de ellos, el amigo se va de viaje, los otros están ilocalizables, y mi aislamiento me obliga a humillarme en extremo mendigando la compañía de gentes insignificantes, que mis amigos habituales no frecuentan. Pero un cierto número de experiencias de este tipo me demuestra una vez más que la diferencia entre un hombre y otro no es tan grande como se cree, y de hecho, entre el pueblo bajo, he encontrado a verdaderos caballeros y ¡cuántos santos y héroes no he entrevisto entre los despreciados! Por otra parte, «las malas compañías estropean las

buenas costumbres»; pero ¿cuáles son las malas compañías? ¿Y las buenas?

Supongamos, como he hecho yo, que en esta ciudad extranjera adonde he venido a parar por casualidad me haya sido confiada una misión. ¿Qué será lo que estoy llamado a hacer aquí? ¿A predicar la moral? La conciencia me responde: con el ejemplo. Pero nadie sigue mi ejemplo, ¡y buena la haría predicando a unos jóvenes que sin duda no habrán pecado lo que yo!

Parece, por otra parte, que el tiempo de los profetas ha pasado; las potencias no desean ya sacerdotes, habiendo retomado directamente en sus manos el gobierno de las almas, y no hace falta ir muy lejos para cerciorarse de ello.

Uno de nuestros poetas fue inculpado hace poco por haber atentado contra las buenas costumbres con una colección de poesías. Absuelto por el jurado, no por ello ha encontrado la paz.

En una de sus poesías desairaba a duelo, cuerpo a cuerpo, al mismo Padre Eterno, aun cuando tuviesen que encontrarse en el mismísimo infierno para resolver sus diferencias. Parece que la provocación fue aceptada, y que el joven, quebrado como una caña, tuvo que implorar que le fuera perdonada la vida.

Una noche, mientras estaba bebiendo con los amigos, una fuerza que las ciencias exactas ignoran le arranca el cigarro, que cae al suelo.

Un poco sorprendido por el incidente, él lo recoge y aparenta que no ha pasado nada. Pero la broma se repite por tres veces. Entonces, pálido como la muerte, el incrédulo se larga sin decir esta boca es mía, dejando a sus amigos estupefactos.

En casa, una nueva sorpresa aguarda al temerario. Sin razón aparente, sus manos se ponen a frotar, o más bien a amasar, a la manera de los masajistas*, su busto entero, que se ha vuelto en verdad demasiado rollizo por el abuso del alcohol. Este masaje involuntario sigue sin descanso durante quince días, al final de los cuales el luchador juzga suficiente el entrenamiento para presentarse en la palestra. Toma una habitación en un hotel e invita

a los amigos a un festín de Baltasar, que durará tres días y tres noches. Quiere, en efecto, mostrar al mundo que el hombre superior (¡Nietzsche!) puede domeñar a los demonios del vino.

El primer día lo pasan bebiendo; luego cae la noche y, con ella, el campeón, pero no sin que antes los demonios le hayan insuflado una locura furiosa, hasta el punto de que expulsa a todos los invitados que tienen que escapar por puertas y ventanas; así termina el festín. Tras lo cual, el anfitrión es llevado a una casa de salud.

Así me han contado la aventura, y siento repetirla sin las lágrimas de rigor en este tipo de casos desdichados.

Ahora bien, el acusado ha conseguido un defensor para su causa, un joven médico que le brinda su apoyo en la lucha contra el Padre Eterno.

¿Resulta en extremo pretencioso querer relacionar estos dos hechos? El médico habla en defensa del blasfemo y se rompe una pierna. ¿Ha sido una mera casualidad que el caballo se encabritase y volcase el coche? Pregunto. ¿Y cómo es que, después de guardar cama durante varios meses, el médico se levantó con «el tendón de la cadera roto»? ¿Cómo es que su mirada, antes límpida y firme, tiene ahora una expresión de maníaco, inquietante, como la de un hombre que ya no se controla? ¿Es preciso que responda? Y si se me replica que sí, continúo el relato hasta el final.

Este médico, un buen hombre culto y de buena fe, vino un día a confiarme, hacia finales de verano, que le atormentaba el insomnio, y que por la noche un cosquilleo extraño le despertaba, obligándole a levantarse. Si se negaba a abandonar la cama, el corazón le empezaba a latir con fuerza.

—¿Y entonces? —terminó diciendo, esperando mi respuesta con evidentísima inquietud.

—¡Es también mi caso! —le respondí yo.

—¿Y cómo se curó usted?

¿Fui un ser vil? ¿Obedecí a una voz interior? Le respondí:

—¡Tomé sulfonal!

La cara de mi interlocutor expresó una gran desilusión, pero yo nada podía hacer.

IV

MILAGROS

Después de tres meses de riguroso invierno, he aquí los primeros signos de la primavera. Los embotados espíritus se deshielan y las semillas sembradas bajo la nieve empiezan a germinar. Han sucedido muchas cosas, y en vez de echar en el olvido ciertos hechos innegables atribuyéndolos al azar o a simples coincidencias, uno los observa, hace acopio de ellos y reflexiona sobre los mismos. Al principio, para reírse de la propia superstición, pero luego la risa desaparece y no sabe uno ya qué pensar.

Ocurren milagros, y a diario, pero no se provocan milagros a voluntad. Un día, a la hora del almuerzo, paso por la calle del mercado, que está en ese momento despejada. Sufriendo como sufro desde hace tiempo de agorafobia, le temo al vacío, y la atravieso en un estado de angustia apenas disimulado. Aquel día, cansado por el trabajo y extraordinariamente nervioso, el simple hecho de ver el mercado vacío me impresiona hasta el punto de querer «volverme invisible» con el fin de escapar a la atención de los curiosos; bajo la cabeza, miro fijamente el adoquinado presa de la sensación de aovillarme sobre mí mismo, de cerrar los sentidos, de cortar todo contacto con el mundo exterior y dejar de sufrir la influencia del ambiente circundante. Así, en un estado de inconsciencia, atravieso el mercado.

Poco después, en un callejón, a mis espaldas, dos voces conocidas me llaman. ¡Me detengo!

—¿Por qué camino has venido?

—¡Por el mercado!

—¡No! ¡No puede ser! ¡Precisamente, nosotros estábamos allí vigilando, esperándote para ir juntos a comer!

—Os lo aseguro…

—¡Entonces, es que te has vuelto invisible!

—¡Todo es posible!

—¡Al menos para ti! Se cuentan cosas increíbles sobre tu persona.

—Me lo temía, incluso me han visto en el Danubio cuando en realidad estaba en París.

(Fue realmente así, pero en aquel tiempo creía en visiones que no tenían nada que ver con la realidad.)

Y solté la frase como si de una ocurrencia se tratara.

Esa misma noche cenaba solo en el pequeño comedor del restaurante. Un hombre al que no conozco entra con aire de estar buscando a alguien. Pese a observar todas las mesas no repara en mí y, convencido de estar solo, se pone a lanzar juramentos y a hablar en voz alta. Para que note mi presencia, golpeo con el tenedor en el vaso. El extraño hace en seguida un movimiento, y con aire de absoluto asombro por haber visto a alguien, se calla y se va.

Es entonces cuando comienzo a meditar sobre el problema de la desmaterialización, admitida por los ocultistas. Y las pruebas no hacen sino acumularse.

Una semana después de estos incidentes, otra aventura llama mi atención. Era un miércoles, día en que los restaurantes se llenan de campesinos venidos para la feria semanal. Para estar tranquilo, mi compañero habitual ha reservado una salita, y como llega antes que yo, me espera en la puerta y me invita a entrar. Luego, a fin de ganar tiempo, decidimos tomar los entremeses en la mesa común del comedor. Sigo de mala gana a mi compañero, porque no me

gustan ni un pelo los campesinos borrachos y sus injurias. Atravesamos por entre el gentío y llegamos al *buffet*, donde no hay más que un individuo, por otra parte de lo más tranquilo.

Nos tomamos los entremeses y, sin intercambiar una sola palabra, nos retiramos a nuestra salita, mi amigo precediéndome. Delante de la puerta, se muestra muy sorprendido de verme.

—¿Cómo? ¿De dónde sales?

—¡Pero, santo cielo, del *buffet*!

—¡Pues yo no te he visto, estaba seguro de que te habías quedado aquí!

—¿Que no me has visto? Pero si hemos cruzado nuestras manos sobre los platos…, ¿acaso puedo volverme invisible?

—¡Todo esto es muy extraño, sin embargo!

Buceando en mi memoria, descubro fondos secretos hasta ahora sin valor para un escéptico esterilizado por las ciencias exactas. Así me acuerdo de la mañana del día de mi primera boda. Era un domingo de invierno, tranquilo, triste y solemne para mí, que me disponía a dejar la impura vida de soltero para crear un hogar con la mujer amada. Queriendo tomar a solas mi último almuerzo de soltero, bajo a un café que estaba situado en un oscuro callejón. Era un local iluminado con luz de gas. Pido un café con leche, y me siento de repente espiado por varios hombres que parecen llevar en la mesa desde el día anterior: pálidos como espectros, maleducados, mal vestidos, roncos y apestosos tras una noche de juerga. Y entre aquella panda reconozco a dos amigos de juventud, venidos a menos, que no tienen donde caerse muertos, sin empleo, notorios haraganes, y tal vez bordeando lo delictivo…

No fue la soberbia la que me impidió reanudar el trato, sino el temor a una recaída en el fango, la repugnancia a volver a caer en mi propio pasado, porque también yo había sido así. Al final, cuando el más sobrio de ellos, en nombre de todo el grupo, se levanta para acercarse a mi mesa, me domina el miedo y, decidido a renegar de mi identidad si preciso fuera, miro de arriba abajo al provocador,

quien, sin que se sepa por qué motivo, se detiene a dos pasos de mí y, con una cara de loco que jamás olvidaré, se excusa y vuelve a su mesa. Sin duda hubiera jurado que era precisamente yo, pero no me reconoció.

Se inicia entonces una discusión a propósito de mi persona.

—¡Es él, seguro!

—¡No, maldita sea, no es él!

Yo huyo, lleno de vergüenza de mí mismo, de compasión por aquellos desgraciados, pero aliviado en el fondo del corazón por haber puesto fin a una existencia indecente. ¡¿Puesto fin?!

Dejando de lado el aspecto moral de la cosa, queda el prodigio de que se pueda alterar la propia fisonomía hasta el punto de volverse irreconocible para un amigo al que se ve durante todo el año y al que se saluda por la calle con un cabeceo.

En Berlín, cinco años atrás, una joven de buena familia me invitó a acompañarla al teatro. La propuesta me desagradó, quería evitar comprometer a la joven, y además las largas veladas en el teatro me cansan. No obstante, no pudiendo negarme, fui al lugar convenido para la cita. Confieso haber caminado de un lado para otro por la acera opuesta de la calle, que era por otra parte bastante estrecha, y pasé una media hora sin mirar a nadie, totalmente resuelto a hacer fracasar el encuentro. El truco dio resultado, y me largué sigilosamente.

Al día siguiente fui yo quien le remitió una carta de reproche. Asombrada, la dama juró haberme esperado, y el misterio siguió siendo absoluto.

Tenía yo en otro tiempo la costumbre de ir de caza solo, sin perro, y a menudo sin escopeta. Un día que paseaba a la ventura, en Dinamarca, deteniéndome en un calvero, he aquí que un zorro acierta a pasar muy cerca de mí. Me mira a la cara, a pleno sol, desde una veintena de pasos. Yo no me muevo, y el zorro continúa hurgando en el suelo, buscando ratones. Me inclino para coger una

piedra. Entonces es él el que se vuelve invisible, porque desaparece de improviso sin que yo me dé cuenta. Examinando el terreno no encontré ni rastro de madriguera, ni tampoco un matorral donde hubiera podido esconderse. ¡Había desaparecido sin hacer uso de sus patas!

Las garzas gustan de anidar en los pantanos de las vegas bajas del Danubio, y son pájaros extremadamente asustadizos. No obstante, a menudo las sorprendía sin necesidad de ocultarme. Y mientras permanecía inmóvil, podía observarlas. A veces, incluso, volaban sobre mi cabeza. Cuando lo contaba, nadie me creía, y menos aún los cazadores. Parecía, pues, un hecho sobrenatural.

Luego, cuando le conté estas aventuras a mi amigo teósofo de L., éste recordó un incidente cuya clave nunca había podido descubrir. Un operario conocido suyo fue a verle con la excusa de que tenía para vender una pieza de arte antigua, y le pidió un anticipo de cinco coronas. Tan pronto como se vio con el dinero, el tipo se eclipsó y permaneció ilocalizable durante tres meses.

Un domingo por la tarde, el teósofo se paseaba con su mujer por una calle secundaria, cuando a unos pasos delante de ellos, por la misma acera, reconoció a ese hombre.

—¡Ahí le tienes, al desaprensivo!

El teósofo se suelta del brazo de su mujer, se adelanta, pero de repente el otro desaparece, como si se hubiera evaporado. Ni puerta, ni ventana, ni ninguna entrada de bodega que pudiera servirle de refugio. Y, como de costumbre, el teósofo creyó haber sido víctima de una alucinación, puesto que por la calle no había ni un alma y era, por tanto, imposible que hubiese podido tomar a una persona por otra.

¡He aquí el hecho en su cruda y nuda realidad! Pedir explicaciones de lo inexplicable no deja de ser una contradicción. Admitida la facultad que tiene el ser vivo de hacer desviar los rayos visibles, es decir, de cambiar la amplitud de la refracción, ¿encontrará en esta retahíla de palabras una solución al problema cuyo nudo central se esconde en un porqué y en un cómo?

¡Queda el milagro! ¡Y bien está el milagro, hasta nueva orden, pero entre tanto reunamos los hechos, en vez de negarlos!

V

LAS TRIBULACIONES DE MI AMIGO INCRÉDULO

Ponerme a contar las aventuras de mi amigo me pone en un gran aprieto, pero le he pedido ya perdón por anticipado y él conoce lo intachable de mis intenciones. Él mismo, por otra parte, ha contado a todo el mundo sus sinsabores, sin exigir ningún secreto; me basta, pues, con ser un cronista imparcial, ¡y tanto peor para quien tenga algo que criticar!

Ateo, materialista, mi amigo tiene en gran estima la vida que desprecia, y teme la muerte que ignora.

Anda loco por las mujeres y, como francotirador que es, va a la caza en los cotos y terrenos del común.

Apenas nos conocíamos cuando me ofreció cobijo en su casa, y me trató entonces con amistad fraterna, cuidándome como a un enfermo, es decir, con la delicada compasión y discreción de un espíritu independiente y sano, capaz de comprender las perturbaciones mentales y la indulgencia que ellas exigen.

Pero un espíritu independiente puede estar también expuesto a tristezas irrazonadas, a momentos negros; y una noche, muy tarde, mientras las tinieblas invadían la habitación y las lámparas encendidas no bastaban para iluminar los rincones donde jugaban las sombras, mi amigo, en respuesta a mis expresiones de gratitud, me confió que era él quien estaba en deuda conmigo. Se*había

visto recientemente afectado por una desgracia, su mejor amigo había fallecido hacía poco. Desde entonces, se veía perseguido por sueños angustiosos, en los que siempre aparecía su amigo difunto.

—¿Tú también?

—¿También, dices? Pero comprende que yo hablo de sueños, de sueños nocturnos…

—¡Sí, sí!

—De insomnios, de pesadillas… En fin, ya sabes lo que es una pesadilla, nada más que un dolor en el pecho provocado por desarreglos intestinales, cuando uno se excede… ¿No has sufrido nunca de pesadillas?

—Sí, sí. Basta con comer gambas por la noche, ¡y ya está armada! ¿Has probado el sulfonal?

—¡Por supuesto! Pero con este tipo de medicación…, sabes…

—No es nada. Lo conozco bien… Pero volviendo a ese amigo muerto, ¿reaparece de manera inquietante, quiero decir, en el sueño?

—No es él el que me obsesiona, entiéndeme. Es su cadáver, lamento tener que decirte que murió en unas circunstancias conmovedoras. Imagínate tú, un hombre joven y lleno de talento, una promesa para la literatura, que se muere de una enfermedad muy poco conocida, la *tuberculosis miliris*, y su cuerpo se descompone hasta el punto de que no queda de él más que un saquito de mijo.

—¿Y ahora su cadáver te obsesiona?

—¡No quieres comprender; dejémoslo estar!

…

De salud delicada, y de humor voluble como un día de abril, mi amigo parece sufrir de neurastenia aguda, y cuando en febrero me mudo, él se niega sistemáticamente a volver solo a casa tras la caída del sol.

Y es entonces cuando sufre un revés, de orden esencialmente económico; se ponen contra él algunos pleitos, y nos tememos un

suicidio, a juzgar por ciertas frases que deja caer de vez en cuando.

Prometido recientemente, ve el futuro muy negro. Pero en vez de reaccionar contra los obstáculos, se pone a viajar a fin de distraerse y olvidar sus preocupaciones, y a su vuelta reúne a todos sus amigos juerguistas y organiza festines. En plena fiesta, se le declara un desarreglo orgánico, y el juerguista se ve obligado a guardar cama, donde no puede permanecer debido a una diarrea que le dura por espacio de dos días y dos noches.

No soy informado de ello hasta el segundo día, y voy a verle. Un olor a cadáver llena la casa; el rostro del enfermo se ha puesto negro, irreconocible. Tumbado en la cama, es asistido por un amigo y una enfermera, cuyas manos no suelta. Está aterrado, debilitado por continuos dolores.

Más tarde, una vez curado, me dice que ha tenido una visión en la que aparecían cinco diablos bajo la forma de monos rojos de ojos negros, que agitaban la cola, encaramados en el borde de la cama.

Completamente restablecido, y superadas las dificultades económicas, sigue contándoles a todos su «sueño», ¡provocando la hilaridad general!

A veces se asombra de que el destino, que siempre le había sonreído, comience a perseguirle; no hace una a derechas, todo se le tuerce.

En medio de estas reflexiones alternadas con festines, un nuevo revés viene a abatirse sobre el desdichado, que parece haber caído en desgracia ante las potencias. Un comerciante de nuestro grupo acaba de ahogarse, dejando deudas y poniendo en dificultades a mi amigo que le había avalado una gran suma.

Se reanudan los sinsabores, peor que antes. El cuerpo del muerto se aparece en la cocina de mi amigo, que invita a un joven médico a dormir con él en su apartamento, para ahuyentar así a los fantasmas. Pero los invisibles no respetan a nadie, y mi amigo se despierta una noche y ve la habitación llena de ratones. Convencido de su realidad, coge un bastón y comienza a darles caza, hasta que los animales desaparecen.

Era un delirio, pero un delirio a dos, puesto que a la mañana siguiente, el compañero que había dormido en la habitación de al lado cuenta haber oído unos chillidos de ratones en la otra habitación.

¿Cómo explicar una alucinación visual para uno y auditiva para el otro?

Pero, a plena luz del día, al sol, se ríen de esta aventura. Luego, mi amigo cuenta con gran lujo de detalles la autopsia del comerciante que se suicidó, complaciéndose en comentarios de un rebuscado cinismo.

—Figuraos, estaba totalmente negro, y unos gusanos blancos le salían del cuerpo.

Como testigo ocular, afirmo que apenas pronunció esta frase, se puso pálido, se levantó de la mesa y, haciendo un gesto de desagrado, ¡señaló con el dedo una cosa en mi plato! ¡Era un gusano blanco que se arrastraba por encima de una sardina!

A la noche siguiente, mi amigo se vio obligado a interrumpir la cena, al verse delante un pedazo de pollo y unos gusanos blancos de guarnición.

Entonces, hambriento, sin poder comer, se espanta, pero no tarda en recuperarse:

—Pero, ¿qué pasa? ¿Qué pasa?

—No es conveniente hablar mal de los muertos, porque se vengan.

—¿Los muertos? ¡Pero si están muertos!

—Precisamente están más vivos que los mismos vivos.

Mi compañero había adquirido, en efecto, la costumbre de revelar las pequeñas flaquezas del difunto, que, después de todo, era uno de sus buenos amigos.

Unos días después, sentados a la mesa, en una galería que daba al jardín del restaurante, uno de los comensales exclama:

—¡Mira qué rata, qué rata más grande!

Nadie ha visto nada y la gente se ríe del visionario.

—¡Esperad un momento y veréis! ¡Allí debajo de esas tablas!

Pasa un minuto, y de debajo de las tablas sale un gato.

—¡Ya vale de ratas! —exclama mi amigo, visiblemente angustiado.

Poco tiempo después, una noche que yo estaba ya acostado, llaman a la puerta. Abro, y veo ante mí a mi amigo, descompuesto, en plena exaltación. Me pide quedarse en mi casa, en un sofá, porque… en la suya hay una mujer que grita toda la noche.

—¿Es una verdadera mujer o un espectro?

—Ah, por favor, es una mujer que tiene un cáncer y lo único que quiere es morirse. ¡Es para volverse loco! ¡Será un milagro si no acabo en el manicomio!

Yo no dispongo más que de un pequeño canapé, y mirando a este hombre de gran estatura tendido sobre este armatoste, con las piernas estiradas sobre dos sillas, no puedo dejar de pensar en un condenado sobre el potro de tortura.

Expulsado de su bonito apartamento, de su confortable cama, y privado hasta del simple placer de despojarse de la ropa, me inspira lástima y le ofrezco mi cama, en señal de gratitud. Él la rehúsa. Sin embargo, la lámpara ha de permanecer encendida, precisamente delante del desventurado. Teme la oscuridad, y yo prometo quedarme levantado para velar su sueño.

—¡No cabe duda! ¡Es una mujer enferma, pero no deja de ser extraño!

¡Así refunfuña, antes de que el sueño se apiade de él!

Por espacio de dos semanas se ve obligado a dormir en los canapés de los amigos.

—¡Esto es el mismísimo infierno! —grita.

—¡Eso mismo pienso yo! —le digo.

Otra vez, una «dama de blanco» se le aparece de noche, y él supone que se trata de un castigo. Fiel a mi papel, me limito a un silencio escéptico. Paso por alto las aventuras de la muchacha que

se ponía a gritar, la intervención del agente de policía reconocido luego como antiguo cómplice en un célebre proceso; paso por alto asimismo la aparición del vendedor de mantequilla y de su hija, y sólo abordaré la historia de la Virgen y la visión telepática de un moribundo. Es muy breve.

Tras una excursión por los bosques, mi amigo se encuentra con unos amigos a orillas de un lago. En un arranque de buen humor, y olvidando todas sus desdichas, suelta la siguiente ocurrencia:

—¡Señora, aquí lo que convendría hacer es escenificar una aparición de la Virgen! ¡Sería una excelente idea fundar un lugar de peregrinación!

En ese mismo instante palidece y, en medio del asombro general, exclama en una especie de éxtasis:

—¡Acaba de morir en este mismo instante!

—¿Quién?

—El teniente X. ¡Lo he visto mientras agonizaba, su aposento, a los que le asistían, todo!

¡La gente se echa a reír!

Pero a su vuelta a la ciudad se enteran de la muerte del señor X., ocurrida a las siete y media, justo en el momento en que el visionario era avisado de ella.

Y los que tanto se burlaban, bajo el efecto de la emoción, no pudieron dejar de derramar unas lágrimas, no ya de dolor, porque el difunto les era completamente indiferente, sino debido al milagro.

Los periódicos hablan del hecho, las personas honestas no lo niegan, y el resto trata a los testigos de impostores. Esto da pie a una retractación de mi amigo incrédulo, que, pese a confirmar los hechos, los interpreta como una simple coincidencia.

Aun admitiendo que exista una cierta modestia en el hecho de negarse a creer en la intervención de las potencias en nuestros pequeños asuntos, no deja de haber también el «problema de los impenitentes». Es lo que ilustra este fragmento de Claude Saint-Martin:

> Tal vez sea esta falsa suposición (que la tierra no es más que un punto en el Universo) la que ha llevado al hombre a esa otra suposición, más falsa aún si cabe, por la que aparenta no creerse digno de ser tenido en cuenta por su Hacedor. El hombre ha creído escuchar la sola voz de la humildad, negándose a admitir que esta misma Tierra y todo cuanto el Universo contiene no fueron hechos sino para él; ha fingido temerle a un exceso de orgullo, aceptando esta idea. Pero no ha temido la indolencia y la cobardía inherentes por fuerza a esta falsa modestia, y si el hombre evita hoy considerarse el Rey del Universo, tal como debería, es únicamente porque carece del valor de esforzarse por la recuperación de sus *títulos*, porque encuentra los deberes harto onerosos, y porque teme menos renunciar a su estado y a todos sus derechos que disponerse a restaurarlos en su justo valor.

Entre los dos escollos, el orgullo y la falsa humildad, ¿quién encontrará el camino que conduce a buen puerto?

Habiendo adquirido entretanto un conocimiento cabal de todas las flaquezas de mi amigo, puedo predecir sus tribulaciones nocturnas y diurnas, simplemente observando su comportamiento: así concluyo que todas las dolencias que le afligen son de orden moral. Pero la moral es hoy una palabra denigrada, dejada de lado, y no me corresponde a mí pronunciarla.

En una sola ocasión, viendo a ese desventurado excesivamente abrumado, le dije, por compasión y para mostrarle el camino:

—¡Si hubieses leído a Swedenborg antes de este último ataque nocturno, habrías entrado en el Ejército de Salvación, o te habrías hecho enfermero!

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ha dicho al respecto ese Swedenborg?

—Muchas son las cosas que dice, y fue él quien me salvó de la locura. ¡Imagínate, una sola frase suya, de cuatro palabras, bastó

para devolverme el sueño!

—¡Dímela, por favor!

Pero, como siempre, tampoco esta vez no tuve el valor de pronunciar la contraseña que el obseso me pedía.

Éstas son las cuatro palabras que valen por todas las recetas de los médicos:

¡No lo hagas más!

¡Cada uno es muy libre de interpretar este pequeño «lo» según su conciencia!

Quien esto suscribe declara haber recuperado la salud y el sueño gracias a la observancia de la antedicha receta.

EL AUTOR

¡Es una confesión! ¡No un sermoneo!

VI

ESTO Y LO OTRO

Nadie ha sido puesto más a prueba por la adversidad que el médico del que hablé en el primer capítulo con el remoquete de cabecilla de los revoltosos, el cual, tras mil peripecias, hizo voto de abstinencia, no sin coqueterías de tipo casi místico. Reconoce haber ido a la ruina, no cree ya en nada, desconfía de los hombres, se siente privado de las sensaciones que nos hacen gozar y sufrir, en resumidas cuentas, es indiferente a todo. Y, sin embargo, había comenzado su carrera con entusiasmo, defendiendo la libertad individual, la emancipación del pueblo y de la mujer, y todo para acabar en la más completa desilusión. ¡Él, que se inflamaba sobre todo por el advenimiento de la mujer libre, ha visto a su prometida, a la que respetaba, acabar como la querida literaria de todo el mundo, una especie de prostituta *bohémienne*!

Tiene treinta años. Ha vivido en el extranjero durante mucho tiempo, ha conocido todas las miserias de la soledad; la pobreza, el hambre, el frío, el mal vestir, las preocupaciones por las deudas impagadas. Ha dormido en los bosques y en los parques públicos, por falta de una vivienda estable; se ha alimentado a base de almidón y de gelatina, destinados a su utilización en el laboratorio donde trabajaba.

Ahora bien, todo el que tiene hambre presenta menos resistencia al alcohol, y por ello, sin ser un alcohólico, sucumbió a los efectos

de las pocas bebidas que podía procurarse.

Abandonado por sus parientes, pudo conseguir que le cuidaran en un hospital para enfermedades nerviosas sólo gracias a la intervención de un hombre al que casi no conocía, y que era miembro de la secta swedenborgiana (!).

Curado tras varios meses de atención médica, volvió a la universidad de Suecia, condenado de ahora en adelante a la abstinencia.

Él fue quien me trajo *Arcana coelestia* de Swedenborg y más tarde el *Apocalypsis revelata*, obras que no había leído pero que formaban parte de la biblioteca de su madre, una swedenborgiana (!).

Y no deja de ser una sorpresa para mí, que a mis cuarenta y ocho años no había visto nunca en ninguna parte las obras de Swedenborg, pues tanto se le desprecia en los círculos culturales suecos, encontrármelas ahora un poco por todas partes: en París, en el Danubio, y también en Suecia, ¡y ello en el espacio de sólo seis meses!

Y, sin embargo, mi desilusionado amigo permanece indiferente, a pesar de los repetidos reveses del destino. Es incapaz de doblegarse, considerando indigno de un hombre el doblar la rodilla ante unas potencias desconocidas que un buen día podrían revelarse como otras tantas tentaciones, pruebas a las que es preciso hacer frente incluso al precio de la vida.

Yo no le escondo mis nuevas opiniones religiosas, pero sin tratar de convencerle.

—La religión es algo que uno debe practicar. ¡No predicar!

Unas veces me escucha con aparente atención, otras se sonríe. Después de dos semanas sin dejarse ver, como si estuviera ofendido, regresa, con aire de estar obsesionado por una idea.

A fin de prestarle mi ayuda le dejo caer, como quien no quiere la cosa, en tono interrogativo:

—¿Pasa algo?

—No lo sé; pero es realmente una cosa demasiado absurda para ser normal.

—¿De qué se trata?

—Ocurre que todas las mañanas, al llegar al laboratorio, encuentro todas mis cosas desordenadas, ¡y de qué manera!, y la mesa hecha un asco. Y desde luego yo no las dejo así.

—¿Alguien malintencionado, entonces?

—Imposible, yo soy el último en abandonar la sala, y el culpable sería descubierto de inmediato.

—¿Entonces?

—¡Sí! ¡Entonces!

—¡Los invisibles!

—Yo no afirmo tal cosa, pero en los últimos tiempos parece como si alguien anduviera vigilándome, alguien capaz de leer mis pensamientos más recónditos. Basta con que cometa la más mínima irregularidad para que me cojan *in fraganti*.

—¿Te han ocurrido alguna vez historias fuera de lo común?

—A mí no, pero a mi madre y a mi hermana, que son swedenborgianas, sí. En realidad, sí, también a mí, en Berlín, hace de ello dos años.

—¡Cuenta!

—Bien, una noche, cerca de Unter den Linden, descubrí, en un urinario público, a mi lado, a un hombre con la cabeza descubierta y una expresión indecisa y extraña; tenía una protuberancia en la nuca y se puso a cantar como un tirolés, para gran asombro mío. La impresión de incomodidad que me causó ese individuo con su taciturno aspecto me creó tal estado de obsesión inconsciente que, para liberarme de él, prolongué mi paseo fuera de la ciudad, hasta que me encontré en el campo. Cansado, hambriento, entré en una taberna y pedí una salchicha y una jarra de cerveza en la barra.

»—Una salchicha y una jarra de cerveza —repite alguien a mi lado; me vuelvo y reconozco al hombre de la protuberancia.

»Estupefacto, me largo sin esperar a que me traigan lo que he pedido, incapaz de explicarme el hecho.

»No había vuelto a pensar en esta intrascendente aventura, pero la sensación que me vuelve ahora, al recordarla, es tan viva…

Dicho esto, se cubrió los ojos con ambas manos, como queriendo borrar la imagen frotándose el globo ocular que seguía reteniéndola.

Ahora, mientras el lector conserva aún muy claros en su memoria los detalles aquí referidos, mencionaré otra aventura que, ligada a la anterior, tal vez nos ayude a dar un paso más hacia buen puerto.

El día primero de mayo me dirigí temprano al parque para comer con un profesor de instituto. Estábamos sentados en la amplia terraza descubierta, sin nadie alrededor, cuando sentí de pronto un malestar y, al volverme, descubrí a un hombre de aspecto muy envarado y, en su mirada, una expresión inestable, indecisa.

—¿Quién es? —le pregunté a mi compañero, que vive desde hace mucho tiempo en L. y conoce a todo el mundo.

—¡Un forastero, sin duda!

El forastero, con la cabeza descubierta, silencioso, avanzaba, y deteniéndose frente a mí, me miró de manera tan penetrante que sentí como si un dolor agudo me atravesara el pecho. Cambiamos de sitio. El hombre nos siguió, siempre en silencio. Sus miradas no eran ni malintencionadas ni inquisitivas, si acaso expresaban una extrema melancolía, y eran inexpresivas, como los ojos de un sonámbulo. Entonces, presa de un recuerdo demasiado remoto para ser consciente, interrogué a mi amigo:

—Este hombre se parece a uno de nuestros amigos. Pero ¿a quién?

—Es cierto, mire, es clavado al amigo Benoit a los cuarenta y cinco años.

En ese momento, el fantasma del urinario de Berlín emergió del caos, y con él el amigo Benoit (tal era el nombre del desventurado médico que me había prestado las obras de Swedenborg), perseguido por este desconocido.

Pues bien, el hombre tomó asiento a nuestro lado, pero dándonos la espalda.

¡Imaginaos mi asombro cuando observo, en su nuca, una protuberancia! A fin de despejar toda duda, le pregunto a mi amigo:

—¿Ve esa protuberancia en el occipucio de ese tipo?

—¡Claro que la veo! ¿Por qué lo dice?

Yo no respondo, hubiera sido demasiado largo de contar y, por otra parte, el profesor era enemigo acérrimo del ocultismo.

Por la noche, descubro al amigo Benoit entre una multitud de estudiantes. Le pregunto a bocajarro:

—¿Dónde estabas hoy entre la una y la una y media?

—¿Cómo que dónde estaba? ¿Por qué me lo preguntas?

Dice esto con semblante de incomodidad.

—¡Limítate a contestar!

—¡Pues durmiendo! Es algo contrario a mis costumbres: por eso me ha incomodado.

—¿Y durante el sueño paseabas?

—No faltan razones para creerlo, pues el otro día, mientras dormía, vi cómo se prendía fuego al museo. ¡Es la pura verdad!

Le conté entonces la aparición en el parque y su relación con el hecho de Berlín.

Pero él, de lo más divertido, pese al horror que le había infundido el detalle de la protuberancia, gritó:

—Así pues, ¿es mi doble?

¡Y no paraba de reírse!

Me detengo aquí un momento para exponer las teorías más corrientes a propósito del fenómeno conocido con el nombre de «doble».

Los teósofos reconocen el hecho, admitiendo que el alma, o el cuerpo astral, pueda abandonar el cuerpo y adoptar una forma poco menos que material, sólo visible para algunos, en circunstancias particularmente favorables. Así se explican todos los fenómenos llamados telepáticos. La imaginación carece de realidad, pero las

visiones, las alucinaciones, poseen una especie de materialidad. Del mismo modo, en óptica se distingue entre las imágenes virtuales y las reales, siendo estas últimas susceptibles de ser proyectadas sobre una pantalla o fijadas en una placa fotográfica sensible.

Así, una persona lejana que se acuerde de mí, al evocar mi personalidad en su memoria, no llegará a reproducir de mí más que una imagen virtual, merced a un esfuerzo voluntario y consciente. En cambio, una vieja pariente mía, en un lejano país, mientras se hallaba sentada al piano sin pensar en mí, me vio aparecer detrás del instrumento; pues bien, esta persona vio una imagen real mía. Y esto sucedía en el otoño de 1895. Por aquel entonces, estaba yo en París atravesando una terrible crisis, y mi deseo de estar en familia era tal que veía el interior de mi casa, y olvidaba por momentos cuanto me rodeaba, hasta el mismo lugar donde me encontraba. Estaba allí, detrás del piano, bajo la forma que fuese, y la imaginación de la anciana dama no tenía nada que ver con ello.

Por otra parte, ella, iniciada en fenómenos de este tipo e instruida acerca de su alcance, juzgó el hecho como un presagio de muerte, y me escribió para saber si había caído enfermo.

Para aclarar mejor este problema, insertaré aquí un ensayo que publiqué el año pasado en *L'Initiation*, que guarda relación con la susodicha aventura.

LA IRRADIACIÓN Y LA EXTENSIÓN DEL ALMA.
OBSERVACIONES DEL NATURAL

«Estar fuera de sí» y «recogerse» son dos expresiones comunes que expresan perfectamente la facultad que posee el alma de expandirse y de encogerse.

El alma se encoge por miedo, mientras que la alegría, la felicidad, el éxito la expanden.

Entrad solos en un vagón que esté hasta los topes. Nadie conoce a los demás, todos guardan silencio. Todo el mundo experimenta, cada uno según su propia sensibilidad, un enorme

malestar. Hay un entrecruzarse de irradiaciones dispares que resulta agobiante. Aunque no hace calor, uno se ahoga: los espíritus sobrecargados de fluidos magnéticos sienten necesidad de expandirse; la intensidad de las corrientes, aumentada por *influencia y condensación*, o también por *inducción*, ha alcanzado su punto álgido.

En ese momento alguien se pone a hablar: se produce la descarga, y se establece un estado neutro a partir del momento en que todos se han enzarzado en una conversación cualquiera, que casi viene a satisfacer una necesidad física.

El solitario se retira a un rincón, cierra los ojos y los oídos interiores, enfrascándose en sí mismo para defenderse de nuevas *influencias*.

O bien contempla el paisaje, dejando vagar sus pensamientos, *saliendo* del círculo mágico establecido por las personas encerradas con él.

El secreto del gran actor consiste en la capacidad innata que tiene de hacer irradiar su propia alma, entrando así en comunicación con el público.

El predicador tiene ocasión de brillar, de deslumbrar, en los momentos cumbre, emitiendo entonces su semblante una luz perceptible incluso por los no creyentes.

El actor absorto en sí mismo, de profunda inteligencia y mucho estudio, pero que carece de la facultad de salir de sí mismo, jamás podrá causar, en escena, auténtica sensación. Recogido en sí mismo, su espíritu no podrá penetrar en el espíritu de los espectadores.

En las grandes crisis de la existencia, cuando la vida se ve amenazada, el alma adquiere cualidades trascendentes. Parece que el alma torturada trate de huir, por temor a unas miserias que la empujan a buscar en otra parte una vida más fácil, y no es casual

que el desdichado se sienta atraído por el suicidio, que le promete abrirle las puertas de su cárcel.

Lo que voy a contar me sucedió a mí hace bastantes años.

Una mañana de otoño estaba yo sentado, pluma en mano, frente a la ventana que daba a una triste calle de una pequeña ciudad industrial.

En la habitación de al lado, cuya puerta se hallaba entreabierta, mi mujer descansaba, indispuesta, embarazada de nuestro primer hijo.

Mientras escribía, me veía en un paisaje a más de mil kilómetros al norte, que conocía muy bien.

Aquí era otoño, invierno casi, y me encontraba en pleno verano bajo el verde roble, iluminado por el sol; el jardincillo que yo mismo había cultivado en mi juventud estaba allí; las rosas —que conocía por su nombre—, las lilas, las jeringuillas exhalaban sus distintos aromas; quitaba las orugas de mis cerezos; podaba los groselleros… De repente oigo un grito ronco, me encuentro de pie, un espasmo me hace doblar la espina dorsal, y caigo sin conocimiento sobre la silla con un dolor insoportable en la espalda.

Me despierto y advierto que mi mujer se ha acercado por detrás de mí para darme los buenos días, posando ligeramente la mano sobre mi hombro.

—¿Dónde estoy?

Ésta fue mi primera pregunta, en la lengua de mi país, que mi mujer, extranjera, no comprendía.

Guardé de esta aventura la impresión de que en un cierto momento mi espíritu se había como distendido, abandonando el cuerpo, pero sin cortar los lazos con él, gracias a unos hilos invisibles. Y necesité de un cierto tiempo, bastante corto por lo demás; para volver a cobrar conciencia de mi existencia consciente y plena en aquella habitación en la que estaba trabajando.

Si, según las viejas explicaciones que hablan de absorción, mi alma se hubiera recogido en sí misma, permaneciendo en los límites del cuerpo, nada le habría sido más fácil que desplegarse

rápidamente, y nunca la habría atormentado de forma tan aguda esa sensación de sorpresa durante mi ausencia.

No: yo estaba *ausente* —en sueco «ausente» puede significar también «distraído»— y el retorno de mi alma se producía de modo tan brusco que sufría por ello. Pero los dolores se acentuaban en la región dorsal, no en los hemisferios cerebrales, cosa que me recordó el papel preponderante que se atribuía al plexo solar cuando estudiaba medicina en mi juventud.

Otra aventura, pero ésta menos increíble, me sucedió en Berlín, hará cosa de tres años, demostrándome que puede producirse una exteriorización o transmigración del alma en circunstancias excepcionales.

Tras unas crisis trastornadoras, pesadumbres y una vida irregular, me encuentro una noche, entre la una y las dos, sentado a la mesa con un comerciante de vinos en un rincón reservado a mi grupo. Estábamos todos allí reunidos, llevábamos bebiendo desde las seis de la tarde, y yo era casi exclusivamente el único que mantenía viva la conversación. Me encontraba dándole unos consejos a un joven oficial que estaba a punto de abandonar la carrera militar para dedicarse al arte. Enamorado al mismo tiempo de una muchacha, se mostraba de lo más exaltado y absolutamente fuera de sí porque ese mismo día había recibido una carta llena de reproches de su padre. Curando a otro olvidaba yo mis propias heridas, y me tomaba por tanto un gran trabajo; mi espíritu se encendía a imagen del suyo, y trataba, por medio de argumentaciones e infinitos razonamientos, de recordarle un cierto acontecimiento que podía tal vez influir en la decisión que convenía tomar.

Pero él había olvidado la escena de marras, y yo entonces, para obligarle a hacer memoria, me pongo a decirle:

—Recuerda esa noche, en la Brasserie des Augustins…

Y continúo, indicando la mesa en la que estábamos sentados, describiendo la posición del *buffet*, la entrada, los muebles, los

cuadros…

De repente me callé… a media frase, tras haber perdido el conocimiento, pero sin haberme desmayado, permaneciendo clavado en la silla. Cuando retomé el hilo del discurso, estaba en la Brasserie des Augustins y había olvidado a quien le estaba hablando:

—¡Espere! Estoy en los Augustins, pero sé perfectamente que estoy en otra parte: no me diga nada…, no le reconozco, pero sé que le conozco. ¿Dónde estoy? No diga nada, esto es muy interesante…-

Hice un esfuerzo por alzar la mirada —no sé si tenía los ojos cerrados—, y vi como una niebla, un fondo de un tono indeciso, y desde lo alto del techo bajaba una especie de telón de teatro: era la pared divisoria provista de hileras e hileras de botellas.

—¡Ah! —dije yo aliviado, como tras un dolor que se ha disipado —, estoy en casa de M. F. (el nombre del comerciante de vinos).

El oficial tenía el semblante contraído por el espanto, y lloraba.

—¿Cómo, llora? —le dije.

—Era horrible —respondió él.

—¿El qué?…

Varias personas a las que he contado esta historia me han objetado que podía tratarse perfectamente de un caso de desfallecimiento o de ebriedad, dos palabras que dicen poco y no explican nada.

Un desvanecimiento va siempre acompañado de una pérdida de conciencia, igual que la total embriaguez, y, acto seguido, de una parálisis de los músculos; ahora bien, nada de esto me sucedió en aquella ocasión, puesto que permanecí sentado en mi silla razonando conscientemente sobre mi parcial inconsciencia.

En aquella época yo no conocía ni el fenómeno ni tampoco el término: «exteriorización de la sensibilidad».[30] Ahora que los conozco, estoy convencido de que el alma posee la facultad de expandirse, y que durante el sueño normalmente se expande

mucho, para luego, al final, en la muerte, abandonar el cuerpo, sin extinguirse por ello.

El otro día, mientras paseaba por una acera, vi delante de mí a un tabernero en la puerta de su establecimiento, voceando al afilador que estaba parado al otro lado de la calle. Me molestaba tener que cruzar por en medio de estos dos individuos, pero no me quedaba más remedio que hacerlo, y confieso que sentí incomodidad al atravesar el espacio que les separaba. Era como romper una cuerda tendida entre ambos, o mejor dicho, como atravesar una calle que está siendo regada por ambos lados.

El vínculo existente entre amigos, parientes y, de modo especial, entre cónyuges es un vínculo real, de una realidad sorprendente.

Comenzamos a amar a una mujer depositando en ella partículas de nuestra alma. Desdoblamos nuestra personalidad, y la amada, primero indiferente, neutra, empieza a revestir la forma de nuestro doble, nuestro segundo yo, convirtiéndose en nuestro sosia. Si luego se le ocurre irse con nuestra alma, el dolor es entonces tal vez el más agudo que exista, sólo comparable al de una madre que ha perdido a un hijo. Se crea un vacío, y pobre del hombre que no disponga de fuerzas suficientes para volver a empezar su desdoblamiento y encontrar otro vaso que llenar.

El amor es un acto de autofecundación del macho, porque es el hombre el que ama, y es ilusorio creer que es amado por la mujer, su doble, su propia creación.

Entre cónyuges que armonizan, el lazo invisible se manifiesta a menudo de manera mediúmnica, y pueden llamarse a distancia, leerse mutuamente el pensamiento, hacerse sugerencias a voluntad. No hay ya necesidad de hablar; uno está contento por la simple presencia del ser amado, se calienta en la irradiación de su espíritu, y, separados, el lazo se tensa: entonces la pena y la languidez aumentan en proporción no al cubo sino al cuadrado de la distancia, y pueden provocar la ruptura del vínculo y, acto seguido, la muerte.

Desde hace varios años vengo anotando todos mis sueños, y he llegado a la siguiente convicción: que el hombre lleva una existencia doble, que las imaginaciones, las fantasías, los sueños poseen una realidad. Puede decirse, por consiguiente, que somos todos sonámbulos espirituales, que durante el sueño llevamos a cabo actos que, por su particular naturaleza, nos persiguen durante la vigilia, engendrando sentimientos de satisfacción o de remordimiento, o bien de temor a posibles consecuencias. Y me parece, por razones que me reservo el derecho de exponer en otra ocasión, que la manía llamada persecutoria se basa precisamente en remordimientos derivados de las malas acciones cometidas durante el «sueño», cuyos nebulosos recuerdos nos obsesionan. Y que las fantasías de los poetas tan despreciadas por las personas de pocas luces son auténticas realidades.

¿Y la muerte?, preguntaréis.

Al valiente, al que no esté demasiado apegado a la vida, le recomiendo este experimento que he realizado a menudo, no sin desagradables consecuencias, aunque no irreparables. Cierro puerta y ventanas y el tiro de la chimenea, y, tras poner en la mesilla de noche un frasco de cianuro de potasio abierto, me tumbo en la cama.

El ácido carbónico del aire no tarda en desprender ácido cianhídrico, y pronto se manifiestan los fenómenos fisiológicos conocidos: una ligera presión en la garganta y un sabor indescriptible, que por analogía me gustaría llamar «azul», parálisis de los bíceps, dolores en el epigastrio.

El efecto mortal del ácido cianhídrico sigue siendo un misterio. Diferentes autoridades señalan distintas maneras de actuar de este veneno. Uno lo llama parálisis cerebral; otro, parálisis cardíaca; un tercero, asfixia como efecto secundario de un ataque al bulbo raquídeo, etcétera.

Ahora bien, como el efecto puede producirse de forma instantánea antes de que haya habido absorción, la acción debe ser

considerada más bien… como algo psíquico, visto el empleo en medicina del ácido cianhídrico como sedante en las enfermedades *llamadas* nerviosas.

Cuanto quisiera decir del estado de ánimo que se manifiesta en tales situaciones es lo siguiente:

No es una extinción lenta, sino más bien una disolución agradable que predomina sobre los dolores insignificantes.

El espíritu gana en lucidez, contrariamente a lo que sucede cuando sobreviene el sueño: la voluntad domina, y se está en condiciones de interrumpir el experimento tapando el frasco y abriendo la ventana, y de aspirar cloro o amoníaco.

No es mi deseo insistir, pero si es posible constatar la muerte temporal de los faquires, la experiencia podría proseguirse sin peligro. Y en caso de accidente, ensayarse los diferentes métodos empleados para reanimar a los asfixiados. Los faquires aplican unos cataplasmas calientes en los hemisferios cerebrales; los chinos calientan las cavidades del vientre y provocan estornudos. Vial, en su magnífico libro Le *positif et le negatif* (París, Lemerre, 1890) cuenta, siguiendo a Trousseau y a Pidoux: «Carrero asfixió y ahogó, en 1825, a un gran número de animales, a los que devolvió a continuación a la vida incluso *mucho tiempo después de que hubieran muerto*[31], clavándoles simplemente unas agujas en el corazón.» (Acupuntura)

AUGUST STRINDBERG

París, junio de 1896

En el primer volumen de esta obra he contado la historia de mi compañero de desventuras, el pintor alemán-americano, que se supone tuvo un sosia en la persona del terapeuta alemán-americano Francis Schlatter. Ha llegado la hora de decir el nombre de ese compañero mío, con el solo fin de contribuir a la búsqueda de la verdad.

Mi amigo se llamaba Hermann: y que éste sea su verdadero nombre o un seudónimo, poco importa.

A mi regreso a París en el mes de agosto de 1897, mientras hojeaba una revista de espiritismo de 1859, caí sobre un artículo titulado: «Mi amigo Hermann».

Bajo este título, un tal M. H. Lugner, en el suplemento del *Journal des Débats* del 26 de noviembre de 1858, había publicado una historia que «da por cierta, por haber sido testigo de ella, siendo amigo del protagonista». Era éste un joven de veinticinco años, de costumbres intachables y de una invariable bondad de ánimo.

Hermann no podía permanecer despierto después de la puesta del sol. Una languidez invencible se apoderaba de él y lo sumía paulatinamente en un sopor imposible de evitar.

En suma, Hermann llevaba una existencia doble, desarrollando de noche, en Melbourne, una actividad criminal bajo el nombre de William Parker, el cual acabó siendo ajusticiado. En el mismo momento de la ejecución encontraron a Hermann muerto en su cama, en Alemania.

Real o imaginaria, la historia es de mi interés, al hallarse implicado en ella el nombre de Hermann, y las coincidencias saltan a la vista.

La literatura contemporánea ha hecho suyos los fenómenos de desdoblamiento, como en la célebre novela *Trilby* y en una comedia de Paul Lindau. Sería interesante saber si los escritores han trabajado del natural o no.

Volvamos ahora a nuestro amigo Benoit.

Después de un largo invierno, la primavera no trajo más que desilusiones. El pobre médico, que confiaba en la promesa que le habían hecho en la Facultad de ser nombrado profesor, vio pospuesta su promoción. Por más que estuviese en posesión de todos los títulos científicos, tenía que esperar al otoño.

Se sintió tan avergonzado por ello que cayó en la desesperación y, maldiciendo su mala estrella, se entregó al desenfreno, aunque sin romper su voto de abstinencia en lo que al vino se refiere.

Al fin y al cabo, era un hombre solo que, una noche, se va en busca de una mujerzuela que anda a su vez en busca de un hombre solo. Y luego, naturalmente, la deja. La impúdica le era desconocida, y vivía en un barrio de mala fama de la periferia. Todo de lo más normal, pero ¿cómo podía imaginar que algo tan corriente fuese a traer consecuencias?

Pues bien, la tarde siguiente, al anochecer, mientras estaba ocupado en sus cosas en la casa paterna, un ruido procedente de abajo llama su atención. Abre la ventana y descubre, en el jardín, a una veintena de muchachos de entre quince y dieciocho años. Como no había nada que robar allí, no se explica la presencia de tanta gente en su jardín, y más a semejante hora. En silencio, los gamberros se quedan allí plantados sin razón aparente. Se cree víctima de una alucinación, cuando su madre le llama. Baja, y ella le pide que vaya a preguntar qué intenciones tienen esos intrusos.

En el patío, descubre a una muchacha apoyada contra la pared. Se acerca para desentrañar el asunto, que está tomando un feo cariz. Y reconoce a la mujerzuela de la víspera. Entonces, presa de la furia, creyendo ser víctima de un chantaje, exclama:

—Pero ¿qué anda usted buscando aquí? ¡Váyase!

Sin decir palabra, la mujerzuela se dirige hacia la puerta de entrada, sin dar muestras de haberle reconocido. Así pues, no había venido a crearle ningún problema.

Pero en aquel momento, en presencia de la madre, llegan corriendo los veinte mozalbetes del fondo del patio, rodean al médico y a la mujerzuela, y se ponen a lanzar frases groseras a los dos desdichados, dando a entender que les habían sorprendido en una situación comprometida.

El médico, consternado por la vergüenza de verse tratado de aquel modo delante de su madre, le jura que es inocente, pese a haber sido cogido aparentemente *in fraganti*.

Entonces, y para envenenar más aún la situación, se adelanta uno de esos memos y, en prueba de lo dicho, tira fuertemente del faldón de la camisa que el médico —¡oh, azar diabólico!— llevaba

fuera al haber olvidado abotonarse los pantalones antes de bajar… ¡Qué horrible escena para un hijo!

Al contarme esta aventura, que se me antojaba una pesadilla, de tan inverosímil como me resultaba en su inicua crueldad, ¡el pobre médico ponía una cara que daba pena!

—Pero eso era cosa del diablo, ¿o no? ¡Inocente como era y por un asunto tan insignificante, tener que sufrir ese suplicio, y por si fuera poco en público!

—Sí, encuentro el incidente sospechoso. ¡Es increíble! ¡Veinte chavales que entran en un patio, una mujer perdida que no sabe lo que es el honor, y que ni siquiera busca un desquite! ¿De qué puede tratarse, si no? ¿De una lección? Evidentemente las potencias se vuelven cada vez más rigurosas en asuntos de moral. ¡Y vea usted lo modernas que se han vuelto! Nada de sueños, nada de visiones; nadie les presta atención. No, son puestas en escena de un realismo perfecto, exhibiciones, ante las cuales la razón se ve impotente.

—Así que cree usted que fue un castigo. ¡Pues no, maldita sea, ya que le aseguro que era inocente y estaba limpio de toda culpa!

—¡Inocente ayer, sí, pero no la víspera!

—Al fin y al cabo, no se trataba de ninguna maquinación, puesto que la mujerzuela no me reconoció; un azar diabólico…

—Sí, y un azar cuyos hilos estaban tejidos por una mano maestra.

A fin de distraerse, el amigo Benoit emprendió un viaje al norte de Suecia y de Noruega, prometiéndose mucha libertad y mucho placer.

Algunas semanas después, me lo encuentro por una calle de L.

—¿Ha tenido un buen viaje?

—¡Un viaje maldito! ¡Ya no entiendo nada! Hay alguien, seguro, que me está provocando, y es una lucha desigual. ¡Escúcheme usted! Llego a Estocolmo para ver la Gran Exposición, pero de los doscientos amigos que allí tengo, no encuentro a ninguno. ¡Todo el

mundo estaba en el campo! ¡Solo! Tomo una habitación, pero al día siguiente soy expulsado de ella por otro al que mi hermano se la había ofrecido previamente por error. Furioso por el contratiempo, no voy a la Exposición, y vagando, solo, por las calles, me acerco a una mujerzuela. En ese momento, una pesada mano se posa en mi hombro, y un tío mío, un tipo de lo más serio, al que habré visto como mucho un par de veces en mi vida y que era la última persona a la que deseaba encontrarme, ¡me invita a pasar la velada con él y con su mujer!

»¡Todo lo que me desagrada me lo tengo que tragar! ¡Es una maldición! Luego mil kilómetros, ¡solo!, en tren; el paisaje era de una tristeza mortal.

»En Areskutan, meta principal de mi excursión, no hay más que un solo hotel, y allí se habían dado cita todas mis bestias negras. El jefe de los separatistas devotos guiaba a su rebaño, y se cantaban salmos por la mañana, a mediodía y por la noche. Todo era diabólico, pero de lo más natural. Sólo una cosa se salía de lo común. ¡Humm! ¡Una cosa misteriosa! Y era que en aquel hotel tranquilo y *comme il faut*, ¡se ponían a clavar tablas por la noche!

—¡Por encima de su cabeza!

—¡Por encima, sí! Y lo que más me asombra es que en Noruega, los percutores me perseguían. Por más que protesté ante el propietario del hotel, nadie había oído nada.

—¡Pero si ése es justamente mi caso!

—¡Sí, es su caso! ¡Pero lo que me sucedió en Cristianía[32] supera todo cuanto habrían podido inventar mis peores enemigos! ¡Yo conozco a mucha gente en Cristianía; todos ellos estaban en la ciudad, pero no hubo manera de encontrar a ninguno! ¡Solo! ¡De nuevo solo! Entonces, en el café, en vista de que estoy solo, un joven de una mesa de al lado me dirige la palabra. Contento por la ocasión que se me brindaba de poder escuchar mi voz, le respondo, contrariamente a mi costumbre. Como era persona bien educada y razonable, le propongo pasar la velada juntos. Confieso que, con el paso de las horas, comencé vagamente a dudar de que el joven

fuese quien él daba a entender que era. Se contradecía, hablaba de manera incoherente, y yo no fui capaz de hacerme una idea cabal de él.

»Al final, era casi de noche cuando un amigo noruego, al que no veía desde hacía tres años, se planta delante de nuestra mesa y, saludándome con expresión burlona, a pesar de que de ordinario es muy serio, mira a mi compañero con cara de pocos amigos. Luego, echándose a reír, me ofende, dando muestras de creer que mi compañero y yo estamos unidos por una amistad muy especial. Pese a mis protestas, él sigue riéndose más aún si cabe:

»—¡No se preocupe! ¡No se preocupe! ¡Aquí está usted en su casa, no se sienta incómodo!

»¿Qué decir? ¿Qué hacer?

»El joven no se ofende, y el amigo noruego, sin duda algo achispado, suelta entonces la siguiente ocurrencia, sin duda no premeditada:

»—Por otra parte, ello no tiene nada de malo; es una mujer disfrazada.

»Tras esto, le juro que es verdad, el joven se pone en pie, se desabrocha y, en pleno café, delante de todo el mundo, le demuestra lo contrario.

—¡Menuda barbaridad!

—¡Algo monstruoso, la verdad! Y nadie protesta lo más mínimo por ello; ¡se limitan a reír! ¡Y no acaba aquí la cosa! Cuando yo levanto la sesión, ¡el joven me pide que le preste dinero!

»Ultrajado, indignado, furioso, no puedo negárselo, pero como no tengo dinero suelto voy a la caja a cambiar un billete, con el joven detrás de mí. Imagínese la escena cuando le doy el dinero a este tipo sospechoso, que tiene todo el aspecto de estar cobrando lo que se le debe, mientras que un viejo profesor de L., que estaba a nuestras espaldas, me mira con ojos que expresan la confirmación de sus peores sospechas. ¡Bonita situación!

—¡Escuche! Me vienen a la mente algunos relatos de Hoffmann a propósito de lo que acaba usted de contarme. Y releyendo

últimamente *Los elixires del diablo*, me pareció que las fantasías del poeta alemán estaban basadas en hechos vividos.

—¡Dentro de poco vamos a creer en cualquier cosa! ¡Pero luego está el aspecto moral! ¿Es justo hacerme aparecer bajo una falsa luz delante de un amigo, delante de la gente? ¿Un castigo por qué motivo?

—¡No conviene indisponerse con las potencias porque recurran a medidas preventivas! ¿Cree que yo hice algo por desmentir los falsos rumores lanzados por un autor alemán que me acusaba de instintos contra natura? ¡Pues no! En un primer momento le maldije, y desde entonces vigilo mi sensualidad. Por otra parte, Swedenborg me ha enseñado que los castigos infligidos a diestro y siniestro nos son aplicados para hacernos sentir el daño que hemos hecho a los inocentes, con la maledicencia, la calumnia o con palabras ligeras dichas irreflexivamente.

—¡Es triste, pero es así!

El amigo Benoit, de vuelta de su viaje de placer, se quedó solo en la casa paterna, al encontrarse todavía su familia en el campo. No pretendo decir que tenga miedo, pero se siente incómodo. Unas veces oye pasos u otros ruidos en la habitación de su hermana; otras veces, estornudos.

La otra noche percibió un ruido estridente, semejante al de una hoz al ser afilada.

—En fin —ha acabado concluyendo—, hay cosas que son innegables, pero a partir del momento en que decida entrar en tratos con las potencias, estaré perdido.

Fueron sus últimas palabras; luego llegó el otoño.

VII

ESTUDIOS SWEDENBORGIANOS

Mientras sucedían todos estos acontecimientos en mi vida diaria, yo proseguía mis estudios swedenborgianos como me era posible, en el sentido de que estas obras, difíciles de encontrar, fueron cayendo en mis manos una tras otra a intervalos bastante largos.

En *Arcana coelestia* trata del infierno perpetuo, desprovisto de la menor palabra de consuelo. En *Apocalypsis revelata* se prosigue el mismo régimen penitencial: así viví yo bajo el imperio de la maldición hasta la primavera. Me consuelo a veces pensando que el profeta se equivocó en los detalles, y que el Señor de la vida y de la muerte será más misericordioso. ¡Pero es imposible ocultar la coincidencia sorprendente entre las visiones de Swedenborg y todos los incidentes, grandes o pequeños, que nos han sucedido, tanto a mí como a mis amigos, durante este año terrible!

Ahora bien, no es hasta el mes de marzo que encuentro en un librero de viejo *Las maravillas del Cielo y del Infierno*, y poco después *Del amor conyugal*. Sólo entonces me siento liberado de la pesadilla que me acosaba desde la primera manifestación de los invisibles.

Dios es amor: no gobierna a esclavos, y ésta es la razón de que haya concedido el libre albedrío a los mortales. No existe el poder del mal; es el servidor que desempeña la función de espíritu

corrector. Las penas no son eternas, cada uno es libre de expiar con paciencia el mal que ha cometido.

Los sufrimientos que nos son infligidos tienen como única finalidad el perfeccionamiento del yo. La preparación para una vida espiritual comienza con la devastación (*vastatio*) y se manifiesta por medio de un encogimiento del pecho, sofocaciones, ahogos, alteraciones cardíacas, terribles angustias, insomnios, pesadillas. Este proceso, al que Swedenborg se vio sometido en el curso de los años 1744-1745, es descrito en *Sueños*.

Y el diagnóstico de este estado enfermizo se corresponde absolutamente con el de enfermedades corrientes hoy en día, hasta el punto de que estoy dispuesto a concluir que nos encontramos en el alba de una nueva era en la que «los espíritus se despiertan, en la que será algo hermoso vivir». Esta *angina pectoris*, estos insomnios, todos los horrores nocturnos que espantan a los espíritus, que los médicos tratan como si fuera una epidemia, no son en realidad sino obra de los invisibles. Porque ¿cómo explicar como una epidemia el hecho de que hombres sanos se vean perseguidos por incidentes imprevistos, preocupaciones y constantes sinsabores? ¿Una epidemia de coincidencias? ¡Es algo absurdo!

Swedenborg se ha convertido en mi Virgilio; me guía por el Infierno y yo le sigo ciegamente. Castigador temible, sabe asimismo ofrecer consuelo, y no es tan rígido como los devotos protestantes.

«Un hombre puede acumular riquezas, con tal de que lo haga legítimamente y las emplee como es debido: puede vestir y alojarse de acuerdo con su condición; frecuentar a gentes de su posición, disfrutar de los placeres inocentes de la vida, tener un aire alegre y contento, no el de un hombre triste, de pálido rostro; en una palabra, vivir y aparecer ante el mundo como un hombre rico, e ir derecho al cielo después de su muerte, con tal de que en su interior tenga fe y amor a Dios, y se comporte como es debido con respecto al prójimo.»

«He conversado con varias personas que, antes de morir, habían renunciado al mundo y se habían retirado en completa soledad para llevar una vida contemplativa encaminada a las cosas celestiales, con el fin de abrirse un camino seguro hasta el cielo; casi todos tenían un aire triste y melancólico; parecían estar molestos de que los demás no se les parecieran y de no haber sido recompensados con una gloria mayor y una suerte más feliz; habitando en lugares apartados y viviendo solitarios, más o menos como habían vivido en nuestro mundo. El hombre está hecho para vivir en sociedad; es en la sociedad y no en la soledad donde encuentra frecuentes ocasiones de ejercer la caridad con el prójimo…»

«En la vida solitaria uno no se ve más que a sí mismo, se olvida de los demás; de ahí que no se piense más que en uno mismo, o si es en el mundo, tan sólo para escapar de él o para añorarlo, cosa que es lo contrario de la caridad…»

Por lo que atañe a las penas llamadas eternas, el profeta interviene en el último momento como redentor, dejando entrever una luz de esperanza.

«Aquellos para los que es posible esperar la salvación son depositados en unos lugares devastados, donde todo es desolación; donde son dejados hasta que la tristeza de verse allí les haya reducido a la desesperación extrema, único modo de superar el mal y la falsedad que les dominan.

»Llegados a este punto, gritan que son unas bestias, que están hechos de odios y abominaciones, y que están condenados; son los gritos de una desesperación que les es perdonada y que Dios morigera, para que no se entreguen a acusaciones e invectivas que excedan los límites debidos. Cuando han sufrido todo lo sufrible, y sus cuerpos están como muertos, dejan de sentirse preocupados y se les prepara para la salvación. He visto a algunos ascender hasta el cielo después de que hubieran experimentado los sufrimientos a los que me he referido. Y cuando fueron admitidos en él, mostraron una alegría tal que me sentí emocionado hasta las lágrimas.»

Lo que los católicos llaman *conscientia scrupulosa*, una conciencia escrupulosa, tiene su origen en los espíritus malignos que despiertan remordimientos sin motivo y por simples futilidades. Su alegría consiste en este abatimiento de la conciencia y no tiene nada que ver con la enmienda del pecador.

Del mismo modo existen tentaciones malsanas. Unos espíritus malignos despiertan en el fondo del alma todo el mal cometido desde la infancia y lo desnaturalizan en un sentido negativo. Pero los ángeles revelan lo bueno y lo verdadero en el torturado. Es esta lucha la que se manifiesta bajo el nombre de remordimientos.

Me detengo aquí, puesto que supondría dañar la imagen del propio maestro si desarticulara aquello que él ha armado tan bien y presentara unos fragmentos a título de información.

La obra de Swedenborg es inmensa, y ha respondido a todas mis preguntas por más exigentes que éstas fuesen.

¡Alma inquieta, corazón sufriente, *tolle* y *lege*![33]

VIII

CANOSSA

Acosado por las persecuciones misteriosas, he emprendido desde hace largo tiempo un atento examen de conciencia, y fiel a mi nuevo programa, que consiste en considerar siempre que la culpa es mía más que de mi prójimo, encuentro mi pasado execrable y siento repulsión por mí mismo. Es cierto que he hecho rebelarse a la juventud contra el orden establecido, contra la religión, las leyes, las autoridades, la moral. ¡Es mi impiedad la que ahora se ve castigada, y me retracto de ella!

Pero luego vuelvo la cuestión del revés, y pregunto: ¿y los otros, entonces, los adversarios de mis opiniones subversivas, los píos defensores de la moral, del Estado, de la religión, duermen bien por la noche?, ¿les han concedido las potencias la prosperidad en sus asuntos mundanos?

Tras pasar revista a los pilares de la sociedad y a su destino, me veo obligado a responder: ¡No!

El valiente campeón del ideal en la poesía y en la vida, el poeta de los buenos y fieles ciudadanos no duerme por la noche, es víctima de una grave histeria, siendo despertado y doblegado por unos ataques llamados saltos de clown, bien conocidos en la Salpêtrière.[34] Y lo que es peor, su genio protector no le fue de ninguna ayuda cuando, hace algunos años, el poeta se lanzó a asuntos comerciales que estuvieron a punto de llevarle a la miseria.

No siento ningún placer en evocar esto, que no hace sino aumentar mis preocupaciones al confirmarme que las más altas aspiraciones acaban siempre en la bancarrota.

¿Y mi adversario en materia de religión? ¿El que quería mandarme a prisión por blasfemo? Fue encarcelado por quiebra fraudulenta. ¡No creáis, lectores, que excuso mis blasfemias por su delito! Lamento ahora no seguir creyendo en el papel purificador del cristianismo, frente a tan desolador ejemplo.

¡Y la mujer protectora de la moral, la amiga de las mujeres oprimidas, la profetisa, cuyas conferencias exaltadas y sinceras preconizaban el celibato para los jóvenes varones! ¿Qué se ha hecho de ella? ¡Nadie lo sabe, pero se la acusa de actos contra natura! ¡Qué edificante!

En cuanto a los otros pilares del orden moral y religioso, prefiero pasarlos por alto, pues hay casos aún peores; ¡unos se han levantado la tapa de los sesos, otros han emprendido la huida por temor a tener que rendir cuentas!

En resumen, el juicio parece castigar a justos y pecadores por un igual. ¡Lo mismo valen unos que otros! ¿Qué pasa en el mundo en los actuales tiempos? ¿Es la sentencia sin apelación pronunciada contra Sodoma?

¿Es preciso que todos perezcan? ¿No queda ya ni siquiera un «justo»? ¡Ni uno!

Seamos, pues, amigos y suframos juntos, como cómplices, sin jactarnos de ser unos mejores que los otros.

Me he retractado de mis actos reprobables y desapruebo mi pasado. Ahora es justo que me defienda.

La juventud ha sido siempre rebelde; lasciva, disoluta; ¿soy yo, por tanto, el inventor de la rebelión, del vicio? ¡En otro tiempo era yo el joven, yo el que sufría las tentaciones, yo el hijo de mi siglo, el discípulo de mis maestros, la víctima de las seducciones! ¿De quién es la culpa, y por qué me he convertido yo en el chivo expiatorio? ¿Y si todo esto fuese falso, si yo no fuera en absoluto lo que los hombres pretenden?

¡Entonces, he aquí que la magia negra viene a desequilibrar la balanza!

¡Pero no fue sino por ignorancia!

Y entonces, ¿la rebelión contra los invisibles?

¡Sí, la rebelión! ¡Pero los otros que se pasaban la vida de rodillas, en adoración, haciendo gestos de abnegación, también fueron todos condenados!

¡Reconoced, hombres, que se trata de un caso desesperado! ¡Y que somos entregados al imperio del Príncipe de este mundo a fin de ser rebajados, envilecidos, hasta el asco de nosotros mismos, para sentir finalmente la nostalgia del cielo! El desprecio hacia uno mismo, el horror hacia la propia persona, es todo cuanto le espera a quien quiera persistir en el vano esfuerzo de mejorar. ¡He aquí el camino del más allá!

Y además recordad bien esto: ¡el camino hacia Roma, el camino imperial, pasa por Canossa!

IX

EL ESPÍRITU DE CONTRADICCIÓN

Todos los tormentos que he sufrido no han podido hacer mella en este espíritu de rebelión que me hace dudar de las buenas intenciones de mi guía invisible.

Un azar (?) ha puesto en mis manos *La flauta mágica* de Schikaneder. Las pruebas y las tentaciones de los dos jóvenes me sugieren la idea de que me he dejado embaucar por voces lisonjeras y que, no habiendo podido soportar las penas y los sufrimientos, he sucumbido y me he doblegado.

E inmediatamente pienso en Prometeo, que no deja de escupir contra los dioses mientras los buitres roen su hígado. Y al final, sin haberse sometido, el hombre rebelde es recibido en el consejo del Olimpo.

El fuego está encendido, y he aquí que los espíritus malignos lo alimentan.

Recibo, por correo, una revista de ocultismo que alienta a mi espíritu pusilánime proporcionándole teorías subversivas: «Es sabido que en los antiguos Vedas la creación es considerada como un gran sacrificio, donde Dios, sacerdote y víctima, se inmola a sí mismo dividiéndose.»

(¡Pero maldita sea! Si es la opinión que he expresado yo en el «misterio» que precede a *Inferno*.)

«Que todos los elementos que componen el Universo no son más que personalidades divinas caídas y que, a través de los reinos mineral, vegetal, animal, humano y angélico, ascienden de nuevo a los cielos, para volver a caer de nuevo.

»Esta idea que el ilustre Humboldt, así como el historiador Cantó, califica de sublime…»

(¡Sí, es sublime!)

«Es sabido que los dioses de Grecia y de Roma habían sido hombres. El mismo Júpiter, el más grande de todos ellos, había nacido en Creta, donde fue alimentado por la cabra Amaltea. Destronó a su padre y tomó todas las precauciones para no ser a su vez destronado. Con ocasión del asalto de los gigantes, cuando la mayor parte de los dioses le abandonaron cobardemente y huyeron a Egipto donde buscaron refugio en diversas *verduras*, fue bastante afortunado de poder salirse con la suya, ayudado por los más valientes. Pero ello no sin un gran esfuerzo.»

«En Homero, los dioses se baten contra los hombres y en ocasiones caen heridos. Nuestros padres los galos luchaban también contra el cielo y, cuando se creían amenazados, le lanzaban flechas.»

«Los judíos estaban animados por los mismos sentimientos que los paganos. Si bien tenían a Iahvé (Dios), también tenían a Elohim (los dioses). La Biblia comienza así:

> Y aquel que Es, ha sido y será
> los Dioses,
> la unidad en la pluralidad.[35]

«Cuando Adán cometió ese bienaventurado pecado que, lejos de ser una caída, fue una sublime ascensión, tal como predijera la serpiente, Dios dijo: *He aquí al hombre hecho como* uno de nosotros, *conocedor del bien y del mal*. Y acto seguido añade: *Que no vaya a tender su mano al árbol de la vida, y comiendo de él, viva para siempre*.

»Así pues, los antiguos consideraban a los dioses como hombres que habían alcanzado el poder supremo y que querían mantenerse en él, en virtud de un golpe de Estado, impidiendo a los demás llegar a su vez a alcanzarlo. De ahí la lucha por parte de los hombres para expulsar a los usurpadores y la resistencia de éstos para conservar el poder usurpado.»

¡Y he aquí la esclusa abierta!

«Y los hijos de Dios descendieron sobre la tierra y desposaron a las hijas de los mortales, que engendraron. Y de esta raza mixta nacieron los gigantes y todos los grandes hombres, guerreros, hombres de Estado, escritores, artistas.»

Era la buena simiente en un espíritu refractario, y de nuevo el yo se hincha: he aquí que somos dioses. Ahora bien, por la noche, con la moral muy alta, nos reunimos en el café en torno a un médico que es músico también.

Mi amigo el filósofo, al que yo había comunicado el descubrimiento de nuestro parentesco con los dioses, solicita el *Don Juan* de Mozart, y ante todo el final del quinto acto.

—¿Qué es? —pregunta un ignorante del repertorio clásico.

—¡Es el diablo que se lleva al libertino a los infiernos!

Y las penas del infierno, tan bien pintadas por Mozart, sin duda conocedor de los remordimientos de este tipo, dado que el marido de una mujer seducida por él se suicidó, se desarrollan en notas trágicas, tristes como una neuralgia aguda, mientras las risas y las burlas cesan, y el fragmento se cierra en medio de un lúgubre silencio.

—¡Bebamos!

¡Se bebe! Pero la hilaridad se ha desvanecido, el humor olímpico se ha apagado, pues se acerca la noche, y las horribles suites cromáticas resuenan cual olas inmensas, que ascienden y descienden

la la la la la la la la la la la la

lanzando al aire los deshechos humanos, para sumergirlos al instante siguiente.

Mientras los descendientes de los dioses se esfuerzan inútilmente por adoptar un aire digno de sus altos orígenes, cae la noche y el restaurante cierra. Cada cual debe volver a su cama solitaria. Cuando pasamos por delante de la catedral sumida en las tinieblas, surge un destello, despidiendo un blanco resplandor sobre la fachada, donde los santos y los condenados se arrodillan delante del trono del cordero.

—¿Qué era? ¡Porque no era un relámpago!

Un estremecimiento nos recorre, nos detenemos.

¡Se trata simplemente de un fotógrafo que trabaja en su estudio, y de los destellos del magnesio!

Nos irritamos por el espanto sufrido, y por mi parte no puedo dejar de pensar en los destellos de la escena que acompañan al rapto de Donjuán.

De vuelta a casa, siento que me invade una angustia a la vez cálida y fría. Tras quitarme el gabán, oigo la puerta del guardarropa que se abre por sí sola.

—¿Quién hay?

¡Ninguna respuesta! Me falta el valor y por un momento cruza por mi mente la idea de ir a pasar la noche en las calles enlodadas, negras. Pero la fatiga y la desesperación me abruman, y elijo la muerte en una buena cama.

Me desvisto, previendo una mala noche, y una vez acostado cojo un libro para distraerme.

¡Pero he aquí que mi cepillo de dientes cae del lavabo al suelo! Sin causa aparente. ¿No es algo siniestro? Luego, inmediatamente después, la tapa del orinal se levanta y vuelve a caer ruidosamente. Todo ello ante mis propios ojos, sin que ninguna sacudida haya turbado la calma absoluta de la noche.

El universo no tiene secretos para los gigantes y los hombres de genio, pero la razón fracasa frente a una tapa que desafía las leyes

de la gravedad. ¡Y el miedo a lo desconocido hace temblar a un hombre que creía haber resuelto el enigma de la Esfinge!

Tuve un miedo horrible, pero no quise batirme en retirada, y continué leyendo. Entonces una pavesa o un pequeño fuego fatuo desciende del techo como un copo de nieve y viene a apagarse sobre mi libro.

¡Y no me volví loco, lector!

El sueño, el bendito sueño, se presenta como una asechanza, tras la cual se ocultan unos asesinos. No me atrevo a dormir, y no tengo ya fuerzas para mantenerme despierto. ¡Es el mismísimo infierno! Al final me adormezco, cuando una sacudida galvánica viene a fulminarme, pero sin acabar conmigo.

¡Lanza tus flechas, orgulloso galo, hacia el cielo; el cielo no se queda nunca atrás!

Dado que toda resistencia se ha revelado imposible, rindo mis armas, pero sólo después de algunas recaídas. En el curso de esta última lucha desigual, me sucede a menudo que veo fuegos fatuos, incluso en pleno día, y atribuyo este fenómeno a una enfermedad de los ojos. Es entonces cuando Swedenborg me informa sobre el significado de estos fuegos fatuos, que desde entonces no he vuelto a ver:

«Otros espíritus se esfuerzan por convencernos de lo contrario de cuanto han dicho los espíritus instructores. Estos *espíritus contradictores* habían sido, durante su vida, personas marginadas por la sociedad a causa de sus maldades. Se reconoce su proximidad por un *fuego volante* que parece descender delante del rostro; se sitúan en la base de la espalda del hombre y desde allí se dejan oír en las partes superiores. Predican que no hay que creer en lo que los espíritus instructores han dicho conforme a las enseñanzas de los Ángeles, y que no hay que ajustarse a las enseñanzas que se han recibido de ellos, sino que hay que vivir libremente en plena licencia y libertad de acuerdo a la propia fantasía: normalmente llegan tan pronto como los otros se han ido;

los hombres los conocen por lo que son y no se inquietan por ello; pero así aprenden lo que es el bien y el mal, porque no se conoce lo que es el bien más que por su contrario.»

X

EXTRACTOS DE MI DIARIO
1897

7 de febrero.— Gran lluvia de piedras contra los cristales durante la primera parte de la noche que paso en mi nuevo alojamiento. Al día siguiente, me dicen que eran carámbanos.

12 de febrero.— Sacado de la cama tras haber oído una voz de mujer. San Crisóstomo, el misógino, me ilumina:

«¿Qué es la mujer sino el enemigo de la amistad, el suplicio inevitable, el mal necesario, la tentación natural, la desgracia deseable, la fuente inagotable de las lágrimas; la maliciosa obra maestra de la creación vestida totalmente de blanco?»

«Si la primera mujer tuvo ya que tratar con el diablo, ¿por qué sus hijas no habrían de hacer otro tanto? Nacida de una costilla del costado, ¡todo su espíritu se halla naturalmente inclinado al mal!»

¡Bien por san Crisóstomo, boca de oro!

28 de febrero.— El pinzón canta, a lo lejos me atrae la línea azul del mar; pero apenas toco las maletas, me asaltan los invisibles. En realidad, huir me es imposible; estoy internado.

A fin de distraerme, quiero comenzar a escribir Inferno; pero no me está permitido. Apenas tomo la pluma, mi memoria se embota, no recuerdo ya nada, o de modo tal que todo se me presenta bajo una luz insignificante.

2 de abril.— Un escritor alemán me pide mi opinión sobre el príncipe de Bismarck para una revista que desea someter al canciller al sufragio universal:

«Admiro a un hombre que ha sabido amaestrar como B. a sus contemporáneos. Su obra será la unificación de Alemania, por más que haya dividido el gran Imperio en dos, con un emperador en Berlín y otro en Viena.»

Por la noche, un aroma a flores de jazmín se expande por mi habitación, una dulce paz reina en mi espíritu, y duermo tranquilo toda la noche. (Swedenborg dice que la presencia de un buen espíritu, un ángel, se revela por medio de un olor balsámico. Los teósofos enuncian lo mismo traduciendo ángel por *mahatma*.)[36]

5 de abril.— Me cuentan que una gran escultura de Ebbe, que representa a una mujer crucificada, se hizo trizas durante el traslado a la Exposición de Estocolmo. Paralelo: la mujer crucificada de mi amigo Hermann, secuestrada por deudas y colgada en un patio encima del cubo de la basura (véase *Inferno*).

10 de abril.— Lecturas escogidas: Chateaubriand, *Memorias de ultratumba*; Las Cases, *Memorial*. ¿Quién era Napoleón? ¿Una reencarnación de quién?

Nacido en Ajaccio. Ajaccio, colonia griega, toma su nombre de Áyax. El primer Áyax, hijo de Telamón, fue vencido por Odiseo y, enloquecido de dolor, degolló los rebaños de los helenos, creyendo dar muerte a sus enemigos. Un día que una divinidad protectora de Troya había envuelto en una nube a los dos ejércitos para propiciar la fuga de los troyanos, gritó: «Gran Dios, devuélvenos la luz y combate contra nosotros.» El segundo Áyax, hijo de Oileo, naufragó de regreso del asedio de Troya y se refugió en un arrecife, desde donde amenazó al cielo y fue tragado por las olas. A menudo se hace referencia a Áyax amenazando a los dioses. Napoleón vino al mundo de improviso sobre una alfombra adornada con escenas de la *Ilíada*.

Un día, Paolo, en Porta, le dijo al joven Napoleón: «Tú no tienes nada de moderno; eres un hombre de Plutarco.»[37]

Rousseau, antes de nacer Napoleón, se había interesado por Córcega, cuyos habitantes le hubieran querido como legislador. «Queda todavía en Europa un país capaz de legislar: se trata de la isla de Córcega… Tengo el presentimiento de que un día *esta pequeña isla asombrará a Europa.»*

Nordille Bonaparte salió fiador de Conrado de Suabia, en 1266, el mismo Conrado que sería ejecutado por el duque de Anjou.

La rama de los Franchini-Bonaparte tiene en su escudo tres flores de lis de oro, como los Borbones.

Napoleón estaba emparentado con los Orsini. Orsini es el nombre del asesino que atentó contra la vida de Napoleón III. Fue en tres islas donde Napoleón conoció sus peores momentos: Córcega, Elba y Santa Elena. Y ya con anterioridad había tenido presagios acerca de la isla de Santa Elena. En una geografía que había redactado de muchacho la menciona con dos palabras: «¡Pequeña isla!» (¡Demasiado pequeña, por desgracia!) Durante la guerra contra los ingleses, mandó, sin razón aparente, un crucero a las aguas de Santa Elena.

La muerte de Napoleón da mucho qué pensar a la imaginación de un ocultista:

> El tiempo era horrible, la lluvia caía ininterrumpidamente y el viento amenazaba con destruirlo todo. El sauce bajo el cual Napoleón tomaba habitualmente el fresco había cedido: nuestras plantaciones estaban devastadas, dispersas aquí y allá; un solo árbol del caucho resistía aún, cuando un vendaval lo embistió, lo levantó y lo dejó caer en el barro… Nada de cuanto amaba el Emperador había de sobrevivirle.

El enfermo no soportaba la luz; había que hacerle las curas en una habitación a oscuras. Moribundo, saltó de la cama para ir a pasear por el jardín. «Retortijones espasmódicos del epigastrio y del

estómago, hondos suspiros, gritos de lamento, movimientos convulsivos que acaban en un sollozo ruidoso y siniestro.»

Noverraz, caído enfermo, se puso a delirar. «Se imagina que el Emperador está amenazado, que pide ayuda.»

Al morir Napoleón, una serena sonrisa se refleja en sus labios, y el cadáver conservará esta expresión de serenidad durante dieciocho años. En 1840, cuando se abrió el ataúd, el cuerpo estaba perfectamente conservado. Las plantas de los pies, blancas. (*Planta pedis* blancas significa: tus pecados son perdonados. Swedenborg.)

Las manos estaban bien conservadas, aunque la izquierda hubiera perdido su blancura. Seguían siendo blandas y habían mantenido su bonita forma. Todo el cuerpo de un blanco mate: «como visto a través de una gasa bastante gruesa». En la mandíbula superior quedaban únicamente tres dientes. (Coincidencia notable: el duque de Enghien tenía sólo tres dientes después de su fusilamiento. Y dicho sea entre paréntesis: el duque de Enghien había venido al mundo tras un parto de cuarenta y ocho horas. Estaba *negro* y sin el menor signo de vida. Envuelto en un paño embebido en alcohol, fue acercado demasiado a una candela y se prendió fuego. ¡Sólo entonces comenzó a vivir!)

En su féretro, Napoleón vestía un uniforme verde. (Los brujos se distinguen por sus ropas de color verde.)

18 de abril, día de Pascua.— En un tizón, en la chimenea, veo las letras INRI (Iesus Nazaraenus Rex Tudeorum).

Chateaubriand escribe: el decreto de nombramiento como capitán a favor de Napoleón está firmado: Luis XVI, 30 de agosto de 1792, y el rey abdicó el 10 de agosto.

«Explicad esto si sois capaces. ¿Qué protector regía los destinos de este corso? Este protector no era otro que el Padre Eterno.»

2 de mayo.— Vi la luna nueva y me sentí contento.

3 de mayo.— Comienzo a escribir *Inferno*.

Me cuentan que un periodista muy conocido ha sufrido repentinamente ataques nocturnos del tipo habitual en nuestros días. Y los ocultistas relacionan este hecho con una necrología escandalosa que escribió a propósito de un hombre benemérito muerto recientemente.

Leyendo *El oro del Rin* de Wagner, descubro a un gran poeta y capto por qué no había entendido la grandeza de este hombre, cuya música no es más que el acompañamiento del texto. Por lo demás, *El oro del Rin* fue escrito pensando en mí.

WELLGUNDE

¿No sabes, pues,
a quién solamente
le será dado trabajar el oro?

WOGLINDE

Sólo a quien
renuncia al amor,
sólo a quien
rehúye el placer,
sólo a quien conquista la magia
de forjar el oro en anillo.

WELLGUNDE

Seguras nosotras estamos
y sin preocupación:
pues todo lo que vive quiere amar,
y nadie el amor quiere rehuir.

WOGLINDE

Y éste menos que nadie,
el elfo lascivo.

ALBERICH *(alargando la mano hacia el oro)*

Yo arranco el oro a la roca,

forjo el anillo de la venganza:
luego pertenecerá al río:
¡maldigo el amor!

12 de mayo.— Una sorda resignación me ha hecho beber un ácido café de achicoria durante cinco meses sin quejarme. Quería ver si la impudicia de una mujer deshonesta (¡es la mujer que me hace la comida!) conocía límites. He sufrido por espacio de cinco meses, y ahora quiero disfrutar de la divina bebida de aroma embriagador. Con dicho propósito, compro una libra del café más caro. Era mediodía. Por la noche leo en Sâr Péladan, *El Andrógino*, página 107: «Se acordó de esta anécdota de un viejo misionero. Al término de una misión, al primer sermón, el más decisivo, sufrí un ataque de amnesia; tan pronto como dije: "hermanos míos", desapareció toda idea de mi cerebro, así como la palabra de mis labios.

»"Virgen Santa —dije entre mí—, sólo he conservado una debilidad, y es mi taza de café, os la ofrezco", y de súbito el espíritu volvió a mí, me superé a mí mismo e hice un gran bien a muchas almas.»

¡Qué papel de aguafiestas ha tenido el café en mi familia! Me avergüenzo de pensar en ello, máxime cuando el éxito no depende ni de la voluntad ni del tener maña, sino de circunstancias imprevisibles.

¡Para mañana, pues, el mayor de los placeres o el mayor de los dolores!

13 de mayo.— La criada ha hecho el más miserable café que imaginarse pueda.

¡Se lo ofrezco a las potencias, y a partir de este día tomo chocolate sin rechistar!

26 de mayo.— Excursión al bosque de hayas. Seiscientos jóvenes se han reunido allí. Cantan las canciones de mi juventud, de hace treinta años; juegan a los mismos juegos y bailan los mismos bailes que entonces.

Me embarga la tristeza, y de golpe mi vida pasada desfila por delante de los ojos de mi alma, puedo calcular el camino recorrido, y me quedo como cegado. Sí, es el fin; soy viejo y el sendero desciende hacia la fosa. No puedo contener las lágrimas —¡soy viejo!

1 de junio.— Un joven médico, de naturaleza delicada, de espíritu friolero, que parece sufrir por el mero hecho de existir, pasa la velada conmigo. También él es víctima de una conciencia escrupulosa; se arrepiente de un pasado irreparable que, sin embargo, no es peor que el de cualquier otro. Me explica el misterio de Cristo.

—No es posible reparar lo que se ha hecho, así como tampoco anular una sola mala acción; de ahí la desesperación. Es en este punto cuando Cristo se revela: sólo Él puede saldar la deuda impagable, obrar el milagro y aliviarnos de la carga de la mala conciencia y de los remordimientos. *Credo quia absurdum*, y estoy salvado.

—Pero yo no puedo; y prefiero saldar mis deudas yo mismo, por medio de los sufrimientos. Me pasa que llego a desear una muerte cruel, en la hoguera, ser quemado vivo, experimentar la maligna alegría de hacer sufrir a mi propio cuerpo, la prisión de un alma que aspira a elevarse.

Y el cielo, para mí, es el verse liberado de las necesidades materiales; reconciliarse con los enemigos, pedirles perdón, estrechar su mano. ¡Ya no más enemigos! ¡Ni más odio! ¡He aquí mi cielo! ¿Sabéis lo que hace mi vida tolerable? Pues imaginar a veces que es sólo algo semirreal, un mal sueño que nos es infligido como un suplicio; y que en el momento de la muerte uno despierta a la verdadera realidad, tomando conciencia entonces de que no era más que un sueño; que todo el mal hecho no era más que un sueño. Y, por tanto, ¡los remordimientos desaparecen con la acción no realizada! ¡Es la redención, la salvación!

25 de junio.— Inferno ha sido terminado. Una mariquita se ha posado sobre mi mano. Aguardo una señal para el viaje que he planeado. ¡La mariquita vuela hacia el sur! ¡Así pues, hacia el sur!

A partir de este momento preparo mi partida para París. Pero dudo que las potencias me concedan licencia para ello. Presa de luchas interiores, dejo pasar el mes de julio, y en agosto pido una señal para poder tomar una decisión. A veces se me ocurre pensar que mis gobernantes no se ponen de acuerdo entre sí, y que soy objeto de infinitas discusiones. Uno me empuja, otro me retiene.

Finalmente, la mañana del 24 de agosto dejo la cama, levanto la cortina y descubro una corneja encaramada sobre la chimenea de una casa altísima. Se comporta exactamente como el gallo sobre la torre de Notre-Dame-des-Champs (véase *Inferno*), aparenta que va a emprender el vuelo, bate las alas, y está vuelta hacia el mediodía.

Abro la ventana. Entonces el ave emprende el vuelo y, tras dar un giro, se dirige directamente hacia mí, y luego desaparece.

Yo acepto el buen augurio y preparo las maletas.

XI

EN PARÍS

Una vez más —¿será la última?— me apeo en la Gare du Nord. No me pregunto ya qué vengo a hacer aquí, puesto que en la capital de Europa me siento como en mi propia casa. Ha ido tomando cuerpo en mí una especie de decisión, más bien vaga, lo admito: la de retirarme al convento de los benedictinos de Solesmes.

Pero antes quiero visitar los viejos lugares, con sus recuerdos dolorosos y tan dulces. Así vuelvo a ver el Jardin du Luxembourg, el Hotel Orfila, el cementerio de Montparnasse y el Jardin des Plantes. En la rue Censier me detengo un momento para echar una mirada furtiva al jardincillo de mi hotel de la rue de la Clef. Grande es mi emoción al volver a ver el pabellón y la habitación donde escapé de la muerte, esa noche terrible en que luché con el arcángel sin saberlo. ¡Imaginaos mi estado de ánimo cuando, al dirigirme hacia el Jardin des Plantes, observo los rastros del vendaval que ha devastado precisamente *mi* alameda, delante de los osos y los bisontes!

Tomando por la rue Saint-Jacques, descubro la librería espiritista y compro *El libro de los espíritus* de Allan Kardec, del que nada sé.

Me lo llevo y lo leo. Pero está Swedenborg y sobre todo Madame Blavatsky, y reencontrando «mi caso» por todas partes, no puedo negar que soy espiritista. ¡Yo, un espiritista! ¡Nunca hubiera pensado acabar así, cuando hacía burla del espiritismo de mi

antiguo jefe, en la Biblioteca Real de Estocolmo! ¡Nunca sabe uno cómo va a acabar!

Prosiguiendo los estudios de Allan Kardec, observo el repetirse de los síntomas del encantamiento de otro tiempo: el estruendo por encima de mi cabeza, la opresión en el pecho, el temor a todo. Pero no me dejo intimidar y sigo leyendo revistas de espiritismo, vigilando atentamente gestos y pensamientos.

Entonces, tras unas clarísimas advertencias, una noche me despierta un ataque al corazón, justo cuando daban las dos.

He comprendido: no está permitido hurgar en los secretos de las potencias. Tiro los libros prohibidos y de inmediato vuelve la paz, lo que basta para demostrarme que la voluntad superior se ha visto cumplida.

Al domingo siguiente visito Notre-Dame y asisto a la función de vísperas. Conmovido por la ceremonia, de la que no comprendo una palabra, me deshago en lágrimas y salgo convencido de que allí, en la Santa Madre Iglesia, se encuentra la salvación.

Ahora bien, ¡no era verdad! Puesto que, al día siguiente, leo en la prensa que el abate de Solesmes acaba de ser destituido por atentar contra la moral.

—¡Siempre seré el juguete de los invisibles! —exclamo yo, impresionado por este golpe tan certero. Luego me calmo, reprimiendo la crítica indebida, y decido esperar.

El nuevo libro que el azar pone en mis manos me hace entrever los designios de mi gobernador. Es *Las tentaciones de San Antonio* de Flaubert. «A todos aquellos a los que atormenta el deseo de Dios, yo los he devorado», dice la Esfinge.

Este libro me hace daño y me espanta, porque reconozco en él las ideas que yo mismo expresé en el «misterio» de *Inferno*; la sustitución del buen Dios por el Maligno. Y me desprendo de él después de su lectura, como de una tentación del diablo, que es su autor: «Antonio se santigua y vuelve a la oración.» Así termina Flaubert su libro, y yo sigo su ejemplo.

Luego me cae en suerte, en el momento adecuado, *En camino* de Huysmans. ¿Por qué me llega tan tarde esta confesión de un ocultista? Porque era preciso que dos destinos análogos se desarrollasen paralelamente, como pruebas y contrapruebas.

Un curioso que provoca a la Esfinge y es devorado por ella, a fin de que su alma sea salvada al pie de la cruz. Ahora bien, que un católico vaya a La Trapa para confesarse al sacerdote, me parece correcto, pero en mi caso el *mea culpa* pronunciado *coram populo* por escrito debe bastar. Por otra parte, las ocho semanas que he pasado en París escribiendo este libro bien valen por un retiro en un convento, y más aún, puesto que he vivido como un eremita. Un cuartucho del tamaño de una celda con la ventana enrejada, debajo de la techumbre, me ha servido de alojamiento. A través de la reja de la ventana, que da a un patio profundo, puedo ver un retazo de cielo; un muro gris con una hiedra que trepa hacia la luz.

La soledad, horrible de por sí, se vuelve aún más siniestra entre el ruidoso gentío de un restaurante, dos veces al día. Añádase a ello el frío, una corriente de aire continua a través de la habitación, que me provoca una aguda neuralgia; el temor a quedarme sin dinero, la cuenta que no para de subir. ¡Bastante tengo ya!

¡Luego están los remordimientos! En otro tiempo, cuando me consideraba sin responsabilidad, lo único que me atormentaba era el recuerdo de mis necedades. Ahora es el mal, las malas acciones lo que me flagela. Toda mi vida se me antoja como un entretejido de crímenes, una madeja de impiedades, de maldades, de despropósitos, de brutalidades. Vuelvo a ver escenas enteras de mi pasado; en tal o cual situación, y siempre cosas de pésimo gusto. ¿Cómo he podido ser amado alguna vez? Me acuso de todo; ni una fechoría, ni un acto repugnante que no esté marcado con tiza negra en un blanco encerado. ¡Me horrorizo de mí mismo y quisiera morirme!

Por momentos, el rubor de la vergüenza hace enrojecer mis orejas: el egoísmo, la ingratitud, el rencor, la envidia, el orgullo,

todos los pecados mortales ejecutan una danza macabra ante mi conciencia despierta.

Y mientras mi espíritu se tortura, mi salud se ve alterada, las fuerzas me flaquean y la consunción del cuerpo lleva al alma a presentir la liberación del fango.

Leo ahora a Töpffer, *El presbítero*, y a Dickens, *Cuentos de Navidad*, con un recogimiento y una alegría indecibles. Retorno a los ideales de mi mejor juventud, y recupero los fondos perdidos en el juego de la vida. ¡La fe retorna la confianza en la innata bondad de los hombres, en la inocencia, en la abnegación, en la virtud!

¡La virtud!, ¡palabra desaparecida del lenguaje moderno, proscrita como si fuera la mentira misma!

(A propósito, los periódicos me anuncian la representación de mi drama *La mujer del caballero Bengt*, en Copenhague. En esta pieza, el amor y la virtud triunfan, igual que en *El secreto de Ghilda*. El drama no ha gustado; como tampoco gustó la primera vez que se representó en 1882. ¿Por qué? ¡Porque esta historia de la virtud es agua pasada!)

Acabo de releer *El Horla* de Maupassant. Pero es el final del *Don Juan*, ¿no? Llega alguien, invisible, a un dormitorio, en plena noche. Toma agua y leche, y termina chupándole la sangre al pobre de Don Juan, obligado, tras una caza a muerte, a acabar con su propia vida.

Es algo vivido; me reconozco en ello, y no niego la presencia de la locura, pero detrás de todo ello veo la mano de alguien.

Mi salud empeora con el paso de los días; las paredes están llenas de grietas y dejan penetrar en mi habitación el humo y los vapores de carbono. Hoy, mientras paseaba por la calle, el pavimento se movía como la cubierta de un navío bajo el efecto de los balanceos. Me cuesta grandes esfuerzos subir hasta el Luxembourg; he perdido el apetito casi por completo; como nada más que para calmar los dolores de estómago.

Un incidente que se repite muy a menudo desde mi llegada a París me da que pensar. En el interior de mi chaqueta, en el lado izquierdo, justo en el lugar del corazón, oigo como un tictac que recuerda el sonido producido en la pared por el coleóptero conocido en Suecia con el nombre de «reloj de la muerte», presagio de un deceso. Me saco el reloj, creyendo que era el causante de ese ruido, pero ha continuado. Tampoco se trata de las presillas de los tirantes, ni del forro del chaleco. Acepto la interpretación del reloj de la muerte; es la que más me agrada.

La noche pasada tuve un sueño que despertó en mí el deseo de morir, devolviéndome la esperanza de una existencia mejor, sin correr de nuevo el peligro de los tormentos de la vida.

Por haberme asomado demasiado a una terraza que estaba al borde de un precipicio, en la oscuridad, caía de cabeza al abismo. Pero caía hacia arriba en vez de hacerlo hacia abajo. E inmediatamente me veía rodeado de una blanca claridad deslumbrante, y veía… Lo que veía me inspiraba dos ideas simultáneas: ¡estoy muerto! y ¡soy feliz! Y ante la idea de que todo había acabado, me invadía un sentimiento de suprema dicha. Luz, pureza, libertad llenaron mi espíritu, y al exclamar: «¡Dios!» tuve la certeza de que había sido perdonado, que el infierno había pasado y que el cielo se abría para mí.

Desde aquella noche me encuentro aún más fuera de lugar en este mundo y, como el niño cansado que tiene sueño, deseo «regresar a casa», reposar mi pesada cabeza en el regazo materno, dormir en las rodillas de una mujer-madre, la esposa casta de un dios grandioso que dice ser mi padre y al que no me atrevo a acercarme.

Ahora bien, este deseo se mezcla con otro: el de ver los Alpes, y más concretamente el Dent du Midi, en el cantón del Valais. No me explico las razones de esta preferencia. Tal vez el recuerdo de mi estancia en el lago Leman, cuando escribía *Utopías*, y unos paisajes que me «recordaron» el cielo.

¡Allí he vivido las horas más hermosas de mi vida, fue allí donde amé! ¡Amé a mujer, hijos, universo, humanidad, Dios!

«¡Levanto las manos hacia las montañas y las moradas del Señor!»

¡Así sea!

INFERNO III

JACOB LUCHA

(*un fragmento*)

CORAM POPULO

De vuelta en París, hacia finales de agosto de 1897, me encontré de repente aislado. Mi amigo el filósofo, cuya compañía diaria se había convertido para mí en un apoyo moral y que había prometido seguirme a París y quedarse todo el invierno, está aún en Berlín, incapaz de explicar lo que le retiene allí, cuando París es la meta de su viaje y arde en deseos de ver la Ville-Lumière.

Le espero desde hace tres meses, y ahora me parece que la Providencia ha querido tener un mano a mano conmigo, a fin de separarme del mundo y empujarme al desierto, para que los espíritus correctores puedan pasar mi alma por la criba a su antojo. Y ha hecho bien; la soledad me ha educado, obligándome a renunciar a los mediocres placeres de la vida en sociedad y privándome del sostén de un amigo. Me he acostumbrado a hablarle al Señor, a confiarme sólo a él, y la necesidad de los hombres poco menos que ha cesado, situación que he perseguido obsesivamente, considerándola un ideal de independencia y de libertad.

Incluso el convento, donde esperaba encontrar la ayuda de la religión y de la comunidad, me ha sido negado. He sido condenado a una vida de eremita, y yo la he aceptado como un castigo y una educación, por más duro que le resulte a uno, a la edad de cuarenta y ocho años, cambiar sus inveteradas costumbres.

Ocupo una pequeña habitación estrecha como una celda, con una claraboya enrejada situada bajo la techumbre que da a un patio

y a una pared con una hiedra abundantísima.

Tras el paseo matinal, me quedo en ella hasta las seis y media de la tarde, haciéndome servir el almuerzo en una bandeja.

Por la noche, salgo a cenar, sin pasar por el preámbulo de los aperitivos, que me repugnan. No sabría verdaderamente explicar por qué he elegido este pequeño restaurante del boulevard Saint-Germain. Tal vez el recuerdo de las dos terribles veladas que pasé en él el año pasado con mi amigo secreto, el americano-alemán. Este recuerdo me tiene hechizado, hasta el punto de que es inútil que trate de evitar ese aborrecido restaurante, so pena de incidentes que me gustaría calificar de «tendenciosos»; resulta que mi amigo de otro tiempo dejó una deuda, y he sido reconocido como su compañero. Dado que nos oyeron hablar en alemán, me tratan como a un prusiano, es decir, que me dispensan un pésimo servicio. Yo muestro una protesta callada, dejando mi tarjeta y olvidando a propósito algunos sobres sellados en Suecia. Es preciso que sufra y paguen justos por pecadores. Sólo yo reconozco la razón de ser de este incidente, que es como la expiación de un delito… Es la justicia en toda regla, esto y nada más que esto, y durante dos meses mastico la espantosa comida que huele a anfiteatro anatómico.

La propietaria, sentada en su trono detrás del mostrador, pálida como un cadáver, me saluda con aire de triunfo, y yo me esfuerzo por repetirme a mí mismo:

—¡Pobre anciana, será de los que comieron ratas en 1871!

Pero ahora parece compadecerse de mí, a fuerza de observar mi sorda resignación y mi perseverancia. Diríase que palidece cuando me ve entrar solo, siempre solo, y cada vez más flaco. Esa es la verdad. Al cabo de dos meses he tenido que cambiar los cuellos duros de las camisas, pasando de los 47 centímetros a los 43, lo cual supone una diferencia de unos cuatro centímetros. Tengo las mejillas chupadas y la ropa me baila.

Noté entonces un cambio en el servicio, y la propietaria me sonrió. Pero la fascinación cesó de golpe; y yo me fui sin sentir ningún rencor, y como liberado, convencido de que la expiación

había terminado para mí y acaso también para mi amigo ausente. Suponiendo que todos estos maltratos no hayan sido más que pura invención mía y que la propietaria no haya tenido nada que ver en ello, entonces le pido perdón; en ese caso me habría castigado yo solo, aplicándome una pena merecida.

«Los espíritus correctores se adueñan de la imaginación del culpable y trabajan así en su corrección, desnaturalizándolo todo a su alrededor.» (Swedenborg)

¡Cuántas veces no me ha ocurrido que, queriéndome dar el gusto de una buena comida, he rechazado con disgusto todos los platos, como si estuviesen en mal estado, mientras que el resto de los comensales los elogiaban!

El «eterno descontento» es un desdichado que sufre el flagelo de los invisibles, y lógico es que todos lo eviten, porque está condenado a ser el aguafiestas que en la soledad y mediante sus penas expía pecados secretos. ¡Sé de lo que hablo!

Por eso voy siempre solo, y cuando caigo en la cuenta de no haber oído mi voz desde hace semanas, busco a alguien y le suelto un torrente tal de palabras, que el pobre desdichado, completamente agotado, me deja, manifestando involuntariamente el deseo de no volver a verme más en la vida.

Pero la tentación de ver a un ser humano es a veces tan fuerte que me lleva a buscar las peores compañías. Entonces, en medio de la conversación, un malestar seguido de migrañas se apodera de mí, y me quedo mudo, incapaz de proferir la menor palabra. Y me veo obligado a abandonar a mis compañeros, los cuales no dejan nunca de mostrar su enorme satisfacción por el hecho de quitarse de encima a un insoportable pelmazo.

Condenado al aislamiento, marginado entre los hombres, busco refugio en el Señor, que se ha convertido para mí en un amigo personal; unas veces está molesto, y yo sufro por ello, otras diríase ausente, pensando en otra cosa, y sufro más aún si cabe. Pero cuando se muestra indulgente conmigo, la vida me resulta dulce, sobre todo en la soledad.

Un azar singular me ha llevado a la rue Bonaparte, la calle católica. Vivo enfrente de la École des Beaux-Arts y, al salir, camino por una avenida de escaparates, donde las leyendas de Puvis de Chavannes, las Madonas de Botticelli, las Vírgenes de Rafael me guían hasta más allá de la rue Jacob, y las librerías católicas, con sus misales y devocionarios, me acompañan entonces a la iglesia de Saint-Germain-des-Prés. A partir de ese punto, los vendedores de objetos religiosos forman una calle de Salvadores, Vírgenes, arcángeles, ángeles, demonios y santos, las catorce estaciones del vía crucis y el belén de Navidad, en la acera de la derecha; en la de la izquierda, los libros de estampas devotas, los rosarios, los paramentos sacerdotales y los objetos del culto, hasta la place de Saint-Sulpice, donde los cuatro leones de la iglesia, con Bossuet a la cabeza, custodian el templo más devoto de París. Tras haber pasado revista a este repertorio de la historia sagrada, entro a menudo en la iglesia para fortificarme en la contemplación de la *Lucha de Jacob con el ángel* de Eugène Delacroix. Esta escena siempre me hace reflexionar y me inspira pensamientos impíos, pese a lo ortodoxo del asunto.

Y al salir, pasando entre la gente arrodillada, conservo el recuerdo del luchador que se mantiene de pie pese a tener la cadera dislocada.

Luego paso por delante del seminario de los jesuitas, especie de formidable Vaticano que exhala inconmensurables efluvios de fuerza psíquica, cuyos efectos se dejan sentir a distancia, si hemos de dar crédito a los teósofos. Pero heme aquí llegado a destino: el Jardin du Luxembourg.

Desde mi primera visita a París, en 1876, este parque me atrajo de una manera misteriosa, y soñé con vivir en sus inmediaciones. Esta fantasía se vio hecha realidad en 1893, y desde entonces, a intervalos, este jardín forma parte de mis recuerdos, está unido a mi persona. A decir verdad, es de una extensión más bien modesta, y sin embargo se presenta como inmenso en mi imaginación. Tiene

doce puertas, justo como la ciudad santa del Apocalipsis, y por si fuera poco análogamente situadas: «De la parte de oriente, tres puertas; de la parte del norte, tres puertas; de la parte del mediodía, tres puertas; y de la parte de poniente, tres puertas.» (Apocalipsis, 21). Y cada entrada me produce una sensación distinta, según las plantas, las construcciones, las estatuas; o según los recuerdos personales asociados a ellas.

Así, al entrar por la primera puerta de la rue du Luxembourg, por la parte de Saint-Sulpice, siento que la alegría invade mi corazón; la casita cubierta de hiedra del guardián me habla de un idilio inédito, ilustrado por el estanque con patos y por las paulonias; más lejos, está el museo moderno con sus claros colores solares. La idea de que mis amigos de juventud —Larsson, Vallgren y Thaulow— hayan dejado allí dentro algo de sí mismos, me consuela, me rejuvenece, y siento la irradiación de sus espíritus franquear los muros y animarme a no desalentarme, al tener a unos amigos tan cerca.

Más lejos, está Eugéne Delacroix, cuyos laureles se disputan el Tiempo y la Posteridad.

La segunda puerta, en la rue de Fleurus, me introduce en la explanada, una explanada amplia como un hipódromo que termina en un arriate de flores, con la Victoria de mármol y, a lo lejos, el Panthéon rematado con la cruz.

La tercera puerta, pasada la rue Vavin, me conduce a una alameda umbrosa, que se pierde a la izquierda en una especie de Campos Elíseos, que los niños han elegido como lugar de esparcimiento, con los caballos de madera que hacen pareja con leones, elefantes y camellos, como si fuera el mismísimo Paraíso; más lejos, el juego de pelota y el teatrillo de marionetas entre unos arriates de flores. La edad de oro, el arca de Noé; es la primavera de la vida la que sale a mi encuentro, en el otoño de mi existencia.

En la parte del mediodía, entrando por la rue d’Assas, el vergel y el vivero me brindan el verano: ¡no más flores! Es la estación de los frutos; y el colmenar cercano, con sus inquilinos burgueses

ocupados en recoger el polvo de oro para el invierno, no hace sino acrecentar la impresión de la edad madura.

La segunda puerta, frente al Licée Louis-le-Grand, se abre a un paisaje digno del Edén. Prados de un verde terciopelo, siempre lozanos; aquí y allá un rosal, y un solo melocotonero que nunca olvidaré, desde que, durante una primavera, adornado con sus flores color de aurora, me sedujo hasta tal punto que me quedé media hora contemplándolo, mejor dicho, adorándolo, de tan frágil, joven y virginal como era su pequeña figura.

La avenue de l'Observatoire termina delante de la puerta principal, verdaderamente regia con sus fasces dorados. Como es demasiado majestuosa para mí, me quedo normalmente en el exterior; si es por la mañana, admirando el palacio, y si es por la noche, contemplando las lucesde Montmartre por encima de las buhardillas o, cuando hace buen tiempo, la Osa Mayor y la Estrella Polar asomando por la gran verja que me sirve de cuadrante para mis observaciones astrológicas.

El lado oriental no me tienta más que por la puerta de la rue Soufflot. Desde ahí he descubierto mi jardín, un mar de verde, contornos fascinantes de plátanos de sombra gigantescos, y en la lejanía azul, misteriosa y desconocida, la rue de Fleurus que tan querida iba a volverse para mí más tarde, como una entrada a una nueva vida. Es desde allí desde donde echo una mirada atrás, a la extensión recién recorrida, interrumpida por un lado por el laguito y, por el otro, por el pequeño David que tiene la espada rota. Una mañana de este otoño, el surtidor tomó los colores del arco iris, lo cual encaminó mis pensamientos a la tintorería de la rue de Fleurus, donde se despliega mi arco iris como un signo de la alianza entre el Padre Eterno y yo. Avanzando hacia la rampa de la terraza, paso por la fila de mujeres más o menos regias y criminales, y me paro frente a la escalinata principal, que la primavera adorna de espinos albares en torno al vasto círculo de flores.

En otoño, los granados y los rododendros, centenarios y casi históricos, y las palmeras en abanico enmarcan los inmensos

arriates de los crisantemos, donde revolotean las mariposas, arrullan las tórtolas y ríen los niños, ofreciéndome sendas viñetas de cuentos de hadas. Luego, por encima de los sicómoros y de las cimas del Petit Luxembourg, los dos campanarios gemelos de Saint-Sulpice, que no se asemejan a ningún otro, ni incluso entre sí.

Tres puertas se abren del lado norte, pero yo tan sólo utilizo dos de ellas, porque la tercera está vigilada por un soldado. La puerta del Odéon es como una obertura de ópera: la casa antigua, única, bajo cuya arquería se han dado cita todas las Musas, le predispone a uno a disfrutar de la verdadera alegría, reservada a los corazones ávidos de belleza y de saber. E, inmediatamente después, el rincón de los poetas de la juventud, de Murger y de Banville, invita a sueños juveniles, sueños de estudiantes veinteañeros.

Luego, la fuente Médicis, poema de Ovidio en mármol blanco, que se refleja en el estanque donde las carpas permanecen mudas frente al joven amorcillo que se despereza impúdicamente ante los mismos ojos del negro cíclope (éste tiene dos), coronado enteramente de viña virgen y sombreado por los más bellos plátanos de sombra de Francia.

¡Qué belleza! ¡Qué fiesta! ¡Pagana! ¡Órfica! Y triste al mismo tiempo, triste como una elegía de amor que acaba mal para Galatea, cuyo Acis es aplastado por el pedrusco lanzado por un Polifemo cualquiera.

La última puerta, la del museo, inspira idénticos sentimientos contradictorios, con el buitre encaramado sin razón aparente sobre la cabeza de la Esfinge, y el beso de Eros en la frente de Leandro, muerto prematuramente por un accidente harto previsible. Luego, volviendo sobre mis pasos, recorro el museo de los contemporáneos y entro en la calle de la rosaleda, con sus diez mil rosas.

Éste es mi paseo matinal, y mediante la elección de la puerta de entrada acompaso mi estado de ánimo a la tonalidad querida. Para volver, tomo por el boulevard Saint-Michel, encaminándome hacia la aguja de la Sainte-Chapelle, que me sirve de guía para evitar los escollos de vanidad que se exhiben en los escaparates o que están

expuestos en las aceras bajo forma de ninfas y de mujeres galantes. Una vez llegado a la place Saint-Michel, me siento protegido por el Arcángel sublime, matador de la antigua serpiente. No es la cola de lagartija lo que hace de esta obra de arte una imagen del Maligno, ni tampoco los cuernos de carnero o las cejas alzadas, sino más bien la boca, cuyos labios están semicerrados para esconder los cuatro incisivos, mientras que las comisuras descubren los caninos. Así, una risa feroz y disimulada que estalla fulminante desenmascara el mal inmortal, que ríe burlonamente pese a tener la lanza apuntada contra el corazón.

He encontrado esta misma boca en tres personas a lo largo de mi vida: un actor, una pintora sueca y una dama noruega. Y nunca me ha engañado respecto a ellas.

El quai des Augustins, tras echar un vistazo a Notre-Dame, me conduce por una alameda de puestos de libros y de plátanos de sombra, hasta la entrada de la rue Dauphine en su confluencia con el Pont-Neuf.

Es una plaza llena de color, que alegra mi ánimo hasta el punto de que me gustaría sentarme en la terraza del bodeguero, para esperar allí el final de mis días. Es como un rincón campestre, con los más bellos plátanos de sombra, el Enrique IV, encarnación de Francia, los establecimientos de los naturalistas llenos de mariposas, conchas, piedras preciosas o por lo menos centelleantes, que ahora han reemplazado a los libreros de viejo; y luego los letreros de vivos colores, las botellas, las verduras; y por encima de todo la idea de que este puente es el más bello de Europa, con las máscaras de silvanos, dríades, sátiros; todo ello me fascina y me hace sentir unido a este rincón de la ciudad, o tal vez es el pensar que uno o más acontecimientos felices del pasado se han dado cita en este cruce de calles, y que las risas flotan aún en el aire, repercutidas por el suelo y las paredes, que han conservado sus vibraciones.

El Hôtel de la Monnaie, noble, solemne, silencioso, palacio por excelencia donde los haya, hermético, no deja sospechar la

presencia del oro vil que se acumula en sus sótanos.

El Institut, que extiende sus brazos hacia el Louvre, se asemeja a un pabellón de verano, a la cartuja de un gigante, de tan altas como tiene las ventanas. Y el palacio, visto del otro lado del río, no es ya una construcción, sino más bien una cadena montañosa donde habita aquel gigante, el descendiente de los atlántidas que duerme aún a fin de reunir fuerzas para el día de la resurrección. La otra tarde, delante del Palais Mazarin, el sol se ponía tras las alturas de Passy, pero los últimos rayos se reflejaban en los ventanales del Louvre; luego, siguiendo adelante, vi las ventanas de las Tullerías iluminarse, una tras otra, hasta el Pavillon de Flore. El efecto mágico me hizo pensar que el Barbarroja de Francia se había despertado y que san Luis celebraba su propia coronación con una fiesta solemne a la que estaban invitados todos los monarcas de la tierra, cubiertos con el sayal de penitente, sirviendo la comida de rodillas.

He llegado al estuario de la rue Bonaparte. Es por este torrente por donde se desparraman los barrios de Montparnasse, del Luxembourg y, en parte, el faubourg Saint-Germain. Se hace necesaria una hábil maniobra para penetrar en la entrada de la calle, atestada de peatones y de coches, con una acera de un metro de ancho que representa la tierra firme. Sin embargo, nada me espanta tanto como los ómnibus con sus tres caballos blancos, porque los he visto en sueños y en otras partes, y estos caballos blancos quizá recuerdan también a un cierto caballo que se menciona en el Apocalipsis. Sobre todo por la noche, cuando se suceden, con un tiro de a tres, rematados por el farolillo rojo, me imagino que vuelven la cabeza hacia mi lado, mirándome malévolos, y me dicen: «¡Espera, que te cogemos!»

En resumen, he aquí el círculo vicioso que recorro dos veces al día. Mi vida está enmarcada en esta órbita con una fatalidad tal, que si me permito tomar una nueva ruta, me encuentro fuera de lugar, como si hubiera perdido alguna porción de mi yo, recuerdos, pensamientos y hasta afectos.

Un domingo por la noche, en el mes de noviembre, me dirijo al restaurante para cenar, solo. Hay dos mesitas instaladas en la acera del boulevard Saint-Germain, flanqueadas por dos maceteros verdes con rododendros y resguardadas por unas esteras que forman un recinto cerrado. El aire es tibio, calmo, las farolas encendidas iluminan un cuadro cinematográfico animadísimo cuando pasan los ómnibus, las berlinas, los coches de punto que traen de vuelta del Bois a alegres obreros endomingados, cantando, haciendo sonar sus trompetillas, llamando a voces a los viandantes.

Apenas he empezado a tomar la sopa, mis dos amigos, dos gatos, vienen a ocupar su sitio acostumbrado a mi lado, esperando el plato de carne. Como no he oído mi voz desde hace semanas, les dirijo una alocución que queda sin respuesta. Condenado a esta sociedad muda y hambrienta por haber huido de la otra, la malvada, que ha herido mis oídos con tantas palabras impías y obscenas, me revuelvo contra esta injusticia. El hecho es que detesto a los animales, perros y gatos, igual que tengo derecho a detestar al animal que hay en mí.

¿Por qué la Providencia, que se ocupa de mi educación, me relega siempre a la peor sociedad, cuando la buena sería más adecuada para mi mejoramiento, por medio del buen ejemplo?

En este punto, un perrito de aguas negro, con una cinta roja al cuello, llega y expulsa a mis dos amigos felinos, zampándose él su botín, y, en muestra de agradecimiento, moja la pata de mi silla; luego el ingrato cínico se sienta sobre el asfalto dándome la espalda. ¡De mal en peor! Mas no conviene quejarse, porque podría verme relegado a la compañía de los cerdos, tal como les ocurrió a Roberto el Diablo o a san Francisco de Asís. ¡Hay que pedir tan poco de la vida! ¡Tan poco! ¡Y aun esto es demasiado para mí!

Una vendedora de flores viene a ofrecerme unos claveles. ¡Precisamente claveles, que detesto porque parecen carne cruda y apestan a droguería! De todos modos, por gentileza, le compro un ramillete a pagar a discreción, y como me lo quedo a un buen precio

para ella, la anciana me recompensa con un: «Que Dios le bendiga, señor, pues me ha dado mucho esta noche.» Por más que me conozca el truco, la bendición resuena largo rato y gratamente en mis oídos, pues tengo una gran necesidad de ella después de tantas maldiciones.

Las siete y media, he aquí que los vendedores ambulantes anuncian *La Presse*, señal de que hay que levantarse de la mesa. Si me quedo para tomarme otro postre u otro vaso de vino, estoy seguro de verme atormentado de una manera u otra por una caterva de *cocottes*, que se sentarán a la mesa de al lado de la mía, o por unos gamberros que me insultarán. Estoy convencido de que he sido puesto a dieta y que sería castigado si me tomase más de tres platos y una botella de vino. De modo que, después de los primeros intentos de rebeldía reprimidos, no me permito la más mínima transgresión, consiguiendo quedarme a gusto con estas frugales raciones.

Me levanto, pues, para volver a la rue Bonaparte y al Luxembourg. En la esquina de la rue Gozlin, compro unos cigarrillos; luego paso por delante del Faisan d’Or. En la esquina de la rue du Four, una estatua de Jesucristo, de un sorprendente naturalismo, me hace detener. Por más que sienta aversión por la literatura de Zola, el arte de la gente piadosa no ha podido resistirse al espíritu realista, y con la ayuda de este Belcebú, el otro será expulsado. Imposible pasar por delante de estas imágenes sin observar su modelado del natural, y sus colores chillones como los de los impresionistas.

La tienda está cerrada, a oscuras, y el Salvador está allí, en túnica imperial, iluminado por las farolas, ofreciendo su corazón sangrante, coronado de espinas. Desde hace más de un año, este Salvador, al que no entiendo, me persigue, me gustaría prescindir de su ayuda llevando yo mismo mi cruz, si ello fuera posible, por ese tanto que me queda de orgullo viril que hace que me repugne cargar cobardemente mis culpas sobre las espaldas de un inocente.

He visto al Crucificado por todas partes: en los escaparates de los quincalleros, de los galeristas, de las librerías; sobre todo en las exposiciones de arte, y en el teatro, en la literatura. Lo he visto en la funda de mi almohada, en los tizones de la chimenea, en la nieve de Suabia y en los arrecifes de la costa normanda. ¿Está preparando su vuelta o ya ha vuelto? ¿Qué es lo que quiere?

Aquí, en los escaparates de la rue Bonaparte, no es ya el Crucificado: llega de su cielo como un triunfador, ataviado como un triunfador, todo resplandeciente de oro y pedrería. ¿Acaso se ha vuelto aristocrático como el pueblo bajo? ¿Es él el «buen tirano» con el que sueña la juventud, el héroe pacífico, ilustrado?

Tras haber prescindido de la cruz, ha retomado el cetro, y tan pronto como sea erigido su templo en el Mont de Mars (otrora Mont des Martyrs) reinará personalmente sobre el mundo, y destronará al vicario infiel que se cree alojado con estrecheces en las once mil habitaciones de la *infamia Vaticani loca*, y que se queja de su lujosa prisión, matando el tiempo en intrascendentes pasatiempos poéticos.

Tras dejar al Redentor, me sorprende ver, al llegar a la place Saint-Sulpice, la iglesia a una distancia enorme. Ha retrocedido por lo menos un kilómetro; la fuente, en proporción; ¿he perdido la noción de las distancias? Cuando doy la vuelta a lo largo del muro del seminario, no se acaba nunca, de tan inmenso como me parece esta tarde. Camino una media hora para recorrer ese tramo de la rue Bonaparte, cuando normalmente empleo en ello nada más que cinco minutos. Y delante de mí, alguien marca el paso, con unos andares que me recuerdan a una persona conocida. Acelero la marcha, corro, pero el desconocido aumenta su velocidad a medida que lo hago yo. Por fin llego a la verja del Luxembourg. El jardín, cerrado desde la puesta del sol, descansa en la soledad, los árboles desnudos, los arriates devastados por las heladas y las tempestades otoñales. Pero huele bien, exhala un aroma a hojas secas y a tierra nueva. Bordeando la verja, subo por la rue du

Luxembourg, siempre precedido por el desconocido, que comienza a despertar mi interés. Vestido con un gabán con esclavina parecido al mío, pero de un blanco opalino, esbelto y más alto que yo, avanza cuando yo avanzo, y se detiene cuando yo me detengo, de modo que parece depender de mis movimientos, se diría que soy yo quien le guía. Y he aquí que mi atención se ve atraída por una circunstancia especial: un viento impetuoso hace flotar su gabán, pero a mí me parece que no hace viento. Para cerciorarme, enciendo un cigarrillo, y me basta con observar el humo que asciende derecho sin desviarse lo más mínimo, para convencerme de que no hace viento en absoluto. Por lo demás, los árboles y arbustos del jardín no se mueven.

Después de la rue Vavin, doblo a la izquierda, y de improviso me veo transportado desde la acera hasta el centro del parque, sin saber cómo, dado que las puertas están cerradas.

A veinte pasos de distancia, mi compañero está de pie, vuelto hacia mí, y su rostro imberbe, deslumbrante, desprende un halo esplendente, con la forma de una elipsis cuyo centro ocupa el desconocido. Tras hacerme una señal para que le siga, se va, llevándose consigo su halo luminoso, de modo que el jardín a oscuras, desnudo, fangoso, se ilumina a su paso. Además los árboles, arbustos y plantas reverdecen y se cubren de flores en la zona que abarca su halo luminoso, para apagarse acto seguido tan pronto como él ha pasado. Reconozco perfectamente los grandes cañaverales de hojas en forma de oreja de elefante, bajo la estatua *La familia de Adán*; el espaldar de la *Salvia fulgens*, salvia de color de fuego; el melocotonero, los rosales, el banano, los áloes, todos mis viejos conocidos, cada uno en su sitio. Diríase únicamente que las estaciones se han confundido, que las flores de primavera se han abierto al mismo tiempo que las de otoño.

Pero lo que más me asombra es que nada de todo ello me maraville, que se presente con la máxima sencillez y naturalidad. Así, cuando bordeo el colmenar, una nube de abejas revolotea en torno a las colmenas y se posa sobre las flores cercanas, pero en

una zona tan bien delimitada, que los insectos desaparecen en el momento en que pasan a la sombra, y la mitad de la salvia iluminada está cubierta de hojas y de flores mientras que la parte oscura permanece agostada, negra, abrasada por la escarcha.

Debajo de los castaños, el espectáculo se vuelve encantador: entre el follaje, un nido de palomas torcaces abandonado se encuentra ocupado por una pareja que se arrulla. Llegado a la puerta de Fleurus, mi guía me hace una seña para que me detenga y, un segundo después, se encuentra en el otro lado del jardín, en la puerta Gay-Lussac, distancia que se me antoja inmensa, aunque sea tan sólo de medio kilómetro y, pese a la lejanía, puedo ver al desconocido rodeado de su nimbo oval y reluciente. Sin proferir una palabra, por medio de pequeños movimientos de los músculos de la boca, me dice que avance. Creo captar su intención calibrando con la mirada la interminable alameda, el hipódromo que conozco desde hace años, cuyo límite en la lejanía es la cruz del Panthéon, que se destaca con su color rojo sangre contra el cielo negro.

¡El vía crucis, y tal vez las catorce estaciones!, si no me engaño. Antes de empezar, hago una seña para indicar que quiero decir algo, interrogar, obtener alguna aclaración; mi guía me responde con una simple inclinación de cabeza que me conmina a hablar.

Y en ese mismo instante, el desconocido se desplaza, sin que se perciba el menor movimiento ni el menor ruido; simplemente me rodea con su halo luminoso del que emana un perfume balsámico que hincha mi corazón y mis pulmones, animándome a comenzar la lucha.

Y yo inicio mi interrogatorio:

—Eres tú quien me persigue desde hace dos años; ¿qué quieres de mí?

Sin abrir la boca, el desconocido me responde con una especie de sonrisa que refleja una sobrehumana bondad, indulgencia y cortesía.

—¿Por qué me lo preguntas, si tú mismo conoces la respuesta?

Y oigo resonar una voz en mi interior:

—Deseo elevarte a una vida superior sacándote del fango.

—Nacido del fango, creado de arcilla, alimentándome de cieno, ¿cómo podré ser liberado de todo lo inmundo si no es con la muerte? ¡Mátame, pues! ¿No quieres? Pues entonces serán las penas infligidas las que harán las veces de agentes educadores. Pero te aseguro que las humillaciones me vuelven orgulloso, que el sacrificio de los pequeños placeres excita la concupiscencia, el ayuno provoca la gula, que no es mi menor pecadillo, la castidad agudiza la lubricidad, la soledad forzada hace nacer el amor hacia el mundo y los placeres malsanos, la pobreza genera la avaricia, y las malas compañías a las que me relegas me hacen despreciar a los hombres y sospechar que la justicia está mal administrada. Sí, a menudo diríase que la Providencia es mal informada por parte de los sátrapas a los que ha confiado el gobierno de la humanidad; que sus prefectos y subprefectos son culpables de malversaciones, de falsificaciones, de acusaciones sin fundamento. Así se ha dado el caso de que he sido castigado por culpas ajenas; y que se han celebrado procesos en los que yo no sólo era inocente, sino que fui el defensor de la equidad y el acusador del crimen, y sin embargo la condena recayó sobre mí, mientras que el culpable salía triunfante. Permíteme hacerte una pregunta franca y directa: ¿es cierto que algunas mujeres han sido admitidas en el gobierno? ¡No me costaría gran cosa creerlo, pues a tal punto me parece el gobierno actual provocador, mezquino, injusto, sí, injusto! Cada vez que he defendido una causa equitativa y leal contra la más infame de las mujeres, ésta fue absuelta y yo condenado. ¡No quieres responder! ¡Y exiges de mí que ame a los culpables, a los asesinos de almas, a los emponzoñadores de espíritus, a los falsificadores de la verdad, a los perjuros! ¡No, y mil veces no! «¿Cómo no odiar, ¡oh Iahvé!, a los que te odian? ¿Cómo no aborrecer a aquellos que se levantan contra ti? Los detesto con odio implacable; y los tengo por enemigos míos.» Así habla el salmista, y yo añado: ¡Odio a los malvados como me odio a mí mismo! Y rezo así: ¡Castiga, Señor, a aquellos que me persiguen con mentiras y actos injustos, como me has

castigado a mí cuando fui injusto y mendaz! ¡He blasfemado, ahora, he ofendido al Padre Eterno, al padre de Jesucristo, al Dios del Antiguo y del Nuevo Testamento! En otro tiempo Él escuchaba las objeciones de los mortales, y permitía que los acusados se defendieran. Escucha a Moisés cuando defiende su propia causa ante el Señor en el momento en que los judíos no quisieron seguir alimentándose de maná: «¿Por qué tratas tan mal a tu siervo? ¿Por qué no he hallado la gracia a tus ojos y has echado sobre mí la carga de todo este pueblo? ¿Lo he concebido yo y lo he parido, para que me digas: "Llévalo en tu regazo, como lleva la nodriza al niño a quien da de mamar, a la tierra que juraste dar a sus padres"? ¿Dónde tengo yo carne para alimentar a todo este pueblo? ¿Por qué llora a mí clamando: "Danos carne que comer"? Yo no puedo soportar solo a este pueblo. Me pesa demasiado.» ¡Es el hablar franco de un mortal! Pero ¿puede considerarse conveniente este tono de siervo airado? Y entonces el Maestro no fulmina al rebelde con el rayo, sino que se deja convencer por sus razones y le alivia la carga, asignándole setenta jefes. ¡Pero qué escarnecimiento en el modo que tiene el Padre Eterno de atender las súplicas del pueblo que reclama carne! Se parece un poco a la bondad de un padre condescendiente con los deseos insensatos de sus hijos: Pues bien, el Padre Eterno os dará carne, y comeréis de ella. Y comeréis no un día, ni dos, ni cinco, ni diez, ni veinte, sino durante todo un mes, hasta que os salga por las narices y os dé asco. He aquí un Dios según mi ideal, y es el mismo que invoca Job: «¡Oh!, ¡si le fuese al hombre permitido hablar con Dios, como un hombre con su amigo íntimo!» Pero, sin esperar licencia para ello, el desdichado se toma la libertad de pedir explicaciones al Señor sobre el maltrato del que es víctima: «¡No me condenes, dame a saber por qué te querellas de mí! ¿Es decoroso para ti hacer violencia, desdeñar la obra de tus manos y complacerte en los consejos de los malvados?» Son reproches éstos, acusaciones, que el buen Dios acepta sin rencor, y a los que responderá sin recurrir al trueno. ¿Qué se hizo del Padre de los Cielos, aquel que sabía bondadosamente sonreír ante las

locuras de sus hijos y perdonar después de haber castigado? ¿Dónde se oculta el amo que mantenía la casa en orden y vigilaba a los guardianes para impedir injusticias? ¿Ha sido destituido por el Hijo, el idealista, que no se ocupa de las cosas de este mundo? ¿O nos entregó al príncipe de este mundo, que se llama Satán, cuando lanzó la maldición sobre la tierra después de la caída de los primeros hombres?

Durante este alegato incoherente, el desconocido me miraba con la misma sonrisa indulgente, sin dejar traslucir la menor impaciencia, pero cuando acabé mi discurso, se había eclipsado, dejando en torno a mí una atmósfera sofocante de óxido de carbono; y me encontré solo en la rue Médicis, oscura, fangosa, otoñal.

Bajando por el boulevard Saint-Michel, me reprochaba a mí mismo el haber perdido la ocasión de decirlo todo. ¡Oh! ¡Cuántas flechas tenía aún en mi carcaj, por poco que el desconocido se hubiera dignado responderme o acusarme!

Pero ahora que me encuentro atrapado en medio de la multitud, bajo la fuerte luz de los faroles de gas, y que la realidad de las mercancías expuestas me recuerda la modesta vida de cada día, la escena del parque se me antoja milagrosa, y me apresuro, espantado, a llegar a mi casa, donde las meditaciones me sumen en un mar de dudas y de angustias.

Algo está pasando en el mundo, y los mortales están a la espera de novedades, que en parte se han dejado entrever. Es la Edad Media, el período de la fe y del dogma, que en Francia están muy próximos, provocado por la caída de un imperio y de un Augústulo, exactamente como en el momento de la decadencia de Roma, de las invasiones bárbaras, con París-Roma en llamas y la coronación de los godos en el Capitolio-Versalles. Los grandes paganos Taine y Renán cayeron en la nada llevándose con ellos su escepticismo; y Juana de Arco ha resucitado. Los cristianos son perseguidos, siendo sus procesiones dispersadas por los gendarmes y por los dragones, mientras que las bacantes celebran las carnestolendas, muestran sus vergüenzas en la vía pública, protegidas por la policía y

subvencionadas por el gobierno, que consuela a los descontentos a base de *circenses*, amenizados a veces con la matanza de bestias feroces a manos de los gladiadores. *Panem et circenses*, ¡pan (caro) y circo! Todo es venal: honor, conciencia, patria, amor, justicia, síntoma seguro y habitual de la disolución de una sociedad de la que la virtud —la palabra y la cosa— ha sido prescrita desde hace treinta años.

¡Y todos esos disfraces de mujeres primitivas no son sino pura Edad Media! Los jóvenes visten la túnica frailuna, se hacen tonsurar y sueñan con el monasterio; escriben leyendas y ponen en escena milagros, pintan madonas y esculpen cristos, se dejan inspirar por el misticismo del mago que les encanta con su Tristán e Iseo, su Parsifal y su Grial. Se reinician las cruzadas, contra el Gran Turco y contra los judíos; los antisemitas y los filohelenos se encargan de la tarea. La magia y la alquimia están ya consolidadas, y tan sólo se espera una prueba de hechicería para levantar la hoguera, instrumento de los procesos de brujería. ¡Edad Media! ¡Lourdes, Tilly-sur-Seulles, rue Jean Goujon! Y el mismo cielo manda señales al amodorrado mundo para que esté preparado; el Señor habla por medio de las trombas, los torbellinos, las inundaciones, los rayos.

¡Edad Media! La lepra que reaparece, y los médicos de París y Berlín se unen para combatirla.

La hermosa Edad Media, cuando los hombres sabían gozar y sufrir, cuando la fuerza y el amor, la belleza de los colores, las líneas y la armonía se manifestaron por última vez antes de los ahogamientos y las expediciones punitivas del renacimiento del paganismo, llamado protestantismo.

Al caer la noche, ardo en deseos de entrevistarme de nuevo con el desconocido, absolutamente decidido esta vez a confesarlo todo, y a defenderme antes de ser condenado.

Una vez terminada la triste cena, rehago pues el camino del vía crucis de la rue Bonaparte. Nunca me ha parecido tan inmensa como esta noche, y los escaparates se abren como abismos donde

el Cristo se multiplica, ya torturado, ya triunfante. Y yo camino y camino, sudando a mares, con las suelas de los zapatos que me irritan las plantas de los pies, camino sin avanzar un paso. ¿Soy, pues, Ahasverus?[38] ¿Le he negado un vaso de agua al Redentor y soy por ello incapaz de acercarme a Él, ahora que quisiera seguirle e imitarle?

Finalmente, sin saber muy bien cómo, me veo delante de la puerta de Fleurus, luego en el interior del parque: oscuro, húmedo, silencioso. Una ráfaga de viento hace vibrar imprevistamente los esqueletos de los árboles, y he aquí que reaparece, más que acercarse, el desconocido en su envoltura de luz y de verano.

La misma sonrisa me invita a hablar.

¡Y yo hablo!

—¿Qué deseas de mí, y por qué me atormentas con tu Cristo? El otro día me pusiste en las manos, con un propósito realmente harto evidente, la *Imitación de Cristo*, y yo la he leído como cuando era joven, cuando aprendí a despreciar el mundo. ¿Cómo puedo tener derecho a despreciar la creación del Padre Eterno y la hermosa tierra? ¿Y adónde me ha conducido tu sabiduría? A desatender mis asuntos, hasta el punto de que me he vuelto una carga para mi prójimo, y he terminado mendigando. Este libro, que prohíbe la amistad, que proscribe la frecuentación del mundo, que exige la soledad y la abnegación, ha sido escrito por un monje, y yo no tengo derecho a hacerme monje, si no quiero dejar morir a mis hijos. ¿Ves adónde me ha llevado el amor por la soledad? Por un lado, me exiges la vida solitaria, pero tan pronto como me retiro del mundo, los demonios de la locura me asaltan, mis asuntos peligran, y el aislamiento me priva del socorro de un amigo. Por otro lado, cuando busco a los hombres, siempre encuentro a los peores, cuyo orgullo me atormenta tanto más cuanto que yo soy humilde y los trato a todos como a iguales, hasta el momento en que me pisotean, y heme aquí como el gusano que alza la cabeza impotente para morder. ¿Qué deseas, pues, de mí? ¿Quieres atormentarme a toda costa tanto si cumplo tu voluntad como si la desprecio? ¿Quieres

que me convierta en un profeta? Demasiado honor para mí, pues carezco de vocación para ello. Y por otra parte, no puedo ponerme a hacer de profeta, porque aquellos que he conocido han terminado revelándose medio charlatanes y medio locos, y sus profecías nunca se han cumplido. Y si me hubieras reservado una vocación, habría sido necesario entonces proporcionarme también la gracia de la elección a fin de liberarme de todas las pasiones funestas que envilecen a un predicador, y habría sido necesario comenzar protegiendo mi carrera en la vida, en vez de mancillarme con la miseria que degrada y maniata. Es cierto, y lo confieso, que el desprecio del mundo me ha conducido a despreciarme a mí mismo, a fuerza de descuidar mi reputación desdeñando la gloria, admito haber cuidado poco de mi persona, pero sólo a causa de la superioridad de mi mejor Yo, el cual se burlaba de este sucio estuche en el que has encerrado mi alma inmortal. Ya de niño amaba la pureza y la virtud, sí. Y, pese a ello, mi vida se ha arrastrado entre la suciedad y los vicios, de modo que suelo pensar con frecuencia que los pecados me son impuestos como suplicios, susceptibles de producirme un asco duradero hasta de mi propia vida. ¿Por qué me has condenado a la ingratitud, el más detestable de los vicios para mí? Dotado de una naturaleza bastante agradecida, me has tendido trampas para obligarme a mendigar los favores del primer recién llegado. Así, obligado a la dependencia y a la servidumbre —puesto que los benefactores exigen a cambio tus pensamientos, tus deseos, tu gusto, tus afectos, en una palabra, tu alma entera— estaba siempre obligado a retirarme endeudado y desagradecido, para poner a salvo mi individualidad y mi dignidad de hombre, rompiendo los lazos que querían estrangular mi alma inmortal; y esta fuga iba acompañada de los sufrimientos y los remordimientos de un ladrón que arrambla con lo ajeno.

»Y ahora que comienzo a curar mi alma siguiendo lo que prescribe la *Imitación*, ¿es razonable exigir de un hombre que tome al mismísimo Dios por modelo, que se imagine estar en condiciones de alcanzar la perfección del Perfecto? ¡Basta con esto para

insuflarle delirios de grandeza! ¿Y si, viendo la imposibilidad de imitar al Salvador, cae en la cuenta de lo absurdo de sus intenciones, se hunde en la desesperación y no encuentra consuelo más que en el cumplimiento de sus deberes mundanos y de los placeres intelectuales? Si la sabiduría de este mundo es despreciable, ¿por qué nos educan en escuelas donde se nos azota para que aprendamos a venerar a los grandes sabios, a glorificar a los héroes de las letras, de las artes, de las ciencias? ¡No, es cosa impía imitar al Padre Eterno, y ay de aquél que se crea capaz de hacerlo! ¡Cosa más modesta es seguir siendo hombre, tratar de seguir el modelo de los mejores entre los mortales pecadores, antes que soñar con hacerse semejantes a los dioses! Así al menos no se pecará de orgullo, que es el mayor de los pecados. La *Imitación de Cristo* me vuelve hipócrita. Porque, reprimiendo mi odio contra los malvados, aprendo a ser indulgente con la maldad y conmigo mismo, conservando en el fondo del corazón una justificada indignación. Devolver bien por mal es animar al vicio, al orgullo; y los apóstoles me han enseñado que hay que corregirse unos a otros, y juro que los demás no me han tratado nunca con contemplaciones.

»De hecho, eligiendo el verdadero camino de la cruz, no he hecho sino enredarme en los zarzales y espinos de la teología, de modo que me han dominado las más horribles dudas, hasta el extremo de susurrarme al oído que todo mal, toda injusticia, toda obra de salvación no son otra cosa que una gran prueba a la que hay que resistirse. Suelo pensar que Swedenborg, con sus terribles infiernos, no es más que una prueba de fuego y agua por la que hay que pasar; y pese a mi eterna deuda con este profeta que me salvó de la locura, siento renacer en mi corazón un doloroso deseo de rechazarlo, de desafiarlo como a un espíritu del mal que ansía locamente mi alma, para convertirme en su esclavo después de haberme empujado a la desesperación y al suicidio. Sí, se entrometió entre mi persona y mi Dios, cuyo sitio ha querido ocupar. Es él quien me subyuga con el terror nocturno, él quien me

amenaza con la locura. ¡Puede ser que su papel haya terminado reconduciéndome al Señor, ante el cual me doblego! Aunque sus infiernos no sean más que un espantajo, yo los acepto como tales; pero no creo ya en ellos, no tengo derecho ya a creer en ellos sin ofender al buen Dios que nos exige que perdonemos, porque también Él sabe perdonar. Si el mal y las aflicciones que me aquejan no son castigos, entonces se trata de pruebas que hay que superar para entrar en el grupo de los elegidos. Quiero que así sea, y Cristo será mi modelo, porque padeció grandemente, por más que la finalidad de tanto sufrimiento me resulte incomprensible, a no ser como revulsivo destinado a aumentar el efecto de la felicidad futura. He dicho: ¡Respóndeme!

Pero el desconocido, que me ha escuchado con admirable paciencia, no me responde más que con una mímica llena de burlona deferencia, y desaparece, dejándome solo en una atmósfera que apesta a fenol.

Al encontrarme de nuevo solo en la calle, me enfurezco, como siempre, por haber olvidado los mejores argumentos, que siempre se presentan cuando ya es demasiado tarde, y he aquí que me viene a la mente todo un discurso mientras mi corazón se hincha y recobro el valor. El hecho es que el temible y simpático desconocido me ha escuchado a pesar de todo, sin fulminarme. Ha oído, pues, mis razones, y ahora reflexionará sobre la injusticia de la que he sido víctima. ¿Es posible incluso que le haya convencido, visto que se ha quedado sin respuesta?

Y de nuevo, en mi espíritu, esta vieja ilusión: ¿no seré yo, tal vez, Job? ¿No es cierto acaso que he perdido mis bienes, que me han robado mobiliario, libros, recursos para vivir, mujer e hijos, que he sido expulsado de un país a otro, y condenado al desierto y a la soledad? ¿Soy yo quien ha escrito estas lamentaciones, o ha sido Job? «Desaparecieron mis allegados, me han olvidado mis familiares […], hízose mi aliento repugnante a mi mujer, yo soy fétido a los hijos de mis entrañas. Hasta los niños me desdeñan […]. Me han hecho fábula de las gentes, soy como aquel a quien se le

escupe en la cara […] ¿No soy objeto de mofa, y mis ojos no pasan entre amarguras la noche? […] Apenas me acuesto, digo: ¿Cuándo me levantaré? Pero la noche me la convierten en día […]. Mi piel *se agrieta y deshace* […]. Cuando digo: Mi lecho me dará alivio, mi yacija aliviará mi pesadumbre, Tú me espantas con sueños, y *me espantas con visiones*.»

Decididamente, soy yo; la piel agrietada, los sueños y las visiones, todo coincide. He ido incluso más lejos, hasta la extrema tortura, cuando, estrangulado por una serie de circunstancias tramadas por las potencias, me vi obligado a faltar al primer deber de todo hombre: ¡el de alimentar a sus hijos! Para Job, el honor está a salvo; yo lo he perdido todo, incluso el honor, y sin embargo superé la tentación del suicidio, tuve el valor de vivir deshonrado. Después de todo, no soy tan mal tipo, y si no merezco la Gracia, podría obtener al menos misericordia. Verdugo durante veinticinco años, he dado prueba de tacto ajusticiándome a mí mismo en público, el cual ha saludado mi acto de autocrítica con unánime aprobación.

Si en las adversidades y en los naufragios que me han golpeado a diestro y siniestro he encontrado más malevolencia que bondad, ¿acaso soy yo peor que el irreprochable Servidor del Padre Eterno? Entre nosotros mortales, el amor y la bondad se manifiestan con actos y palabras tiernas y afectuosas, así es cómo un buen padre educa a sus hijos, ¡y no con las crueldades más refinadas!

¡Qué torpe fui, dejando de decir todas estas cosas al desconocido! Pero la próxima vez quiero desquitarme.

A lo largo de tres meses intento en vano establecer contactos personales con la Sociedad Swedenborgiana de París. Durante una semana, todas las mañanas subo hasta el Panthéon para llegar a la rue Thouin, donde se encuentran la capilla y la biblioteca del profeta sueco. Por fin encuentro a alguien, que me informa de que al bibliotecario sólo es posible verlo por las tardes, tiempo que yo reservo para el recogimiento y el reposo. No obstante, trato de llegar

a la rue Thouin. La primera vez, apenas salir, me empiezo a sentir mal, y al final del Pont Saint-Michel, mi angustia es tal que tengo que dar media vuelta. La segunda vez es un domingo, día en que tiene lugar el oficio religioso. Llego una hora antes, y no me veo con fuerzas para estar esperando en la calle. Una tercera vez encuentro la rue Thouin con el adoquinado levantado, los obreros obstaculizan el paso con sus andamios y herramientas. Entonces me digo que no es Swedenborg quien ha de conducirme por el recto camino y, convencido de este presentimiento, vuelvo a casa, donde empiezo a pensar que me he equivocado, que los enemigos invisibles de Swedenborg me han engañado, y que es preciso combatirlos. Hago el último intento en coche. Esta vez, la calle está cerrada por una barricada, como para desbaratar abiertamente mis propósitos. Me apeo del coche, salvo los obstáculos, pero cuando llego a la puerta de la casa de Swedenborg, advierto que no hay ni acera ni escaleras. Llego como puedo hasta la entrada, tiro de la campanilla y… un desconocido me comunica que el bibliotecario está enfermo.

No sin un íntimo alivio dejo la oscura capilla, pobre, de cristales deslustrados y sucios por la lluvia y el polvo. Esta casa de estilo metodista, severa, bárbara, siniestra, siempre me había repelido, su falta de belleza me recordaba el protestantismo del Norte, y sólo tras dura lucha con mi soberbia he intentado entrar en ella. Era un pío deber hacia Swedenborg, nada más que esto.

De regreso a casa, totalmente aliviado, descubro en la acera un trozo de hojalata cortado en forma de trébol y, supersticioso como soy, lo recojo. Al punto, un recuerdo rae vuelve a la mente. El año pasado, el terrible año 1896, la mañana del 2 de noviembre, paseando por Klam, en Austria, vi alzarse el sol sobre un fondo de nubes en forma de arco trilobulado rodeado de rayos azules y blancos. Y esas nubes se asemejaban a esta hojalata como dos gotas de agua. El dibujo que hice de ellas en mi diario así lo atestigua. ¿Qué significado tiene? La trinidad, está claro. ¿Y luego? ¡Esperemos!

Dejo la rue Thouin, feliz como un escolar que se ha librado de una lección difícil al haber caído enfermo el profesor. Pasando por delante del Panthéon encuentro el templo abierto, la gran puerta abierta de par en par parece gritarme de modo provocador: ¡Entra! En realidad, pese a mis prolongadas permanencias en París, no he visitado nunca esta iglesia, sobre todo porque me habían contado patrañas a propósito de sus pinturas murales, diciéndome que representaban acontecimientos de la historia contemporánea, lo cual me desagrada. Imaginaos, pues, mi embeleso cuando apenas entrar recibo una ducha de luz desde la bóveda central, y me encuentro en medio de una leyenda dorada, la historia sagrada de Francia, que termina inmediatamente antes del protestantismo. La equívoca inscripción: «A los grandes hombres» me había, pues, engañado. Pocos reyes, menos generales aún, ni siquiera un diputado; respiro. En cambio, san Dionisio, santa Genoveva, san Luis, santa Juana (de Arco). Nunca hubiera creído que la República fuese tan católica. Sólo que no existe ni altar ni tabernáculo, y en vez del Crucificado y de la Madre Celestial hay una señora de mundo cualquiera, erigida por la gineolatría.

Me consuelo pensando que esta celebridad acabará en las cloacas como tantas otras, y de las más gloriosas. Resulta hermoso y agradable pasearse por este templo consagrado a la santidad, y al propio tiempo triste el ver que se decapita y quema vivos a los virtuosos y a los benefactores. Aunque sólo fuera por el honor del buen Dios, ¿no sería preferible imaginarse que todos estos maltratos infligidos a los justos y a los misericordiosos no son más que simulacros, y que el camino de la virtud, por más que resulte desalentador, conduce a un buen fin, oculto a nuestra comprensión? Si no, estos infiernos del patíbulo y de la hoguera reservados a los santos en presencia de sus triunfantes verdugos nos inspirarían ideas blasfemas sobre la bondad del Juez Supremo, que parece odiar y perseguir la santidad en este mundo para recompensarla en el otro, de modo que «aquellos que siembran con lágrimas, recogerán con cantos de triunfo».

Al salir de la iglesia, echo un vistazo en dirección a la rue Thouin, maravillado de que el camino que conduce a Swedenborg me haya llevado al final al templo de Santa Genoveva. Swedenborg, mi guía y profeta, me ha impedido penetrar en su humilde capilla, ¿no será que se ha desautorizado a sí mismo y que, con las ideas ahora más claras, se ha convertido al catolicismo? Al estudiar las obras del visionario sueco, me quedé impresionado, por otra parte, por su antagonismo con Lutero, que preconizaba sólo la fe, y en verdad Swedenborg es más católico de lo que ha querido dejar entrever, puesto que preconiza la fe y las obras, precisamente como la Iglesia romana.

Si en verdad es así, entonces lucha consigo mismo, y yo, el adepto, seré aplastado entre el yunque y el martillo.

Una noche, tras una jornada llena de remordimientos y de escrúpulos, y de una triste cena, vuelvo al jardín que me atrae como un Getsemaní, donde me aguardan sufrimientos desconocidos. Presiento que sufriré suplicios y que no puedo escapar a ellos. Es más, tal vez los deseo, como el herido desea la operación cruel que le llevará a la curación o a la muerte.

Llegado a la puerta de Fleurus, me encuentro en seguida en la ancha calle limitada a lo lejos por el Panthéon y por la cruz. Dos años atrás este templo significaba para mi espíritu mundano «la gloria a los grandes hombres»; hoy, más bien, «al sufrimiento de los mártires», pues hasta tal extremo ha cambiado mi punto de vista.

La ausencia del desconocido me inquieta y me oprime el pecho. Solo y preparado para la lucha, siento debilitarme ante la falta de un adversario visible. ¡Luchar contra fantasmas, contra sombras, es peor que defenderse de los dragones y los leones! Se apodera de mí el espanto y, empujado por el valor que infunde el miedo, me adentro con pie firme entre los plátanos de sombra, por un terreno resbaladizo. Un olor concentrado a bacalao salado, a alquitrán y a sebo me ahoga; oigo el chapoteo de las olas contra cascos de navío y un muelle; soy introducido en el patio de un edificio de ladrillo

amarillo, subo unas escaleras, paso por salas inmensas e innumerables galerías, entre vitrinas y armarios cerrados con vidrieras llenos de animales disecados y conservados en frascos. Finalmente penetro en una sala oscura de extraño aspecto, mal iluminada por las manchas de luz que reflejan un gran número de monedas y medallas expuestas en las vitrinas. Me paro delante de una de éstas y, entre las medallas de oro y de plata, mi mirada se ve atraída por una que está fundida en un metal opaco como el plomo. Es mi propia imagen, un tipo criminal y ambicioso de chupadas mejillas, el pelo de punta y un mohín de rencor en la boca. En el reverso, la divisa: «La verdad siempre es impúdica.» ¡Oh, la verdad, oculta a los mortales, y yo tuve la insolencia de creer que la había desvelado ultrajando la Santa Cena, cuyo milagro ahora reconozco! ¡Monumento impío, erigido al deshonor de la impiedad por unos amigos blasfemos! Es cierto que siempre me avergoncé de esta glorificación de la brutalidad, que nunca pensé en conservar esta insignia conmemorativa, que la arrojé a los niños para que jugaran con ella, y que nunca he lamentado su desaparición. Por otra parte, ¡una «coincidencia» fatal quiso que el grabador enloqueciera acto seguido, tras haber engañado al comanditario y realizado falsificaciones! ¡Oh vergüenza indeleble, imborrable, puesto que la ley exige que se conserve esta prueba de cargo en los museos del Estado! ¡Ved qué gloria! ¿Puedo quejarme de la Providencia que satisfizo la petición sacrílega que le dirigí en mi juventud? Ocurría esto hacia los quince años; cansado de la inútil lucha contra la joven carne que pedía la satisfacción de las pasiones, abrumado por los conflictos religiosos que devastaron mi alma ávida de conocer el enigma de la existencia, rodeado de gentes devotas que me torturaban con la excusa de doblegar mi espíritu ante el amor divino, proferí esta frase ante una vieja amiga que me había dado mortales lecciones de moral: «¡Renuncio a la moral, con tal de que sea un hombre de gran talento, admirado por el mundo!» Más tarde, Henry Thomas Buckle había de confirmar mi opinión, enseñándonos que la moral no es nada, puesto que no se desarrolla, y que la inteligencia

lo es todo. Más tarde aún, hacia los veinte años, Taine me enseñó que el bien y el mal son dos cosas indiferentes, cualidades innatas, inconscientes e irresponsables, como la acidez del ácido y la alcalinidad del alcaloide. Y esta frase, cogida al vuelo y desarrollada por Georg Brandes, imprime un sello de inmoralidad en la literatura escandinava. ¡Un sofisma, es decir, un silogismo erróneo, que seduce a una generación de librepensadores! ¡Qué flaqueza! Pues bastaría con analizar el epigrama de Buckle: «La moral no se desarrolla, ya que es indiferente», para descubrir sin esfuerzo cuál es la mejor consecuencia que podría extraerse de ella: la moral, al permanecer inquebrantablemente idéntica a sí misma, prueba al mismo tiempo su origen divino y eterno.

Finalmente, mi deseo se cumplió: fui a la vez el talento reconocido, admirado, y el más despreciado de los hombres nacidos durante este siglo en mi país. ¡Marginado de la buena sociedad, desdeñado por el último mono, desautorizado por mis amigos, sin recibir la visita de mis admiradores más que por la noche o a escondidas! ¡Sí, todo el mundo se doblega ante la moral, sólo una minoría se inclina ante el talento, lo cual plantea algunas dudas respecto a la naturaleza de la moral!

¡Y el reverso de la medalla es peor aún! ¡La verdad! ¡Como si nunca hubiera mentido, pese a mi reputación de ser un hombre más veraz, más sincero que los demás! Paso por alto las mentirijillas de la infancia, pues cuentan bien poco, provocadas generalmente por el miedo, la incapacidad de distinguir entre realidad e imaginación, y porque ya han sido contrarrestadas por los castigos injustamente infligidos, como consecuencia de las falsas acusaciones de los compañeros. Pero hay otras, más graves, pues el mal ejemplo y la disculpa de un pecado mortal pueden acarrear consecuencias funestas. Como la falsa explicación, relativa a la crisis de la pubertad, en mi autobiografía *El hijo de la criada*. Al escribir aquella confesión de un adolescente, sin duda me dejé seducir por el espíritu de libertad de la época, y usé colores demasiado vivos, con

el propósito excusable de liberar del temor a los jóvenes caídos precozmente en el vicio.

Al final de estas amargas reflexiones, la vitrina de las medallas se estrecha, la medalla se aleja y empequeñece, hasta no ser más que un botón de plomo. Y yo me veo de nuevo en una buhardilla, en el campo, a orillas del Malar, en casa del sacristán, en un pensionado para muchachos, en 1861. Hacinados en una habitación, en el desván, hijos nacidos de uniones ilegítimas, hijos de padres emigrados, niños maleducados y que molestan en el seno de familias demasiado numerosas viven allí, todos juntos, sin vigilancia, compartiendo cada dos una cama, tiranizándose unos a otros, maltratándose para vengarse de la vida cruel; un rebaño famélico de pequeños malhechores, mal nutridos, mal vestidos, terror de los campesinos y sobre todo de los hortelanos. Un día, el mayor de la banda se pone a representar el papel de seductor, y el vicio se infiltra en la joven cuadrilla…

Es la caída, sí, la caída, acompañada inmediatamente de remordimientos; y yo me veo en camisa de noche, sentado a la mesa, con el devocionario delante de mí, al débil resplandor del alba estival. Vergüenza y remordimientos, pese a la completa ignorancia de la naturaleza del pecado. Inocente por inconsciencia, y sin embargo culpable. ¡Corrompido, luego corruptor; arrepentimientos y recaídas; dudas sobre la veracidad de la conciencia que acusa! Dudas sobre la gracia de Dios que expone a las tentaciones más terribles a un ignorante, a un niño que acepta como una alegría ofrecida inocentemente por la naturaleza aquello que la ley divina castiga con la muerte. Sin sentirse culpable ante sí mismo y, sin embargo, torturado por los escrúpulos, el desdichado se ve empujado hacia la religión que no perdona ni consuela, y que condena a la locura y al infierno al pobre inocente, a la víctima incapaz de resistir en una lucha desigual contra la naturaleza omnipotente. Sin embargo, ¡las brasas infernales arderán hasta la tumba, ya sea consumiéndose por sí mismas bajo las cenizas, ya alimentándose del amor sentido por una mujer! Tratad de apagar

este fuego por medio de la abstinencia, y veréis a la pasión pervertirse y a la virtud castigada de manera inesperada. ¡Intentad sumergir el tizón encendido en gasolina, y os haréis una idea de lo que es el amor lícito!

En verdad, si un joven viniera a preguntarme ahora, a mí, cincuentón, qué conviene hacer, no encuentro otra respuesta después de tantas experiencias, de tantas discusiones, que ésta: «¡No lo sé!»

Si un joven viniera a preguntarme si el celibato es mejor que el matrimonio, le diría: «Depende de los gustos; si prefieres el infierno del soltero, elígelo; si te gusta más el infierno conyugal, entra en él. Por mi parte, adoro la gehena con una mujer, porque le sigue un paraíso ficticio pero encantador, durante el cual vuelve la edad de oro: el hijo.»

Quisiera acusarme de haber sido un corruptor de la juventud, pero me es imposible, al tener mi confesión como propósito liberar a los jóvenes del temor. Liberar, sí, era la consigna de la literatura escandinava entre 1880 y 1890. Y yo desempeñé mi papel en ella. He liberado a las mujeres. Ello ha tenido como consecuencia que las madres de familia se hayan vuelto semejantes a las prostitutas, y hayan atacado a su libertador, golpeándole con sus cadenas rotas. He liberado a los miserables y a los oprimidos, pero la sociedad está regida por los peores opresores, llegados al poder. ¡He querido liberar a la juventud de los remordimientos y de la locura, y la juventud caída en el vicio y en el delito me acusa de ser un Catilina, y los padres y las madres me han incluido en el índice! Por tanto no hay necesidad de liberar a nadie, porque la vida es ya de por sí un correccional, cosa que yo ignoraba y que me excusa a mis propios ojos, habiendo actuado de buena fe y con la buena voluntad de quien desea seguir el ejemplo del Salvador, que absolvió a la adúltera y al ladrón. Sólo que, y éste es el punto capital, mentí negando los terribles remordimientos que acompañaron la caída de un muchacho, y este *mea culpa* me hace enrojecer ante la divisa de la medalla; pero ¡fui yo quien la encargó!

Me gustaría decirle a mi hijo: «Trata de permanecer casto y, en cualquier caso, evita a las mujeres de mala vida, porque ellas te envenenarán para siempre, son unas pobres desdichadas *poseídas*, cuyos espíritus malignos se trasplantan a un alma pura, razón por la cual estas mujeres, toleradas puesto que existen, constituyen una tentación a la que los jóvenes deben resistirse por amor propio; y debes resistirte también a las mujeres casadas, ¡aun cuando te piquen en tu vanidad de macho llamándote José! No fue la mujer de Putifar la que salió honrada del incidente, sino José, cuyos títulos de gloria se transmiten al hombre que tuvo el valor de hacer de padre putativo del Santo Salvador, sin oponerse a una situación tan equívoca para un hombre.»

Y a mis hijas, una palabra, una nada más: «¡El altar o el voto de castidad!» ¡Eso es todo! ¡Para una mujer siempre ha existido el amor libre, y las mujeres libres son las mantenidas y las putas, y lo serán mientras el mundo sea mundo, así como la mujer infiel se asemejará a ellas, o mejor dicho, será aún peor que ellas, porque asesina a un hombre y pone en peligro el porvenir de sus hijos!

¡Ardo en deseos de acusarme y de defenderme a la vez, pero no existen tribunales, ni jueces, y me consumo aquí en soledad!

Gritando mi desesperación a los cuatro vientos, en las tinieblas, comienzo a ver claro, con la cabeza apoyada contra un castaño de la alameda Fleurus. Es el tercer árbol a partir de la puerta de entrada; la alameda tiene cuarenta y siete de cada lado. Nueve bancos entre los árboles como otros tantos puntos de referencia. Me quedan, pues, cuarenta y cuatro etapas para llegar a la primera estación.

Me quedo un momento abatido ante el vasto sendero de lágrimas, cuando, bajo los desnudos árboles, surge una esfera de luz sostenida por dos alas de halcón. Se para frente a mí, a la altura de mis ojos, y en la claridad que se difunde a su alrededor, veo un cartón blanco adornado como una carta de restaurante. En lo alto, en caracteres de color de humo, leo: «¡Come!» Y debajo, en

cuestión de segundos, toda mi vida pasada desfila como una reproducción micrográfica sobre una enorme pancarta. ¡Todo está allí! Todos los horrores, los pecados más secretos, las escenas más vergonzosas en las que tengo un papel principal… ¡Oh! ¡Me muero de vergüenza a la vista de estas escenas imaginadas que mi ojo perspicaz reconoce de golpe sin necesidad de leer ni de interpretar! Pero no me muero, sino muy al contrario, y en un minuto largo como cuarenta y ocho años revivo mi entera existencia, desde la tierna juventud hasta el día de hoy. Mis huesos se secan, mi sangre se coagula y, devorado por el fuego de los remordimientos, caigo gritando: «¡Piedad, piedad!» y renuncio a justificarme ante el Padre Eterno, y dejo de acusar al prójimo…

Cuando recobré el conocimiento, me encontré en la rue du Luxembourg; a través de la reja vi reverdecer el jardín y, detrás de los setos y los árboles, oí un coro de burlonas risotadas que me saludaba.

Bajando por la rue Bonaparte, me siento como si me flagelaran, y la vergüenza despierta en mí la cólera y el instinto de rebelión. ¡He pecado, es cierto, y he sido castigado por ello! ¿No es suficiente? ¿No basta para borrar las pruebas del encerado? El buen padre sabe perdonar después de haber castigado, y conozco a algunos que saben perdonar sin exigir diente por diente y ojo por ojo; conozco a algunos que no castigan jamás sino con dulces palabras, y una vez aclarado un asunto, no hablan más de ello. ¡Pero jamás he visto a ninguno llevar un registro de los pecados y pecadillos de sus hijos!

Entonces se reaviva el espíritu de rebelión y me habla el sentimiento de dignidad humana y divina: «Oh débil, has caído, te has envilecido negándole a tu yo las mismas justificaciones que has reconocido a los demás. En esto precisamente radica la lucha por la vida: ¡en renunciar a la tentación de someterse a los demás, puesto que desde el momento en que actúas así, te eriges en juez del dueño y señor de tu destino, y te humillas delante del de los demás!» Si yo

reinase, odiaría al rebelde, pero no podría dejar de tener por él más consideración que por aquel que se somete. La presencia de ánimo es hermosa y la belleza es divina. Me inclinaré ante un Dios, el más sabio, el más hermoso, el mejor, pero no tengo derecho a arrodillarme ante hombres miserables y viles como yo. Siempre he venerado a los grandes espíritus, y es una falsedad afirmar que carezco de la capacidad para admirar, por más que sea superior a mis fuerzas el admirar lo que es pequeño. Siempre he venerado abiertamente a hombres como Linneo, que vio a Dios, a Bernardin de Saint-Pierre, a Balzac, a Swedenborg, o a Nietzsche que, titán enfrentado a titanes, tuvo las caderas y los lóbulos cerebrales paralizados… Pero sé muy bien que los dioses del tiempo han querido forzarme a que me postrase de rodillas ante todo lo que era pequeño, sobre todo ante todo lo que era inferior, física, moral e intelectualmente débil. Pero yo no he sido un tirano, sino al contrario, siempre he estado del lado de aquellos que defendían la causa de los oprimidos, de aquellos que combatían por su liberación, porque entonces no comprendía aún que estaban en el lugar en el que la Providencia los había puesto. Ignoro si era con el fin de mostrarme las consecuencias de esta guerra de esclavos, pero el destino me ha puesto siempre en manos de algún alma de esclavo que se ha convertido en mi amo, y que me ha pisoteado con sus pezuñas o botines; siempre me he visto obligado a llevar paja y tejas por cuenta de algún egipcio ignorante, ya fuese hombre o mujer, que me chupaba la sangre y me daba sus sobras para comer. Convertido finalmente en sabio después de tales amaestramientos, rompí las cadenas y no me quedó entonces más que la libertad del desierto, donde a decir verdad no me fueron ofrecidos ni codornices ni maná. ¡Fui condenado a la soledad, y cada vez que buscaba a alguien a quien hablar, me mandaban a un egipcio para que me escupiera en la cara, a un hombre inculto para hacerme saber cuánto más informado está el ignorante, a un incapaz presuntuoso para acusarme de ser el más vanidoso, a un lujurioso para predicarme lo que es la virtud! ¿Quién me persigue, quién me

humilla más de lo que son humillados los demás? Si es el sabio, sabe que yo era menos soberbio y que no me enorgullecía más que por cuenta de Aquél de quien me consideraba portavoz, y él conoce perfectamente la maldad de los hombres que, haga lo que haga, siempre están dispuestos a acusarme. Si digo que hablo de mí mismo, me hago culpable de orgullo, y si digo que soy el portavoz de Dios, me hago culpable de blasfemia… Si todos los hombres son iguales, ¿por qué ha dispuesto la Providencia las clases sociales con arreglo a una jerarquía, en la que una vive mejor que la otra y tiene derecho a mandar a sus subordinados, quienes a su vez tienen el deber de someterse a esas autoridades humanas? ¿Por qué algunos son llamados al poder y a la gloria, mientras que otros son condenados a comportarse como fieles y obedientes admiradores? ¿Acaso esto es igualdad y demuestra que han sido creados todos iguales? No, yo no consigo ver ninguna ley de igualdad, ni en el orden de la naturaleza, donde el caballo de raza posee un nombre y un carácter, *pedigree* y servidores, come en comederos de mármol y lleva una gualdrapa de alpaca, mientras que el caballo de tiro arrastra los carros de la limpieza urbana; ni tampoco en el orden social, donde hasta el albañil tiene un aprendiz al que poder maltratar. ¡Y sin embargo me veo obligado, contra el orden divino y humano, a reconocer un hecho que puede verse refutado en cualquier momento del día, un hecho incluso inexistente! ¿Está, pues, Dios dividido, o son sus sátrapas los que están en guerra entre sí? ¿No será cualquier época de este mundo el reflejo de cuanto acontece en las alturas? ¿También allí habrá partidos, con agitadores demócratas y ambiciosos? Por momentos diríase que sí, dadas las numerosas voces que hablan al mismo tiempo: el adalid del pueblo capta mensajes del cielo, y lleva entonces a las masas, con sagrado ardor, hacia el asesinato y el incendio, consiguiéndolo a veces, como si se encontrase bajo una poderosa protección; o bien el destructor y el dominador del pueblo lleva a sus ciegas hordas contra las masas, invocando la protección del cielo, ¡y su empresa se ve coronada por el éxito como si, efectivamente,

otras potencias le hubiesen conducido a la victoria! ¡Ay de los hijos de los hombres cuando los Reinos y las Dominaciones disputan entre sí! Cuando las voces de los invisibles exigen obediencia, conviene prestar mucha atención y saber elegir el recto camino, porque la razón siempre está del lado del vencedor. ¿Será el fin del mundo que está próximo o ha llegado ya, ahora mismo? ¿No lucharán acaso todas las potencias divinas despertadas, más allá de las nubes, para conquistar el poder? Pan se encontró por un momento en la cúspide, y parecía que fuera a reinar; ¡Iahvé protegió al pueblo elegido, y Cristo no abandonó a sus fieles; Alá demostró no mucho después que podía vencer a los Olímpicos en las Termopilas; y Buda avanza con tal violencia como para amenazar seriamente al Nazareno! ¡Ay de los hijos de los hombres cuando los todopoderosos combaten entre sí! ¡Todos invocan al Único y Verdadero Dios, pero nadie sabe decirme quién es! ¿Es Él quien juega con el trueno y el torbellino de viento? Pero también Zeus y Thor los manejaban; los teósofos juran que los invisibles, allí, en la Alta Asia, saben jugar con estas fuerzas de la naturaleza, como, según parece, supieron hacer Iahvé, Osiris y los brujos. Todos piden señales y milagros, y las señales y los milagros existen, pero nadie sabe quién los hace, pues las potencias negras son tan sabias en magia como las blancas. ¿Qué Señor habla tan tonantemente a los pueblos en los presentes tiempos? O bien, ¿quién es mi Señor? ¿Acaso una hormiga humana no tiene derecho a saber a quién debe servir, y a quién debe obedecer, y cómo, antes de ser expulsada por desobediencia? ¡Cuántas veces no he gritado yo al desconocido que hable más claro y, cuando al final me respondía, lo hacía por medio de un rayo de sol, un trueno o una gota de agua! ¡El señor de las fuerzas de la naturaleza! Pues bien, sea, pero no es así cómo debía conferirme un espíritu nuevo, purificarme de los deseos, del odio, del orgullo…

Así gira y gira el eterno molino de los pecados; las mismas acusaciones, las mismas defensas. Sísifo que hace rodar su piedra,

las danaides que derraman el agua con sus jofainas: ¡en verdad se diría que los castigos son eternos!

De vuelta a mi celda, descubro que no son más que las nueve y abro la Biblia para encontrar la luz y la calma. Pero cuando en los salmos de David llego a las horribles maldiciones que éste lanza contra sus enemigos con sus oraciones, me veo incapaz de seguir: no tengo más que un enemigo, yo mismo, y no les falta razón a los demás para hacerme sufrir, y siempre es por mi propio bien, y acabo de aprender que hay que perdonar a los enemigos propios: ¡los teósofos me han enseñado incluso que la oración no es más que pura magia negra, y que pedir en una plegaria que caiga la condenación sobre los enemigos propios no es sino sortilegio o hechicería, que en otros tiempos se castigaba con la hoguera! Mi viejo amigo Job ya no me consuela, pues, por un lado, no encuentro entre mis conocidos a ningún hombre justo y, por otro, su crítica al proceder del Padre Eterno me parece no menos blasfema que mis discursos y mis pensamientos de rebelión.

Me arrojo entonces sobre el Nuevo Testamento y caigo sobre san Pablo, que como yo fue un Saúl, y que por tanto tendría muchas cosas que decirme. Encuentro en él algunos de mis defectos, pero no es por eso por lo que le he buscado: y *sigo* sin comprender cómo se puede tener el valor de sermonear y de condenar a los demás a Satanás, cuando uno está metido hasta las cejas en el lodazal del pecado. Su celo le vuelve pueril y, en un primer momento, simpático, como cuando comienza con esta confesión una epístola a los Corintios: «Yo, pues, el mismo Pablo, que presente soy humilde entre vosotros, pero ausente soy atrevido con vosotros.» No puedo escuchar sus palabras como procedentes de Dios, pues posee todas las flaquezas que yo, con su ayuda, quisiera superar. Ni tampoco permanecer humilde cuando mi maestro escribe dos largas epístolas para gloriarse: «Pero yo creo que en nada soy inferior a esos preclaros apóstoles.» O bien: «Una vez más os digo que nadie me tenga por insensato, y en todo caso, toleradme como insensato, permitiéndome que un poco me gloríe.» Luego enumera todos sus

sufrimientos (como yo, aunque haya finalmente comprendido que mis sufrimientos me los tenía bien merecidos). «¿Sois ministros de Cristo? Hablando locamente, yo más; en trabajos, más; en prisiones, más; en azotes, mucho más; en peligros de muerte, muchas veces. Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con vara, una vez fui apedreado», etcétera.

Aquí encuentro mis pecados predilectos y, lo que es peor aún, su justificación. «He hecho el loco; vosotros me habéis obligado. Porque necesitaba ser recomendado de vosotros, pues en nada fui inferior a los más eximios apóstoles, aunque nada soy.» Las últimas palabras revelan lo que de increíblemente falso hay en esta tan ensalzada humildad de cuyo orgullo se envanece, y ellas han encendido de nuevo en mí esta aversión, que ya sentí en mi juventud, por san Pablo, hacia ese profeta de los charlatanes, que tan bien han sabido imitar su estilo. Dejé al discípulo para escuchar las sabias palabras del propio Maestro. Pero no sé qué demonio, esta noche en que estoy solo y abatido, vuelve las páginas y perturba quizá mi vista, de manera que el libro que tiene respuesta y penitencia para todo no hace sino burlarse de mí y herirme el rostro. Cuando llego al pasaje en que Cristo absuelve a la mujer adúltera, siento las insondables dudas reemerger del reino de los muertos. Fue en 1872 cuando en mi drama de juventud *Maese Olof* hice que el reformador absolviese a la mujer pública María Magdalena, empleando casi las mismas palabras. ¿Y qué sucedió? Pues una catarata de exenciones de todos los deberes morales que se extendió de la literatura a la sociedad corrompiéndolo todo: familia, costumbres, honor, fe. Y esta liberación, basada en un noble esfuerzo de humanidad y que obedecía a las palabras de Cristo: no juzgarás, ¡es desaprobada ahora por las potencias, que castigan a los libertadores con el miedo y con nuevos sufrimientos! ¡Los sucesores de Cristo! No, ni siquiera la Biblia, ni Cristo, ni la humanidad… nada.

¡Ahora, me derrumbo por completo! Privado de la compañía de los hombres, sin saber por qué, habiendo perdido el interés que sentía por las ciencias y que en otro tiempo me mantenía con vida por lo que había de grande en descifrar los enigmas, desprovisto del consuelo de la religión porque su enseñanza es mala y falsa, no me queda otra cosa que contemplar la concha vacía de un yo sin contenido. Sentado en mi silla, mirando el cielo estrellado por mi ventana enrejada, no pienso en nada, no siento nada, no sueño con nada. Comienzo por fin a preguntarme cómo será el sonido de mi voz, cuando, al cabo de tres semanas de silencio, la oiga de nuevo. Aspiro hasta tal punto a la compañía de un ser humano, que podrían entrarme tentaciones de buscar incluso las más antipáticas, que sólo con abrir la boca me hieren. Medito sobre la cuestión: a saber, si este aislamiento no tendrá por finalidad enseñarme que todos los hombres se necesitan mutuamente, por más que sepa que las malas compañías deben evitarse y que mucha gente ha tenido más necesidad de mí que yo de ellos. Cuando miro el reloj de péndulo no son más que las nueve y media, y no me atrevo a meterme en la cama antes de las diez, pues sé que pasaría una mala noche. Yo, que toda mi vida he esperado que llegara lo que deseaba, me quedo ahora sentado esperando que pase media hora. No puedo leer, pues apenas abro un libro, tengo la impresión de que ya lo sé todo. Nada me interesa, nada me causa placer, nada me hace daño. Tengo más de mil francos en el bolsillo, pero es como si carecieran de valor, pues no tengo ganas de nada. En otro tiempo, y siempre que tenía poco dinero, rebosaba de deseos: libros, instrumental, el pago de las deudas y estas ganas de algo daban interés a la vida, había una expectativa, una prolongación de la voluntad hacia el porvenir, que era un ancla sin ser una amarra.

Finalmente son las diez. Tras mis abluciones habituales, me acuesto y me duermo en seguida, mortalmente cansado de mi ociosidad y de mi tedio.

El día siguiente es parecido al anterior hasta las seis de la tarde. Entonces llaman a la puerta y entra el pintor americano, que en mi libro *Inferno* he identificado con Francis Schlatter.

Como nos separamos con indiferencia, sin amistad, pero tampoco enemistad, el encuentro es bastante cordial. Observo que el hombre está considerablemente cambiado. Su cuerpo me parece algo más menudo de lo que yo recordaba; su expresión, más seria, y no consigo hacerle tomarse a risa como antes los sinsabores de la vida y los sufrimientos padecidos, que tan fácilmente soportables parecen una vez pasados. Pero él me trata también con unos miramientos sorprendentes, que contrastan con la vieja camaradería. De todos modos, el encuentro actúa sobre mí como un estimulante, porque por una parte puedo por fin hablar con una persona que comprende cada una de mis palabras, y por otra parte me vincula a un período de mi vida que coincide con mi pleno desarrollo, en el que vivía intensamente, creía en las cosas y me enriquecía. Me veo proyectado dos años atrás y me dan ganas de entregarme a la buena vida, de pasarme la mitad de la noche en las terrazas de los cafés, bebiendo y charlando agradablemente. Acordamos ir a cenar a Montmartre, y nos ponemos en camino. Los ruidos de la calle demoran un poco el curso de la conversación y observo en mí una dificultad inhabitual para escuchar y comprender.

Al comienzo de la avenue de l'Opéra, la multitud es tan densa que nos vemos separados sin cesar por la gente que se cruza con nosotros. Un hombre que lleva una carga de algodón en rama choca con mi amigo, que se queda blanco. Con la cabeza llena de los símbolos de Swedenborg, buceo en mis recuerdos para saber qué puede «querer decir» eso, pero únicamente me acuerdo de que, cuando se abrió la tumba de Napoleón en Santa Helena, su cuerpo estaba cubierto de una pelusilla blanca.

En la rue de la Chaussée-d'Antin estoy ya tan fatigado y nervioso que decidimos tomar un coche. Dado que es hora de cenar, la calle se halla muy concurrida, y tras un recorrido de algunos minutos el

coche se detiene bruscamente. En ese mismo momento recibo un golpe en la espalda, que me hace levantar, siento un resuello húmedo y cálido en la nuca, y al volverme veo delante de mí tres blancas cabezas de caballo y un ómnibus con un cochero gritando en el pescante, cosa que me deprime, y me pregunto si no será un aviso.

Bajamos en la place Pigalle y cenamos. Reencuentro aquí los recuerdos de mi primera estancia en París en los años setenta, cuando era joven, pero esto me pone melancólico, ya que los cambios son grandes. Mi hotel en la rue Dounai no existe ya. El Chat Noir, que fue abierto por aquel entonces, está cerrado, y Rodolphe Salis ha sido enterrado este mismo año. El Café de l'Ermitage no es más que un recuerdo y el Tambourin ha cambiado de nombre y de carácter. Los amigos de entonces están muertos, casados, dispersos, y los suecos se han instalado en Montparnasse. Entonces me doy cuenta de que ya soy viejo.

La cena es menos alegre de lo previsto. El vino es de tan pésima calidad que produce un efecto deprimente. He perdido la costumbre de escuchar y de hablar hasta tal punto que nuestra conversación resulta áspera y fatigosa. Para recuperar algo de la atmósfera de otro tiempo, tomamos el café en la terraza de una acera, pero nuestras esperanzas se ven defraudadas, y muy pronto se hace un silencio horrible, signo premonitorio de que tenemos ganas de separarnos.

Luchamos un buen rato contra nuestra incomodidad creciente, pero en vano. A las nueve estamos ya fuera y, adivinando mi estado de ánimo, mi compañero se va por su lado con la excusa de una cita. Solo, siento de repente un alivio indescriptible; el malestar se desvanece, el dolor de cabeza desaparece y tengo la impresión de que mis circunvoluciones cerebrales y mi tejido nervioso se habían enmarañado con los de otro, y que comienzan a recuperar su orden natural. En verdad, la soledad ha vuelto mi persona tan sensible que no soporto ya el contacto con ningún fluido ajeno. Tranquilo, pero con una ilusión menos, regreso a casa feliz de volver a encontrarme

en mi celda; pero apenas entrar, me doy cuenta de que algo ha cambiado en la habitación, que no es la misma, y que el malestar se ha instalado en ella.

Muebles y *bibelots* siguen en su sitio, pero me causan una impresión extraña: alguien ha venido y ha dejado alguna cosa. Me siento incómodo.

Al día siguiente noto el cambio, y he de salir para ver gente, pero sin resultado. El tercer día voy, tal como convenimos, a casa de mi amigo artista para ver sus aguafuertes. Vive en el Marais. Le pregunto al portero si está en casa. Sí, está, pero en ese momento se encuentra en el café, con su mujer. Como no tengo nada de que hablar con ella, me largo.

Al día siguiente vuelvo de nuevo al Marais y, dado que el hombre está en casa, comienzo a subir los seis pisos. Una vez subidos tres tramos que giran, estrechos cual escaleras de caracol dentro de un tubo, me acuerdo de un sueño y de una realidad. El sueño, recurrente, trata de una de estas estrechas escaleras de caracol, por la que trepo hasta que me ahogo, ya que la escalera se vuelve cada vez más angosta. La primera vez que este sueño volvió a mi mente fue en la torre de Putbus, y descendí al instante.

Y ahora heme aquí, angustiado, jadeante, con el corazón palpitándome, pero decidido a seguir subiendo. Tras encaminarme hacia arriba, entro en el estudio y encuentro a mi amigo con su mujer. Cuando llevo sentado cinco minutos, siento un dolor en la nuca y digo:

—Amigo mío, parece que no tengo derecho a verte, pues tus escaleras resultan matadoras para mí. Tengo la clara impresión de que si vuelvo a subirlas de nuevo no lo cuento.

Él me responde:

—Y, sin embargo, hace poco fuiste a Montmartre y subiste las escaleras del Sacré-Coeur.

—Sí, es extrañísimo.

—Bueno —replicó—, ya vendré yo a verte y cenaremos juntos por la noche.

En efecto, al día siguiente cenamos juntos y disfrutamos de ese buen humor que uno busca en la mesa. Nos tratamos con respeto, evitamos decir cosas desagradables, descubrimos afinidades, el uno adopta el punto de vista del otro y tenemos la ilusión de estar de acuerdo en todo. Tras la cena, en vista de que la noche es tibia, continuamos la conversación y, cruzando el río, nos dirigimos hacia el bulevar, cambiando de acera y de mesa, hasta que, al llegar al Café du Cardenal, estamos ya completamente eufóricos. Es ya medianoche, pero nosotros estamos todo menos cansados, y comienzan esas horas maravillosas en que el alma se desprende de su envoltura y los recursos espirituales reservados a los sueños son consumidos en concepciones claras y vivas, y en penetrantes observaciones que rastrean el pasado y el futuro. Durante estas horas de la noche, mi espíritu parece mantenerse por encima y fuera del cuerpo, que permanece sentado como una persona ajena a mí. Beber no tiene mayor importancia y sólo sirve para ahuyentar el sueño, y tal vez también para abrir las esclusas de la memoria, que dejan pasar toda la inmensa materia de mi vida, de la que puedo en cada momento tomar hechos, fechas, escenas, frases. Ésta es la alegría y el sentimiento de poder que me inspira la ebriedad, pero un ocultista, un hombre religioso, me dijo que es también pecado, porque es como tomar un anticipo de la dicha eterna, que consiste precisamente en liberar el alma del cuerpo, y es por ello por lo que a esta usurpación le siguen el día después terribles sufrimientos, que deben de asemejarse a las penas del infierno. Sin embargo, comenzamos a inquietarnos por las señales de cierre de los cafés de los bulevares y, como no quiero acabar aún, dejo caer el nombre de Baratte y mi amigo se muestra al instante de acuerdo.

El Café Baratte, cerca de Les Halles, siempre ha ejercido sobre mí una atracción maravillosa, sin que sepa muy bien por qué. Puede ser por hallarse próximo a Les Halles. Cuando anochece en los bulevares, amanece en Les Halles, donde por lo demás es de día durante toda la noche. La triste noche, con su ociosidad obligada y

sus sueños sombríos, no existe allí. El espíritu que se ha embriagado en mundos inmateriales, siente deseos de descender en medio de la comida y del fango, del pecado y del ruido. Ese olor a pescado, a carne y a verduras, y los detritos sobre los que uno anda hacen el efecto en mí de un magnífico contraste con los elevados asuntos que acaban de ser tratados. Es el barro del que somos creados y recreados tres veces al día; y cuando se emerge de la semioscuridad, de la suciedad, de las caras repulsivas, y se entra en el acogedor café, uno se ve saludado por la luz, por el calor, por los cantos, las mandolinas y las guitarras. Encontramos allí prostitutas y sus acompañantes, pero a esta hora cualquier diferencia de clase desaparece. Y en las largas mesas hay artistas, estudiantes, escritores entremezclados, soñando despiertos, ¿o acaso han escapado al triste sueño que ha dejado de visitarles? No es una verdadera alegría la que aquí reina, sino una especie de tranquila narcosis, y para mí es como entrar en el reino de las sombras, donde la vida espectral es algo sólo semirreal. Conozco a un escritor que tenía la costumbre de venir a trabajar aquí por la noche. He visto aquí a extranjeros, vestidos como si viniesen de una espléndida cena en los barrios altos del Pare Monceau. He visto entre la gente a un hombre, que parecía un embajador extranjero, levantarse y ponerse a cantar un solo. He visto a personas que parecían príncipes y princesas disfrazados tomando champán, de modo que no consigo discernir si cuantos recalan aquí son verdaderos mortales o «cuerpos astrales» de durmientes, que han salido y vienen a provocar la alucinación de ser clientes sentados, medio dormidos. Lo extraño es que no reina ninguna grosería entre esta compañía apretujada en este estrecho local. La tristeza del insomnio atenúa y confiere un cierto calor melancólico a todo cuanto aquí sucede. Las canciones que se oyen son sobre todo sentimentales, y la languidez de la guitarra mitiga las punzadas que la aguda y vibrante mandolina, de cuerdas metálicas, inflige a los músculos del corazón…

De repente, me acuerdo de una noche, dos años atrás, con el mismo amigo en este café. Habíamos discutido sobre los poderes ocultos del alma y yo negué por varias razones la importancia del cerebro como máquina pensante.

—Pero si es un simple amasijo de sesos o una glándula. ¿No me crees? ¡Venga, vamos a comprar uno!

Bajamos a Les Halles, en busca de un cerebro. Nos indicaron un establecimiento, entre pasillos y arcos. Llegamos por fin a una sala adornada con cuerpos sanguinolentos y vísceras. Chapoteando entre la sangre, llegamos a la sección reservada a los cerebros. Unos hombres cubiertos de sangre, con unos mazos y unos cuchillos en idéntico estado, estaban golpeando cabezas de animales cortadas para hacer estallar el cráneo y poder sacar el cerebro. Compramos uno y volvimos a salir a la luz, pero la horrible escena nos persiguió hasta la mesita del café donde fue exhibida la supuesta máquina pensante.

¡Pero esta noche, tras mi larga cura de soledad, me encuentro tan bien entre la multitud que desprende calor y simpatía! Por primera vez me domina una compasión sentimental hacia estas pobres mujeres desdichadas de la noche. Y al lado de nuestra mesa hay una media docena de ellas, solas, tristes, que no han pedido nada. Son en su mayoría feas, tiradas, y sin duda no cuentan con medios para pagarse una consumición. Le propongo a mi amigo, cuyas intenciones son tan desinteresadas como las mías, invitar a dos de ellas, entre las más feas, a nuestra mesa. ¡Aceptado! Y yo las invito preguntándoles si quieren tomar algo, y añadiendo: ¡pero sin hacerse ilusiones y, sobre todo, comportándose de forma correcta!

Ambas ponen cara de comprender su papel y en primer lugar piden de comer. Mi amigo y yo seguimos nuestra charla filosófica en alemán, dedicando de vez en cuando alguna palabra a nuestras damas, que no son exigentes y parecen más necesitadas de comida que de cumplidos.

Un pensamiento me asalta: «¿Y si algún conocido te viese en este momento?» Sí, sé lo que diría y también lo que yo le contestaría: «Me habéis expulsado de la sociedad, me habéis condenado a la soledad, y me veo obligado a comprar la compañía de los hombres, de los parias, de los excluidos como yo, que tienen hambre como yo la he tenido. Mi única alegría es ver a estas personas excluidas presumir de una conquista que no es tal, verlas comer y beber, oír sus voces, que han sido sin embargo voces de mujer… Y que no he pagado de ningún modo, ni tan siquiera sermoneándolas.»

Simplemente me siento bien encontrándome en compañía de seres humanos y pudiendo hacerles partícipes de la abundancia de la que yo disfruto por el momento; digo por el momento porque dentro de un mes podría ser tan pobre como ellos…

Se ha hecho de día; el reloj señala las cinco, y nos vamos; pero en ese momento, mi dama me pide quince francos por haberme hecho compañía, cosa comprensible desde su punto de vista, porque, aparte de la comida, ella no ha sacado el menor provecho de mi compañía, así como tampoco la protección que habría podido brindarle contra la policía. Lo cual no contribuye ciertamente a aumentar el respeto que siento por mí mismo, sino muy al contrario…

Sin embargo, vuelvo a casa con la conciencia tranquila tras una noche bien empleada, duermo hasta las diez, y me despierto fresco y totalmente dispuesto a pasar el resto de la jornada trabajando y meditando. Pero por la noche tengo uno de esos horribles ataques que Swedenborg describe en *Sueños*. Éste es, pues, el castigo. ¿Por qué? Porque el que «come y bebe con prostitutas y publicanos mientras Juan camina por el desierto…» Con prostitutas, porque no ha encontrado otra compañía… No comprendo ya nada; creía que era una nueva lección de humildad, que debía aprender que todos los hombres vienen a ser lo mismo, y me había imaginado verdaderamente por un momento que mi conducta en aquel café durante la noche había sido más la de un amigo de los hombres que

la de un disoluto, o que al menos desde el punto de vista moral era indiferente.

Los días siguientes me siento muy angustiado, y una tarde me preparo para una noche terrible. Hacia las nueve tengo delante el *De natura deorum* de Cicerón y me quedo tan fascinado por la teoría de Aristóteles, según la cual los dioses no conocen nuestro mundo y se mancillarían si se mezclaran con su suciedad, que decido copiarla. Mientras lo hago, advierto un rastro de sangre en el dorso de mi mano derecha, sin ninguna razón aparente. Y cuando me seco la sangre no veo ni rastro de herida. Pero ahuyento de mí este pensamiento y me meto en la cama. Hacia las diez y media me despierta el síntoma perfectamente desarrollado de lo que yo he dado en llamar cinturón eléctrico. Aunque conozco su naturaleza y sentido, me veo inmediatamente obligado a buscar su origen fuera de mí; pienso, ¡aquí están! ¿Quiénes? Me dominé y encendí la luz. Como tenía la Biblia al alcance de mi mano, decidí consultarla; su respuesta fue la siguiente:

> Yo te enseñaré y te instruiré en el camino que debes seguir; seré tu consejero y estarán mis ojos sobre ti. No seas sin entendimiento, como el caballo y el mulo: con la brida y el freno hay que sujetar su ímpetu…

Esto era una respuesta, y me vuelvo a dormir tranquilizado por la idea de que no se trata de hombres malvados sino que es una potencia benévola la que me habla, aunque de modo poco claro.

Tras haberme calmado gracias a algunos días de soledad, salí de nuevo una noche con el americano y un joven francés que corrige mis manuscritos. Fue una velada un tanto aburrida y regresé poco después de medianoche, con mala conciencia, porque, llevado por una animada conversación, me vi obligado a hablar mal de alguien ausente. Lo que dije era para defenderme de un mentiroso y era la pura verdad. A las dos me despierto y oigo a alguien armar ruido en la habitación de encima, luego le oigo bajar la escalera y

entrar en la habitación contigua a la mía. Así pues, la misma maniobra que en el Hôtel Orfila. ¿Estoy siendo vigilado? Si no, ¿quién ocuparía dos habitaciones en el hotel donde me hospedo, una encima de la mía y la otra al lado? Viví la misma historia en este hotel, en el mes de septiembre, cuando me alojaba en el tercer piso. No puede ser, pues, una simple coincidencia. Si mi mentor invisible quiere ahora castigarme, como es probable, se ha vuelto muy refinado dejándome en la incertidumbre de saber si me persiguen unos hombres o no. Aun teniendo ahora la plena certeza de que nadie me persigue, me veo atrapado de nuevo en las antiguas obsesiones: hay alguien. Y cuando me hago la pregunta de quién puede ser, vuelve a empezar la ronda de las suposiciones, rechazada por mi conciencia, que me inculpa incluso cuando he actuado con la única intención de defenderme y de rechazar unas acusaciones injustas. Me siento como si estuviera atado, con las manos tras la espalda, a un palo, y todos los paseantes tuvieran derecho a escupirme a la cara impunemente, mientras que si yo respondo escupiendo a mi vez, soy fustigado, estrangulado, perseguido por las furias. ¡El mundo entero, hasta el último de los desalmados, tiene razón contra mí! ¡Con sólo que pudiera saber por qué! La táctica recuerda a tal punto a la de las mujeres, que no puedo dejar de sospechar de ellas. En efecto, si una mujer ha causado mal durante años y años a un hombre que, por generosidad innata, no ha alzado la mano para defenderse, y finalmente éste se sacude como cuando se espanta una mosca, la mujer se pone a lanzar gritos, llama a la policía y se lamenta: «¡Se defiende!» O también cuando en la escuela un maestro poco razonable acusa injustamente a un alumno, y éste trata de defenderse, por su sentido de la justicia que siente lesionado. ¿Qué hace entonces el maestro? Pasa al castigo físico, gritando: «¡Ah, así que encima replicas!»

¡Yo he replicado! ¡Y es por esto por lo que soy torturado! Y las torturas llevan durando desde hace ocho noches. El resultado es que mi humor se ensombrece y me vuelvo intratable. Mi amigo

americano se cansa, y poco a poco se retira y, cuando comienza a cenar en su casa, en poco tiempo me vuelvo a encontrar solo. Pero no es únicamente un mutuo cansancio lo que nos ha separado esta segunda vez; en realidad, ambos hemos notado que durante nuestro último encuentro han sucedido cosas extrañas, que sólo pueden ser atribuidas a la intervención de potencias conscientes, las cuales han tratado de provocar nuestro cansancio. Este hombre, que ignora casi todo de mi pasado, la última vez parecía que quisiera herirme en todos mis puntos flacos, y se hubiera dicho al corriente de mis pensamientos y de mis intenciones más secretas, que sin embargo sólo yo conozco. Y cuando le comuniqué esta observación, fue como si hubiera tenido una iluminación.

—¡Parece cosa del diablo! —exclamó—. Algo presentía yo, porque aquella noche no podías abrir la boca sin herirme en lo más vivo, mientras que yo veía en tu rostro tranquilo y de expresión amigable que no te movía a hacerlo ninguna mala intención.

Tratamos de resistir. Pero durante tres días seguidos hizo en vano el camino hasta mi casa. Yo no estaba, y tampoco en el restaurante donde como normalmente. ¡Por ninguna parte!

Así, la soledad cae sobre mí como una densa tiniebla. Se acerca la Navidad, y la nostalgia de una casa y de una familia me pesa. La existencia se vuelve para mí insoportable y termino naturalmente por mirar hacia las cosas superiores. Compro la *Imitación de Cristo* y la leo.

No es la primera vez que me encuentro este libro maravilloso en mi camino, pero en esta ocasión el terreno está abonado. Morir para este mundo, pero siguiendo con vida, morir para este despreciable, aburrido, sucio mundo, he aquí el tema. Y el desconocido autor posee la rara cualidad de no sermonear ni amenazar, y sabe en cambio hablar a todos, de forma amable y convincente, lógica y seductora. Habla como si nuestros padecimientos no fueran castigos sino pruebas, y así excita el deseo de soportarlos con valentía.

He aquí de nuevo a Jesús, esta vez no Cristo, que se acerca a mí lento pero seguro, como si llegase con sandalias de terciopelo. Y las exposiciones de Navidad de la rue Bonaparte aportan su contribución a ello. ¡Allí está el Niño Jesús en el pesebre, el Niño Jesús con el manto real y la corona, el Niño Salvador en los brazos de la Virgen, el Niño que juega y está en la cruz! ¡En definitiva, el Niño! Esto lo comprendo. El Dios que ha escuchado por tanto tiempo a los hombres quejarse de la miseria de la vida en la tierra, que finalmente decide descender, nacer y vivir, para ver cuán difícil es hacer frente a una existencia humana. ¡A éste le comprendo!

Un sábado por la mañana pasé por delante de la iglesia de Saint-Germain-l’Auxerrois. Este edificio siempre me ha atraído mucho porque tiene un aspecto de lo más recoleto. El pórtico con sus pinturas invita a entrar, y las dimensiones son tan pequeñas que uno no se siente anulado ni insignificante.

Cruzada la puerta, me encontré en la semioscuridad con la música de órgano, las imágenes de colores y las luces. Cada vez que entro en una iglesia católica me detengo en la puerta y me siento incómodo, inquieto, rechazado. Cuando el gigantesco pertiguero se acerca con su larga vara, me siento culpable y tengo la impresión de que quiere expulsarme como a un hereje. Aquí en Saint-Germain-l’Auxerrois siento angustia, pues recuerdo que en esta torre la campana se puso a tocar, sin una razón determinada, la noche de san Bartolomé, a eso de las dos. (¡Las dos de la noche!) Hoy más que nunca me inquieta mi condición de hugonote, pues hace dos días leí en el *Osservatore Romano* las felicitaciones dirigidas por el clero católico a los perseguidores de los judíos en Rusia y en Hungría, y una comparación elocuente con las grandes jornadas que siguieron a la Noche de San Bartolomé, de las que el autor hacía votos para una pronta repetición.

El órgano, invisible, toca notas, armonías nunca oídas por mí, pero de las que me parece guardar un vago recuerdo; recuerdos de los tiempos de mis antepasados o de días más lejanos aún. ¿De dónde habrá sacado esto el compositor?, me he preguntado

siempre al oír la gran música. Ni de la naturaleza ni de la vida, ya que no existen modelos como para el resto de las artes. Entonces no me queda otra solución que figurarme su música como recuerdos de un estado hacia el cual todo ser humano, en sus momentos mejores, siente deseos de volver, y en el mismo sentimiento de la privación debe de esconderse la conciencia oscura de algo que nos falta y que en otro tiempo poseímos.

Hay seis cirios encendidos sobre el altar: el sacerdote, de blanco, rojo y oro, no dice nada, pero sus manos se entregan a los revoloteos llenos de gracia de una mariposa, sobre un libro. Detrás de él aparecen dos niños vestidos de blanco que se arrodillan.

Suena una campanilla. El sacerdote se lava las manos y se prepara para una acción que ignoro. Algo extraño, hermoso, elevado sucede entre el oro y el incienso y los cirios…, y aunque no comprendo nada, siento una veneración y un temor inexplicables, y me invade un sentimiento: esto lo has vivido ya y has participado de ello en otro tiempo…

Luego sobreviene la sensación de vergüenza del pagano, del excluido que no se encuentra aquí en su casa. Y entonces, toda la verdad se me aparece clara: el protestante no tiene religión, puesto que el protestantismo es librepensamiento, rebelión, división, dogmatismo, teología, herejía. Y el protestante es un proscrito. Es la excomunión, la maldición que pesa sobre nosotros y nos vuelve insatisfechos, tristes y errantes. En este punto siento la excomunión y comprendo por qué el vencedor de Lützen «cayó por sus propias acciones» y por qué su propia hija renegó de él, comprendo por qué la protestante Alemania fue devastada, mientras que la católica Austria no fue tocada. ¿Y qué hemos ganado nosotros con ello? La libertad de vernos marginados de la comunidad, la libertad de sembrar discordia y de dividir, para acabar luego sin confesión.

Los fieles salen a oleadas, como un rebaño, y yo me quedo solo, soportando esas miradas que me parecen de reproche. Cerca de la puerta se está a oscuras, pero veo a todos los que salen tocar el agua de la pila bautismal y persignarse y, dado que lo hacen delante

de mí, diríase que todos se santiguan por haberme visto, y sé lo que esto significa, desde que en Austria me ocurriera la misma aventura: advertí, en efecto, que los viandantes hacían la señal de la cruz a la vista del protestante que yo era.

Cuando finalmente me quedo solo, me acerco a la pila de agua bendita por curiosidad, o por otra cosa. Está tallada en un mármol amarillo, en forma de concha, y encima hay una cabeza de niño… con alas en la espalda. Y el rostro del niño es un rostro lozano, iluminado por una expresión que sólo se encuentra en los niños de tres años, buenos, hermosos y bien educados. La boca está entreabierta, las comisuras de los labios refrenan una sonrisa: los grandes y espléndidos ojos miran hacia abajo, y se ve al pequeño travieso reflejarse en el agua, pero al resguardo de los párpados, como si supiera que está haciendo algo indebido, sin por otra parte temer al juez, al que sabe que puede desarmar con una simple mirada. Es el niño que lleva aún la impronta de nuestro lejano origen, un destello del superhombre que pertenece aún al cielo. ¡Se puede, por tanto, sonreír al cielo, y no sólo llevar la cruz! ¡Cuántas veces en los momentos de autoacusación, cuando los castigos eternos me parecían realidades objetivas, no hice la pregunta, que muchos encontrarán irreverente!: ¿Puede sonreír Dios? ¿Sonreír ante la locura y la soberbia de las hormigas humanas? Si puede, puede también perdonar.

El rostro del niño me sonríe, me mira a través de los párpados, y la boca entreabierta me dice burlonamente: ¡prueba, el agua no es peligrosa!

Y yo con dos dedos rozo el agua bendita, y su superficie se encrespa ligeramente —como creo que ocurre en la piscina de Betesda—,[39] y acto seguido me llevo la mano de la frente al corazón y de derecha a izquierda, como he visto hacer a mi hija. Pero unos instantes después estoy fuera, porque el pequeño se ha reído, y yo no quisiera decir que sentí vergüenza, aunque deseé que nadie me hubiera visto.

Sobre la puerta de la iglesia hay un anuncio de algo y ¡así me entero de que hoy es Domingo de Adviento! Delante de la iglesia, en medio del terrible frío, hay sentada una anciana dormitando. Deposito silenciosamente una moneda de plata sobre sus rodillas sin que ella lo advierta y, aunque me hubiera gustado verla despertarse, me voy. ¡Qué seguro y poco costoso placer es hacer de intermediario de la Providencia a la hora de satisfacer un deseo, y poder dar de vez en cuando, cuando se ha recibido durante tanto tiempo!

Ahora leo la *Imitación de Cristo* y *El genio del cristianismo* de Chateaubriand. He adoptado la señal de la cruz y llevo una medalla que me dieron en el Sacré-Coeur de Montmartre. Pero la cruz es para mí el símbolo del sufrimiento pacientemente soportado y no la señal de que Cristo sufriera por mí, porque de esto sin duda tendré que ocuparme yo personalmente. Yo mismo he elaborado una teoría: cuando nosotros infieles no quisimos oír hablar más de Cristo, él nos abandonó a nuestra suerte, su *satisfactio vicaria* se terminó y nosotros, ahora, debemos luchar por nosotros mismos con nuestra miseria y nuestro sentimiento de culpa. Swedenborg dice expresamente que la pasión de Cristo en la cruz no fue un acto de expiación sino una prueba que Dios se infligió a sí mismo, una prueba no tanto de dolor como de deshonor.

Al mismo tiempo que a la Imitación de Cristo vuelvo a la *Vera Religio Christiana* de Swedenborg, en dos gruesos volúmenes. Con su omnipotencia que desafía toda oposición me arrastra a su molino gigantesco y comienza a triturarme. En un primer momento dejo el libro de lado diciéndome: esto no tiene nada que ver conmigo. Pero luego lo vuelvo a coger, porque contiene muchas cosas que concuerdan con mis observaciones y experiencias, así como mucha sabiduría terrenal que es de mi interés. Por segunda vez lo dejo de lado, pero no consigo tener paz hasta volver a cogerlo, y lo peor de todo es que, mientras lo leo, tengo la clara sensación de que ésta es la verdad, pero ¡que no la alcanzaré nunca! ¡Nunca! Porque no quiero. Entonces comienzo a rebelarme y me digo: ¡está en un error,

y éste no es más que el espíritu de la mentira! Pero acto seguido me entra el temor de ser yo el que esté en un error.

¿Qué encuentro, así pues, en él, que haya de ser la palabra viva? Encuentro todo el orden de la gracia y el infierno eterno: ¡recuerdos del infierno de la infancia, con su permanente inquietud! Pero ahora he metido la cabeza en la trampa, y he quedado atrapado. Durante todo el día y la mitad de la noche, mis pensamientos giran en torno a esta sola idea: estoy condenado, puesto que entre otras cosas no puedo pronunciar la palabra Jesús, sin añadirle Cristo, lo cual, según Swedenborg, sería el *shibbolets*[40] que pone al descubierto a los demonios.

¡Ahora tengo el entero abismo en mí, y el dulce Cristo de la *Imitación* se ha convertido en el demonio, en el verdugo! Siento intensamente que todo esto seguirá desarrollándose y hará de mí un *pietista*, pero ¡yo no quiero! ¡No quiero!

Han pasado tres días desde que dejara de lado a Swedenborg, pero una noche, mientras estudiaba fisiología de las plantas, me acordé de que había leído algo particularmente ingenioso respecto al lugar que la planta ocupa en la cadena de la creación, precisamente en *Vera Religio Christiana*. Con prudencia me pongo a buscar el célebre pasaje, pero no doy con él y, en cambio, encuentro lo demás: la vocación, la revelación, la santificación, la conversión y, abra por donde abra las páginas, pese a que trato de pasar por encima, la mirada se detiene en los pasajes más espantosos, que impresionan y afectan. Por dos veces hojeo los dos volúmenes, pero el pasaje que busco ha desaparecido. Es un libro embrujado y me gustaría arrojarlo al fuego, pero no me atrevo, porque la noche se acerca y el reloj puede dar las dos… Siento que me estoy convirtiendo en un hipócrita y decido que mañana, con tal de poder dormir en paz esta noche, comenzaré el combate contra este destructor del alma y examinaré minuciosamente sus flaquezas, arrancaré sus espinas de mi corazón a costa de herirlo, y olvidaré que me ha salvado de un manicomio… para hacerme entrar en otro.

Tras haber dormido por la noche, pese a esperar verme masacrado, al día siguiente me puse al trabajo, no sin escrúpulos, porque tomar las armas contra un amigo es la tarea más penosa que pueda existir. Pero tenía que hacerlo; se trata de mi alma inmortal, de saber si será aniquilada o no.

Mientras Swedenborg, en *Arcana* y en el *Apocalypsis*, se limitaba a las apariciones, profecías e interpretaciones, yo me volvía religioso, pero cuando en *Vera Religio* se pone a razonar sobre los dogmas, entonces es un librepensador, un protestante, y si desenvaina la espada de la razón, quiere decir que ha elegido él mismo las armas, y unas malas armas, además. Quiero que la religión sea como un dulce acompañamiento a la melodía monótona y cotidiana de la vida, pero aquí se trata de una religión profesional, de disputas ex cátedra, y por tanto de una lucha por el poder.

Ya leyendo el *Apocalypsis revelata* había encontrado un pasaje que me había perturbado, porque ponía al descubierto una vanidad humana que no me hubiera gustado ver en un hombre de Dios. Pero lo pasé por alto a propósito, y sin tomar nota de ello. En efecto, en el cielo Swedenborg encuentra a un rey inglés, ante el cual se lamenta de que las revistas inglesas no se hayan dignado reseñar algunos de sus escritos. Swedenborg expresaba su indignación en particular contra algunos obispos y lords que habían recibido sus trabajos y no les habían prestado atención. El rey (Jorge II) se queda asombrado y, dirigiéndose a los ingleses, dice: «¡Marchaos! ¡Ay de aquel que, llegado a este rango, puede permanecer tan insensible al oír hablar del Cielo y de la vida eterna!» Quisiera hacer notar aquí, como algo que me resulta antipático, que tanto Dante como Swedenborg envían a sus amigos y enemigos al infierno, mientras que ellos ascienden a las alturas, y si, como san Pablo, me permitiera gloriarme yo un poco, éste sería el momento de recordar que, contrariamente a estos grandes maestros, me he puesto yo solo entre las llamas del *Inferno*, y a los demás por encima de mí, por lo menos en el Purgatorio.

En *Vera Religio* la cosa resulta todavía más desagradable, puesto que encontramos en ella a Calvino en un burdel por haber enseñado que la fe lo es todo y nada los actos (cfr. ¡el buen ladrón en la cruz!). Lutero y Melanchthon, pese a su protestantismo, se ven expuestos a burlas groseras, al escarnio… ¡No, me indigna buscar estos defectos en un espíritu sublime! Y espero que a Swedenborg en su evolución espiritual le haya ocurrido lo mismo que dice que le sucedió a Lutero: «Cuando éste entró en el mundo de los espíritus, hizo mucha propaganda en favor de sus dogmas, pero como no estaban arraigados en la naturaleza más profunda de su espíritu, sino sólo adquiridos desde la infancia, no tardó en descubrir una luz mayor, de modo que pudo participar de la fe del nuevo cielo.»

¿Se ha ofendido mi maestro por haber escrito esto? No puedo creerlo; tal vez comparte ahora mis opiniones, y ha aprendido que en las alturas no se discute de teología. Pero, habiendo descrito la vida en el reino de los espíritus en términos de cátedras y auditorios, de opositores y defensores, me ha inducido a hacer la pregunta sacrílega: ¿Es Dios teólogo?

Ahora había dejado ya de seguir a Swedenborg, le había dicho adiós, con gratitud, eso sí, como a aquel que, sirviéndose de imágenes terroríficas, me había infundido miedo como a un niño, llevándome de este modo a Dios. Y he aquí que el Cristo Negro ya no me castiga con la condenación, sino que es el Cristo Blanco, el niño capaz de sonreír y de jugar, quien viene a mí con el Adviento, y obtengo así una visión más alegre de la vida, pero con la condición de no dejar de vigilar mis actos, mis palabras e incluso mis pensamientos, que no pueden al parecer permanecer secretos al ángel de la guarda y al ángel del castigo que me sigue invisible a todas partes.

Continúan sucediendo acontecimientos enigmáticos, pero éstos no son ya tan amenazadores como antes. He abandonado el cristianismo de Swedenborg, porque era rencoroso, vengativo, mezquino, servil, pero conservo la *Imitación* con algunas reservas, y

una dulce religión de compromiso ha seguido a ese estado de condenación que acompaña la búsqueda de Jesús. Ceno una noche en compañía de un joven poeta francés que acaba de leer Inferno y que, desde un punto de vista ocultista, quiere buscar una explicación a los ataques a los que he estado expuesto.

—¿No tiene usted un talismán? —pregunta—. Debería tener uno.

—¡Sí, tengo la *Imitación*! —le respondo yo.

Él me miró y yo, ligeramente incómodo porque acababa de desertar, me saqué el reloj para tener ocupadas las manos. En aquel instante, la medalla del Sagrado Corazón, con la imagen de Cristo, se suelta de la cadena y cae. Yo me sentí más incómodo aún si cabe, pero no dije nada.

Luego nos levantamos y nos fuimos a un café de Châtelet a tomar una cerveza. La sala es espaciosa y nosotros tomamos asiento en un velador que había nada más entrar. Nos quedamos un rato allí, sentados, conversando sobre Cristo y su significado.

—Sin duda no sufrió por nosotros —le digo yo—, porque de haberlo hecho, nuestros sufrimientos hubieran sido menores. Pero no ha sido así, ya que son tan intensos como antes.

Hay un camarero armando ruido y, con una escoba y un poco de serrín, se pone a limpiar la parte del suelo entre nosotros y la entrada, por donde no ha pasado nadie después de nosotros. Sobre el blanco entarimado se ve un círculo de gotas rojas; y mientras el muchacho barre, rezonga y nos mira con cara de pocos amigos, como si la culpa fuese nuestra. Le pregunto a mi compañero qué pasa:

—Hay algo rojo.

—Entonces, lo hemos hecho nosotros, porque después no ha entrado nadie más, y antes estaba limpio.

—No —dice mi compañero—, no hemos sido nosotros, ya que no son huellas, sino que es como si alguien hubiese sangrado; ¡y nosotros sin duda no sangramos!

Era horrible y también embarazoso, porque estábamos llamando la atención de los clientes de forma desagradable.

El poeta leyó mis pensamientos, pero no había reparado en lo sucedido con la medalla. Por ello, y para levantarme la moral, concluí:

—Cristo me persigue.

Él no respondió, por más que desease una explicación natural, que era incapaz de encontrar.

Antes de dejar a mi amigo americano, que traté de identificar con el terapeuta Francis Schlatter, debo añadir algunos episodios, que confirmarán la idea de que aquel hombre tenía un «doble».

Tras reanudar relaciones con él, le puse abiertamente al corriente de todas mis sospechas y le mostré el número de la revista espiritista con el artículo «Mi amigo H.». Pareció dubitativo, pero sobre todo escéptico.

Algunos días después, cuando llegó para cenar, estaba bastante alterado y contó, no sin cierta emoción, que su amante había desaparecido sin dejar ninguna nota ni decirle siquiera adiós.

Al cabo de algunos días, la mujer volvió. Interrogada, confesó por fin que tenía miedo de su compañero, cuya casa mantenía en orden. Tras nuevas preguntas, él supo que cuando ella se despertaba por la noche mientras él dormía, veía su rostro blanquísimo e irreconocible, cosa que la espantaba de modo indecible.

Por otra parte, él no quería irse nunca a la cama antes de medianoche, porque si lo hacía se sentía torturado como si hubiese sido ensartado en un espetón que no paraba de girar, hasta el punto de que tenía que levantarse.

Después de leer la primera parte de *Inferno*, dijo:

—No has sufrido nunca de manía persecutoria, sino que has sido perseguido realmente, y no por seres humanos, precisamente.

Excitado por las experiencias que le había contado, se puso a hacer memoria y recordó un cierto número de hechos inexplicables

ocurridos en los últimos años de su vida. Así, había un determinado punto del Pont Saint-Michel, donde sufría un tirón en la pierna que le obligaba a detenerse. Esto se repetía regularmente y les había pedido a sus amigos que fueran testigos de ello. Asimismo había notado otras cosas extrañas, y aprendido a declararse «castigado».

—Si fumo, soy castigado, y si tomo ajenjo, también lo soy.

Una noche que nos habíamos encontrado y no era aún la hora de ir a cenar, entramos en el Café de la Frégate de la rue du Bac. Charlando animadamente, nos instalamos en el primer sitio libre que encontramos y pedimos un ajenjo. La conversación discurría con normalidad, pero de repente mi amigo se interrumpió y, mirando alrededor, exclamó:

—¿Has visto qué gentuza? Menudas jetas de criminales que tienen todos.

Y, mirando alrededor, me quedé estupefacto porque no se trataba de la clientela habitual, sino de una panda de gente de mal vivir, la mayoría de los cuales parecían disfrazados y maquillados. A falta de espacio, mi amigo se había apoyado contra una columna de hierro, que parecía salirle de la espalda, y a la altura de su cuello había como un saliente, una especie de collar.

—¡Y a ti te han puesto en la picota! —exclamé yo.

Nos pareció entonces que todos nos miraban e, incómodos y agobiados, nos levantamos sin terminarnos la consumición.

Aquélla fue la última vez que tomé ajenjo con mi amigo. Pero aún hice otro intento por mi cuenta, intento que no volví a repetir. Mientras esperaba a unos amigos para ir a cenar, me senté en un café del boulevard Saint-Germain, delante del Museo Cluny, y pedí un ajenjo. Inmediatamente se presentaron tres personajes, no sé de dónde venían, y tomaron sitio enfrente de mí. Dos hombres con las ropas hechas jirones y cubiertos de suciedad, como si hubiesen sido sacados de las mismísimas cloacas, y una mujer, destocada y con el pelo desgreñado, que aún conservaba algunos rasgos de una belleza ahora ya marchita, ebria y sucia; y los tres me miraban con expresión burlona, insolente y cínica, como si me conocieran y

esperasen ser invitados a mi mesa. Nunca he visto unos tipejos semejantes ni en París ni en Berlín, y sólo acaso a la entrada del London Bridge, donde la gente tiene realmente un aire de misterio. Con la intención de cansar a mis espectadores, enciendo un cigarrillo, pero sin éxito. Entonces me asalta una idea: no se trata de «verdaderas personas» sino de semivisiones y, acordándome de mis antiguas aventuras en La Closerie des Lilas, me levanto, y desde entonces no me he atrevido a probar nunca más el ajenjo.

Una cosa me parece cierta en medio de mi ciego deambular de aquí para allá, y es que una mano invisible se ha encargado de mi educación, porque la lógica de los acontecimientos nada tiene que ver en esto. No es, en efecto, lógico que estallen incendios imprevistos en la chimenea o que aparezcan personajes inexistentes cuando yo tomo ajenjo; lo lógico y normal sería admitir que estoy enfermo. Y tampoco es lógico que me vea expulsado de mi cama por la noche, si he hablado mal de alguien durante el día. Pero en todas estas acciones se revela una intención consciente, pensante, omnisciente, con un buen fin, pero a la que me es difícil obedecer, principalmente porque he tenido muchas malas experiencias con respecto a la bondad y el desinterés de las intenciones humanas. Mientras tanto, todo esto ha evolucionado hasta formar un sistema completo de señales, que ahora comienzo a comprender, y cuya exactitud he podido comprobar.

Así, durante seis semanas dejé de ocuparme de la química y no había humo en mi habitación. Pero una mañana, simplemente por probar, cogí los instrumentos para fabricar oro y preparé los baños. La habitación se llenó al instante de humo; éste salía del suelo, de detrás del espejo, de encima de la chimenea, de todas partes. Tras llamar al propietario, éste lo encontró inexplicable, ¡porque apestaba a carbón mineral, que no se utilizaba en toda la casa! ¡Me está, por tanto, prohibido ocuparme de fabricar oro!

He observado que la armónica de madera, de la que he hablado a menudo, es un signo de paz, porque cuando enmudece llega la

inquietud.

Los gemidos de niño que se oyen a menudo en la chimenea, y que no tienen ninguna explicación natural, significan: debes ser diligente; y también: debes escribir este libro y no ocuparte de nada más.

Cuando en pensamientos, palabras o escritos me expreso como un revolucionario o abordo temas prohibidos, oigo un áspero sonido bajo, como el de un órgano o el de una trompa de elefante que barrita o está furioso.

Quisiera aportar dos pruebas para demostrar que no se trata de impresiones subjetivas.

Estábamos comiendo en la place de la Bastille, el americano, el poeta francés y yo. Habíamos departido de arte y de literatura durante algunas horas cuando, a los postres, el americano desvía la conversación hacia asuntos propios de una charla de jovenzuelos. Inmediatamente se oyó, procedente de las paredes, el barrito del elefante. Yo fingí no haber oído nada, pero mis compañeros aguzaron el oído y cambiaron de tema de conversación, no sin un cierto embarazo. En otra ocasión, estaba desayunando con un sueco en otro local. Hablaba, y era también hacia el final de la comida, de *Allá lejos* de Huysmans y se disponía a describir la misa negra. En aquel instante se oyó el barrito, pero esta vez en medio de la sala, que se encontraba vacía.

—¿Qué ha sido eso? —se interrumpió.

Yo no respondí; él continuó la horrible descripción.

Entonces resonó un segundo barrito y con tal intensidad que el narrador perdió el hilo de su historia, derramó un vaso de vino y, acto seguido, la jarrita de la crema sobre su ropa, y, finalmente, dejó de hablar del asunto que tanto me había incomodado.

EPÍLOGO

Como el lector habrá probablemente adivinado, esta segunda parte,[41] titulada *Jacob lucha*, es un intento de representar, en una descripción figurada, la lucha religiosa del autor, y cómo ésta acabó en fracaso. Por ello ha quedado en estado fragmentario y, como todas las crisis religiosas, se ha resuelto en el caos. Esto probaría que la investigación sobre los misterios de la Providencia se ve castigada, al igual que todo intento de asaltar los cielos, con la confusión, y que todos los esfuerzos por acercarse a la religión mediante el razonamiento conducen a simples absurdos. La causa está sin duda en el hecho de que la religión, como por lo demás las ciencias, se basa en axiomas que no presuponen demostraciones, es más, que *no pueden ser* demostrados, de modo que si se trata de formular sus condiciones evidentes y necesarias, se cae en el absurdo.

Cuando en 1894, el autor abandonó en principio el escepticismo que estuvo a punto de devastar su entera vida intelectual, y empezó a vivir experiencias como creyente, se le abrió la nueva vida espiritual que ha sido descrita en *Inferno* y en estas *Leyendas*. A lo largo del camino, puesto que el autor había abandonado toda oposición, se vio asaltado por influencias y fuerzas que amenazaban con hacerle pedazos; y a punto de ahogarse, se agarró a objetos más ligeros, que pudieran mantenerlo a flote; pero también éstos empezaron a ceder, e irse a pique no era ya más que una simple

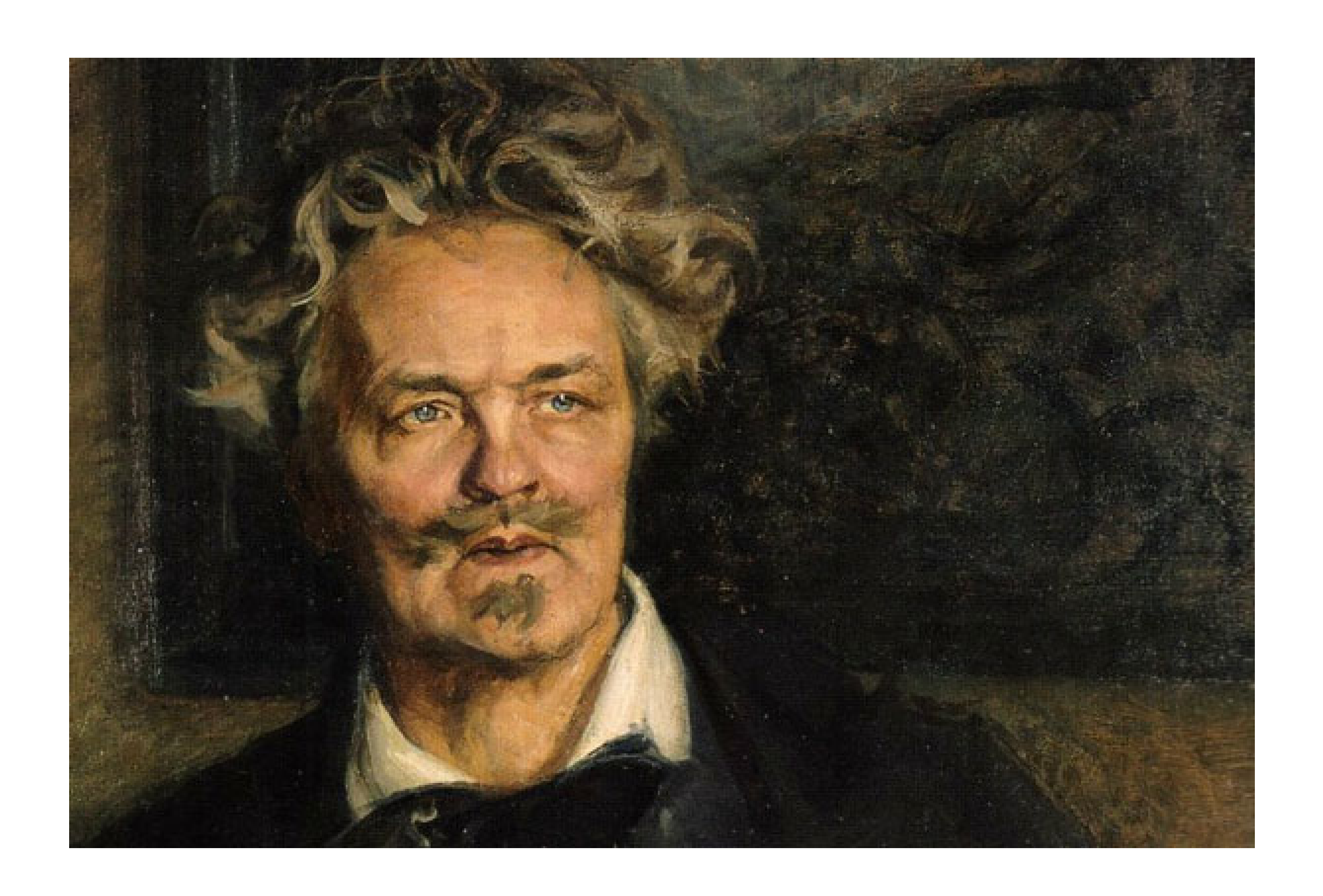
cuestión de tiempo. Es en estos momentos cuando a los ojos del hombre atemorizado la paja se convierte en un tronco de árbol, y es entonces cuando la fe impuesta levanta al ahogado de entre las olas y le permite caminar sobre las aguas. *Credo quia absurdum*, yo creo porque el absurdo que resulta del razonamiento me hace comprender que estaba tratando de demostrar un axioma. Y así se reanudan los lazos con aquello que está por encima de nosotros.

En los años ochenta, un escritor francés escribió un libro contra los jesuitas, y en dicho libro encontré recientemente la siguiente frase: «En 1867, en un artículo de revista titulado "El ateísmo providencial", predije que Dios iba a permanecer oculto, para así forzar a los hombres a buscarle con tanto más celo.»

¡En 1867! Es como en Suecia, donde hacia el mismo año todas las discusiones sobre religión cesaron entre las personas cultas, y Dios desapareció de la literatura. Ahora que retorna, no sabemos ya si sigue siendo el mismo o si, como cualquier otra cosa, crece y evoluciona también. Pero, aun cuando se haya vuelto más severo, debería perdonar a los agnósticos y a los investigadores del secreto el no haberlo encontrado, porque él había partido o bien no recibía.

EL AUTOR

Lund, 23 de abril de 1898



AUGUST STRINDBERG (Estocolmo, 1849-1912), prolífico escritor que destaca tanto en su vertiente teatral —*El maestro Olaf* (1872) y *La señorita Julia* (1888), entre las más importantes—, como novelística —*La sonata de los espectros* (1907), *El pelícano* (1917), *Inferno* (1898), entre otras—, es una de las figuras más representativas de la modernidad literaria. De próxima aparición en esta misma editorial, *El cuarto rojo* (1879), cima de la novela moderna europea, y *Casarse* (1884-85).

Notas

[1] El estreno de *La señorita Julia* el 16 de enero de 1893. *(N. del T.)*
<<

[2] Anarquista italiano que había dado muerte al presidente de la República francesa, M. F. Sadi Carnot, en 1894, y había sido ejecutado. *(N. del T.)* <<

[3] Pequeño restaurante económico (donde se vendían originariamente productos lácteos). *(N. del T.)* <<

[4] Para más detalles véase: *Tryckt och Otryckt*, Estocolmo, 1897. *Sylva Sylvarum*, París. 1896. *L'Hyperchimie*, París, 1897. *(N. del A.)*
<<

[5] Biot, *Les Surfaces calacaustiques*, París, 1841: o Haüy, *Physique*, París, 1806. *(N. del A.)* <<

[6] También conocida como calavera, igual que en francés *(tête-de-mort)*. (N. *del T.)* <<

[7] He aquí el jazmín. *(N. del A.)* <<

[8] Existen orugas, del género *Sphinx*, que huelen a almizcle. *(N. del A.)* <<

[9] Locución antigua que significa «¡ay!», galicismo de *aïe*. *(N. del T.)*
<<

[10] Adaptación de Alain-René Lesage de la obra homónima de Vélez de Guevara. *(N. del T.)* <<

[11] Corrían también ríos de leche, ríos de néctar / y rubias mieles goteaban de la encina verdeante. (Ovidio, *Metamorfosis*, III-112). *(N. del T.)* <<

[12] Swedenborg, *Arcana coelestia*, 1. *(N. del A.)* <<

[13] La exteriorización de la sensibilidad. *(N. del A.)* <<

[14] Del título homónimo de una comedia de Plauto. Dícese de las personas parecidas entre sí. *(N. del T.)* <<

[15] Es decir, el infierno de los condenados convertido en inmenso vergel. Sarón o Sharn es una llanura del litoral de Israel, que se extiende del monte Carmelo a la frontera egipcia. *(N. del T.)* <<

[16] Edward Munch, que era noruego y no danés. *(N. del T.)* <<

[17] Neso es un centauro que, para vengarse de Heracles, aconseja a Deyanira que, si alguna vez flaqueaba el amor de su esposo por ella, no tenía más que impregnar una prenda de vestir en el líquido mezcla de su propia sangre y del semen que Heracles había derramado al intentar violarla, y hacer que éste se la pusiera. *(N. del T.)* <<

[18] En alemán, «pesadilla». *(N. del T.)* <<

[19] Voz hebrea que designa en la Biblia (véase el Libro de Job, 40, 10) al animal por excelencia, un monstruo terrestre y marino, el hipopótamo, magnificado en su aspecto maléfico, y que se atribuye en ocultismo a un demonio más bien estúpido, cuyo reino es el vientre. *(N. del T.)* <<

[20] Grafía latina de la voz hebrea *Sé-ba'ot*, plural de *saba*, «ejército», que aplicada a Dios (Iahvé Sabaoth) puede designar los ejércitos de Israel durante la conquista de la tierra prometida, y también los astros y los ángeles. *(N. del T.)* <<

[21] Véase Dante: Infierno, canto IX, versos 106-133. Es el sexto círculo, poblado de sepulcros ardientes, donde penan los heresiarcas y seguidores de sectas. *(N. del T.)* <<

[22] Strindberg llama a menudo «madre» a su suegra y a su hermana gemela. *(N. del T.)* <<

[23] A orillas del vasto mar. *(N. del T.)* <<

[24] Héroe de varios poemas franceses de la Edad Media. Hijo de un duque de Normandía, era de una crueldad tal que se le cree nacido del diablo. Pero redime sus crímenes con una dura penitencia. *(N. del T.)* <<

[25] Strindberg cita aquí las viejas leyes suecas, que consideraban al brujo una persona al margen de la ley. *(N. del T.)* <<

[26] Alusión a la heroína de una balada de G. A. Bürger (1773). Una joven, desesperada por la muerte de su prometido, se rebela contra la Providencia. Una noche ve llegar al amante que creía muerto, quien se la lleva consigo hasta el cementerio, donde la tierra se abre para tragarse a ambos. *(N. del T.)* <<

[27] Alusión a la llamada «querella de las investiduras». Este hecho dio origen a la locución «ir a Canossa», es decir, humillarse ante un adversario. *(N. del T.)* <<

[28] Rey de Suecia (1594-1632). *(N. del T.)* <<

[29] *Die Vergangenheit eines Thoren*, Berlín, 1894; y *Le plaidoyer d'un fou*, París, 1895 *(N. del A.)* <<

[30] A. de Rochas, *L'Extériorisation de la sensibilité*, París, Chamuel. *(N. del A.)* <<

[31] A. E. Badaire, en *La joie de mourir* (Chamuel, París, 1894), cita varios casos célebres de muerte, como la del ilustre Richet, 1892, y la de Haller, en los cuales el momento del deceso se presenta como no determinable.

Chisac, médico en Montpellier, se desdobla ante la muerte, considerándose a sí mismo como si fuese otro, hace el diagnóstico, se toma el pulso y prescribe el tratamiento. Luego cierra los ojos «para no volver ya a abrirlos». *(N. del A.)* <<

[32] Nombre de Oslo, capital de Noruega, desde 1624 hasta 1924. *(N. del T.)* <<

[33] «Toma y lee» (San Agustín, *Confesiones*, 8, 12, 29). *(N. del T.)*
<<

[34] El hospital psiquiátrico de Charcot. *(N. del T.)* <<

[35] La oscuridad del pasaje, en la traducción bastante arbitraria de Strindberg, deriva de la propia dificultad del texto bíblico. Éste es el primer lugar en que se cita a Elohim (plural que significa «los dioses o jueces»), junto con Iahvé («Yo soy»). *(N. del T.)* <<

[36] *Mahatma* («gran alma», en hindú). *(N. del T.)* <<

[37] Strindberg incurre en un doble error en su cita: se trata de Pasquale Paoli, que en una excursión con el joven Napoleón a Porte di Nouvo, Córcega, le dice las famosas palabras citadas en el *Memorial de Santa Elena. (N. del T.)* <<

[38] Uno de los nombres del Judío Errante. *(N. del T.)* <<

[39] La piscina milagrosa de Jerusalén. *(N. del T.)* <<

[40] Para *shibbolet* como signo de reconocimiento, véase Jueces, 12, 6. *(N. del T.)* <<

[41] *Jacob lucha* fue concebida inicialmente como una continuación de *Leyendas*, así como esta última arranca precisamente del final de *Inferno*. *(N. del T.)* <<